Creían que eran libres

Los alemanes, 1933-1945

MILTON MAYER

gatopardo ensayo

CREÍAN QUE ERAN LIBRES

LOS ALEMANES 1933-1945

MILTON MAYER

Traducción de María Antonia de Miquel

gatopardo ensayo

Título original: *They Thought They Were Free*

Licensed by The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, U.S.A.,
by arrangement with International Editors' Co.

© 1955, 2017 by The University of Chicago. All rights reserved.
© de la traducción: María Antonia de Miquel, 2021
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Celebración multitudinaria de la anexión de Austria, 1938* © Süddeutsche Zeitung Photo / Alamy Stock Photo
Imagen de la solapa: © Richard Scully

eISBN: 978-84-124869-0-2
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro está dedicado a mis diez amigos nazis:
Karl-Heinz Schwenke, sastre;
Gustav Schwenke, aprendiz de sastre sin empleo;
Carl Klingelhöfer, ebanista;
Heinrich Damm, vendedor en paro;
Horstmar Rupprecht, estudiante de secundaria;
Heinrich Wedekind, panadero;
Hans Simon, cobrador;
Johann Kessler, empleado de banca en paro;
Heinrich Hildebrandt, profesor;
Willy Hofmeister, policía.

Los fariseos se pusieron en pie y rezaron de este modo para sí:
«Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres».

PRÓLOGO

Como estadounidense, me horrorizaba el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania. Como estadounidense de ascendencia alemana, me sentía avergonzado. Como judío, me sentía anonadado. Como periodista, me fascinaba.

Ante cualquier análisis del nazismo, era la fascinación del periodista lo que prevalecía —o, como mínimo, predominaba— y me dejaba insatisfecho. Yo quería ver a ese hombre monstruoso, el nazi. Quería hablar con él y escucharle. Quería intentar entenderlo. Ambos éramos hombres, él y yo. Al rechazar la doctrina de la superioridad racial nazi, debía admitir que yo mismo hubiese podido ser como él; que lo que le llevó a tomar ese camino podría haberme impulsado a mí.

El hombre (dice Erasmo) aprende en la escuela del ejemplo y no acepta ninguna otra. Si lograba averiguar qué había sido el nazi y cómo se volvió así, si era capaz de presentar su ejemplo ante algunos de mis semejantes y conseguía atraer su atención, podría convertirme en instrumento de aprendizaje para ellos (y para mí mismo) en la era de las dictaduras populares revolucionarias.

En 1935 pasé un mes en Berlín tratando de conseguir una serie de entrevistas con Adolf Hitler. Mi amigo y profesor, William E. Dodd, por aquel entonces embajador de los Estados Unidos en Alemania, hizo cuanto pudo por ayudarme, infructuosamente. Luego viajé por la Alemania nazi por cuenta de una revista estadounidense. Traté con alemanes, personas a las que había conocido cuando viví en Alemania de niño, y por primera vez me di cuenta de que el nazismo era un movimiento de masas y no la tiranía de unos cuantos seres diabólicos sobre millones de personas indefensas. Entonces empecé a preguntarme si, después de todo, el nazi al que quería entrevistar era Adolf Hitler. Para cuando hubo acabado la guerra, había identificado a mi hombre: el alemán medio.

Deseaba viajar a Alemania de nuevo y conocer a ese hombre culto, burgués «occidental» como yo, a quien le había sucedido algo que no nos había sucedido (al menos no por el momento) ni a mí ni a mis compatriotas. Después de la guerra, pasaron siete años antes de que pudiese ir allí. Había transcurrido el tiempo suficiente para que un estadounidense no nazi pudiese hablar con un alemán nazi, pero no tanto tiempo como para que los acontecimientos de 1933-1945, y en especial los sentimientos íntimos que acompañaron a dichos acontecimientos, hubiesen sido olvidados por el hombre que yo buscaba.

Nunca llegué a encontrar al alemán medio, porque el alemán medio no existe. Pero encontré diez alemanes lo bastante diferentes unos de otros en origen, carácter, intelecto y temperamento como para representar, en conjunto, a algunos millones o decenas de millones de alemanes y lo bastante parecidos entre sí como para haber sido nazis. No fue fácil encontrarlos, y aún menos conocerlos. Disponía de una ventaja: deseaba conocerlos de verdad. Y de otra, adquirida durante mi larga relación con el American Friends Service Committee: realmente creía que en cada uno de ellos había «una pizca de Dios».

Mi fe encontró esa pizca de Dios en mis diez amigos nazis. Mi entrenamiento periodístico fue capaz de encontrar en ellos también algo más. Cada uno era una de las más maravillosas mezcolanzas de buenos y malos impulsos; sus vidas, una mezcla maravillosa de actos buenos y malos. Me caían bien. No podía evitarlo. Una y otra vez, mientras estaba sentado o paseaba con uno u otro de mis diez amigos, me sentí abrumado por la misma sensación que había entorpecido mis reportajes periodísticos en Chicago años atrás. Me caía bien Al Capone. Me gustaba cómo trataba a su madre. La trataba mucho mejor que yo a la mía.

Me resultaba difícil —y aún me lo resulta— juzgar a mis amigos alemanes. Pero confieso que prefiero juzgarles a ellos que juzgarme a mí. En mi caso, soy siempre muy consciente de los apremios y obstáculos que excusan, o al menos explican, mis malas acciones. Soy consciente de las buenas intenciones, de las buenas razones que me impulsan a hacer cosas malas. No quisiera morir esta noche, porque algunas de las cosas que he tenido que hacer hoy, cosas que se me presentan bajo una luz poco favorable, las hice para poder hacer mañana algo muy bueno, que compensaría sobradamente mi mal comportamiento de hoy. Pero mis amigos nazis sí que murieron anoche; el libro de sus vidas nazis se ha

cerrado, sin que pudiesen hacer el bien que tal vez, o tal vez no, tenían intención de hacer, el bien que hubiese borrado lo malo que hicieron.

Por extensión, prefiero juzgar a los alemanes que a los estadounidenses. Ahora soy capaz de comprender mejor cómo el nazismo conquistó Alemania: no atacándola desde fuera o subvirtiéndola desde dentro, sino con vivas y gritos de júbilo. Era lo que la mayoría de los alemanes querían, o lo que —bajo la presión combinada de la realidad y la ilusión— llegaron a desear. Lo querían; lo consiguieron; y les gustó.

Regresé a casa un poco temeroso por mi país, temeroso de lo que podría llegar a desear, y conseguir, y apreciar, presionado por la combinación de realidad e ilusión. Me parecía —y me lo sigue pareciendo — que no había conocido al hombre alemán, sino al hombre a secas. Resultó estar en Alemania en unas condiciones determinadas. Podría estar aquí, en unas condiciones determinadas. En determinadas condiciones, podría ser yo mismo.

Si yo y mis compatriotas llegásemos a sucumbir bajo esa concatenación de condiciones, no habría constitución, ni leyes, ni policía, ni desde luego ejército que pudiese salvaguardarnos. Pues no existe daño alguno que se pueda infligir a un hombre que él no sea capaz de infligirse a sí mismo; ni bien que no pueda hacer si se empeña en ello. Y lo que antaño solía decirse es cierto: las naciones no están hechas de rocas y roble, sino de seres humanos, y tal como son los seres humanos, así serán las naciones.

Mi obsesión por ir a Alemania y vivir allí, en una ciudad pequeña, con mi mujer y mis hijos, se vio alentada por Carl Friedrich von Weizsäcker, de la Universidad de Gotinga, quien, junto con su esposa Gundi, residió en mi casa mientras ejercía como profesor visitante de Física en la Universidad de Chicago entre 1948 y 1949. Me puse en contacto, por carta, con un viejo amigo, James M. Read, que ostentaba el cargo de jefe de relaciones educativas y culturales en la Comisión de los Estados Unidos para la Ocupación de Alemania. Los señores Read y Weizsäcker se dirigieron a Max Horkheimer, decano del Instituto de Investigaciones Sociales en la Universidad de Fráncfort, y este me consiguió un puesto. Lo que hiciera una vez allí (así como a mi regreso) era responsabilidad mía, pero mis amigos fueron responsables del lugar al que fui a parar. Fueron ellos quienes me mandaron a vivir durante un año, lo más cerca posible de los

alemanes, lo más lejos posible de los conquistadores «Ami»,[1] en la ciudad a la que he llamado Kronenberg.

Milton Mayer
Carmel, California, 25 de diciembre de 1954

PARTE I

DIEZ HOMBRES

KRONENBERG

9 de noviembre de 1638

«**oíd, ciudadanos, honestos hombres**»

Son las diez de la noche, diez minutos arriba o abajo. La gran campana de la iglesia de Santa Catalina, afinada en la nota mi, ha comenzado a dar las horas. Entre la séptima y la octava campanada, empiezan a sonar las de la parroquia. Uno podría creer que el sacristán de la iglesia parroquial, despertado por la campana de Santa Catalina, había saltado de la cama para llegar a la cuerda de su campana justo a tiempo de evitar la humillación absoluta (igual que un hombre que corre sin camisa y descalzo a una boda para llegar antes de que finalice la ceremonia). Pero seguramente estaría equivocado porque cada noche, desde que Kronenberg tiene dos campanas, el primer tañido de la iglesia parroquial llega justo después del séptimo de la de Santa Catalina; tal vez como deferencia, pues la iglesia de Santa Catalina fue antaño (hasta la Reforma, hace un siglo) una catedral.

Ahora Kronenberg, además de dos campanas de iglesia y dos iglesias, cuenta con seis mil almas creyentes; y con una universidad, con una facultad de teología que tiene casi cien alumnos; y con un castillo que corona la colina sobre la que está edificada la ciudad, que se apiña en forma de semicírculo (una colina tan empinada en algunos tramos que hay casas a las que solo se puede entrar desde el piso superior); y con un río al pie de la colina, el Werne. No es posible navegar por el Werne hasta aquí partiendo del Rin, pero su meandro, que circunda la colina, unido al castillo de la cima, a los aglomerados gabletes de las viejas casas de entramado de madera que trepan hasta el lindero del parque del castillo, y las angostas calles y callejones empedrados que, enmarañados, ciñen la

ladera de la colina, hacen de Kronenberg una ciudad de cuento en medio de un paisaje de cuento.

La ciudad ha sufrido sus convulsiones, pero ¿qué ciudad no las ha sufrido? En la media docena de siglos anteriores ha cambiado de manos una docena de veces. Ha sido atacada, tomada, liberada, y atacada y tomada de nuevo. Pero nunca ha sido quemada. Es posible que su bonito aspecto (porque es lo bastante pequeña para que se la considere bonita más que hermosa) haya mantenido a raya a las antorchas que redujeron a cenizas tantas viejas ciudades; y ahora, en 1638, a Kronenberg se la llama siempre «la vieja Kronenberg», un lugar antiguo.

La Gran Guerra de Europa hace ya veinte años que dura, pero tal vez esté llegando a su fin. El príncipe de Hesse ha decidido unirse a la Paz de Praga, a fin de expulsar a los suecos protestantes del imperio católico sin necesidad, o así se espera, de someterse al emperador católico en Viena. Es verdad que la católica Francia acaba de atacar a la católica España y, aliándose con los protestantes suecos, le ha declarado la guerra al emperador. Pero en Kronenberg solo han oído hablar vagamente de estos asombrosos sucesos, y ¿quién sabe lo que querrán decir? «El rey hace la guerra, y el pueblo es el que muere» es un dicho muy, muy antiguo en Kronenberg.

Estos últimos años, los tiempos han sido muy duros en todas partes; en Kronenberg, también. Impuestos y peajes cada vez más altos, requisas de hombres, animales y grano, cada vez más, para los ejércitos. Pero la guerra, que se ha ido desplazando de norte a sur, de sur a norte y de nuevo de norte a sur, ha respetado la ciudad, a excepción de un asedio, que fue levantado por los ejércitos protestantes. En definitiva, los habitantes de Kronenberg no pueden quejarse; y no lo hacen.

La peste y la hambruna son recurrentes en Kronenberg —¿dónde no lo son?—, y donde hay judíos, ¿qué otra cosa se puede esperar? Tras la Peste Negra de 1348 la Judenschule*, o casa de oración, de Kronenberg fue quemada, y los judíos, expulsados. (Todo el mundo sabía que habían envenenado los pozos, en toda Europa.) Pocos años después, la situación financiera del príncipe de Hesse era tan apurada que tuvo que empeñar Kronenberg a los judíos de Fráncfort, pero en 1396 el buen rey Wenceslao declaró nulas todas las deudas contraídas con los asesinos de Cristo. Sin embargo, la cosa no terminó ahí, porque una y otra vez los príncipes traían de vuelta a los judíos, para que se ocupasen del poco cristiano negocio de*

la banca, prohibido a los cristianos por la ley canónica. Así fue hasta 1525, cuando el burgomaestre de Kronenberg imploró al príncipe que expulsase de nuevo a los judíos. «Compran artículos robados —dijo—. Si desapareciesen, no habría más robos.» De modo que el príncipe los expulsó de nuevo; pero ejerció el privilegio imperial concedido por Carlos V de mantener en la ciudad a un cierto número de judíos a condición de que pagasen una tasa de protección, el Schutzgeld. *Si dejaban de pagar el* Schutzgeld*, el príncipe les retiraría su protección.*

Aquellos eran buenos tiempos, antes de la Gran Guerra de Europa. Ahora los tiempos eran duros; pero podrían ser peores (y lo son en casi todas partes) de lo que son en Kronenberg. Esta noche los burgueses y sus criados y criadas duermen satisfechos, o tan contentos como los burgueses y sus criados y criadas pueden esperar estarlo en esta vida. Lo mismo ocurre con su ganado engordado durante el verano y sus ovejas en los campos (aún no hace frío a principios de noviembre), y sus cerdos y gallinas y gansos y patos en el establo en la parte de atrás de la casa. Todos duermen a las diez.

Las dos campanas de iglesia son discordantes, el tono en la bemol de la campana de la parroquia contra la campana Catalina en mi; la pericia de los artesanos no es la misma que cuando se fundió la campana Catalina tres o cuatro siglos atrás. Pero se necesita algo más que la discordancia de las campanas para despertar a los habitantes de Kronenberg. Se necesita más incluso que el gallo en la cima del tejado del ayuntamiento para conseguirlo.

El gallo del ayuntamiento es un gallo maravilloso. Bate las alas y emite un cacareo heroico, una vez por el cuarto de hora, dos por la media, tres por los tres cuartos y cuatro veces por la hora…, y luego cacarea la hora. Si (como suele suceder) empieza a cacarear las diez cuando la campana Catalina ya ha terminado y en la campana de la parroquia justo ha sonado el sexto tañido, la culpa no puede ser del gallo, pues los campaneros son humanos y falibles, mientras que el gallo es mecánico. Decir que el gallo estaba equivocado sería como decir que el reloj de la ciudad estaba equivocado, y eso no lo dice nadie.

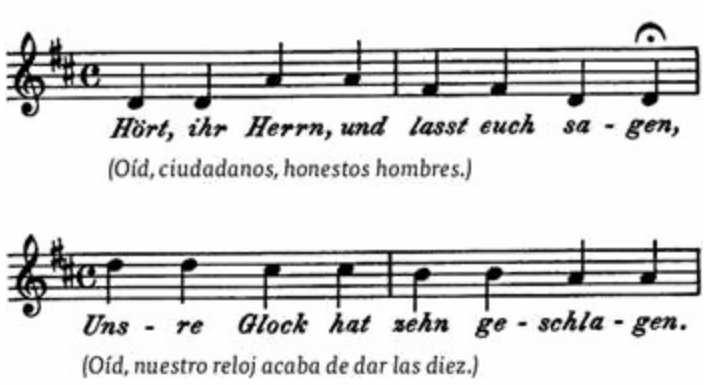
Ahora bien, la discordancia de las dos campanas no es nada comparada con la cacofonía del gallo y los cuatro últimos tañidos de la campana de la parroquia; y sin embargo los ciudadanos de Kronenberg duermen. Siguen durmiendo hasta que sus propios gallos de carne y hueso

responden al cacareo que proviene de la cima del ayuntamiento. Como es natural, la respuesta se inicia en los establos y patios cercanos y se disemina como una epidemia por la colina de Kronenberg abajo. Los gallos despiertan a los patos y los gansos, luego a los cerdos y las gallinas. A continuación, el ganado se despierta y muge. Los perros de la casa son los últimos que se hacen oír, pero, una vez que comienzan a ladrar, son los últimos en callarse.

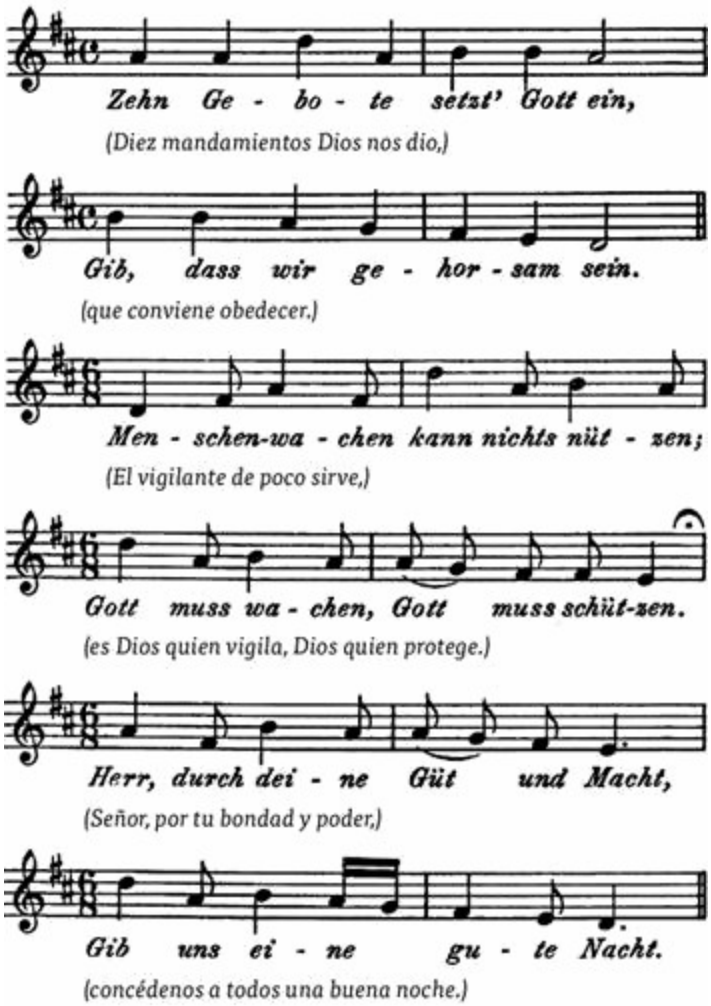
Todo Kronenberg se revuelve bajo los gigantescos edredones. Todos se medio despiertan con la discordante sinfonía, permanecen medio despiertos hasta que termina y luego concilian de nuevo, aunque no del todo, el sueño. A los habitantes de Kronenberg les falta su nana de las diez en punto, la nana que han escuchado, igual que sus ancestros antes que ellos, cada noche de sus vidas, el Stundenrufe *del vigilante nocturno, o canto de las horas.*

Cada noche el vigilante nocturno permanece en la plaza del Mercado hasta que el estrépito de las campanas y de los animales ha cesado. Es un viejo pensionista con el atuendo de su oficio, un largo abrigo verde y un sombrero alto verde, con el cuerno colgado del hombro, la linterna en una mano, el chuzo en la otra. Chuzo, linterna y cuerno, incluso el propio vigilante nocturno, son hoy en día cada vez más puramente decorativos. Mientras hace sus rondas cada hora, vigila por si hay algún fuego, cosa rara en el prudente y tacaño Kronenberg, y si algún cerdo ha escapado de su pocilga, lo que es aún más raro.

*Pero este hombre encargado de velar por la comunidad, aunque hoy en día sea solo simbólicamente, tiene su dignidad; no está dispuesto a competir con el gallo ni con los gansos. Cuando el último eco del estrépito se ha extinguido —*y *no antes— se lleva el cuerno a la boca y sopla diez veces, para luego comenzar el descenso por la ciudad, golpeando el empedrado con sus pesadas botas, mientras les canta a los habitantes de Kronenberg para que retomen el sueño*:



Para entonces, por supuesto, el gallo del ayuntamiento ya hacía rato que había dejado oír su cacareo de las 22.15:



Sosteniendo su linterna en alto, el vigilante nocturno recorre la ciudad, igual que sus homólogos recorren todas las ciudades de Alemania, cantando esta misma cancioncilla de las diez en adelante. Unos minutos antes de las once (o después, ¿quién sabe?), está de vuelta en la plaza del Mercado y, cuando el barullo de las once ha terminado, sopla el cuerno y de nuevo hace su ronda. Esta vez, en lugar de cantar «Zehn Gebote setzt'Gott ein», *canta* «Elf der Jünger blieben treu, Hilf dass wir im Tod ohn' Reu» (*«Once discípulos le fueron fieles, quiera Él que muramos sin tener que arrepentirnos»*); *a las doce canta* «Zwölf, das ist das Ziel der Zeit; Mensch, bedenk die Ewigkeit» (*«A las doce el día acaba; pensad en la eternidad»); a la una canta* «Eins is allein der ew'ge Gott, Der uns trägt aus aller Not» (*«Uno solo es el Dios eterno, que nos libra de todo mal»*).

Desde la una hasta el alba, el vigilante nocturno no canta más. Su canción no tiene más estrofas y ciertamente tampoco oyentes. Cada hora, una vez acalladas las campanas y los animales, toca su cuerno y hace su ronda, y los habitantes de Kronenberg duermen. Si alguno de ellos se despertase y viese la luz afuera, sabría de quién es y volvería a dormirse. La ciudad se despierta al amanecer; el día termina cuando anochece. Todos trabajan, nadie lee y las velas de sebo, excepto en la universidad, el hospital y el castillo, solo arden durante una hora o dos para dar de comer a los animales domésticos y remendar arneses o medias bajo su luz.

Justo al otro lado de la muralla de la ciudad, donde la carretera de peaje que discurre junto al Werne entra en la ciudad por la puerta de Fráncfort, hay media docena de casas nuevas dispuestas alrededor de una plaza en expansión llamada «Frankfurterplatz». La ciudad está creciendo, desbordando las nuevas murallas de hace dos siglos, como ha ido desbordando cada anillo sucesivo de murallas que la protegían. Han quedado atrás los días en que la ciudad se arremolinaba en torno al castillo en busca de protección: estamos a mediados del decimoséptimo siglo de la Cristiandad, y los hombres pueden vivir fuera de las murallas sin correr peligro.

En la esquina de la Frankfurterplatz, donde una amplia calle sin empedrar se dirige hacia el oeste bordeando la parte exterior de la muralla, una calle sin nombre conocida como Mauerweg, se halla la nueva posada, el Jägerhof, el Reposo de los Cazadores. Es un bonito edificio de dos pisos que cuenta con un espacioso dormitorio en la parte superior, una

sala pública y una privada (o club) abajo y la vivienda de los propietarios en la parte de atrás.

Hoy, las luces arden hasta tarde en la sala pública del Reposo de los Cazadores. Los viejos soldados, el escuadrón de reservistas, están celebrando con una jarra de cerveza o dos el decimoquinto aniversario de la liberación de la patria del yugo vienés. Los integrantes del escuadrón de reservistas son patriotas de Hesse, por supuesto, pero ante todo son ciudadanos de Kronenberg, y esta noche hace quince años que se levantó el asedio de Kronenberg. Un gran acontecimiento para los viejos soldados, y un gran aniversario.

Pasa de la medianoche cuando, habiendo trasegado dos jarras de cerveza o tres o cuatro, abandonan el Refugio de los Cazadores, mientras algunos de los viejos compañeros más patriotas insisten en continuar la celebración. El posadero no quiere problemas con los viejos soldados ni con las autoridades, y en cuanto los soldados se marchan sale de la parte de atrás, apaga las velas y se va a la cama.

9 de noviembre de 1938

«**oíd, ciudadanos, honestos hombres**»

Esta noche, la sala pública del Refugio de los Cazadores, en la esquina de la Frankfurterplatz y el Mauerweg, está iluminada y abarrotada por un escuadrón de viejos soldados que celebran el decimoquinto aniversario de la liberación de la patria de las cadenas de Versalles. Es el aniversario del Putsch *de Múnich, durante el cual el Führer fue arrestado y encarcelado. Los viejos soldados son las tropas de reserva de la Sturmabteilung nazi, o SA, y el Refugio de los Cazadores es su lugar de reunión habitual.*

Habitualmente se reúnen los viernes por la noche, y hoy es miércoles. Pero el 9 de noviembre, sea cual sea el día de la semana, es la mayor de las celebraciones del Partido Nacional Socialista. El 30 de enero (el día en que el Führer ascendió al poder) y el 20 de abril (el cumpleaños del Führer) son fiestas nacionales. El 9 de noviembre es la fiesta del Partido.

La celebración formal ha tenido lugar a las siete y media de la tarde en el Teatro Municipal. Como siempre, hubo demasiados discursos, y uno de los poetas del Partido, Siegfried Ruppel, recitó demasiados de sus

poemas dedicados al Partido. Luego los cuatro escuadrones de las SA de Kronenberg han marchado uniformados hasta sus lugares de reunión habituales, el escuadrón de reservistas, a la sala del piso de arriba del Refugio de los Cazadores. Se han anunciado los ascensos, como se hace todos los 9 de noviembre, y luego el escuadrón ha seguido al Sturmführer Schwenke a la sala pública para tomarse una cerveza o dos. Son las diez.

«**oíd, nuestro reloj acaba de dar las diez**»

Las diez en punto, exactamente, y si quieres comprobar tu reloj de pulsera puedes hacerlo mediante las señales horarias en Radio Nacional o marcando el 6 en el teléfono para obtener el tono que señala cada medio minuto siguiendo la hora del meridiano de Greenwich. La campana de la parroquia, dotada ahora de maquinaria, empieza a dar la hora después de la séptima campanada de la iglesia de Santa Catalina, que también es mecánica. Cuando el sexto tañido de la parroquia está a punto de desvanecerse, el gallo mecánico cacarea en la cima del ayuntamiento, aquí y allí le responde algún gallo de carne y hueso, unos pocos perros ladran, muge un buey en un campo lejano, y la ciudad está silenciosa. Dice la tradición que las dos campanas y el gallo del ayuntamiento llevan siglos desacompasados.

Diez en punto. Los policías de patrulla abren sus cabinas de teléfono en la esquina e informan: «Schmidt al habla. Todo en orden», y el sargento de guardia responde: «Bien». Las luces se apagan excepto en los cines, las posadas y hoteles, las clínicas universitarias y las habitaciones de estudiantes y los despachos de los profesores, en los tranvías y en la estación de tren y los cruces, y en las esquinas de las calles, débilmente iluminadas por una bombilla colgada en lo alto.

Kronenberg es una tranquila ciudad universitaria de veinte mil habitantes: en realidad, dos ciudades, la universidad y la ciudad, aunque la universidad, como todas las del continente europeo, se encuentra diseminada por toda la ciudad en lugar de tener un campus.

En Kronenberg todo ha estado siempre tranquilo. En los años que precedieron al nacionalsocialismo hubo alguna pelea callejera ocasional, y uno o dos mítines socialdemócratas o nazis fueron disueltos. (Los comunistas no eran lo bastante fuertes para organizar mítines.) En 1930, cuando se prohibieron los uniformes partidistas, el Partido desfiló

pacíficamente con camisas blancas, y cuando el Führer habló en Kronenberg en 1932, cuarenta mil personas se reunieron tranquilamente bajo una enorme carpa de circo en la pradera de la ciudad para escucharle. (Los mítines nazis al aire libre estaban prohibidos.) Ese fue el día en que se izó una esvástica en el castillo; en Inglaterra o Francia se hubiese considerado una travesura de estudiantes, pero en Kronenberg el culpable, que admitió orgulloso su culpabilidad, recibió una importante multa.

*Kronenberg se volvió nazi tranquilamente, y eso fue todo. En las elecciones de marzo de 1933, el NSDA, El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, obtuvo una mayoría de dos tercios, y los socialdemócratas fueron expulsados del poder. Únicamente la universidad —*y *no toda la universidad— y el núcleo duro de los socialdemócratas resistieron hasta el final, y en una ciudad no industrial como Kronenberg no había sindicatos que sustentasen la base de masas de los socialdemócratas. Ahora, en 1938, Kronenberg era nazi con tanta certeza como cualquier otra ciudad de Alemania.*

Por supuesto, Kronenberg no es Alemania. De entrada, se encuentra en la región de Hesse, y Hesse es conservadora, «atrasada», si se prefiere; cuando los oriundos de otras regiones quieren tachar de estúpido a alguien, le llaman blinder Hesse, *«hessiano ciego». Y Kronenberg, tan antigua e inmutable, apartada de la principal línea férrea y de la autopista, es conservadora incluso para ser de Hesse. Pero su propio conservadurismo es una mejor garantía para la estabilidad del Partido que el radicalismo de las ciudades, donde los comunistas vociferantes de ayer son los nazis vociferantes de hoy y nadie sabe bien a favor de quién gritarán mañana. Una ciudad tranquila es lo mejor.*

«**diez mandamientos nos dio dios**»

En la sala pública del Refugio de los Cazadores se habla (como era de esperar tratándose de viejos soldados) de los viejos tiempos, y el Sturmführer Schwenke es uno de los que más habla, como de costumbre. Pero, hay que reconocerlo, sabe contar historias; cuando un personaje de una historia ruge, Schwenke no dice que rugió, sino que se pone a rugir. Cuenta cómo, quince años atrás, las SA de Kronenberg recibió la orden de reunirse el 9 de noviembre y esperar a que le avisasen del putsch. *Eran*

ciento ochenta y cinco, esperando a los camiones que les habían de llevar a Fráncfort. Esperaron todo el día. El aviso no llegó nunca.

—No me sentí demasiado decepcionado —dice Schwenke—. Era prematuro. Siempre lo he dicho. Ese es el problema con los hombres que ocupan los puestos superiores, se interponen entre el Führer y los hombres como yo que conocen al pueblo y las condiciones. N'ja *[lo que en dialecto hessiano equivale a «Bueno»], cuando el Führer salió de la cárcel y reorganizó el Partido aceptando solo a quienes sabía que le eran fieles, ese fue el principio correcto. Con ese principio, el de seleccionar a los mejores, nada podía detenernos.*

La conversación deriva hacia otro 9 de noviembre, el de 1918, y aquí de nuevo es Schwenke quien lleva la voz cantante:

—Estaba de guardia en Erfurt aquella noche. Llegó al puesto un bolchevique vestido de civil que quería hablar con los soldados. Los hombres me eligieron a mí para que los representase. El bolchevique dijo que deberíamos unirnos a los habitantes de la ciudad y formar un Consejo de Obreros y Soldados. Le dije que formaríamos nuestros propios Consejos sin rojos. Dijo que tenían tres cañones apuntando hacia nuestro puesto, y yo le contesté que teníamos dos ametralladoras apuntándoles a ellos, y que estábamos dispuestos a jugárnosla. Ni ellos tenían cañones, ni nosotros ametralladoras, pero conseguí achicarlo.

—Apuesto a que sí —dice uno de los SA más jóvenes, que se ha acercado desde otros escuadrones.

Parece que esta noche la charla se alarga. Va a pasar algo, aunque nadie sabe qué es.

Dos días atrás, el agregado de la embajada alemana en París, Vom Rath, fue tiroteado por un judío polaco. De inmediato se desató en la radio nacional alemana una intensa campaña contra los judíos. ¿Acaso los alemanes en todo el mundo hemos de ser blancos fáciles para los asesinos judíos? ¿Debe el pueblo alemán quedarse de brazos cruzados mientras los representantes del Führer son abatidos por los cerdos judíos? ¿Deben quedar sin castigo esos Schweinehunde*? ¿Vamos a contener por más tiempo la ira del pueblo alemán contra la escoria israelita? «Si Vom Rath muere, los judíos de Alemania lo pagarán ante el pueblo alemán, no mañana, sino hoy mismo. El pueblo alemán ha soportado durante demasiado tiempo a esos parásitos asesinos.*»

Era obra del Doctor Goebbels, al que casi todos odiaban y no amaba nadie; incluso en el leal círculo de Schwenke al ministro de Ilustración Pública y Propaganda se le conocía, discretamente, como Jupp der Stelzfuss, *o Pepe el Cojo. La gente de la universidad no escuchaba este tipo de emisiones o, si las escuchaban, lo hacían con miedo. Los habitantes de la ciudad…, los de la ciudad se limitaban a escuchar. Escucharon mientras el tono de la campaña crecía cada hora. Cada hora, el estado de Vom Rath se agravaba. Era seguro que moriría, y murió, el 9 de noviembre, en el aniversario del día más grande en la historia del pueblo alemán, el día en que, quince años atrás, los libertadores de la patria habían derramado su sangre por la libertad en Múnich.*

Desde primera hora de la tarde, el tono ha ido subiendo en la radio, y a estas horas el Diario de Kronenberg *se ha unido a él. Por todos lados corren rumores. «Algo va a pasar.» ¿Qué?*

En el acto del Teatro Municipal, poco antes esa misma tarde, no se ha mencionado a Vom Rath ni a los judíos; extraño. El espíritu de represión es infeccioso. En el Refugio de los Cazadores, donde, por lo general, los hombres de las SA (en especial los hombres de las SA) cuentan historias sobre la depravación de los judíos y el liderazgo que ostentan las SA en la Judenkampf, *esta tarde no se ha dicho una palabra sobre los judíos, ni siquiera sobre el asesinato en París. Nadie sabe por qué. «Algo va a pasar.» Nadie sabe qué.*

«**que conviene obedecer**»

La puerta del Refugio de los Cazadores se abre y entra el comandante de las SA de Kronenberg, el Standartenführer Kühling, de uniforme.

—¡Atención! —grita el Sturmführer Schwenke.

Los hombres de las SA se ponen en pie.

—¡Heil Hitler! —dice el Sturmführer Schwenke, al tiempo que hace el saludo.

—Heil. Pueden sentarse —dice el Standartenführer, sin devolver el saludo.

Los hombres de las SA se sientan.

—Sturmführer, kommen Sie mal her, *venga aquí un momento —dice el Standartenführer.*

Schwenke se levanta y se acerca a él.
El Standartenführer dice:
—Heute geht die Synagogue hoch, *hoy va a arder la sinagoga.*
Es casi medianoche.

1. DIEZ HOMBRES

1. Karl-Heinz Schwenke, Sturmführer y conserje (anteriormente, sastre), 54 años

Era casi la medianoche del 9 de noviembre de 1938 cuando el Standartenführer de las SA de Kronenberg entró en el Refugio de los Cazadores, en la esquina de la Frankfurterplatz y el Mauerweg, y dijo:

—Esta noche va a arder la sinagoga.

Según la reconstrucción de la escena efectuada por participantes y testigos quince años más tarde, en la sala pública de la posada había veinte o veinticinco miembros uniformados del escuadrón de reservistas de las SA, compuesto por hombres de más de cincuenta años, además de cinco o diez miembros de otros escuadrones que estaban de paso. No había otros clientes y el posadero testificó en 1948 que toda aquella noche estuvo «entrando y saliendo» de la sala pública y no pudo oír la conversación ni recordaba quiénes estaban presentes.

Una vez que hubo hablado Kühling, el Sturmführer Schwenke se volvió hacia los hombres que se hallaban en la sala pública y dijo:

—Ya habéis oído lo que ha dicho el Standartenführer. Los que quieran ayudar, que vengan a la sala privada conmigo.

El Standartenführer dijo:

—Volveré. —Y salió del local.

Según los testigos, aproximadamente la mitad de los hombres allí presentes siguieron a Schwenke a la sala privada y cerraron la puerta tras ellos.

Schwenke la volvió a abrir desde dentro para decir: «No más bebida», y la cerró de nuevo. Los que permanecían en la sala pública continuaron en silencio durante unos momentos y luego empezaron a hablar en voz baja. Más adelante declararon que podían oír las voces, aunque no podían distinguir las palabras, de la otra sala.

Veinte minutos después, el Standartenführer volvió a entrar en el Refugio de los Cazadores. Los doce hombres más o menos que seguían en la sala pública estaban comiendo pan con mantequilla y bebiendo café, jugaban a las cartas, leían el periódico o simplemente estaban ahí sentados. Se pusieron en pie y dijeron:

—Heil Hit…

—¿Siguen ahí? —preguntó el Standartenführer.

—Sí, Herr Standartenführer.

El Standartenführer abrió la puerta que comunicaba con la sala privada y la conversación cesó en su interior. La docena aproximada de hombres que allí había se pusieron en pie y dijeron:

—Heil Hit…

—*Jetzt mal, los!, los*! Venga, ¡en marcha!, ¡en marcha! —les apremió el Standartenführer desde la puerta—. Usted, Sturmführer.

—Sí, Herr Standartenführer —dijo Schwenke—. Pensaba enviar a un par de hombres de reconocimiento.

—Usted será uno de ellos, Sturmführer.

—Sí, Herr Standartenführer. Oye, Kramer, ven conmigo. El resto de vosotros, quedaos donde estáis hasta recibir órdenes.

—Volveré —dijo el Standartenführer, marchándose de nuevo.

Kramer y Schwenke se dirigieron hacia el oeste por el Mauerweg. Media manzana más allá, frente al Café Schuchardt, se detuvieron a la entrada del establecimiento, que estaba a oscuras. Kramer miró calle arriba y abajo.

—No hay policía —dijo.

—Ni rastro —dijo Schwenke.

Atravesaron la calle hasta la sinagoga, abrieron la cancela de hierro y dieron la vuelta al edificio, probando las puertas laterales y la de atrás. La puerta del cuarto de calderas no estaba cerrada, y por ella entraron. Al cabo de pocos minutos, volvieron a salir. Cuando los vieron entrar en la sala privada del Refugio de los Cazadores, los hombres se pusieron en pie y dijeron:

—Heil…

—Pechmann —dijo Schwenke—, os quiero a ti y a Heinecke y…, vamos a ver…, a Dowe. Arriba. Rápido. Vosotros —dirigiéndose al resto— quedaos aquí. Es un deber. ¿Me habéis oído?

Los cinco, incluido Kramer, subieron a la sala donde se reunían las SA. Al cabo de pocos minutos, volvieron a bajar.

—No me importa —iba diciendo Schwenke—, podemos utilizarlo. Algo hemos de tener.

—Pero es aceite para suelos —dijo Pechmann—, y es propiedad del teatro.

—No me importa —dijo Schwenke—, mientras sea aceite. Es un deber. Ya has oído al Standartenführer, Pechmann.

—Sí, Herr Sturmführer —dijo Pechmann.

Pechmann, Heinecke y Dowe se dirigieron hacia el Teatro, a una manzana de distancia del Refugio de los Cazadores, mientras Schwenke y Kramer regresaban al cuarto de calderas de la sinagoga. En pocos minutos, los otros tres SA entraron en el cuarto de calderas llevando cuatro bidones de doce litros entre los tres. Oyeron pasos sobre su cabeza, en la sinagoga.

—¿Puedo irme ya? —susurró Pechmann—. Mi turno empieza a las seis de la mañana.

—Anda, vete, cagado —dijo Schwenke.

—Gracias, Herr Sturmführer —respondió Pechmann. Heinecke y Dowe se fueron con él, sin pedir siquiera permiso.

—Cagados —dijo Schwenke.

Después de la guerra, Pechmann testificó contra Schwenke, pero ratificó la afirmación de Schwenke de que se habían oído pasos en la sinagoga encima de sus cabezas mientras los hombres de las SA estaban en el cuarto de calderas. Schwenke negó haber tenido nada que ver con el aceite para suelos sustraído del teatro; él, dijo, solo había hecho un reconocimiento. Los cuatro bidones nunca se encontraron.

Schwenke y Kramer regresaron al Refugio de los Cazadores cerca de la una de la madrugada. El Sturmführer se dirigió a una mesa situada en una esquina de la sala pública. Pasaron diez minutos. En la sala pública nadie decía palabra; la conversación de los hombres de la sala privada, tras la puerta, seguía llegándoles en murmullos. Las dos campanas de iglesia dieron la una y cantó el gallo del ayuntamiento. Luego se hizo de nuevo el silencio. Schwenke le dijo algo a Kramer, y este salió de la posada. Ninguno de los hombres en la sala levantó la cabeza. Kramer regresó y le dijo algo a Schwenke. Entonces Schwenke salió de la posada para regresar de inmediato.

—¡Hombres de las SA! —gritó—. ¡Está ardiendo la sinagoga! ¡Afuera, todo el mundo! ¡Cerrad la calle! ¡Es peligroso!

Una voz dijo:

—¿Llamamos a los bomberos?

—¡Yo me hago cargo! —gritó Schwenke—. ¡Cerrad la calle! ¡Es peligroso! *Schnell*! ¡Deprisa!

Luego dio media vuelta y se fue, seguido por todos los hombres de las SA que estaban en la posada.

En cuanto el último hombre hubo salido por la puerta, el posadero del Refugio de los Cazadores entró en la sala pública por la puerta batiente que había tras la barra. Cerró la puerta de la calle, le dio vuelta a la llave, apagó las luces y se fue directo a la cama.

2. Gustav Schwenke, soldado (anteriormente, aprendiz de sastre desempleado), 26 años

Neuhausen es una pequeña localidad de vacaciones junto al Mariasee, a una hora si se toma el autocar de Correos y dos horas (y veintidós céntimos más caro) si es con el barco de vapor panorámico, de la antigua ciudad textil y minera de Lich, al sur de Austria. La noche del 9 de noviembre de 1938 la pensión Goldener Engel —el Ángel Dorado— no tenía ningún huésped, a excepción del soldado Gustav Schwenke, de la Policía Militar alemana, y la que era su esposa desde hacía un mes. Estaban en su luna de miel.

De hecho, era la primera vez que estaban juntos desde los tres terribles días que pasaron en Kronenberg cuando contrajeron matrimonio un mes antes. Aunque, en el último momento, Gustav había decidido no coger el vapor panorámico desde Lich, sino el autocar de Correos y así ahorrar en el pasaje, hay que reconocer que había tomado una habitación muy bonita en el Goldener Engel. Por supuesto, le aplicaron la tarifa militar, con el descuento por temporada baja y (tras arduas negociaciones con su anfitrión, con su novia a su lado esperando) el descuento especial por tres noches (a pesar de que los Schwenke solo iban a permanecer allí dos, lo que duraba el permiso que había obtenido Gustav de su puesto en Lich).

Durante aquellos terribles tres días en Kronenberg, tras la boda en octubre, se habían alojado en casa del novio, con el padre y la madre y con su hermana y su hermano menores. El padre del novio, el Sturmführer de las SA Schwenke, estaba en contra de la boda porque el padre de la novia ni

siquiera era miembro del Partido, y la novia (hasta donde podía saber el Sturmführer Schwenke, la novia nunca dijo nada) podría ser incluso una *Gegner*, una opositora al régimen. La esposa del Sturmführer Schwenke detestó a la novia desde el principio y afirmaba que la familia de la novia tenía «un historial de ataques». Aquellos tres días en Kronenberg, después de la boda, la novia se los pasó llorando (y Gustav odiaba los llantos), mientras la señora del Sturmführer Schwenke decía: «No puede evitarlo, pobre chica, es hereditario».

Al Sturmführer Schwenke le hubiese gustado que su hijo mayor se casase con una mujer fuerte del Partido; cualquier mujer fuerte del Partido. Al chico no le entusiasmaba el Partido, de no ser por su antisemitismo. En 1932 se mostró dispuesto a afiliarse —más que dispuesto— cuando su padre le consiguió su primer trabajo, en la policía de las SA. Pero eso fue por el trabajo. Un trabajo, cualquier trabajo, eso era lo que le importaba. Un buen chico, pero no tenía el espíritu de su padre.

No resultaba extraño. Y casi era un milagro que tuviese algún espíritu, fuese el que fuese.

Gustav Schwenke había mojado la cama hasta los veintidós años.

Su madre, cuyo tema de conversación favorito eran las enfermedades (ella las padecía en abundancia, pero su marido «jamás había estado enfermo», si se exceptuaban sus heridas de guerra), le explicaba a todo el mundo en Kronenberg su problema con Gustav, su niño difícil. Todo Kronenberg sabía que Gustav Schwenke mojaba la cama, y Gustav sabía que ellos lo sabían, y cómo lo habían sabido.

Mucho antes de los doce años ya odiaba a su madre. Un silbido de su padre y acudía; mil silbidos de su madre y se escondía. Cuando él tenía doce años, su madre se quedó embarazada. Ella le preguntó: «¿Y si es un hermanito?», y él dijo: «Si llora por las noches, le cortaré el pescuezo». Cuando el pequeño Robert llegó, lloraba por las noches, y cuando él lloraba, Gustav mojaba la cama. El pequeño Robert mojaba la suya, como es natural. «Por eso llora —le decía su madre a Gustav—, porque le da vergüenza mojar la cama.» Gustav nunca lloraba.

Después del colegio, Gustav tenía que empujar a su hermanito de paseo en un carrito, y los otros niños, además de llamarle *Bettnässer*, le llamaban *Kindermädchen*, niñera. Un día, para poder jugar, Gustav dejó el carrito, con el pequeño Robert montado en él, en la cima de un largo tramo de escaleras de piedra que partía de la plaza del Mercado, y de algún modo

el carrito se precipitó escaleras abajo. Un hombre lo detuvo a la mitad y Robert se cayó y lloró. Robert no se hizo daño, pero Gustav recibió la peor paliza de su vida.

A los quince años, cuando Gustav era aprendiz de su padre, la sastrería Schwenke quebró y toda la familia se quedó en paro. Entonces Gustav descubrió que su padre estaba más interesado en la política que en su trabajo, y que era capaz de quitarle a su familia el pan de la boca para hacerse un uniforme o viajar el Día del Partido Nazi a Múnich o Weimar o Núremberg. Su padre, un derrochador, y la familia, hambrienta. Gustav siempre había sido agarrado, solía guardar comida, trozos de tela, clavos; ahora se había convertido en un verdadero avaro, y siguió siendo siempre un avaro, aunque, por desgracia, con nada que ahorrar, incluso en sus años jóvenes, aparte de comida, trozos de tela, clavos.

La habitación del Goldener Engel de Mariasee era bonita, pero cara. Aun así, un joven no se casaba todos los días. Y, cuando Gustav no estaba en Kronenberg, no se sentía tan mal por gastar un poco. No se sentía tan mal respecto a nada. Lejos de Kronenberg tu novia no lloraba y tu madre no hablaba y tu padre no se compraba uniformes y tú no mojabas la cama y el carrito no caía escaleras abajo y tú no volverías nunca a Kronenberg y no te importaba lo que hiciesen allí o en cualquier otro lugar aquella noche. Era pasada la una de la madrugada cuando el soldado Gustav Schwenke se quedó dormido junto a su novia en la pensión Goldener Engel, a trescientos kilómetros de la sinagoga en llamas en Kronenberg.

3. Carl Klingelhöfer, ebanista (y ayudante del jefe del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Kronenberg), 36 años

Sonó el teléfono junto a la cama de Klingelhöfer en su casa de la Altstrasse en Kronenberg, no la alarma de incendios colgada de la pared. Quien llamaba era la hermana del ebanista, Frau Schuchardt, cuyo esposo era propietario del Café Schuchardt en el Mauerweg. Su voz era un susurro aterrorizado: «Carl, la sinagoga está ardiendo. Por dentro. *Schwer*, mucho.» Era la 1.25 de la madrugada.

Klingelhöfer se puso la ropa, las botas y su chaquetón de bombero y montó en su bicicleta. Podría haber llamado al encargado de la alarma nocturna o, de camino hacia el Mauerweg, haber hecho sonar la alarma de la iglesia de Santa Catalina; pero no lo hizo. Sobre la adoquinada Altstrasse tenía que pedalear lentamente pero luego, en la asfaltada Hermann-Göring-

Strasse y desde el Werneweg hasta la Frankfurterplatz, fue a velocidad de carrera, pues era un hombre que (aparte de tocar la flauta y pintar cuadros) siempre había sido físicamente activo, un antiguo miembro del club excursionista, que a sus treinta y seis años tenía el fuelle de un jovenzuelo.

No había policía en el lugar del suceso; los hombres de las SA habían cerrado el Mauerweg. Pero, en la escena de un incendio, los bomberos alemanes adquieren automáticamente el rango de policías de uniforme, y Klingelhöfer atravesó el cordón de las SA y la cancela que llevaba al jardín de la sinagoga. Por las ventanas rotas había empezado a salir humo a borbotones, un humo negro y denso. «Aceite», dijo el bombero incluso antes de olerlo. Desde el lado que quedaba protegido del humo, iluminó con su linterna el interior del edificio. Lo que llamó la atención a su ojo experimentado fue que el fuego ardía en varios lugares distintos: incendio provocado.

Ante la indiferencia del Sturmführer Schwenke, atravesó corriendo la calle hasta el café de su cuñado y aporreó la puerta; y cuando un soñoliento (al menos en apariencia) Fritz Schuchardt la abrió, Klingelhöfer se precipitó en su interior y llamó al encargado de la alarma. «Estoy al tanto —dijo este —. El aviso de tu casa ha sonado a la 1.38.» Klingelhöfer, oyendo sirenas de bomberos en la calle, colgó.

Cuando la primera brigada se acercaba, se pudo oír un enorme zumbido; la corriente de aire ascendente había destrozado los rosetones que adornaban la cúpula de la sinagoga y las chispas volaban por el cielo. La cúpula de madera era casi tan alta como los tejados de madera de las viejas casas de entramado de la Adolf-Hitler-Strasse (antes Hochstrasse), una calle construida sobre las ruinas de la antigua muralla de la ciudad, detrás de la sinagoga. Si aquellas casas prendían, ardería toda la ciudad. El ayudante Klingelhöfer aconsejó al jefe de bomberos que enviase a dos de las tres brigadas a la Hitler-Strasse —presa del nerviosismo, se refirió a ella como Hochstrasse— y que llamase a las brigadas de los pueblos de Kummerfeld y Rickling, a doce y diecisiete kilómetros de distancia respectivamente, para que les sustituyesen en la sinagoga. El jefe estuvo de acuerdo y Klingelhöfer consiguió un reflector y forzó la puerta principal del edificio en llamas. Todos los bancos y los atriles de oración se encontraban amontonados encima y alrededor de la tarima de madera situada en el centro de la sala de oración. Allí, el fuego ardía con intensidad y originaba una corriente ascendente. Cuatro pilares de madera que se elevaban desde

las esquinas de la tarima sostenían la cúpula. Las llamas ocultaban las bases de las columnas; más arriba, estaban ennegrecidas.

Un poco atontado, el bombero rodeó la sala y entró en una habitación más pequeña, la sacristía, quizá. Había un arcón. Lo abrió y fue sacando su contenido, una especie de paños de altar y parejas de colgaduras bordadas. Salió por la sala de oración. Frente a la cancela del jardín había un policía —uno solo— y Klingelhöfer le entregó todo el material. Eran las tres de la madrugada.

No había manera de frenar la corriente ascendente; la propia cúpula estaba incandescente ahora. Una parte de esta se derrumbó con un rugido; una columna de fuego se elevó en el aire. Sería peligroso aventurarse en la sala de oración, a causa de las columnas. Klingelhöfer volvió a entrar con cuidado. Ahora que la cúpula había en parte desaparecido, la corriente que subía hacia arriba era más fuerte y podía distinguirse el tramo inferior de las dos columnas delanteras. Una de ellas había ardido hasta una altura de un metro y pico y ya no tenía más que unos seis centímetros de diámetro; la otra, aunque chamuscada hasta una altura similar, parecía que podría aguantar. Pero no era posible distinguir las dos columnas traseras.

Ahora el humo se disipaba a mayor velocidad y, con su reflector, Klingelhöfer distinguió en la pared oriental un par de colgaduras bordadas parecidas a las que había rescatado del arcón. Estaban chamuscadas, y pudo observar que, detrás de ellas, en la pared, había algo empotrado. Cuando, muchos años después, le pregunté si sabía lo que era, me dijo que no, y cuando le dije que era el arca de la alianza respondió: «El arca de la alianza… Vaya, vaya». Él era miembro de la junta de la iglesia parroquial.

4. Heinrich Damm, responsable de las oficinas de la sede central del Partido (anteriormente, vendedor en paro), 28 años

Heinrich Damm era un chico de campo, aunque hacía diez años que vivía en la ciudad. Tras el acto de celebración del Partido regresó a casa a las 9.15, y a las 9.30 estaba en la cama y durmiendo en su apartamento, situado en el ático de la Kreisleitung, la sede central del Partido en Kronenberg. Pero aquella noche tenía el sueño ligero; por la ciudad corrían rumores, y se decía que en las oficinas de las SA, en el sótano de la Kreisleitung, había visitantes de fuera y una actividad insólita. Al oír un ruido en el piso inferior, bajó. Era el Kreisleiter, el jefe del distrito.

—¿Qué le trae por aquí, jefe? —preguntó Damm. (Como a toda la gente de campo, le resultaba difícil aclararse con los nuevos cargos como los de Herr Kreisleiter, pero en el caso de Damm a nadie le importaba; era capaz de lidiar con la gente de campo mejor que nadie en la organización.)

—Tengo trabajo —contestó el Kreisleiter, sin dirigirle la mirada.

Damm regresó a la cama.

Eran las tres de la madrugada cuando le despertó un estruendo en algún lugar. Por la zona de la Hitler-Strasse se veía un resplandor y chispas que revoloteaban en el aire. En diez minutos —y sin despertar a su mujer, una chica de campo, que estaba profundamente dormida— se plantó en la sinagoga. El lugar estaba lleno de hombres de las SA y de bomberos. Frente a la cancela del jardín un policía montaba guardia. Al otro lado del cordón de las SA había unos cuantos mirones (sorprendentemente pocos, para ser un fuego tan grande). Damm murmuró: «*Blödsinn*, tonterías», y se volvió a su casa. Allí despertó a su mujer y se lo contó.

—¿Qué te parece, Heinrich? —dijo. Siempre le preguntaba a Heinrich su parecer en todo.

—*Blödsinn* —respondió este—. ¿Nos habrían detenido a nosotros si hubiesen quemado nuestro cuartel general?

Se estaba desnudando cuando sonó el teléfono. Era el Kreisleiter, desde su casa.

—¿Puedes traer tu coche, Heinrich? Hemos de salir de la ciudad.

El Kreisleiter, cuyo padre había sido profesor de universidad, siempre se hacía acompañar de Heinrich cuando salía de la ciudad.

De camino a Spelle, la localidad grande más cercana, permanecieron en silencio. Al llegar a Spelle, el Kreisleiter dijo:

—¿Qué te parece, Heinrich?

—¿Qué le parece a usted, jefe?

—Es como si, en los viejos tiempos, ellos hubiesen tratado de detenernos a nosotros quemando la Kreisleitung.

—Caramba, jefe, tiene usted razón —dijo Damm—. No se me había ocurrido pensarlo. Es *Blödsinn*, una tontería.

—Tenemos que encargarnos del distrito —dijo el Kreisleiter cuando se detuvieron frente a la Kreisleitung de Spelle—. Ha llamado el ayudante del Gauleiter. Órdenes del canciller del Reich Göring. Está sucediendo en todas

partes, por toda Alemania. Hay que pararlo cuanto antes. Quienquiera que toque algo de *Volksgut* debe ser castigado.

Damm miró de reojo al Kreisleiter cuando este habló de *Volksgut* —«propiedad del pueblo alemán»—, pero no dijo nada.

Casi amanecía cuando regresaron a Kronenberg.

—¿Adónde vamos, jefe?

—A casa —respondió el Kreisleiter.

Cuando iba a meterse de nuevo en la cama, la mujer de Damm le dijo:

—¿Qué te parece, Heinrich?

—*Blödsinn* —contestó Damm, que era uno de los «violetas de marzo», los que en 1933 se habían apresurado a afiliarse al Partido—. Es como si, en los viejos tiempos, ellos hubiesen tratado de detenernos a nosotros quemando la Kreisleitung.

5. Horstmar Rupprecht, estudiante de secundaria, 14 años

El estruendo —de la cúpula de la sinagoga— que había despertado a Heinrich Damm despertó a los Rupprecht de la Klinggasse, a tres manzanas del incendio. Desde las ventanas del segundo piso de su casa vieron las chispas y salieron al tejado por la claraboya. Allí pudieron ver la semicúpula incandescente. La madre de Horst le cogió la mano; él detestaba que le cogiesen de la mano.

—Papá —le dijo su madre a su padre—, es la sinagoga.

El padre no respondió.

—Claro que es la sinagoga —dijo Horst, excitado—. *Juda verrecke*! ¡Mueran los judíos!

—Baja de ahí —dijo su padre.

—Ostras, aún no, papá.

Su padre abrió la claraboya.

—¿Puedo acercarme al incendio, papá? Estarán todos allí. ¿Puedo?

La familia —Horst era hijo único y el único de la familia tanto materna como paterna que había cursado estudios secundarios en lugar de formación profesional— entró por la claraboya y bajó al desván. Estaba oscuro como boca de lobo y Horst, aún con la mano sujeta por su madre, pudo oír cómo su padre se detenía en vez de abrir la puerta que daba a las escaleras.

—Estarán todos allí, pa. ¿Puedo?

—No todos estarán allí, Horstmar. Tú no estarás allí.

Eso era un discurso inusual tratándose de Emil Rupprecht. Un largo discurso, y eso quería decir que otro más largo le seguiría. La mano de Horst dejó de revolverse dentro de la de su madre.

—¿Dónde has aprendido a decir *Juda verrecke*? —dijo su padre.

—En las *Ha-Jot*, las Juventudes Hitlerianas —respondió Horst.

—Vaya —dijo su padre—, en las *Ha-Jot*.

—No nos lo enseñan, pa, solo se oye por ahí. Los otros niños lo dicen. Todos lo dicen.

—Igual que «Estarán todos allí» —dijo su padre.

—Solo se oye decir, pa. ¿Entiendes?

—No.

Padre, madre e hijo seguían allí plantados. A sus catorce años, Horst no podía soportar lo que, de mayor, llamaría la *Schweigsamkeit*, la taciturnidad de su padre, igual que no podía soportar lo que denominaría el *Kadavergehorsam* de su madre, su sumisa obediencia a su marido. Horst era uno de esos chicos de catorce años que se niegan a soportar cosas. Y era miembro de las *Ha-Jot*.

—Horstmar —dijo su padre (nunca le llamaba «Horst», y eso era algo que tampoco podía soportar)—, ¿sabes lo que es una sinagoga?

—Pues claro —dijo Horst.

Su padre permaneció en silencio.

—Dile a papá lo que es, hijo —dijo Frau Rupprecht, que sentía temor tanto de su esposo como de su hijo.

—Es la… la iglesia de los judíos —dijo Horst.

—¿Y una iglesia? —dijo su padre— ¿Qué es una iglesia, Horstmar?

—Una casa de Dios, papá, ostras.

—Una casa de Dios, sin el «papá, ostras» —dijo su padre.

—Sí, papá, una casa de Dios.

—¿La casa de Dios?

—Sí, pa.

—¿Y tú, Horstmar, tú pretendes ir y ver cómo queman la casa de Dios?

—No, papá, no lo entiendes, ostras. Tú no…, ¿es que estás a favor de los judíos, pa?

Padre, madre e hijo seguían allí plantados.

—No, por supuesto que tu padre no está a favor de ellos, hijo —dijo Frau Rupprecht, que sentía temor de su esposo, de su hijo, de Dios y de

Hitler.

Emil Rupprecht abrió la puerta del desván y la familia bajó y se volvió a acostar. Pero Horst estaba perturbado y excitado. En cierto modo sentía lástima de su padre, de un modo que nunca había sentido antes: toda su vida había sido un maquinista de tren, que ganaba 144 dólares al mes, un hombre corriente con un trabajo corriente y una mujer corriente y una casa corriente, un hombre que no decía nada porque, en realidad, no tenía nada que decir, un hombre que no sabía nada de política ni del mundo y que únicamente decía ser nazi. Horst tenía ocho años cuando su padre ingresó en el Partido en otoño de 1932; ahora sabía que su padre no era más que un imitador.

«¿Pretendes ir y ver cómo queman la casa de Dios?» Hombres que prenden fuego a casas por la noche. La casa de Dios. La casa de Horst, la casa de su padre. Horst se revolvió en sueños y se despertó, asustado. Siempre que Horst sentía miedo por la noche, miraba en el cuarto de sus padres para comprobar si estaban allí. Ahora se deslizó hasta la puerta y la abrió. Empezaba a clarear. Su madre estaba en la cama, pero su padre estaba sentado en la mecedora junto a la ventana. Eran las 5.15 de la mañana.

6. Heinrich Wedekind, panadero, 51 años

A las 5.15, los *Brötchen*, los panecillos del desayuno, tenían que estar en el horno para que el mozo los repartiese antes de las seis. En la parte trasera de su tienda de la Hitler-Strasse, Wedekind, el panadero, trabajaba vestido con zapatillas, pantalones, delantal (que necesitaba un cambio) y tirantes sobre su gruesa camiseta gris con manga tres cuartos. Metió los *Brötchen* en el horno y salió a la tienda para abrir la puerta, mirar la luz del amanecer y fumarse un puro. Había tenido la intención de acercarse hasta su huertecillo, en los límites de la ciudad, para trabajarlo un poco antes de que llegase el frío, pero parecía que iba a amanecer lluvioso. Ya iría al día siguiente.

Mientras estaba allí, de pie, pasaron dos hombres a los que conocía, procedentes de la Frankfurterplatz.

—¿Qué es lo que pasa a estas horas? —preguntó.

Le dijeron que la sinagoga se había quemado esa noche.

—Vaya —dijo, y regresó a sus *Brötchen*.

«La sinagoga», pensó.

En 1933 el panadero Wedekind era el encargado de su bloque por cuenta del Partido y, tal como él decía, un *flotter SA Mann*, un gallardo hombre de las Tropas de Asalto. Un día, mientras estaba sentado en el Felsenkeller tomando una cerveza, alguien tiró una piedra al escaparate de la zapatería del judío Mannheimer. Wedekind se precipitó dentro de la tienda y estaba sacando el dinero de la caja registradora —para protegerlo, únicamente— cuando se presentó la policía. Al día siguiente, el policía de paisano, el viejo Hofmeister, le llamó y le dijo que faltaba parte del dinero. El Partido se hizo cargo de ello, pero en la ciudad se rumoreaba que Baumert, el bolchevique socialdemócrata, había tomado una instantánea del panadero ante la caja registradora con las manos llenas de billetes. Por supuesto, era solo un rumor, pero Wedekind dejó las SA en cuanto encontró una buena excusa, cuando se abrió el departamento de Artes y Oficios del Partido en Kronenberg y le ofrecieron el ingrato cargo de mediador.

Mientras sacaba sus panecillos del horno, el panadero Wedekind pensaba que le gustaría ver la iglesia de los judíos quemada, pero, pensándolo bien, tal vez sería mejor ir al huerto y trabajarlo un poco. Para qué buscarse problemas; el asunto de la zapatería fue suficiente. Ya iría por allí al día siguiente, simplemente pasaría por delante de camino a la Frankfurterplatz y le echaría un buen vistazo. Así había que hacerlo.

De modo que dejó listos sus panecillos y subió arriba a desayunar con su mujer, que era tan gruesa y fuerte como él y hacía trabajo social para el Partido. No se hablaba con su mujer, ni con su hijo, cuya esposa estaba resentida porque a su marido le pagaban poco en la panadería, ni con su hija, que se había metido en problemas y no había manera de sacársela de encima. De hecho, el panadero Wedekind no era en absoluto un hombre alegre. Era un panadero y hacía pan. Cada mes hojeaba el número del *Maestros panaderos* de aquel mes. Cada día leía los titulares del *Diario de Kronenberg*. Tenía un ejemplar de *Mein Kampf* (¿y quién no?), pero no lo había abierto nunca (¿quién lo había hecho?).

Si hubiese sido un hombre profundamente reflexivo, el panadero Wedekind hubiese podido decirse, mientras se tomaba el desayuno: esta vida es trabajo. La próxima —ojalá uno pudiese estar seguro de ello— será diferente. En esta vida, en los malos tiempos trabajas sin ser recompensado. En los buenos tiempos, recibes recompensa. Pero, tanto si los tiempos son buenos como si son malos, trabajas. Estos son buenos tiempos. ¿El régimen? El régimen prometió a la gente pan, y yo hago pan. ¿El «Reich

que durará mil años»? Si dura mil años, bien; cien años, bien; diez años, sigue estando bien.

Eran las 6.15 de la mañana.

Empezaba a llover. A pesar de ello, el panadero Wedekind se fue al huerto.

7. Hans Simon, cobrador, 42 años

Hans Simon se levantó a las 6.15, como siempre, se afeitó, se enceró el bigotito, tomó el desayuno, en el curso del cual pasó revista al estado del mundo, como siempre, con su mujer, su hijo y su hija como audiencia, y salió de casa (dando un portazo) camino de la compañía eléctrica municipal para cumplir con sus visitas de la mañana. Pedaleaba en línea recta, sin desviarse lo más mínimo, preocupado por el estado del mundo.

Tenía derecho a estarlo. El jefe de célula Simon —jefe de célula era el cargo de menor categoría dentro del Partido— había sido uno de los primeros nazis de Alemania, y el primero de Kronenberg. El Sturmführer Schwenke, el sastre en bancarrota, siempre alardeaba de haber sido el primero. Siempre hablaba de «*wir alte Kämpfer*», nosotros los viejos luchadores, pero nunca había revelado cuál era su número de miembro del Partido y nadie había visto la insignia dorada que lo acreditaba. Simon ostentaba la suya prendida en la chaqueta, donde todos pudieran verla, y el trece de cada mes, por ejemplo, pasaba por debajo de escaleras y decía: «El trece no me da mala suerte. Mi número de miembro del Partido es el 5813, fui el alemán número cinco mil ochocientos trece en unirme al Partido, lo que me parece una suerte. Y, anteriormente, fui miembro *Freiheitsbewegung* del Führer, del Movimiento por la Libertad, antes del *putsch* en Múnich».

Estas reflexiones habían llevado a Simon, atravesando el puente del Werne, hasta la Frankfurterplatz, cuando vio un coche de bomberos media manzana más allá, en el Mauerweg, y una pequeña muchedumbre que era contenida por las SA. Estaba lloviznando, pero el cobrador decidió pedalear hasta allí; podría ser algo de suma importancia.

El edificio había desaparecido. Solo subsistían las paredes exteriores y parte de la cúpula de madera, aún humeante. Frente a la puerta de la verja de hierro que rodeaba el jardín estaba apostado un policía. Una mujer esmirriada repetía en un graznido a quien quisiera escucharla: «Una iglesia,

una iglesia, una iglesia». Los hombres de las SA le respondían; nadie más decía nada.

—Es una iglesia judía —le dijo uno de los hombres de las SA.

—Ni siquiera es una iglesia —dijo otro.

—¿Por qué no se apunta, abuela?

—Sea una chica judía.

—Una iglesia, una iglesia, una iglesia —seguía repitiendo la mujer.

El cobrador Simon, miembro número 5813 del Partido, insignia de oro del Partido, siguió pedaleando bajo la lluvia para cumplir con las visitas de la mañana mientras reflexionaba sobre el estado del mundo. Eran las 7.30 de la mañana.

8. Johann Kessler, inspector del Frente Nacional del Trabajo (anteriormente, empleado de banca en paro), 46 años

A las 7.30, el inspector Kessler bajó del tren de cercanías de Kummerfeld y caminó hasta su trabajo, en el Frente Nacional del Trabajo, en la Hermann-Göring-Strasse. Llegó allí a las ocho menos veinte (su jornada no empezaba hasta las ocho), y Picht apareció y dijo: «¿Has oído? Ayer noche quemaron la sinagoga, aquí y en todas partes».

Cuando salieron, él y Picht recogieron a Euler y los tres caminaron bajo la llovizna por el Werneweg hasta la Frankfurterplatz y el Mauerweg. Allí estaba, aún humeante.

Ninguno de ellos dijo palabra hasta que no estuvieron en el Werneweg, de vuelta a la oficina. Luego Kessler, un católico renegado que «predicaba» en el Movimiento de la Fe nazi, dijo:

—Esto significa un cambio. Un gran cambio.

—Quemar propiedades —dijo Picht meneando la cabeza—, quemar propiedades, ya se trate de una iglesia o de lo que sea…

—No va a hacer que nos quieran en el extranjero —dijo Euler.

—¿Es que ahora nos quieren? —dijo Picht.

Euler no le respondió.

—Un gran cambio —dijo Kessler de nuevo—, *eine Evolution.*

A Kessler le gustaba emplear un lenguaje florido.

Delante de ellos, alejándose del escenario del fuego, caminaba lentamente el pastor Tresckow, de la iglesia de Santa Catalina, un hombre anciano que siempre se había mantenido apartado de la política.

—*Der Pfarrer guckt auch*, el pastor también ha estado curioseando —dijo Euler.

En ese momento, se oyó un grito detrás de ellos:

—*Nächstesmal die Katherinenkirche*! ¡La próxima vez la iglesia de Santa Catalina!

Picht y Euler intercambiaron miradas, pero Kessler, el católico renegado, se detuvo en seco y miró hacia atrás. A ambos lados de la calle, la gente se apresuraba hacia el trabajo, algunos de ellos bajo sus paraguas. A excepción de Kessler, nadie se había parado ni había alzado la vista. El pastor Tresckow siguió caminando lentamente.

9. Heinrich Hildebrandt, profesor de instituto, 34 años

«¡Studienrat Hildebrandt! ¡Studienrat Hildebrandt!» El Studienrat Hildebrandt esperó hasta que Pfeffermann llegó a su altura. Pfeffermann era ahora estudiante universitario, pero había sido alumno de Hildebrandt en la sección de estudios clásicos del instituto. A Pfeffermann le caía bien Hildebrandt y lo admiraba. A pesar de que Hildebrandt era nazi, y bastante notorio, era un hombre extremadamente culto que sabía mucho de música y de literatura, un auténtico europeo. Se decía incluso —nadie tenía la certeza — que antes de llegar a Kronenberg había sido antinazi y que debía su supervivencia a la intervención personal de su padre, un antiguo coronel del ejército. Que Hildebrandt tuviese muchas ganas de hablar con Pfeffermann, un *Mischling* (su padre era la parte judía del matrimonio, lo cual era aún peor) era otro asunto, aunque lo cierto era que al profesor le gustaba ese alumno.

—¿Ha oído, Herr Studienrat? Han…, la sinagoga ha ardido.

—¿La sinagoga?

—Sí.

—¿Has estado allí?

—No. ¿Tendría tiempo para ir?

Herr Hildebrandt tenía tiempo aquella mañana; sus alumnos de la clase de literatura tenían un examen, y los días de examen él tenía el prurito de llegar siempre tarde, para demostrarles a sus alumnos que confiaba en ellos. Dudó un momento, luego empezó a ruborizarse y dijo:

—Sí, tengo tiempo.

Eran más o menos las 8.45 cuando llegaron allí. El fuego casi estaba extinguido, pero aún salía humo a través de la cúpula medio derruida del edificio. Los coches de bomberos, uno en el Mauerweg, el otro más arriba en la Hitler-Strasse, ya no bombeaban agua. Estaba chispeando.

—La sinagoga —dijo Pfeffermann menando la cabeza.

Hildebrandt, ruborizándose, no dijo nada. Se les acercó el americano, Henderson, un animado joven que estudiaba (con poco ahínco) en la Universidad de Kronenberg y que, a través de Pfeffermann, había conocido a Hildebrandt; les saludó sin estrecharles la mano (al estilo estadounidense) y preguntó, en alemán:

—*Was ist los*, Herr Studienrat?

Hildebrandt meneó la cabeza, sin responder. Sentía que se estaba ruborizando y, al advertirlo, enrojecía aún más.

Cuando entró en el aula, la clase dejó de escribir para ponerse de pie hasta que él les hubo deseado buenos días y se hubo sentado a su mesa. Abrió su maletín y sacó de él *Crimen y castigo*, en francés, con las cubiertas forradas de papel de estraza, para leerlo mientras la clase proseguía con su examen.

Siempre fuego, siempre fuego. El incendio del Reichstag. La quema de libros en la Paradeplatz de Königsberg. Por aquel entonces, en 1933, él era un antinazi, un hombre que cada día leía el *Baseler Nachrichter* y *Le Temps* y, de vez en cuando (con grandes dificultades, porque su inglés era pobre) el *Times* de Londres. Ahora era nazi, y los nazis quemaban sinagogas.

Sonó el timbre del mediodía. Los estudiantes le fueron entregando sus cuadernos de examen y cada uno de ellos le dijo «*Guten Morgen*, Herr Studienrat», pero el Studienrat, que leía su libro forrado de papel de estraza, ni los miró.

10. Willy Hofmeister, policía, 57 años

Era mediodía, y el policía de paisano Hofmeister del departamento de detectives de Kronenberg pedaleaba atravesando el puente sobre el Werne de camino al trabajo. La mañana del jueves la dedicaba a la pintura, pero no se puede pintar bajo la lluvia. Hofmeister padecía de envenenamiento por plomo crónico; se le permitía pintar una vez a la semana, al aire libre. Sus pinturas, óleos, eran, como las del ebanista Klingelhöfer, lo que un crítico de arte denominaría «arte de calendario» por lo que respecta a temática, tono y técnica, pero dentro de su estilo eran hábiles y delicadas.

Willy Hofmeister tuvo que abandonar su profesión de pintor de decorados a los veintiocho años. En 1908 se había convertido en policía en Kronenberg, primero como agente de tráfico y luego en el departamento de criminalística. En treinta años solo había habido tres homicidios en Kronenberg, y únicamente uno de ellos fue un asesinato (los otros dos fueron obra de un maníaco sexual). Dentro de tres años se retiraría con la pensión completa. No estaba mal, pero la ambición de Willy Hofmeister había sido pintar.

Cuando su mujer (que los jueves siempre le hacía quedarse en la cama hasta tarde y descansar) le dijo que se veía humo procedente de la Frankfurterplatz, Hofmeister supo de inmediato de qué se trataba. La mañana anterior, Oskar Rosenthal, el antiguo director del banco, había ido a su despacho y, de pie con las manos a los lados, había dicho, tal y como requería el protocolo nazi:

—*Ich bin der Jude*, Oskar Israel Rosen…

—*Bitte, bitte*, por favor, por favor, Herr Direktor —le dijo Hofmeister al antiguo director del banco—, siéntese, se lo ruego.

Cuando Rosenthal, presidente de la junta de la sinagoga de Kronenberg, le informó de que la noche anterior les habían roto varias ventanas y de que el portero había notado olor a gasolina, Hofmeister le dijo al anciano:

—Un agente lo investigará enseguida, Herr Direktor, en especial el olor a gasolina. Las ventanas, bueno, estas cosas son complicadas, ya sabe, bueno…, por el tiroteo en París de ayer.

—Comprendo, Herr Kriminalinspektor —respondió Rosenthal.

—Bueno —dijo el Kriminalinspektor Hofmeister, levantándose—, si me disculpa un momento, traeré al taquígrafo y puede dictarle su informe sobre el olor a gasolina y las ventanas, y luego formalizaremos la denuncia.

—No, no, Herr Kriminalinspektor —dijo Rosenthal—, preferiría no hacer el informe y desde luego no presentaré denuncia.

—Pero, Herr Direktor, hay que hacer un informe —dijo Hofmeister.

—Solo si usted insiste, Herr Kriminalinspektor —respondió Rosenthal.

El viejo policía se retorció su inmenso bigote blanco y dijo:

—Haré el informe yo mismo, Herr Direktor, una vez que hayamos investigado. Se tomarán todas las medidas posibles. —Le tendió la mano al antiguo director del banco y le dijo—: *Bitte*, Herr Direktor.

El anciano judío le estrechó la mano y dijo:

—*Bitte*, Herr Kriminalinspektor.

Hofmeister había enviado a un policía a la sinagoga para que investigase, y, antes de irse a casa al final del día, él mismo escribió el informe y lo guardó en los archivos policiales de Kronenberg, que fueron encontrados, medio chamuscados, en el callejón de atrás de la comisaría de policía cuando las tropas estadounidenses entraron en Kronenberg siete años más tarde. El informe, fechado el 9 de noviembre de 1938, decía:

«Sinagoga, Mauerweg, informe de ventanas rotas, etcétera.

»La investigación en el lugar de los hechos ha revelado que la noche del 8 de noviembre varios cristales de las ventanas de la sinagoga del Mauerweg resultaron rotos debido a que personas desconocidas lanzaron piedras contra ellos. Algunas de las piedras se encontraron en la sala de oración, otras en el jardín. En la parte del frontón sudoriental del edificio, justo bajo la ventana que da al cuarto de calderas, cuya ventana también ha resultado rota, se encontraron los restos de dos botellas de vino. Dichas botellas evidentemente se habían llenado de algún tipo de líquido, cuyo olor aún podía detectarse en los trozos de cristal y en su entorno inmediato, se habían tapado con papel y jirones de trapo, y se les había prendido fuego. Todos los indicios apuntan a una explosión de corto alcance, es decir, de efecto limitado. No se advirtieron daños en el edifico, aparte de la pared ennegrecida.

»No se encontraron pistas de valor criminológico.

»La búsqueda de los perpetradores, hasta el día de hoy a las 5.20 de la tarde, no ha dado frutos.

»No ha habido requerimiento de investigación por parte de las personas cuyos intereses se han visto perjudicados.»

Esto había sido la tarde anterior y ahora, mientras pedaleaba sobre el puente del Werne, el policía Hofmeister estaba preocupado. Antes de las seis de la tarde, el informe les habría llegado tanto a la policía de tráfico como a la policía criminal, y Hofmeister estaba seguro de que aquella noche habría habido un agente uniformado vigilando el edificio. A las SA —por supuesto habían sido las SA— no les gustaba la policía, y la policía por su parte despreciaba a las SA. De modo que debía de haber habido problemas. Hofmeister decidió acercarse a la sinagoga.

Había hombres de las SA por todas partes y únicamente un agente uniformado, Baumann, del departamento de tráfico, frente a la verja de la

sinagoga. Hofmeister habló con él, Baumann le respondió, Baumann le preguntó algo, y Baumann se encogió de hombros al contestar. Luego Hofmeister se retiró.

—Heil Hitler, Herr Kriminalinspektor!

Era Schwenke, el Sturmführer.

—*Morgen* —respondió Hofmeister, mientras montaba en su bicicleta.

En 1931 a Hofmeister le habían enviado a registrar el apartamento de Schwenke en busca de pruebas de tenencia ilegal de armas por parte de las SA y Schwenke le había di cho: «No ha encontrado nada en mi correo, Herr Kriminalinspektor; ¿cree que va a encontrar algo en mi apartamento?». Schwenke, el nazi. Ahora era Hofmeister, el nazi. Schwenke y Hofmeister. Al viejo policía le faltaban tres años para jubilarse, y el médico había dicho que si no trabajaba podía pintar.

En la comisaría le comunicaron a Hofmeister que debía presentarse ante el jefe de policía, el Oberinspektor.

—Herr Kriminalinspektor —dijo el jefe de policía, un hombre joven —, tengo aquí una orden que hay que ejecutar. Se la voy a leer y luego le pediré que la lea usted y que la firme.

—¿Que la firme, Herr Oberinspektor? —dijo Hofmeister.

—Que la firme.

La orden decía que todos los judíos varones de Kronenberg entre los dieciocho y los sesenta y cinco años tenían que ser puestos de inmediato bajo custodia protectora. La orden debía ser ejecutada antes de la medianoche del corriente, 10 de noviembre de 1938, por la policía criminal (que en Alemania siempre había podido practicar detenciones sin orden judicial). El Kriminalinspektor Hofmeister debía conducir a las siguientes personas —las iniciales de cuyos nombres iban desde la F a la M— a los almacenes del ayuntamiento, que se utilizarían para custodiarlos debido a la escasez de dependencias de custodia.

—¿Está claro, Herr Kriminalinspektor?

—Sí, Herr Oberinspektor.

—Seguirá de servicio hasta que todas las personas de su lista se encuentren bajo custodia, y más tarde se le compensarán las horas de más.

—Sí, Herr Oberinspektor.

El policía Hofmeister cogió su lista y comenzó su ronda, sin la bicicleta. No iba armado.

Fue una tarde larga. Habría podido serlo más, de no ser porque todos los hombres de la lista se encontraban en sus casas; ningún judío de Kronenberg había salido de casa desde la noche anterior. A pesar de todo, fue una tarde larga, y cuando el policía Hofmeister llamó al timbre junto a la sastrería de Salo Marowitz ya eran casi las nueve.

Marowitz abrió la puerta y dijo:

—Pase, Herr Kriminalinspektor.

—Gracias, Herr Marowitz.

Sobre la mesa del salón, bajo la lámpara de tulipas verdes, había una maleta, cerrada. Sobre el sofá había un abrigo de hombre y un sombrero.

—Herr Marowitz…

—¿No quiere sentarse, Herr Kriminalinspektor?

—Yo…, gracias, solo un momento, Herr Marowitz.

—Ha venido a buscarme, Herr Kriminalinspektor.

—Sí, Herr Marowitz. Es únicamente para su protec…

—Entiendo, Herr Kriminalinspektor. ¿Vamos?

—Sí, si no le importa. Herr Marowitz, ¿puedo preguntarle si lleva mantas y comida, y algo de dinero?

—Dinero sí, pero mantas no. Y mi mujer me traerá comida si es necesario.

—¿Por qué no coge una manta, para tener una, y tal vez algo de pan y embutido o algo así, Herr Marowitz? Entienda, no es que yo…

—Gracias, Herr Kriminalinspektor. Mamá, ven y saluda al Herr Kriminalinspektor.

—No —se oyó desde la habitación de al lado.

—Lo siento, Herr Kriminalinspektor. Frau Marowitz no se encuentra demasiado bien esta noche. Iré a buscar la manta y la comida.

Hofmeister permaneció sentado en la habitación, solo. Alguien abrió la puerta del apartamento desde fuera. Entró Samuel, el hijo *Mischling* del sastre, de diecisiete años.

—Hola, Herr Kriminalinspektor. He visto a Georg esta tarde, en la sinagoga. La han dinamitado, como medida de precaución.

—Lo sé —dijo Hofmeister. Georg era su hijo menor.

—Eso es algo que no se ve cada día —dijo Samuel.

—No, desde luego —dijo Hofmeister.

—Y Georg me ha dicho que está seguro de que podré entrar en las Fuerzas Aéreas; admiten a medio judíos. Hablará con…, hola, papá, ¿para qué es esa manta? ¿Adónde vas?

—Hola, Schmul. Voy a pasar la noche fuera.

—¿Dónde?

—En el ayuntamiento. Herr Hofmeister viene conmigo.

—Oh. —El chico hizo una pausa—. ¿Puedo acompañaros?

—Bueno…

—Oh, sí —dijo Hofmeister—. Parte del camino. Iremos todos juntos.

—Bien —dijo Marowitz—, ¿un vaso de vino, Herr Kriminalinspektor?

—No, gracias, Herr Marowitz, estando de servicio no, ya sabe. Quizá solo un… No. Gracias de todos modos. Es muy amable.

Con el hijo llevando la maleta del padre, caminando entre los dos hombres mayores, los tres ascendieron por las calles, por las revueltas, escalones arriba, hasta la plaza del Mercado que conducía al ayuntamiento.

—Vamos a paso de tortuga —dijo el hijo.

—Herr Hofmeister y yo somos mayores que tú, hijo. ¿No es así, Herr Kriminalinspektor?

—Sí, Herr Marowitz —dijo Hofmeister—, sí que lo somos.

A continuación, se detuvo y dijo:

—Si no le importa, Herr Marowitz, empiezo a quedarme sin resuello, esta noche estoy cansado. Si a usted y a Samuel no les importa adelantarse, luego les alcanzo.

2. LAS VIDAS QUE LOS HOMBRES LLEVABAN

Estos hombres eran «hombres corrientes»; solo Herr Hildebrandt, el profesor, tenía cierta relevancia en la comunidad. Y cuando digo «hombres corrientes» no me refiero únicamente a aquellos a quienes apuntan los medios de comunicación de masas y las campañas de marketing en todas partes, sino a aquellos que tienen este concepto de sí mismos, en especial en sociedades claramente estratificadas como la alemana. Todos y cada uno de mis diez amigos nazis —incluido Hildebrandt— hablaron una y otra vez durante nuestras conversaciones de «*wir kleine Leute*, nosotros los pequeños hombres».[2]

En los Estados Unidos este concepto respecto de uno mismo no existe, o bien se reprime. Todos los europeos que han estudiado nuestra cultura han citado nuestro igualitarismo como un artificio, bastante costoso, que tiene como resultado unos líderes de la nación idénticos a su electorado. Si todo el mundo es corriente, nadie es corriente. Pero el ascenso del nacionalsocialismo implicó tanto impulsos elitistas como serviles. Cuando los «grandes hombres», los Hindenburg, Neurath, Schacht e incluso Hohenzollern, aceptaron el nazismo, a los pequeños hombres les pareció una razón buena y suficiente para hacer lo mismo. «*Wenn die "Ja" sagen* —dijo Herr Simon, el cobrador—, *dann sagen wir auch "Ja"*. Si era bueno para ellos, lo era sin duda para nosotros también.»

Los extranjeros que hablan del «Partido Nacionalsocialista» no lo comprenden, dijo el joven Schwenke; era el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, «el partido de los hombres corrientes como yo. El único otro partido era el comunista». Tanto el emperador como el Führer exigían que los alemanes fuesen conscientes de su pequeñez, pero el Führer, al empequeñecer la grandeza, elevó la pequeñez. El líder democrático que estrecha manos y besa a niños pequeños hace lo mismo, pero resulta más

efectivo cuando eso lo hace un gobernante absoluto. Mis amigos eran hombres corrientes, como el propio Führer.

Estos diez hombres no eran hombres de mérito. No eran hombres con influencia. No eran formadores de opinión. Nadie les había dado nunca una muestra gratuita aduciendo que su opinión sobre el artículo incrementaría las ventas. Su importancia residía en el hecho de que Dios —tal como dijo Lincoln de la gente corriente— había creado muchos de ellos. En una nación de setenta millones, ellos eran más de sesenta y nueve. Eran los nazis, los pequeños hombres a quienes, si alguna vez se aventuraban a expresar sus opiniones fuera de su propio círculo, los grandes hombres fingían escuchar educadamente sin pedirles nunca que profundizasen.

Un año de conversaciones, en su propio idioma, en situaciones informales que incluían comidas, «una copa de vino», o, aún más valioso, una taza de café, intercambio de visitas familiares (niños incluidos), largas y relajadas veladas, sábados por la tarde, o paseos de domingo: ninguno de mis amigos había creído que cosas así fuesen posibles con un americano. Ninguno de ellos había tenido contactos extraoficiales con un estadounidense. Ninguno de ellos había estado en los Estados Unidos o en Inglaterra o ni siquiera fuera de Alemania como civil, excepto el profesor, que había pasado largas temporadas en Francia. Ninguno de ellos hablaba inglés.

En todos los casos, trabar relación con ellos me resultó considerablemente difícil, tuvo que hacerse a través de terceras (o cuartas, o quintas) personas capaces de convencerles de mis buenas intenciones. Y los diez, con la posible excepción del panadero Wedekind, tarde o temprano aceptaron lo que yo declaraba que era mi misión: que había ido a Alemania, como descendiente de alemanes, para dar a conocer en los Estados Unidos cómo había sido la vida de los alemanes corrientes bajo el nacionalsocialismo, con el propósito último de proporcionar a mis compatriotas una mejor comprensión de Alemania. Mi declaración era cierta, y mi cargo académico alemán me otorgaba peso ante ellos. Pero mi mejor baza era mi total ignorancia del alemán, la única lengua que todos ellos, salvo el profesor (que hablaba francés), sabían hablar. Ellos fueron mis profesores. «Mushi —solía decirle a su mujer Schwenke, el viejo sastre —, escucha cómo dice “*Auf Wiedersehen!”* el Herr Professor.» Mis amigos tuvieron sobradas oportunidades de desplegar su pedagogía y su paciencia con el Herr Professor, que era lento, pero afable.

Les mentí a los diez solo en dos aspectos: por consejo de mis colegas y amigos alemanes, no les dije que era judío; tampoco les revelé que tenía acceso a otras fuentes de información sobre ellos aparte de nuestras conversaciones privadas.

Creo que ahora podría considerarles a todos, exceptuando al panadero, amigos míos. Diría que, de los diez, cuatro —el sastre Schwenke, su hijo Gustav, Kessler, el empleado de banca y el profesor Hildebrandt (y tal vez el policía Hofmeister)— me contaron sus historias tan a fondo como pudieron. Ninguno de ellos —salvo el profesor, el estudiante y el empleado de banca— tenía facilidad de palabra, pero ninguno de los diez me mintió conscientemente, con excepción, tal vez, del panadero Wedekind y el sastre Schwenke, y este último únicamente en lo tocante a su papel en el incendio de la sinagoga. Tras conversar con ellos durante meses, no encontré discrepancias o contradicciones intolerables en los relatos de cada uno; considero que los lapsus de memoria, una lógica reserva y, ante todo, la confusión y represión inherentes a experiencias tan cataclísmicas como las suyas podrían explicar las pequeñas discrepancias y contradicciones que observé. En ningún momento traté de ponerles trampas a ninguno de ellos.

Solo uno de mis amigos nazis fue capaz de ver el nazismo como lo vemos nosotros —usted y yo— en algún aspecto. Se trataba de Hildebrandt, el profesor. E incluso él creía entonces, y todavía sigue creyendo, en una parte de su programa y sus prácticas, «la parte democrática». Los otros nueve, hombres decentes, trabajadores, de una inteligencia y una honestidad corrientes, ignoraban antes de 1933 que el nazismo era malo. Ignoraban entre 1933 y 1945 que era malo. Y lo ignoran aún hoy. Ninguno de ellos conoció, ni antes ni ahora, el nazismo tal y como nosotros lo conocimos y lo conocemos; y vivieron bajo él, le sirvieron y, de hecho, fueron sus artífices.

El nazismo, como nosotros sabemos bien, era una tiranía abierta y total que degradaba a sus partidarios y esclavizaba por un igual a opositores y adeptos; terrorismo y miedo en la vida cotidiana, tanto privada como pública; una brutal injusticia personal y de masas a todos los niveles; un ataque indirecto a Dios y un ataque frontal a los valores de las personas y a los derechos que dichos valores conllevan. Estos nueve alemanes tenían otro concepto de él, y lo siguen teniendo. Si nuestra visión del nacionalsocialismo es un poco simplista, también lo era la de ellos. ¿Una autocracia? Sí, por supuesto, como en los tiempos míticos de la «edad de

oro» de nuestros padres. Pero ¿una tiranía, en el sentido en que los estadounidenses emplean ese término? Tonterías.

Cuando le pregunté a Herr Wedekind, el panadero, por qué había creído en el nacionalsocialismo, respondió:

—Porque prometía solucionar el problema del desempleo. Y lo hizo. Pero nunca imaginé a qué nos llevaría. Nadie lo imaginaba.

Me pareció que ahí había un filón que explotar y dije:

—¿A qué se refiere con «a qué nos llevaría», Herr Wedekind?

—A la guerra. Nadie creyó que nos llevaría a la guerra.

Según mi amigo el panadero, la maldad del nacionalsocialismo comenzó el 1 de septiembre de 1939.

Recuerden: ninguno de estos nueve alemanes había viajado al extranjero (excepto durante la guerra); ninguno de ellos había conocido a un extranjero o hablado con él, ni leía la prensa extranjera; ninguno había sentido deseos de escuchar radios extranjeras cuando era legal hacerlo, y ninguno de ellos las escuchaba (a excepción, curiosamente, del policía) cuando era ilegal. El mundo exterior les interesaba tan poco como a sus contemporáneos de Francia… o de los Estados Unidos. Ninguno había oído decir nada malo acerca del régimen nazi, salvo a los enemigos de Alemania, o eso creían ellos, y los enemigos de Alemania eran sus enemigos. «Todo lo que los americanos y los rusos solían decir de nosotros —sentenció el ebanista Klingelhöfer— lo están diciendo ahora los unos de los otros.»

Las personas piensan ante todo en las vidas que llevan y en las cosas que ven; y, entre las cosas que ven, no piensan en aquellas que son extraordinarias, sino en las que perciben durante sus quehaceres cotidianos. Las vidas de mis nueve amigos —e incluso la del décimo, el profesor— se vieron facilitadas y alegradas por el nacionalsocialismo, tal como ellos lo conocían. Y lo recuerdan ahora —nueve de ellos, sin duda— como la mejor época de sus vidas. Pues ¿qué son las vidas de los hombres? Había trabajo y seguridad en el empleo, campamentos de verano para los niños y estaba la Hitler Jugend, que los alejaba de la calle. ¿Qué es lo que quiere saber una madre? Quiere saber dónde están sus hijos, y con quién, y qué hacen. En aquellos días lo sabía, o creía saberlo; ¿qué diferencia hay? De modo que todo iba mejor en casa, y cuando las cosas van mejor en casa y en el trabajo, ¿qué otra cosa le importa a un padre y a un marido?

La mejor época de sus vidas. Gracias al programa «Fuerza a través de la alegría», personas que nunca habían podido ni soñar en un verdadero

viaje de vacaciones, ya fuese dentro de su país o al extranjero, conseguían por diez dólares unas estupendas vacaciones para toda la familia, viajando a Noruega en verano y a España en invierno. Y en Kronenberg «nadie» (nadie que mis amigos conociesen, al menos) pasaba frío o hambre, ningún enfermo carecía de asistencia. Pues ¿a quién conocen las personas? Conocen a gente de su propio barrio, de su mismo estrato social o con su misma ocupación, con sus mismas opiniones políticas (o apolíticas), de su misma religión y raza. Los abundantes beneficios del Nuevo Orden, que se publicitaban por doquier, llegaban a «todo el mundo».

También había horrores, pero no se publicitaban de ningún modo, no se enteraba «nadie». De vez en cuando (y solo de vez en cuando) en los Estados Unidos algún solitario periódico militante o sensacionalista expone las condiciones inhumanas de la cárcel del condado; pero ninguno de mis amigos leía este tipo de periódicos cuando estos existían en Alemania (y eran muchos menos allí que aquí), y ahora ya no quedaba ninguno. Ninguno de los horrores afectó a las vidas cotidianas de mis diez amigos ni nadie se los expuso nunca. En un par de ocasiones hubo «un altercado de algún tipo» en las calles de Kronenberg mientras alguno de mis amigos pasaba por allí, pero la policía dispersó a la multitud y ningún periódico local dijo nada al respecto. Usted y yo solemos dejar que la policía se encargue de los «altercados de algún tipo en las calles»; lo mismo hacían mis amigos de Kronenberg.

Las vidas reales que lleva la gente real en una comunidad real no tienen nada que ver con Hitler y Roosevelt, ni con lo que Hitler o Roosevelt hacen. El Hombre no suele toparse a menudo con el Estado. El 10 de noviembre de 1938, el día después del incendio de las sinagogas, una agencia de noticias estadounidense informó de un incidente trivial a las afueras de Berlín. Una multitud de niños estaba llevándose bolsas de caramelos del escaparate destrozado de una confitería cuyo propietario era judío, mientras un grupo de adultos (entre los cuales había un corro de hombres de las SA uniformados con sus camisas pardas) permanecía impasible, mirándolos. Se acercó un anciano, un «ario». Tras contemplar lo que estaba sucediendo, se volvió hacia los padres y les dijo:

—Ustedes se creen que están perjudicando al judío, pero no saben lo que están haciendo. Están enseñando a sus hijos a robar.

Y el anciano se marchó, y los padres se adelantaron, les arrancaron a sus hijos los caramelos de las manos y se los llevaron a rastras, llorando. El

Hombre, en forma de los padres, se había topado con el Estado, en forma de las SA. Pero es dudoso que fuesen conscientes de ello; después de todo, los hombres de las SA se limitaban a estar allí, sin entrometerse.

En su número del 11 de noviembre de 1938, el *Kronenberger Zeitung* publicaba la siguiente nota, al final de la página 4, bajo un titular pequeñísimo que decía «*Schutzhaft*», «Custodia protectora»: «En interés de su propia seguridad, un número de judíos varones fueron puestos bajo custodia ayer. Esta mañana se les ha conducido fuera de la ciudad». Se lo mostré a cada uno de mis diez amigos. Ninguno de ellos —incluido el profesor— recordaba haberlo visto nunca ni haber oído nada parecido.

1933, 1934, 1935, 1936, 1937, 1938, 1939… hasta el 1 de septiembre en que, según les informó el jefe del gobierno, Polonia atacó su país, las pequeñas vidas de mis amigos siguieron su curso, bajo el nacionalsocialismo, tal como lo habían hecho anteriormente, alteradas solo para mejor, y siempre para mejor: pan con mantequilla, vivienda, salud y esperanza, una mejora en todo aquello en lo que se viesen afectados por el Nuevo Orden. «Da la impresión de que nadie fuera de Alemania lo entiende —manifestó una mujer antinazi que había sido encarcelada en 1943, acusada de escuchar radios extranjeras, pero en realidad por haber ocultado a judíos (lo que técnicamente no era ilegal)—. Recuerdo haber estado en una esquina de la ciudad de Stuttgart en 1938, contemplando un festival nazi, y el entusiasmo, la nueva esperanza en una buena vida, tras tantos años de desesperanza, la nueva fe, tras tantos años de desilusión, casi consiguió arrastrarme también a mí. Permítame que intente explicarle cómo era aquella época en Alemania: estaba sentada en un cine con una amiga judía y su hija de trece años, y, mientras la pantalla mostraba un desfile nazi, la niña cogió a su madre del brazo y le susurró “¡Oh, mamá, mamá, si no fuese judía, creo que querría ser nazi!”. Nadie de fuera parece entender cómo eran las cosas.»

La lengua alemana, como cualquier otra lengua, posee algunos epítetos gloriosos, intraducibles, y *wildgewordene Spiessbürger* es uno de ellos. Quiere decir, aproximadamente, «gente corriente enajenada». Hablando de sí mismos, estas personas tal vez emplearían el término adoptado y germanizado de *Fanatiker*. No hay que confundir los *Fanatiker* con los *Spitzbuben*, golfos o granujas, o con *Bluthunde*, matones a sueldo. Cuando pregunté (tanto a nazis como a antinazis) cuántos verdaderos *Fanatiker* había en el Tercer Reich, cuántos hombres corrientes enajenados, la

estimación nunca superaba el millón. Hay que recordar, en especial en comparación con el comunismo en Rusia o con el fascismo en Italia, que el movimiento nacionalsocialista murió joven; nunca llegó a crear una generación propia.

¿Y el resto de los setenta millones de alemanes? El resto no eran ni siquiera engranajes, en un sentido positivo, de la maquinaria totalitaria. Un pueblo como el nuestro, que conoce estos sistemas políticos solo de oídas o por informes de sus víctimas u opositores, tiende a exagerar la verdadera relación entre el hombre y el Estado bajo la tiranía. Las leyes son odiosas para aquellos que las odian, pero ¿quién las odia? En la Alemania nazi era peligroso asistir a mítines comunistas o leer el *Manchester Guardian*, pero ¿quién quería asistir a mítines comunistas o leer el *Manchester Guardian*?

En los Estados Unidos de los años cincuenta, se oye decir, por un lado, que el país está inmerso en la desconfianza, la sospecha y el miedo, y, por otro, que nadie tiene miedo, que no se difama a nadie, que nadie resulta arruinado por la difamación. ¿Dónde se encuentra la verdad? ¿Dónde se encontraba en la Alemania nazi? Ninguno de mis diez amigos nazis, salvo el criptodemócrata Hildebrandt, sufrió desconfianza, sospecha o temor por su propia vida o por la de quienes vivían o trabajan con él: nadie fue difamado o arruinado. Su mundo era el mundo del nacionalsocialismo; dentro de él, dentro de la comunidad nazi, solo conocían la camaradería y las preocupaciones propias de la vida ordinaria. Sentían miedo de los «bolcheviques», pero no unos de otros, y su miedo era el miedo aceptado de la comunidad, por otra parte feliz en su conjunto, que era Alemania. No salían, ni veían, ni oían nada fuera de esa comunidad; no tenían ocasión de hacerlo.

Supimos que el nazismo en Alemania significaba desconfianza, sospecha, temor y destrucción a través de quienes nos informaron de ello: sus víctimas y opositores, cuyo mundo se encontraba fuera de la comunidad nazi, y a través de periodistas e intelectuales, que no eran nazis o eran antinazis, y cuyas simpatías se decantaban, naturalmente, del lado de las víctimas y opositores. Estas personas veían la vida en Alemania en términos no nazis. Existían dos verdades, que no eran contradictorias: la verdad de que los nazis eran felices y la verdad de que los antinazis eran infelices. En los Estados Unidos de los años cincuenta —aunque no pretendo sugerir que ambas situaciones sean paralelas o nada más que muy levemente comparables—, quienes no estaban disconformes o tenían relación con los

inconformistas no percibían desconfianza ni sospecha alguna, aparte de la desconfianza y sospecha que la comunidad en su conjunto sentía hacia los inconformistas, mientras que los inconformistas o quienes creían en el derecho a la disconformidad solo veían desconfianza y sospecha y se sentían desolados. Así pues, igual que había dos Estados Unidos, había también dos Alemanias, separadas por una división mucho más tajante. Y así, igual que una persona teme al policía que hace su ronda mientras que otra agita la mano para saludarle, en cada país hay dos países.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en la Alemania del Este convertida en comunista por los rusos, a los trabajadores de las fábricas estatales se los obliga a asistir a una reunión semanal, de dos horas de duración, con un propósito que podríamos llamar de «adoctrinamiento» o «lavado de cerebro» y que los comunistas llaman «educación». Aparte de esto y de pagar sus impuestos, el trabajador no está obligado a hacer nada más: el servicio militar, la policía política y el racionamiento los da por sentados (¿y quién no?). Por supuesto, le llueven mensajes, desde los carteles, los periódicos, la radio y las arengas públicas (¿y dónde no sucede lo mismo, sea con uno u otro propósito?), pero le dejan en paz.

La mayoría de los alemanes —tras doce años de nazismo, casi todos— no ven nada fuera de lo común en este grado de compulsión. Incluso bajo el nazismo, a los miembros del Partido solo se les exigía que dedicasen los viernes por la tarde y los sábados por la mañana a labores del Partido o a trabajos comunitarios. Aparte de esto, como es natural, prestar servicio a la tiranía resultaba altamente aconsejable para los ambiciosos y para los que eran políticamente sospechosos, pero no era algo requerido para el hombre que deseaba tener un trabajo, un hogar, una familia y un lugar respetado en el *Singverein* o en el *Turnverein*. En Kronenberg conocí a unos cuantos funcionarios públicos que nunca se afiliaron al Partido y que no fueron molestados; eran de ese tipo de personas que nunca participan en nada y nadie esperaba que lo hicieran; el tipo de personas, también, que nunca son promocionadas. Y conocí a un clérigo que no fue perseguido a pesar de que se negó a que sus hijos se uniesen a las Juventudes Hitlerianas y a las Doncellas Alemanas hasta que la afiliación se convirtió en obligatoria para todos los escolares.

Incluso bajo el totalitarismo, son las circunstancias locales las que rigen cómo se aplica la autoridad pública al individuo. Estas circunstancias, que son bien distintas en todas partes, bajo el nazismo diferían mucho más

de lo que yo había creído posible y tendían casi siempre a atenuar los controles centrales (igual que en general los tribunales locales tienden a suavizar los principios legales), excepto cuando el gerifalte local era un *Fanatiker*. Y este último caso era excepcional; los gerifaltes locales, para funcionar con efectividad, han de ser populares en su comunidad.

El pastor Wilhelm Mensching, en el pueblo de Petzen, en la Baja Sajonia, predicó el antinazismo a sus feligreses durante los doce años en que los nazis ocuparon el poder en Alemania. Cada domingo por la mañana se subía al púlpito y respondía al discurso que el alcalde, un «viejo luchador del Partido», pronunciaba cada sábado por la noche en la plaza del Mercado. A Mensching nunca le tocaron un pelo; cuando la Gestapo vino desde Hanóver para arrestarle, el alcalde le hizo constar al Gauleiter su oposición, y la detención no se llevó a cabo. Wilhelm Mensching había sido el pastor de Petzen desde «siempre» y meterse con él hubiese significado una perturbación intolerable de la vida del pueblo. Y tanto él como el alcalde eran conscientes de ello.

En Alemania no hubo los miles de Menschings suficientes, simplemente porque hombres así no nacen cada día, y la Iglesia en Alemania (como en cualquier otro lugar) no facilita que se multipliquen. Pero hubo unas cuantas docenas de ellos que bastan como muestra. Es verdad que el nacionalsocialismo solo tuvo unos pocos años para lograr su gran *Gleichschaltung*, su integración del hombre y el Estado; aunque seis de ellos fueron años de guerra, lo que permitiría, y así ocurrió, acelerar considerablemente el ritmo. Pero todos los tiranos modernos aventajan a los políticos y, de este modo, demuestran ser políticos consumados. Saben, sin necesidad de haber leído a los teóricos florentinos, que los políticos no pueden permitirse ser odiados. Alguien como Niemöller tenía que ser silenciado, aunque el coste para la tiranía fuese muy alto; se trataba del más conocido de todos los pastores alemanes, que proclamaba que «Dios es mi Führer». Representaba un desafío tanto a nivel nacional como internacional, y había que emplear mano dura con él. Pero existían maneras sencillas (la más fácil era ignorarlos) de lograr que la efectividad de docenas de Menschings quedase circunscrita a sus respectivos pueblos sin necesidad de tomar medidas que habrían conmocionado a cualquier ciudadano de bien y le hubiesen hecho exclamar: «No, no es esto».

No puede esperarse que la gente corriente —ni los alemanes corrientes — tolere actividades que ofenden al concepto compartido de la honestidad a

menos que, de antemano, se consiga estigmatizar a las víctimas como enemigos del pueblo, de la nación, de la raza, de la religión. O, si no son enemigos (eso vendrá más adelante), deben verse, dentro de la comunidad, como un elemento de algún modo externo al vínculo común, un fermento desintegrador (aunque sea únicamente por su forma de peinarse o de anudarse la corbata) dentro de la uniformidad que en todas partes es la condición necesaria para la paz común. El que los alemanes, antes de la época de Hitler, hubiesen aceptado y practicado un inocuo antisemitismo social, había minado su resistencia y su honestidad frente a la estigmatización y la persecución que se avecinaban.

En las agradables localidades turísticas de Nueva Inglaterra, los estadounidenses pueden ver carteles que dicen «Clientela seleccionada» o «Reservado». Están acostumbrados a ver estos carteles, tan acostumbrados que, a no ser que sean no caucásicos o, tal vez, no arios, no les llaman la atención y, al no advertirlos, los aceptan. En las mucho menos agradables localidades del Profundo Sur donde se produce el aceite de algodón, los estadounidenses se han acostumbrado a ver carteles que dicen cosas como «Blancos» o «De color», o «Negro, no te queremos ver por aquí», y, a menos que sean no caucásicos, o procedan quizá de los estados de Norte, ni se fijan en ellos. En la Alemania prenazi había suficientes carteles de este tipo, literal y figuradamente, y la suficiente ausencia de oposición a ellos como para que, cuando en 1933 el país se llenó de carteles que decían «*Juden hier unerwünscht*, Aquí no queremos judíos», a los alemanes no les llamasen la atención. Así, tanto por lo que respecta al área política como al área personal, que no exista oposición ante transgresiones leves deja el camino expedito para que nadie se oponga a aquellas que resultan fatales.

Lo que preocupa a los tiranos es la resistencia en sí, no la ausencia de las pocas manos que se precisan para ejecutar el tenebroso trabajo de la tiranía. Lo que los nazis necesitaban calcular era en qué punto las atrocidades harían que la comunidad despertase y recuperase sus hábitos morales. Dicho punto puede desplazarse hacia delante si se declara una emergencia nacional, o la guerra fría, e incluso más allá si la guerra es caliente. Pero sigue siendo el punto al que el tirano debe acercarse siempre y no sobrepasar nunca. Si sus cálculos quedan muy por detrás del talante del pueblo, se arriesga a sufrir un golpe en sus propias filas; si van muy por delante, una revolución popular.

Es indiscutible que, al menos en este sentido, podemos considerar culpables a los alemanes en su conjunto: no se hizo, o se intentó hacer, nada que no contase con su apoyo. Las dos excepciones fueron la eutanasia, que se abandonó, y el «Movimiento de la Fe» pagano de Alfred Rosenberg, que fue abortado.

Los matones locales podían dar palizas a comunistas o socialdemócratas, profanar cementerios judíos o romper las ventanas de los judíos por las noches; la policía, supervisada por la Gestapo, llevaba a cabo una investigación rutinaria e invariablemente sin resultado del asalto; y las exigencias de la honestidad común quedaban satisfechas. Los habitantes de Kronenberg, que eran gente honesta, se revolverían, tal vez, en sus camas…, y seguirían durmiendo.

La quema de una sinagoga era otra cosa; se acercaba, casi peligrosamente, al punto en que la comunidad podía despertar. Si no un sacrilegio, significaba al fin y al cabo la destrucción ilícita de bienes valiosos, una ofensa al sentido de la propiedad germano (mucho más arraigado que el nuestro) y, nada menos, a la responsabilidad que tenían las autoridades (mucho más severa que la nuestra) de hacer respetar la ley. Cuando la sinagoga de Kronenberg fue incendiada, se utilizó a hombres de las SA locales (incluyendo al sastre Schwenke, mi amigo) de forma subsidiaria; pero el incendio fue planificado y dirigido por gente venida de fuera, de una gran ciudad a ochenta kilómetros de distancia. Como seguían el modelo de los gángsteres americanos, que importaban asesinos de Nueva York a Chicago o viceversa, los funcionarios locales estaban inermes y, por extensión, la comunidad también.

Lo único que tenía que hacer la comunidad alemana —los setenta millones de alemanes restantes, aparte del millón o así que hacía funcionar la maquinaria del nazismo— era no interferir. No se les exigía absolutamente nada que no fuese seguir como estaban, pagando sus impuestos, leyendo el periódico local y escuchando la radio. Todo el mundo asistía a las celebraciones de acontecimientos nacionales —¿acaso no habían cerrado siempre las tiendas y las escuelas cuando era el cumpleaños del káiser?—, de modo que uno asistía también. Todo el mundo aportaba su dinero y su tiempo para causas nobles, de modo que uno también lo hacía. En los Estados Unidos tu esposa recolecta y reparte ropa, dedica una tarde a la semana a trabajar para la Cruz Roja o el orfanato o el hospital; en Alemania hacía lo mismo en el Frauenbund nazi, y por idénticos motivos.

El Frauenbund, como la Cruz Roja, era patriótico y humanitario; ¿acaso tu esposa le pregunta a la Cruz Roja si segregan el plasma «negro» del «blanco»?

En Alemania cada cual se ocupaba de sus asuntos, con o sin dictadura. El ocio informal que lleva a muchos estadounidenses a emprender todo tipo de actividades fuera del trabajo, ya sean constructivas, divertidas o ruinosas, no existía para la mayoría de los alemanes. La gente no hacía esfuerzo alguno, en su día libre, para «buscarse problemas», aún menos allí que aquí. Los alemanes eran tan poco dados a juntarse con personas u organizaciones disidentes como nosotros. Eran mucho menos proclives que nosotros a oponerse al gobierno. Si hay pocos estadounidenses que digan «no» al gobierno, aún había menos alemanes dispuestos a hacerlo. Ninguno de mis diez amigos le dijo «no» al gobierno nazi, y únicamente uno de ellos, el profesor Hildebrandt, lo pensó.

En su mayor parte —aunque no de manera consistente—, los hombres dispuestos a decirle «no» al gobierno son los que tienen un historial previo de impulsos políticos deliberados. Pero, en la Alemania de Hitler, esos hombres eran o bien nazis o bien antinazis. Si eran nazis, decían «sí» con determinación. Si eran antinazis, su historial previo, como sucedió con el profesor, se tenía muy presente. Lejos de protestar, estas personas, los únicos alemanes que podrían haber protestado en número considerable, eran quienes poseían mayores incentivos paran plegarse al régimen. Eran como los hombres que, en los Estados Unidos dominados por McCarthy, habían sido comunistas en su juventud, que confiaban en que su pasado estuviese ya enterrado y cuya única preocupación era si su nombre iba a aparecer o no en los testimonios sobre actividades antiamericanas de aquel día. De todos los estadounidenses, ellos eran entonces los que con menor probabilidad participarían en protestas o en la oposición.

—Nunca dejó de maravillarme el haber sobrevivido —dijo Herr Hildebrandt—. Cuando le ocurría algo a otro, no podía evitar alegrarme de que no me hubiese ocurrido a mí. Lo mismo sucedió más adelante, cuando caía una bomba sobre una ciudad o sobre una casa que no era la tuya; dabas gracias a Dios.

—¿Sentía más alivio por usted mismo que compasión por los demás?

—Sí. La verdad es que sí. Puede que usted hubiese actuado de otra manera, Herr Professor, pero no estoy seguro de que llegue a saberlo hasta que no se encuentre en la misma situación.

Lo sentiste por los judíos, que ante cualquier instancia oficial debían identificarse, en el caso de los varones, con el nombre de «Israel» insertado antes de su apellido, o con el de «Sarah» en el caso de las mujeres; sentiste más, andando el tiempo, que perdiesen sus casas y sus trabajos y tuviesen que presentarse ante la policía; y sentiste mucho más aún que tuviesen que dejar su tierra, que se los llevasen a campos de concentración y los matasen. Pero ¿acaso no te alegraste de no ser judío? Lo sentiste, y te asustaste más, cuando lo mismo les sucedió, como así fue, a miles, a cientos de miles de no judíos. Pero ¿acaso no te alegraste de que no te hubiese sucedido a ti, un no judío? Tal vez no fuese la más noble de las alegrías, pero la guardaste para ti y redoblaste las precauciones, más prudente que nunca.

Quienes regresaron de Buchenwald en los primeros años habían prometido —igual que todos los internos de cualquier cárcel alemana debían hacer siempre al ser puestos en libertad— no hablar de sus experiencias en prisión. Deberías haber roto tu promesa. Deberías habérselo explicado a tus compatriotas; de haberlo hecho, a pesar de que todas las probabilidades estaban en tu contra, tal vez podrías haber salvado a tu país. Pero no lo hiciste. Se lo contaste a tu padre, o a tu mujer, y les hiciste prometer que guardarían silencio. Y de este modo, aunque millones de personas sospecharan, solo algunos miles sabían. ¿Acaso querías volver a Buchenwald y que te tratasen aún peor esta vez? ¿No lo sentías por los que seguían allí dentro? ¿Y no te alegrabas de estar fuera?

«*So war die Sache*, Así eran las cosas.» Cuando casi toda la comunidad siente y piensa —o como mínimo se expresa y actúa— de forma parecida, decir o hacer algo distinto supone una especie de exilio interior que a la mayoría de la gente le parece poco atractivo emprender, incluso si no supone ningún castigo legal. Oh, no es tan malo si toda la vida has sido un opositor o un radical, o un criminal notorio; ya estás acostumbrado a ello. Pero tú —igual que yo— estás habituado a saludar a todo el mundo y a que todos te saluden. Miras a los ojos a todo el mundo y, aunque quizá tus ojos estén vacíos, tu mirada es clara. Eres alguien respetado en la comunidad. ¿Por qué? Porque tus actitudes son las mismas que las de la comunidad. ¿Pero son respetables las actitudes de la comunidad? Ese no es el asunto.

Nosotros —usted y yo— deseamos la aprobación de la comunidad en los términos establecidos por esta. No queremos la aprobación de los criminales, aunque es la comunidad quien decide lo que es criminal y lo que

no. Esa es la trampa. Usted y yo —y mis diez amigos nazis— estamos atrapados en esa trampa. No tiene que ver directamente con el temor por la propia seguridad o la de la familia de uno, o por su trabajo o por sus propiedades. Uno podría tener todo eso, no perderlo nunca, y sin embargo estar exiliado. Alguien en algún lugar de la comunidad (no importa quién ni por qué) le está diciendo a otro que soy un mentiroso o un tramposo, o un rojo. Mañana, alguien con quien nunca he tenido interés en relacionarme —nunca me ha gustado, no siento el menor respeto por él— pasará de largo ante mí sin saludarme. Me están exiliando en mi propio país, me están aislando. A menos que esté habituado a ser un disidente, o un recluso, un esnob, mi seguridad se encuentra dentro de la colectividad; este hombre, que mañana me hará el vacío y quien, aunque siempre me saludase, nunca hubiese movido un dedo por mí, hará peligrar mañana mi seguridad dentro del grupo.

Por lo que respecta a lo que solemos llamar las bendiciones de la vida —que incluye ser aceptado sin reparos por la comunidad en su conjunto—, cada uno de mis diez amigos, exceptuando al sastre Schwenke, que había sido propietario de una tienda y ahora era conserje de escuela, estaba mejor situado que antes; y no solo ellos y sus familias, sino todos sus amigos, la comunidad «en su conjunto», las viudas, los huérfanos, los ancianos, los enfermos y los pobres. Desde que Bismarck, el Junker reaccionario, introdujese una legislación social para evitar el ascenso de la socialdemocracia, Alemania había sido lo que muchos estadounidenses llamarían un estado del bienestar. Durante la crisis posterior a la Primera Guerra Mundial y, de nuevo, durante la de finales de los años veinte, la República de Weimar fue incapaz de mantener los servicios sociales. El nazismo no solo los restauró, sino que los amplió; eran mucho más completos de lo que lo habían sido antes y, desde luego, de lo que han llegado a ser después. Y no estaban reservados a los miembros del Partido; únicamente los «enemigos» del régimen se encontraban excluidos de ellos.

La guerra fue dura, aunque, hasta que los bombardeos se hicieron generalizados, ni de lejos tan dura como la Primera Guerra Mundial, durante la cual el gobierno alemán no había previsto el bloqueo y la población civil tuvo que comer bellotas; esta vez eran los países conquistados los que pasaban hambre y los alemanes los que tenían alimentos. Pero, cuando hablan de la «época nazi», mis amigos no se refieren a los años de 1939 a 1945. Hablan de los que van de 1933 a 1939.

Y la mejor época de la vida de uno parece, en retrospectiva, aún mejor cuando, como ocurría en Alemania después de 1945, uno suponía que nunca volvería a ver algo así.

La mejor época de sus vidas.

—Sí —decía Herr Klingelhöfer, el ebanista—, fueron los mejores tiempos. Después de la Primera Guerra Mundial, las familias comenzaron a tener solo dos hijos. Eso era malo, malo para la familia, para el matrimonio, para el hogar y para la nación. Por allí moría Alemania y creíamos que este era el tipo de fuerza del que hablaba Hitler. Y era de lo que hablaba. Después de 1933 tuvimos más niños. Los hombres veían un futuro. La diferencia entre ricos y pobres menguó, podía verse en todos lados. Había oportunidades. En 1935 me hice cargo del taller de mi padre y recibí un préstamo gubernamental de dos mil dólares. *Ungeheuer*! ¡Lo nunca visto!

»El desarrollo no tenía nada que ver con que tuviésemos una democracia, una dictadura o lo que fuese. No dependía en absoluto de la forma de gobierno. Los hombres tenían dinero, oportunidades, y no les importaba cuál fuese el sistema. Imagino que, dentro del sistema, ves sus ventajas. Fuera de él, cuando no te beneficia, ves sus defectos. Supongo que es lo que está pasando en Rusia ahora. Es lo que sucede en todas partes, siempre, *nicht wahr*? (¿no es así?). "*Das danken wir unserm Führer*, Gracias a nuestro Führer por todo esto", decían los niños en la escuela. Ahora dicen: "*Das danken wir den Amerikanern*". Si viene el comunismo, dirán "*Das danken wir dem Stalin*". Así es la gente. Yo no podría hacerlo.

Pero lo hizo.

Herr Klingelhöfer daba gracias por lo que tenía. ¿Quién no lo hace?

Podría considerarse, supongo, propaganda pronazi. Pero también es un hecho, en la medida en que las actitudes de la gente son hechos, y hechos decisivos. La Ocupación no había convertido —como ninguna otra Ocupación podría haberlo hecho— a mis amigos en antinazis. Las pruebas que tenían ante sus ojos eran por completo inadecuadas para hacerles abominar del periodo de sus vidas que pasaron bajo el nacionalsocialismo. Y no resultaba fácil imaginar que una «recuperación» del tipo que fuese bajo un gobierno alemán del tipo que fuese en un futuro previsible (y aún menos bajo una Ocupación) pudiera hacerlas adecuadas. En el mejor de los casos, hasta que los hombres (o al menos estos hombres) no cambiasen las bases más profundas de sus valores, como mucho las «cosas» llegarían a ser algún día tan «buenas» como lo fueron bajo Hitler. En opinión de mis

amigos, lo que nosotros llamamos libertad no es, incluso si dispusiesen de toda la libertad de la que nosotros disfrutamos, un sustituto adecuado de todo lo que tuvieron y perdieron. Unos hombres que ignoraban que eran esclavos ignoran ahora que han sido liberados.

3. HITLER Y YO

Ninguno de estos nueve alemanes corrientes (y el décimo, Herr Hildebrandt, tampoco es muy firme sobre este punto) creyó entonces o cree ahora que, en su caso, sus derechos humanos fuesen violados, o siquiera levemente reprimidos, como consecuencia de lo que entonces aceptaron (y aún aceptan ahora) que era una emergencia nacional proclamada cuatro semanas después de que Hitler tomara posesión de su cargo como canciller. Entre los diez, solo dos —Hildebrandt, por supuesto, y Simon, el cobrador — consideraban que el sistema era represivo en algún aspecto. Herr Simon cree que su tendencia «democrática» a discutir fue el motivo de que solo ascendiese hasta el grado más bajo del escalafón del Partido, líder de célula, a pesar de ser uno de los miembros más antiguos del Partido en Alemania. Pero esto, que aún hoy considera como una perversión local de los principios del Partido por parte de los «pequeños Hitler», nunca logró distanciarle del Partido ni de su líder.

Los «pequeños Hitler» salían a relucir una y otra vez durante las conversaciones con mis amigos. No le restaban mérito a Hitler, más bien al contrario. «Los pequeños Hitler» eran pequeños funcionarios locales o provinciales, tipos a los que uno conocía personalmente, o acerca de quienes había oído hablar a otros con familiaridad. Sabías (o tenías motivos para creer) que no eran más grandes o mejores que tú; te resultaban detestables sus imitaciones del Führer, ante todo su seguridad y el absolutismo que se derivaba de esa seguridad. Pero, debido al viejo principio de la cadena de mando militar que regía en todo el Partido, no podías hacer otra cosa que soñar por las noches con que Schmidt, el pequeño Hitler, se había caído de bruces en público y te habían elegido a ti por aclamación para reemplazarle.

Hasta hoy, ninguno de mis diez amigos le atribuye maldad moral a Hitler, aunque la mayoría considera (a toro pasado) que cometió errores estratégicos fatales que hasta ellos podrían haber cometido en aquellos

momentos. Su mayor error fue la selección de consejeros: un dudoso tributo a las virtudes de confianza y lealtad del líder, a su inocencia respecto al conocimiento del mal, que les resultará muy familiar a quienes hayan oído explicar a los partidarios de F. D. R. o de Ike[3] cómo se estropearon las cosas.

Una vez que hemos puesto nuestra fe en una figura paterna —o en un padre, una madre o una esposa—, debemos mantenerla inamovible hasta que alguna falta imperdonable (¿y qué falta de un padre, una madre o una esposa es imperdonable?) la aplaste de golpe y por completo. Esa figura representa nuestro mejor yo; es lo que querríamos ser y lo que, a través de la identificación, somos. Renunciar a ella por cualquier razón que no sea una prueba apabullante de una falta imperdonable es inculparte a ti mismo y, a un tiempo, a tu mejor yo no realizado. Así, Hitler fue traicionado por sus subordinados y con él los nazis de a pie. Puede que odien a Bormann y a Goebbels: a Bormann porque ascendió al poder hacia el final, y les avergüenza el final; a Goebbels porque era un canijo con una «mente judía», es decir, una mente simple y astuta, no como la suya. Puede que odien a Himmler, el *Bluthund*, más que a nadie, porque mataba a sangre fría, y ellos no lo harían. Pero no odiarán a Hitler ni se odiarán a sí mismos.

—Mire —decía el sastre Schwenke, el más corriente de mis diez hombres corrientes—, en el régimen siempre hubo una guerra secreta contra Hitler. Emplearon métodos desleales contra él. Yo detestaba a Himmler. A Goebbels, también. Si a Hitler le hubiesen dicho la verdad, las cosas hubiesen sido distintas.

Donde dice «Hitler», léase «yo».

—¿La matanza de judíos? —decía el cobrador «democrático», el *alter Kämpfer* Simon—. Sí, eso estuvo mal, a no ser que fuesen culpables de traición en tiempos de guerra. Y es lo que hicieron. Si yo hubiese sido judío, también lo hubiese hecho. De todos modos, estuvo mal, pero hay quien dice que ocurrió, y quien dice que no. Puede mostrarme fotos de cráneos y de zapatos, pero eso no prueba nada. Pero le diré una cosa: fue Himmler. Hitler no tuvo nada que ver con eso.

—¿Cree usted que lo sabía?

—No lo sé. Ahora nunca lo sabremos.

Hitler murió para salvar el mejor yo de mi amigo.

Aparte del profesor parcial y secretamente antinazi, parece que solo el empleado de banca, Kessler, el hombre corriente dotado de una elocuencia

innata que se convirtió en orador oficial del Partido en la región, tenía alguna sombra de duda acerca de la bondad personal o pública de Hitler; y es posible que eso fuese únicamente una proyección de su experiencia:

—Hitler era un ser carismático, un orador nato. Creo que su pasión le arrastró lejos de la verdad. Aun así, él siempre creyó en lo que decía.

—Los intrigantes: Himmler, Goebbels, Rosenberg, Bormann, fueron quienes le convirtieron en un hombre con un destino —decía el vendedor Damm, el responsable de las oficinas del Partido en Kronenberg—. Lo hicieron tan hábilmente que acabó por creérselo él mismo. A partir de entonces, vivió en un mundo de fantasías. Y esto le sucedió, piénselo, a un hombre que era bueno y grande.

A mí, Heinrich Damm, también podría haberme ocurrido.

No parece que estos creyentes (pues sin duda eran creyentes) hayan sido más devotos de lo que lo somos quienes creemos en F. D. R. o Ike; si acaso, lo eran menos. Hitler era un hombre, un hombre como nosotros, un hombre corriente que, al hacer lo que hizo, se erigió en prueba fehaciente de la democracia de la que tanto hablan «ustedes los americanos», la capacidad del hombre corriente para elevarse hasta alcanzar la grandeza y gobernar el mundo. *Un hombre corriente, como nosotros*. Hombres así constituyen el patrón moderno del tirano demagogo, el «amigo del pueblo» de la democracia de la masa de Platón. Los Hitler, Stalin, Mussolini son arribistas salidos del pueblo llano, y el semialfabetizado Hitler es el más corriente del grupo.

Los reyes y emperadores gobiernan por la gracia de Dios; los Hitler, por la suya propia. La gracia divina sitúa a un padre por encima de sus hijos, para que los gobierne por su propio bien. Está dotado, de manera visible e incontrovertible, de una sabiduría adecuada a su función, y su bastón (o el aro de su servilleta o su mecedora) le distingue de sus hijos, igual que la corona del káiser. Pero estos Hitler visten gabardina. ¿Son en realidad figuras paternas? ¿O es que el Líder y el Padre son dos entidades subconscientes divisibles?

La aportación más reciente a la jerga psicoanalítica es «líder carismático». Al parecer quiere decir (suponiendo que «carismático» derive del griego *charisma*) aquel que está llamado a cuidar de su pueblo. Tanto el káiser como Hitler «cuidaban» del pueblo alemán, pero el káiser había sido elegido por Dios. No necesitaba besar a niños; no necesitaba hacer nada. El más perfecto de los padres vivía lejos, en Potsdam; tal vez lo veías una o

dos veces en tu vida, en un gran desfile, o tal vez nunca. Al revés que tu padre biológico, nunca te castigaba por nimiedades, o injustamente. Al revés que tu padre biológico, te permitía ser «malo» en tu vida privada, pegar a tu mujer, o emborracharte, o hacer una chapuza en tu trabajo, sin azotarte nunca ni retirarte su amor.

Siete de mis amigos (los siete de mayor edad) se habían educado en una sociedad estable, con su padre perfecto en Potsdam y su padre imperfecto en casa. Uno de los siete, Herr Kessler, el empleado de banca, había quedado huérfano pronto y había sido criado por su madre. Al menos cuatro de los seis restantes temían u odiaban a sus padres (o ambas cosas), y solo de Hildebrandt puedo decir con algo de certidumbre que no temía ni odiaba al suyo.

El antiguo sastre, Schwenke, aún hoy odia a su padre, quien a sus noventa y tres años sigue vivo, en un pueblo cercano; hace años que Schwenke no lo ha visto. Siempre lo odió en secreto —«bebía demasiado», «era cruel con mi santa madre»—, hasta que por fin lo hizo abiertamente, escapándose de casa para alistarse en el ejército después de que su padre le ordenase seguir trabajando de aprendiz para un sastre que lo maltrataba. Heinrich Damm, el chico de campo, temía a su padre, quien además de ser un granjero ambicioso y avaro, poseía la taberna de la localidad y, tras un día agotador trabajando la tierra, era capaz de plantar cara a media docena de borrachines que trataban de impedir que cerrase la taberna a media noche. Damm recuerda que su padre obligó a su madre, embarazada, a apilar rocas hasta que esta se desmayó; cuando la madre murió, pocos años después, su padre comentó: «Creo que la hice trabajar demasiado duro». Pero el hijo temía demasiado a su padre (aún le teme) como para odiarlo.

Por contra, los cinco de mis amigos que tienen hijos adolescentes o cercanos a esta edad, se maravillan del descaro y la independencia de sus hijos. Y «maravillarse» describe mejor su actitud que «desaprobar» o «sentirse molesto». El joven Schwenke dice: «Mi padre (el antiguo sastre) me hubiese matado de haberle hablado como mi hijo me habla a mí», y menea la cabeza. «Las cosas son distintas ahora —decía el ebanista Klingelhöfer—. Cuando yo era niño, hablaba solo cuando me hablaban; en ningún otro caso. Ahora mis hijos me llevan la contraria en casi todo, y no puedo hacer nada. Mi mujer es la jefa.» Y se reía. La clave de este cambio (y se diría que es un cambio radical) puede estar en la emancipación de la mujer alemana y, en particular, de la mujer casada, a la que el nazismo trató

de sojuzgar. Parece que, hoy como ayer, los niños alemanes son casi por completo responsabilidad de las madres; incluso entre mis amigos no nazis, por lo general la relación entre padres e hijos era mucho más distante que la nuestra. Pero, así como antes la madre ponía en práctica sobre el hijo la voluntad del padre, ahora se diría que pone en práctica la suya propia.

Es cierto que los chicos de mis amigos se están criando en una sociedad desintegrada, en la que no solo el káiser sino también el padre biológico han sido desbancados. Mis amigos han perdido sus trabajos, o sus hogares, o su estatus, o su seguridad, y sus hijos lo saben. Y el káiser es únicamente un personaje histórico, desaparecido sin viso alguno de que vaya a retornar algún día.

La auténtica figura paterna es una persona verdadera, que representa una entidad ideal. Si Guillermo II, sea como gobernante o como hombre, era bueno o malo resultaba irrelevante para su estatus. Inevitablemente, los fallos de tu padre biológico afectaban a tu actitud, pero, igual que ocurría con el traje nuevo del emperador de la fábula, en el caso de la auténtica figura paterna sus súbditos no hubieran osado advertir sus fallos. Hubo en Alemania algunos intelectuales osados que criticaron la política del káiser antes de la Primera Guerra Mundial, pero mis amigos no eran intelectuales osados.

Uno no osaba juzgar a la figura paterna. Uno no debía —pero no podía evitarlo— juzgar a su padre biológico. Pero a un hombre que es como tú se le juzga de acuerdo con tus propios criterios de éxito o fracaso. Hasta 1943 o 1944, Hitler fue un éxito. Hasta llegar a Stalingrado, demostró un genio que solo un puñado de hombres en la historia han poseído, el genio de triunfar de forma continuada en los asuntos públicos contra las probabilidades que solo los asuntos públicos ofrecen. Ninguno de mis amigos vacilaba al decir —todo soldado es un experto militar, y todo alemán es un soldado— que se equivocó al invadir Polonia (o en invadirla como y cuando lo hizo) o, tal vez, al atacar a Rusia, a la que había conseguido inmovilizar de forma tan brillante, o al aliarse con Italia, o al conquistar el mundo demasiado pronto. Pero todos estos fallos fueron errores estratégicos. Yo mismo —aquí hablan mis amigos— podría haberlos cometido. El propio Napoleón los cometió.

Mis amigos no echan de menos a Hitler, igual que nosotros no echamos de menos a aquellos de nuestros líderes nacionales cuyo genio culminó en fracaso; genios así están condenados a fabricar sus propios

sarcófagos, con la cínica ayuda de los arribistas de los partidos políticos que en la campaña siguiente se encuentran con los huesos descarnados entre sus manos. Mis amigos nazis no divinizan a Hitler ni (si se puede hacer esta distinción) lo santifican. Nunca cuestionaron su derecho absoluto o su poder absoluto para gobernar de modo absoluto. Pero no lo consideran —y parece que nunca lo hicieron— el Führer, el líder, y no es debido a que los reeducadores de la Ocupación hayan abolido el uso de esa palabra. Lo consideran simplemente Hitler y, sea lo que sea lo que deseen resucitar, no sueñan en resucitar el hitlerismo.

Es cierto que son románticos, pero no románticos hasta ese punto. No reprimen su nombre; lo mencionan cuando surge la ocasión de mencionarlo. Pero hay pocas ocasiones de hacerlo. Hoy en día en Alemania los viejos soldados tienen otras cosas que hacer que calentarse ante la estufa y contar historias; la estufa está fría. Nada sorprendió tanto a mis amigos como saber que los estadounidenses aún especulan sobre si Hitler ha sobrevivido, ya sea en carne y hueso en Argentina o España, o en espíritu en Alemania. Vivió, triunfó, fracasó, murió y está muerto.

En opinión de mis amigos, Hitler fue bueno para Alemania hasta 1943, 1941 o 1939, dependiendo de cómo evaluase su estrategia cada cual. Pasada esa fecha, solo había que mirar cómo estaba Alemania, «fíjese en nosotros, profesor», para saber que fue malo para Alemania. Hitler pertenece a la historia; en cambio, lo que dejó tras de sí pertenece a mis amigos, que andan escarbando entre las ruinas. Puede que un distante futuro lo haga revivir, pero lo dudo; no es probable que el distante futuro conserve a Alemania tal como era o como es.

4. «Y USTED, ¿QUÉ HABRÍA HECHO?»

Ninguno de mis diez amigos llegó a conocer a nadie que participase en el funcionamiento del sistema de deportación o en los campos de concentración. Ninguno de ellos llegó a conocer, en persona, a nadie relacionado con la Gestapo, el Sicherheitdienst (Servicio de seguridad), o los Einsatzgruppen (los destacamentos de ocupación que seguían a los ejércitos alemanes en su avance hacia el Este y llevaban a cabo los asesinatos en masa de judíos). Ninguno de ellos llegó a conocer a nadie que conociese a alguien relacionado con estos organismos responsables de atrocidades. Ni siquiera el policía Hofmeister, que tuvo que arrestar a judíos para conducirlos a «custodia protectora» o a «reasentamientos» creía que hubiese nada malo en «dar a los judíos tierras que ellos pudiesen aprender a trabajar con sus propias manos, en lugar de traficar con dinero», ni había conocido a nadie cuya vergüenza o ausencia de vergüenza le impulsase a reprochárselo si se encontraban cara a cara. El hecho de que el jefe de policía de Kronenberg le hiciese firmar a él las órdenes de arresto de los judíos únicamente le indicaba que el jefe no quería tener problemas «con los de arriba».

Sesenta días antes de que terminase la guerra, el profesor Hildebrandt, como teniente al mando de un pequeño destacamento del ejército en disolución, fue informado por el médico del puesto de que un hombre de las SS adscrito al puesto se estaba volviendo loco debido a sus recuerdos de haber asesinado a judíos «en el Este»; esto es lo más cerca que ninguno de mis amigos estuvo de conocer la carnicería sistemática practicada por el nacionalsocialismo.

He dicho que ninguno de estos diez hombres lo sabía; e, igual que ellos, muy pocos de los setenta millones de alemanes lo sabían tampoco. La proporción, que en Kronenberg era de ninguno entre diez, sin duda hubiese sido mayor entre gente más inteligente, o entre personas más sensibles o

sofisticadas en, por ejemplo, la Universidad de Kronenberg o en las grandes ciudades donde la gente se mueve más y oye más cosas. Pero debo precisar qué quiero decir cuando hablo de «saber».

Por «saber» me refiero a tener la certeza, la absoluta certeza. Los hombres que deciden protestar o emprender acciones aún más radicales, y todavía más en una dictadura que en una democracia, quieren estar seguros. Incluso estando seguros, es posible que no emprendan ningún tipo de acción (en el caso de mis diez amigos, creo que no lo hubiesen hecho), pero eso es otro asunto. Lo que oyes decir sobre casos concretos, de segunda o de tercera mano, lo que supones en cuanto a las condiciones en general, tras atar media docena de cabos, lo que alguien te dice que cree que está pasando… Es posible que, en su conjunto, todo ello resulte convincente. Puedes albergar una «certeza moral», estar seguro en tu fuero interno. Pero la certeza moral y la seguridad mental no son lo mismo que una certeza absoluta. En asuntos de este tipo, tus vecinos no esperan que actúes ante cosas que no se espera que ni tú ni tu vecino sepáis, y tú tampoco lo esperas.

Los hombres que tomaron parte en el funcionamiento del sistema de atrocidades, ¿se lo explicaban o no a sus mujeres? Es dudoso, en especial en Alemania, donde los maridos no se molestan en contarles a sus esposas tanto como les contamos nosotros. Pero sus mujeres no se lo dirían a otros, ni tampoco lo harían ellos; sus trabajos eran, por decirlo de forma delicada, de carácter confidencial. En este tipo de trabajos, los hombres, si hablan, pierden el empleo. Bajo el nazismo, perdían algo más que sus empleos. No estoy diciendo que los hombres en cuestión, aquellos que lo sabían de primera mano, se opusiesen al régimen hasta cierto punto, ni siquiera que lamentasen desempeñar un papel en él; estoy diciendo, parafraseando al ebanista Klingelhöfer, que los hombres son así, y cuanto más reprobable sea la tarea en la que se hallan voluntaria o involuntariamente involucrados, más son así.

Le planteé esta cuestión al sastre Marowitz en Kronenberg, el único judío que había regresado de Buchenwald y seguía allí. Al ser liberado, en 1939, le prohibieron hablar de su experiencia y, por si acaso no se lo tomaba lo bastante en serio, le obligaron a presentarse (simplemente presentarse) en comisaría a diario. ¿A quién le había contado su experiencia en Buchenwald? A «mi mujer y a un par de amigos… judíos, por supuesto».

—¿Hasta qué punto se sabía todo esto en Kronenberg hacia el final de la guerra?

—¿Se refiere a los rumores?

—No, ¿hasta qué punto se sabía todo, o algo de ello?

—Oh, ampliamente, muy ampliamente.

—¿Cómo?

—Oh, de algún modo las cosas se fueron filtrando, siempre a escondidas, siempre de forma indirecta. De modo que la gente oía rumores, y podía adivinar el resto. Por supuesto, la mayoría de la gente no se creía las historias sobre judíos o sobre otros opositores del régimen. Creían, como es natural, que todas estas personas exageraban.

Rumores, suposiciones que bastaban para que cualquier hombre supiese si realmente quería saber, o al menos creer, y siempre referentes a personas de las que se sospecharía, «como es natural», que exageraban. En Núremberg, el subordinado inmediato de Goebbels que estaba a cargo de la radio en el Ministerio de Propaganda declaró que había oído hablar de que gaseaban a los judíos, y que informó a Goebbels de ello. Goebbels dijo que era falso, «propaganda enemiga», y ahí se acabó la cosa. El tribunal de Núremberg aceptó el testimonio de este hombre respecto a este asunto y le exoneró. Ninguno de mis diez amigos de Kronenberg —ni ninguna otra persona en Kronenberg— era el subordinado inmediato de un ministro del gabinete. Tanto los antinazis como los nazis desecharon los rumores: si no los rechazaban, al menos no los aceptaban; o eran propaganda enemiga, o sonaban a propaganda enemiga, y, con el país luchando por su vida y los hijos y hermanos de uno muriendo en la guerra, ¿quién va a querer oír, y menos repetir, algo que suena a propaganda enemiga?

¿Quién desea investigar los informes? ¿Quién «se busca problemas»? ¿Quién sería el primero en encargarse (¿y cómo hacerlo?) de comprobar las sospechas de que el gobierno había cometido crímenes bajo una dictadura gubernamental, quién se ocuparía, en tiempos turbulentos y de guerra, de unos males, reales o rumoreados, que sucedían en un ámbito apartado de su propia vida, lejos de su círculo, y, sobre todo, lejos de su esfera de poder? Después de todo, ¿qué pasaría si se demostraba que era cierto?

Supongamos que has oído hablar, de segunda o incluso de primera mano, de un caso en que un hombre ha sufrido abusos o ha sido torturado por la policía en una hipotética comunidad de los Estados Unidos. Se lo cuentas a un amigo al que estás intentando persuadir de que la policía es

corrupta. No te cree. Quiere tener un testimonio directo o, si lo has sabido por terceros, al menos de segunda mano. Te diriges a tu fuente original, que te ha explicado la historia únicamente porque tiene plena confianza en ti. Ahora quieres que se lo cuente a un hombre en quien no confía, a un amigo de la policía. Se niega. Y te advierte que si citas su nombre como fuente de la historia lo negará. Entonces el sospechoso serás tú, sospechoso de difundir rumores falsos sobre la policía. Y resulta que, en esta hipotética comunidad de los Estados Unidos, la policía es corrupta, y te «pescarán» de un modo u otro.

Así pues, ¿qué pasaba si después de todo uno averiguaba la verdad en la Alemania nazi (que no era ninguna hipotética comunidad estadounidense)? ¿Y si llegaba a saberlo todo? ¿Qué sucedía entonces?

No había *nichts dagegen zu machen*, «nada que hacer al respecto». Una y otra vez en mis conversaciones con cada uno de mis amigos llegaba a este punto, de una manera u otra, y a esta misma expresión; una y otra vez la misma pregunta, que me planteaban con la misma candorosa inocencia que caracteriza a los culpables cuando se la hacen a los incautos: «Y usted, ¿qué habría hecho?».

¿Cuál es la proporción de héroes revolucionarios, de santos y mártires o, si se prefiere, de buscapleitos, en Estocolmo, en Ankara, en El Paso? En los Estados Unidos no hemos tenido la experiencia de Alemania, donde incluso protestar en privado era peligroso, donde incluso el conocimiento secreto podía ser arrancado por la fuerza, pero ¿qué esperábamos que hiciera el buen ciudadano de Minneapolis o de Charlotte cuando, en plena guerra, se le dijo, de forma abierta y oficial, que 112.000 de sus compatriotas estadounidenses, aquellos residentes en la Costa Oeste de ascendencia japonesa, habían sido detenidos sin orden judicial y enviados a centros de reclusión sin pasar por proceso legal alguno? No había *nichts dagegen zu machen* —ni siquiera por parte del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, que dictaminó que la acción se encontraba dentro de las atribuciones del ejército— y, de todos modos, el buen ciudadano de Minneapolis o de Charlotte tenía sus propios problemas.

En resumidas cuentas, creo que era esto —que tenían sus propios problemas— lo que explicaba que mis amigos se hubiesen abstenido de «hacer algo» o incluso de saber algo. La responsabilidad que puede asumir cualquier hombre tiene un límite. Si trata de asumir más, se viene abajo; así pues, para salvarse del derrumbe, rechaza aquellas responsabilidades que

exceden de su capacidad. En cualquier caso, hay responsabilidades que no puede evitar asumir, y estas, ya bastante pesadas en condiciones normales, aumentan, se multiplican incluso, en tiempos de grandes cambios, ya sean estos buenos o malos. Mis amigos llevaban bastante bien sus responsabilidades normales; todos ellos eran buenos cabezas de familia y, exceptuando tal vez al sastre Schwenke, tenían trabajos estables. Pero no estaban habituados a asumir responsabilidades públicas.

Las responsabilidades públicas que les impuso el nazismo —no eligieron asumirlas cuando decidieron hacerse nazis— superaban sus capacidades. No creían, ni sabían, al principio, que tendrían que cargar con un conocimiento o una conciencia de culpabilidad. Cualquier tipo de antinazismo, ya fuese de pensamiento o de sentimiento (por no hablar de acción) hubiese requerido de ellos, como individuos aislados, ya más abrumados de lo que era habitual, que asumieran una carga que superaba sus capacidades. Y esto, diría yo, es lo que suele ocurrir con las responsabilidades públicas de naturaleza voluntaria —en Alemania, en los Estados Unidos o en donde sea— que ofrecen, en el mejor de los casos, una recompensa diferida y, en el peor, un castigo inminente.

Los estadounidenses están mucho más habituados que los alemanes a asumir responsabilidades de carácter voluntario, pero el principio de rechazo opera también aquí, en los Estados Unidos, aunque los límites de la carga que se asume sean mayores. Cuanto más me pese la carga conjunta de mis responsabilidades públicas y privadas, menos impulsado me sentiré a asumir voluntariamente responsabilidades públicas; si me estoy construyendo una casa nueva y debo alistarme en la Defensa Civil, mi colaboración con los Boy Scouts se resentirá. Y el antinazismo bajo una dictadura nazi está muy lejos de ser un club de jóvenes Scouts.

Pero, dado que los hombres responsables nunca eluden sus responsabilidades, cuando se ven forzados a rechazarlas, las niegan. Corren la cortina. Se cierran en banda a admitir ese mal al que deberían, pero no pueden, combatir. Su negación refuerza su rechazo. Un hombre bueno —incluso un estadounidense bueno— que corre para coger el tren de camino a una cita importante pasará por alto al perro que está siendo apaleado en la calle y se concentrará en alcanzar el tren; y, una vez en el tren, habrá de pensar en la cita acerca de la cual puede hacer algo, en lugar de en el perro apaleado por el que no puede hacer nada. Si corre lo bastante y su cita es

crucialmente importante, ni siquiera se fijará en el perro apaleado cuando pase por su lado.

El Departamento de Investigación Federal (FBI), con su vertiginosa compilación de archivos centralizados acerca de un número cada vez mayor de ciudadanos estadounidenses, tanto respetuosos con la ley como infractores de esta, es algo nuevo en los Estados Unidos. Pero en Alemania viene de antiguo, y no tiene nada que ver con el nacionalsocialismo, salvo porque hace que al gobierno nazi le resulte más fácil localizar y seguir la trayectoria vital de todos y cada uno de los alemanes. El sistema alemán —que tiene su equivalente en otros países europeos, incluida Francia— era, al ser germánico, extraordinariamente eficiente. Los turistas estadounidenses están familiarizados con las fichas de identificación policial que han de cumplimentar *pro forma* en la recepción de los hoteles europeos. Los residentes nacionales no rellenan una ficha cuando se establecen en una ciudad alemana o la abandonan: rellenan un resumen biográfico para la policía.

El policía Hofmeister me explicó, lleno de entusiasmo, lo exhaustiva que era la red del sistema de identificación en Alemania, antes del nazismo, durante el nazismo y después del nazismo. Cada localidad dispone de un registro policial que contiene, siempre al día, el historial de cada persona nacida en aquel lugar (no importa dónde viva en la actualidad) que se ha metido en «problemas» alguna vez; además, el registro contiene el historial completo de todas aquellas personas que han cometido algún delito (o han sido detenidas) en la localidad, no importa dónde hayan nacido. «Figúrese —dijo el policía Hofmeister, un nazi poco ferviente— hasta qué punto es casi imposible, y lo ha sido siempre, en Alemania que alguien escape o “desaparezca”. En un país así, amigo mío, la ley y el orden rigen siempre.»

Para un hombre, una vez que ha tenido algún conflicto con la policía, es, pues, casi imposible escabullirse. Es mucho mejor, si alguna vez uno ha entrado en conflicto con ellos (o si imagina que alguna vez le han considerado sospechoso), tener contacto con ellos estando de su lado; o, aún mejor, no entrar en contacto con ellos en absoluto. No ver al perro apaleado en la calle, ni a la mujer apaleada, ni al judío apaleado, ni nada. Uno ya tiene sus propios problemas.

Todo el mundo, en todas partes, tiene sus propios problemas. A trescientos kilómetros de Kronenberg se encontraba la gran planta química de Tesch & Stabinow. En 1942, su director —no un «hombre corriente»

como mis amigos, sino un auténtico director— recibe su primer pedido de gas Zyklon-B, que podía utilizarse como insecticida, aunque seguramente no sería ese el uso que se le iba a dar (en especial porque se trata de un pedido «clasificado», secreto). De hecho, Tesch & Stabinow ha estado produciendo gases tóxicos para el departamento de guerra química del ejército, que cuenta con un coronel de ingenieros adscrito a la planta como asesor. Pero este pedido no es para el ejército, y no ha pasado por asesoría alguna. Es posible que el director haya oído, o supuesto, que la famosa «solución final del problema judío» iba a ser la muerte en masa mediante gas; para este propósito concreto, Zyklon-B sería la fórmula más adecuada. Supimos en Núremberg que todo el programa de exterminio fue implementado sin órdenes escritas, en sí mismo un hecho notable; aun así, un hombre importante cuya empresa fabrica gas tóxico para el gobierno podría haberlo sabido, o adivinado. Es posible que el director le enseñase el pedido al coronel, que por su parte tampoco era un «hombre corriente».

¿Qué hicieron en aquel momento estos dos hombres importantes —que no eran «hombres corrientes», como mis amigos nazis— con el pedido del gobierno sobre la mesa, ante ellos?

¿Qué dijeron?

¿Qué no dijeron?

Esto es lo que no averiguamos en Núremberg. Esto es lo que nunca se puede averiguar en Núremberg. Esto es lo que hemos de imaginar. ¿Y cómo hemos de imaginarlo? No somos hombres importantes, ni directores de planta, ni nazis, importantes o sin importancia, con un pedido del gobierno sobre la mesa delante de nosotros, ¿verdad?

Cada cual tiene sus propios problemas.

Ninguno de mis diez amigos nazis supo entonces —he dicho entonces — nada de estos enormes sistemas gubernamentales de crímenes contra la humanidad. Ninguno de ellos, con la posible excepción (bastante probable, en mi opinión) del sastre Schwenke, el Sturmführer de las SA, hizo nunca nada que pudiésemos considerar censurable según los parámetros que nos aplicamos a nosotros mismos. Después de todo, estos hombres eran personas respetables, como nosotros. El antiguo empleado de banca, Kessler, le dijo a su amigo, el antiguo director de banco Rosenthal, el día antes del incendio de la sinagoga en 1938, que «con hombres como yo en el Partido», hombres con sentimientos morales y religiosos, «las cosas irán mejor, ya lo verá». Y Hildebrandt, el profesor, creía que era lógico, en las

condiciones que se daban en Alemania justo antes del nazismo, que este fuese un movimiento proletario y radical, con estúpidos y villanos en puestos de liderazgo, pero que «a medida que más y más ciudadanos honestos se uniesen a él, sin duda cambiaría a mejor y se convertiría en una formación *bürgerlich*, burguesa. Después de todo, la Revolución francesa tuvo sus Robespierre, *nicht wahr*?».

Mis amigos creían en lo que decían; calcularon mal, pero creían en lo que decían. Y, sobre la base de este cálculo mortalmente erróneo, el empleado de banca íntegro y religioso se vería abocado a predicar el paganismo más bárbaro. Y el honesto profesor burgués tuvo que enseñar «literatura nazi» a partir de manuales nazis suministrados por la junta escolar nazi. Los profesores deben enseñar lo que les dicen que enseñen o dimitir, y dejar un empleo público, durante los primeros años del Tercer Reich, equivalía al desempleo; más adelante, si uno tenía un pasado antinazi, significaba ser enviado a un campo de concentración. «Una vez que se era miembro del Partido, no era fácil salirse de él», dijo el panadero Wedekind, que nunca manifestó su intención de dejarlo. Un hombre que siempre hubiese sido apolítico podría quizá «salirse»; un hombre político, un hombre que hubiese asumido la responsabilidad política de la ciudadanía, nunca. El policía Hofmeister, que venía cumpliendo con su deber en Kronenberg desde 1908, cumplió con su deber en 1938 cuando le ordenaron arrestar a judíos por ser judíos. Uno de los que él detuvo, el sastre Marowitz, le consideraba un hombre decente: *anständig* es la palabra que empleó.

Todo esto no disminuye en modo alguno el número ni la atrocidad de las fechorías nazis; pero sí reduce el número y la atrocidad de los nazis malhechores. En un país renombrado por la eficacia y la fidelidad de sus funcionarios públicos, se necesitaban muy pocos para gestionarlo todo. El policía Hofmeister juró fidelidad al Führer en una ceremonia de juramento en masa llevada a cabo en el ayuntamiento de Kronenberg a principios de 1933. Todos los funcionarios participaron en ella y escucharon el mensaje del mariscal Göring en persona: «El Führer sabe que todos los empleados públicos son leales a su juramento». Y así era, por ser leales al sagrado juramento los alemanes (en mayor medida que hombres con unas conciencias más libres o más livianas) se consideraban ligados tan a muerte a él que el último movimiento de resistencia a Hitler, que estalló el 20 de julio de 1944, tuvo que prescindir de antemano de muchos oficiales del

ejército vehementemente antinazis, pero dispuestos a hacer lo que fuera menos faltar a la palabra dada. Fue este el motivo que impulsó a la conspiración de resistentes a decidir asesinar a Hitler en lugar de arrestarlo y juzgarlo; la lealtad prometida a Hitler obligó a miles de personas hasta que murió.

Con la «lealtad» del funcionariado y del estamento militar asegurada, se necesitaba únicamente un puñado de personas de la administración, y unas cuantas más, un millón como mucho, entre una población de setenta millones, para poner en práctica todo el programa de persecución nazi: un millón de expresidiarios, futuros expresidiarios, matones de salón de billar, jóvenes sin empleo desalentados, de los cuales en todos los países hay un millón. Y Alemania, en especial en el norte y el este, contaba con una categoría entera de reclutas más común en la Europa del Este y en Asia que en ningún otro lugar, unos jóvenes que habían recibido una formación brutal, los *Bauernknechte*, mozos de granja serviles, sobre los cuales los terratenientes detentaron, hasta el final de la Primera Guerra Mundial, un poder casi feudal.

Al «democrático», es decir, polemista cobrador Herr Simon, le interesó mucho saber acerca de la deportación en masa de los estadounidenses de ascendencia japonesa de nuestra Costa Oeste en 1942. Nunca antes había oído hablar de ello, y cuando le mencioné la afirmación del comandante del ejército de la Costa Oeste de que «un japo es un japo», golpeó la mesa con el puño y exclamó:

—Muy cierto. Un japo es un japo, un judío es un judío.

—Y un alemán, un alemán —le dije.

—Desde luego —respondió, orgulloso—. Es una cuestión de sangre.

Me preguntó si conocía a alguien que hubiese estado involucrado en las deportaciones de la Costa Oeste. Cuando le respondí que no, me preguntó qué había hecho yo al respecto. Cuando le dije que nada, exclamó, triunfante:

—A eso iba. Usted se enteró de todo esto de manera abierta, a través de su gobierno y de la prensa. Nosotros no recibimos ninguna información por parte del nuestro. Como en su caso, no se nos pidió que hiciésemos nada, en nuestro caso ni siquiera que lo supiésemos. Usted supo de cosas que le parecían mal, porque usted creía que eso estaba mal, ¿no, Herr Professor?

—Sí.

—Exacto. No hizo nada. Nosotros oímos rumores, o adivinamos, y no hicimos nada. Así es en todas partes.

Cuando protesté diciendo que a los estadounidenses de ascendencia japonesa no se les trató como a los judíos, me respondió:

—Y si hubiese sido así, ¿qué? ¿Acaso no se da cuenta de que el concepto de hacer algo o no hacer nada es el mismo en ambos casos?

»Muy al principio —prosiguió—, todavía en la primavera de 1933, uno de nuestros líderes de las SA protestó por el despido del *Oberbürgermeister*, un socialdemócrata, un buen hombre, apolítico en realidad. Este líder de las SA fue detenido y se lo llevaron. Tenga presente que esto sucedía cuando las SA aún poseían gran ascendencia en el régimen. Nunca regresó. Su familia todavía está aquí. Se dijo que le habían condenado, pero nunca supimos cuáles eran los cargos que se le imputaron. No había juicios públicos para los enemigos del Estado. Decían que no era necesario, habían perdido el derecho a ello.

—¿Y a usted qué le parece?

—Que es un asunto legal. Si los tribunales dicen que es así, es así, *gell*?

Gell es la forma dialectal del retórico «¿verdad?», «*nicht wahr*?», «*n'est-ce pas*?», y a los oriundos de Hesse les encanta emplearlo.

Unos cuantos cientos en la cumbre, para planificar y dirigir a todos los niveles; unos cuantos miles para supervisar y controlar (sin voz ni voto respecto a las decisiones) a todos los niveles; varias decenas de miles de especialistas (profesores, abogados, periodistas, científicos, artistas, actores, atletas y trabajadores sociales) deseosos de servir o al menos poco dispuestos a perder su trabajo o a rebelarse; un millón del *Pöbel*, que suena como «pueblo» y quiere decir «chusma», para ejecutar lo que llamaríamos el trabajo sucio, que va desde el asesinato, tortura, robo e incendio hasta el esfuerzo de inhumanidad que con toda probabilidad movilizó a más alemanes que ningún otro en la historia nazi, permanecer «de guardia» frente a las tiendas y empresas alemanas durante el boicot de abril de 1933.

¿Y los millones restantes?

Solo tenían que seguir como siempre y no meterse en problemas. Más fácil, imposible.

—Únicamente los comunistas tenían problemas —dijo Herr Simon.

—Y en Rusia —dije yo—, solo los anticomunistas los tienen.

—Así son las cosas —dijo Herr Simon.

—Pero —contesté— aparte de los comunistas estaban los socialistas y los judíos y los que se oponían al régimen por cuestiones religiosas. Ellos también «tenían problemas», ¿no es así?

—Oh, sí —dijo Herr Simon, con ingenuidad—, pero eso fue más tarde. Yo me refería al principio.

Únicamente los comunistas tenían problemas. ¿Y los millones de alemanes restantes? Las SA y las Juventudes Hitlerianas y las Doncellas Alemanas desfilaban colina arriba y colina abajo en las celebraciones de Estado, que, en un Estado como aquel y en especial en Alemania, eran muchas. El Arbeitsfront, la agencia de empleo del Estado, les daba permiso a los trabajadores para que acudiesen a presenciar los desfiles de las SA, igual que en Washington a los funcionarios se les concede medio día de permiso para que incrementen (o, más bien, integren) las multitudes que bordean las calles de la capital para dar la bienvenida al presidente de Turquía o al emperador de Etiopía; en la Alemania nazi era obligatorio sumarse a la multitud. Los que tenían uniformes los lucían los domingos, y los viernes por la noche, al regresar de sus reuniones de las Tropas de Asalto, les comentaban a sus mujeres que se habían cruzado con un conocido judío en la calle y solo le habían hecho un gesto con la cabeza. Y sus mujeres decían: «*Gut*», lo que en alemán puede querer decir «bien» o también «sí».

5. LOS QUE SE AFILIARON

Ser miembro del NSDAP no significaba nada en absoluto. Como ocurre con la pertenencia a muchas otras organizaciones, servía sobre todo para despertar la envidia de los que no eran miembros, aquellos que, debido a las limitaciones existentes, estaban excluidos. Es un viejo truco que todos los promotores de viviendas se saben al dedillo. Cuando Hitler salió de la cárcel en diciembre de 1924, anunció que solo admitiría al 35 por ciento de sus antiguos seguidores, y eso bastó para que el cien por cien de ellos se congregasen de nuevo junto a él.

En marzo de 1933, cuando se liberalizó la afiliación al triunfante NSDAP, millones de personas se hicieron miembros. Estos «violetas de marzo», como les llamaban despectivamente tanto los viejos nazis como los viejos antinazis, simplemente se apuntaron al carro. Hitler nunca se fió de ellos, y pocos llegaron a ocupar cargos relevantes. Hitler tenía razón; los «violetas de marzo» se afiliaron por buenas razones, por malas razones, por razones nazis, e incluso por razones antinazis; y un número indeterminado de ellos, por ninguna razón en absoluto: es decir, porque «todo el mundo» lo hacía.

No quiero decir con esto que ser miembro del partido fuese el equivalente a comprar una banderita el día de la cuestación en los Estados Unidos, pero no era distinto del todo. Tampoco el sistema nazi de responsables de bloque era lo mismo que el sistema de defensa civil de los Estados Unidos; pero también era en cierto modo comparable. Los entusiastas del régimen, que en Kronenberg constituían claramente una pequeña minoría entre los responsables de bloque, eran los que llevaban la iniciativa, demostrando (sobradamente) su fervor, fanfarroneando, intimidando, discriminando, amenazando con denunciar, y en ocasiones denunciando. Pero la mayoría se limitaba a anunciar las reuniones o a solicitar donaciones y no llevaba ningún registro oficial de quienes no cumplían. Después de la guerra, en el Kronenberg ocupado por los Estados

Unidos, algunos de los organizadores más entusiastas de los proyectos patrocinados por los estadounidenses eran aquellos que con mayor entusiasmo habían organizado los proyectos patrocinados por los nazis. Algunas de estas personas intentaban hacerse perdonar fechorías o errores pasados; pero otros simplemente eran organizadores entusiastas de cualquier proyecto, sin importar quién lo patrocinase.

La gente se afiliaba al Partido para conseguir un empleo o para conservarlo, para ascender en el trabajo o para evitar que les asignasen un trabajo peor, para conseguir un contrato o para no perder un contrato, un cliente, un paciente. Al cabo de un tiempo, uno de cada tres hombres trabajaba para el Estado. La República de Weimar acabó con la tradición alemana del funcionariado apolítico y no partidista; los nazis completaron la politización de los empleados del gobierno que los socialdemócratas habían iniciado.

No sería aventurado afirmar que la mitad de los empleados públicos tuvieron que elegir entre afiliarse al Partido o perder su empleo. A la otra mitad se les aconsejó encarecidamente que se afiliasen, y la mayoría lo hizo. En el gobierno central o en los provinciales, así como en los ayuntamientos, a los funcionarios de carrera, cuya ambición era conseguir una pensión, les era tan difícil negarse a ser miembros del Partido (si es que tal idea llegaba a ocurrírseles) como lo es para quienes trabajan en Tammany Hall[4] resistirse a la corrupción. En los Estados Unidos, la antigua, aunque no honrosa, práctica de obligar a los funcionarios del Estado a financiar al partido que está en el poder con un 1 o incluso un 2 por ciento de sus salarios anuales se conoce coloquialmente como «blandir el mazo». En 1954 el gobernador de Pensilvania, al admitir que ese sistema estaba en vigor en aquel estado, dijo que no existía «mazo» alguno; las contribuciones, afirmó, eran voluntarias y a ningún funcionario se le despedía si dejaba de hacer su aportación.

Como dijo un editorial del *Pittsburgh-Post Gazette*: «Dudamos de que el gobernador Fine sea tan ingenuo como parece indicar su empleo de la palabra “voluntarias”. Cuando tus jefes políticos, las personas que te han proporcionado tu empleo público, te piden que contribuyas al mantenimiento del partido, no se puede decir que haya nada “voluntario” en esa situación. Es cierto que no estás obligado a hacer tu aportación, pero si tienes algo de cerebro y de ambición, más te vale. Que los jefes políticos te consideren poco colaborador no es la mejor manera de ascender o de

conservar siquiera un puesto que has conseguido mediante influencias». En Alemania, donde, como en el resto de los países europeos, la afiliación a los partidos políticos es un asunto formal y estos se financian mediante cuotas regulares, para ser un funcionario público no era necesario afiliarse al Partido Nacionalsocialista, pero si uno tenía algo de cerebro o de ambición, más le valía hacerlo.

La denuncia de que en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Alemania de posguerra había cientos de antiguos nazis, aunque en una escandalosa media docena de casos revelase una auténtica penetración del régimen de Adenauer por parte del nazismo, no ofrecía, por lo demás, pista alguna de si antes, durante o después del nazismo estos habían sido altos cargos del Ministerio, estenógrafas o chicos de los recados; ni cuántos de ellos (si es que había alguno) se habían afiliado al NSDAP con el propósito de ocultar su antinazismo, mitigando la aplicación de leyes inhumanas o incluso participando desde dentro en una ansiada (o simplemente soñada) rebelión.

Tomemos por ejemplo a Ernst von Weizsäcker, a quien en 1934 el ministro de Asuntos Exteriores nazi Von Ribbentrop ascendió de embajador en Suiza a secretario de Estado de Asuntos Exteriores; como tal, se convirtió en brigadier general de los camisas negras de las SS. Como secretario de estado de Ribbentrop, firmó documentos por los cuales miles de judíos fueron deportados a la esclavitud y la muerte. En Núremberg el fiscal estadounidense le tildó de «secretario de estado del diablo» y de «director ejecutivo de Asesinato, S. A.». Un tribunal estadounidense le condenó por crímenes contra la humanidad.

Ahí, sin duda, teníamos un nazi. Pero en su juicio, diplomáticos de todos los países aliados (incluyendo los Estados Unidos de América) dieron testimonio de su antinazismo; todos los líderes supervivientes de la resistencia antinazi confirmaron haber recibido su apoyo y su aliento; distinguidos clérigos, eruditos y científicos aliados, así como miembros de la Cruz Roja Internacional avalaron sus incansables esfuerzos por mitigar o sortear las directrices nazis; un desfile de judíos alemanes y judíos de países ocupados por Alemania testificó que la ayuda ilegal que les prestó les había salvado la vida. El obispo prelado Berggrav, cabeza de la resistencia noruega y presidente del Consejo Mundial de Iglesias, dijo: «Von Weizsäcker no era un nazi, era un antinazi. Conozco la naturaleza profunda

del alma de este hombre. Le he visto sufrir y servir. Si le condenan a él, nos condenan a todos».

Expresiones como «maestro nazi», «actor nazi», «periodista nazi», «abogado nazi», incluso «sacerdote nazi» tienen tan poco sentido como «secretario de Estado del diablo». La mayoría de los maestros enseñan las reglas básicas bajo todos los regímenes en cualquier lugar. La mayoría de los actores buscan trabajo donde sea. La mayoría de los periodistas informan de incendios o accidentes y escriben lo que la dirección quiere, sea cual sea esa dirección (y la mayoría de los abogados no les van a la zaga). Y la mayoría de los sacerdotes en Alemania predicaban cada día a Cristo crucificado sin darse cuenta —¿y quién lo hace?— de que cada día lo estaban crucificando a su alrededor.

Hay muchos abogados en Estados Unidos que no están en absoluto de acuerdo con las reglas y el programa de la American Bar Association (Colegio de Abogados de los Estados Unidos), pero, si quieren ejercer la abogacía, harán bien en pertenecer a alguna de las agrupaciones que forman parte de la ABA. En Estados Unidos hay aún más médicos que no están en absoluto de acuerdo con las reglas de la American Medical Association (Asociación Médica Estadounidense), pero, si quieren ejercer la medicina, harán bien en pertenecer a las agrupaciones que forman parte de la AMA. Quizá se limiten a pagar las cuotas, y eso a regañadientes; pero en los registros constan como miembros. Son oficialmente «culpables» de las reglas de la organización que habla en su nombre. En la Alemania nazi, todas las asociaciones profesionales quedaron «englobadas» en la organización nacionalsocialista.

«Fue así», decían todos mis amigos y conocidos nazis en Alemania (y la mayoría, no todos, de los que eran antinazis), acompañándolo siempre con un suspiro que significaba: «No te lo crees, ¿verdad?».

El hijo antinazi de un empleado de la compañía de ferrocarriles me explicó la historia de su padre. En 1931 los ferrocarriles alemanes estaban despidiendo personal debido a la depresión económica. Herr Schäfer, que no sentía ningún interés por la política, al saber que su jefe local se había afiliado al Partido Nacionalsocialista, se afilió él también, con la esperanza de conservar el empleo. Mucho tiempo después de la guerra, supo que ese jefe local había sido antinazi, que se había afiliado al Partido con la esperanza de conservar su propio empleo, porque a su vez su jefe, el superintendente del departamento, era un ferviente nazi. Y el jefe local,

suponiendo que Schäfer se había afiliado al Partido por convicción, trató disimuladamente de conseguir que le despidiesen: en vano, porque el superintendente del departamento protegía a los nazis. «Fue así», al menos en un caso en Kronenberg, tal vez en más de uno, y no solo en Kronenberg.

Nada de esto significa que en Alemania existiese algún tipo de oposición masiva —si por oposición entendemos algo más que la ausencia de entusiasmo— al nazismo. Nunca se ha intentado descubrir cuál fue el verdadero alcance de esta. Tal vez sea un intento imposible. Pero sí sabemos qué poca oposición masiva al nacionalsocialismo hubo antes de 1939 fuera de Alemania, donde oponerse hubiese resultado mucho menos peligroso que en el interior del país. Quienes, como dijo el ebanista Klingelhöfer, vivían fuera del sistema y no se beneficiaban de este, podían ver mejor sus defectos. ¿Cuántos entre ellos los vieron o, viéndolos, alzaron la voz para exigir que sus gobiernos concediesen asilo a las víctimas del sistema? Varios millones de alemanes, como mínimo, estaban atentos a las voces que venían del extranjero apoyando su oposición; desde los Estados Unidos les llegaban unas pocas; desde Inglaterra y Francia, que ellos escuchaban más atentamente, menos aún. La indignación moral fuera de Alemania salía gratis, pero escaseaba.

No haber sido miembro del Partido tenía la misma importancia que haberlo sido. Igual que algunos hombres se afiliaron por buenas o malas razones, o por ninguna en absoluto, otros hombres, por buenas o malas razones, o por ninguna en absoluto, no se afiliaron.

—Después de la guerra —dijo Herr Hildebrandt, el profesor—, cualquiera que no hubiera sido miembro del Partido pasó a ser un «héroe antinazi». Algunos de estos héroes no se hicieron nazis por ahorrarse los sesenta céntimos al mes de cuota, y solo por eso.

—¿Oposición? —dijo Herr Simon, el cobrador amante de la polémica —. ¿Qué quiere decir oposición? Los empleadores se oponían al Partido porque este aumentó los salarios; los capitalistas, porque recortó sus beneficios; los vagos, porque proporcionaba empleos. Pero ¿qué dicen ahora todos ellos? Ahora todos dicen: «Pobres judíos». Todos los delincuentes que no se unieron a él porque estaban «fugados» son ahora «víctimas de los nazis».

—Yo vendía tabaco —dijo Herr Damm, que había llegado a ser responsable de las oficinas del cuartel central del Partido en Kronenberg—, pero me despidieron cuando el impuesto sobre el tabaco se incrementó un

cien por cien en 1930. Acudí de inmediato a la Oficina de Empleo y solicité todo tipo de trabajos, pero no conseguí empleo. Al principio cobraba el paro, pero luego se me dijo que como estaba soltero podía regresar al pueblo y vivir en la granja de mi padre, que, a su muerte, le correspondería a mi hermano mayor. Así estaban las cosas en la primavera de 1932, cuando los nacionalsocialistas de Kronenberg organizaron una velada de afiliación en el *Bierstube* del pueblo. Solo se permitía afiliarse a un miembro de cada hogar, y en mi familia todos acordaron que fuese yo. Yo también estuve de acuerdo. ¿Por qué no? Y, por cierto, Herr Professor, fue el único partido político que celebró una fiesta de afiliación en nuestro pueblo desde que hay memoria.

El ebanista Klingelhöfer se mostraba desdeñoso al hablar de quienes no quisieron afiliarse al Partido.

—Uno de ellos era mi cuñado, Schuchardt, el propietario del café en el Mauerweg. Yo solía discutir con él, no para que se afiliase, sino para que tomase alguna postura, ya fuese a favor o en contra. Él siempre decía que era apolítico por «motivos comerciales» pero que, por supuesto, su corazón estaba con los nazis. De modo que hacía generosas aportaciones al Auxilio de Invierno, tenía siempre izada la bandera, decía «Heil Hitler» mil veces al día, pero cuando llegaron los americanos, no había sido nazi, nunca había estado en el Partido. Estos hombres juegan a dos bandas, siempre. Hay que admirar su astucia. Pero usted no querría ser como ellos, ¿verdad?

—No —contesté.

Las notas de mis conversaciones con Herr Klingelhöfer, tomadas durante o inmediatamente después de reunirme con él, le citan diciendo, una y otra vez: «*Die freiwillige Feuerwehr über alles*!, ¡Arriba el Cuerpo de Bomberos Voluntarios!», y «*Mein Leben für die freiwillige Feuerwehr*!, ¡Mi vida por el Cuerpo de Bomberos Voluntarios!». Casi no puedo dar crédito a mis propias notas: este circunspecto ebanista alemán de mediana edad está tan loco por los bomberos como un niño. Kronenberg, como todas las ciudades alemanas de menos de cien mil habitantes, tenía un departamento de bomberos voluntarios. En 1927 el jefe de bomberos le pidió a Klingelhöfer que se uniese a ellos porque les faltaba un trompeta. En aquellos tiempos a cada bloque de viviendas le correspondía un trompeta de incendios. El trompeta tenía instalada una alarma en su dormitorio, y cuando esta sonaba, tocaba la trompeta desde su ventana, alertando a los demás bomberos (y a todas las demás personas) del bloque. Así fue como

Klingelhöfer, a quien le gustaba tocar la trompeta, pero que, en aquellos días, no sentía interés alguno por la extinción de incendios, se alistó. «*N'ja*, así soy yo. Siempre me apunto a todo.»

A partir de 1932, bajo la república, Klingelhöfer se tomaba dos semanas de permiso de su negocio cada verano, costeadas por él mismo, para asistir a la escuela estatal de entrenamiento de bomberos. En 1933 era jefe de brigada de los *freiwillige Feuerwehr* cuando, tras la llegada al poder de los nazis, alguno de los «compañeros» comentó que los miembros del Partido tendrían preferencia para los ascensos dentro del departamento.

—Verá —dijo—, antes de la época de Hitler, los bomberos elegían a sus propios jefes, pero después de 1933 eran los jefes de cada compañía quienes proponían los ascensos, que tenían que ser aprobados por el Oberbürgermeister. Por supuesto, el Oberbürgermeister era un nazi, y, cuando el antiguo jefe, que no lo era, se marchó en 1934, el hombre al que nombraron jefe de la compañía en su lugar era nazi también. De modo que me afilié. Aparte de eso, creía que el Partido era una buena cosa.

—¿Se hubiera afiliado de no haber sido por los *Feuerwehr*?

—Por aquel entonces, no. Más tarde, es probable; oh, sí, sin duda. Pero no entonces.

—¿Por qué no?

—Porque estaba en contra de un Estado de partido único. Esa era una razón. Y porque no era un nacionalista acérrimo; un francés es un hombre, igual que yo. Esa era otra razón. Y porque la política de raza no tenía sentido; ya no hay ninguna raza pura, y en cualquier caso la endogamia es mala, eso lo sabemos por las plantas y los animales y por los casos de demencia e imbecilidad que se dan en los pueblos en que todos están emparentados. Esa era otra razón. Habíamos hablado sobre todas estas cosas en el Wandervogel, el movimiento juvenil, cuando yo era joven y había hecho excursiones más allá de nuestras fronteras, tanto a Francia como a Suiza.

—Bien —dije—. Me ha dado tres buenas razones para no ser nazi.

—*Und doch war ich in der Partei*!, ¡y a pesar de ello me uní al Partido!

Y se rió eufórico, y yo con él.

Una vez en el Partido, le pidieron que se uniese a las SA, y que se convirtiese en responsable de bloque.

—«No», les dije. El Departamento de Bomberos Voluntarios era más importante, y así se lo hice saber. A las SA no les gustó, y ellos me lo hicieron saber a su vez —y soltó otra carcajada—. Pero fuimos independientes hasta…, ¿cuándo fue eso?…, 1934, sí, cuando se reorganizaron las SA después de la purga de Röhm. Entonces supimos que todos los departamentos de bomberos se convertirían, bien en tropas técnicas de las SA, bien en una rama de la policía, y ese verano en la escuela de entrenamiento de bomberos nos preguntaron qué preferíamos. En el entrenamiento había cincuenta hombres, uno por cada condado de Hesse. Los cincuenta dijeron lo mismo: no querían ni una cosa ni la otra; querían seguir siendo independientes.

»Eso es lo que dijimos, sí, pero aquel otoño pasamos a depender de la policía y nos cambiaron el nombre por el de *Feuerlösch-Polizei*, "policía apaga-incendios". ¿Qué le parece el nombrecito, Herr Professor?

Se echó a reír de nuevo.

—Terrible —dije, y me uní a sus carcajadas.

—*So war die Sache*. Así eran las cosas. Bueno, al menos no estábamos en las SA. Me ascendieron a ayudante del nuevo jefe. A finales de 1938 pusieron a la policía de las ciudades pequeñas como Kronenberg bajo el mando de las SS, así que nosotros, los *freiwillige Feuerwehr*, ¡nos convertimos en parte de las SS nazis! ¿Qué le parece, Herr Professor?

—Y usted, ¿qué opinaba?

—*Man macht eine Faust im Sack*. Uno apretaba los puños en los bolsillos.

Ahora no reía, ni tampoco yo. Luego se le iluminó el rostro, sonrió y dijo:

—Pero *die Freiwillige Feuerwehr über alles*!

En otra ocasión, Herr Klingelhöfer me dijo:

—¿Oposición? ¿Quién lo sabía? ¿Cómo podría saber cualquiera a qué se opone o deja de oponerse otro? Que alguien diga que se opone o no se opone a algo depende de las circunstancias, de dónde, y cuándo, y contra quién, y de cómo exactamente lo dice. Y con las acciones ocurre lo mismo. Los pocos que intentaron matar a Hitler y hacerse con el poder en 1944, desde luego, «se opusieron», pero ¿por qué? Algunos odiaban la dictadura del nacionalsocialismo, algunos odiaban su democracia, algunos tenían ambiciones personales o estaban celosos, algunos querían que el ejército

controlase el país, tal vez había quienes solo evitarían ser castigados por sus crímenes con un cambio de gobierno. Algunos, estoy seguro, eran puros y nobles. Pero todos actuaron.

—¿Y aquí en Kronenberg?

—¿Aquí en Kronenberg? Bueno, somos veinte mil personas. De estos veinte mil, ¿cuántos se opusieron? ¿Cómo es posible saberlo? ¿Cómo podría yo saberlo? Si me pregunta cuántos hicieron de verdad algún tipo de oposición en secreto, lo que les ponía en grave peligro, yo diría, pongamos, unos veinte. ¿Y cuántos hicieron algo así abiertamente, y guiados solo por buenos motivos? Quizá cinco, quizá dos. Los hombres son así.

—Usted siempre dice «Los hombres son así», Herr Klingelhöfer —intervine—. ¿Está seguro de que los hombres son realmente así?

—Aquí los hombres son así —respondió—. ¿En América son distintos?

Excusas, excusas, excusas; excusas para los alemanes; excusas también para un hombre que, cuando le preguntaron tiempo ha si preferiría cometer una injusticia o padecerla, replicó: «Ninguna de las dos cosas». La mortal elección que cada uno de los alemanes se vio obligado a hacer —fuese o no consciente de estar haciéndola— es una elección a la que nosotros, los estadounidenses, no nos hemos visto nunca enfrentados. Pero la vida personal y profesional nos aboca al mismo tipo de elecciones, aunque menos mortales, por supuesto, cada día. Y el que se trate de un tópico no hace menos cierto el hecho de que, por lo general, nos resulte más fácil admirar a Sócrates que envidiarlo; adorar la cruz, en especial en domingos nublados, que llevarla a cuestas. En Berlín, un hombre todavía joven, un actor al que desde el fin de la guerra se le había prohibido trabajar, me dijo: «Pude elegir entre actuar para Hitler en mi país o morir por él en Rusia. Elegí no morir por él en Rusia, no porque yo fuese antinazi (no lo era), sino porque no soy un héroe. Si hubiese querido morir por Hitler o por mi país —y comprenda que durante la guerra ambas cosas eran lo mismo—, no hubiese esperado a ser llamado a filas. Me hubiese alistado, como un patriota. Dígame, Herr Professor —era demasiado educado para preguntarme qué había hecho yo en *mis* circunstancias—, ¿qué habría hecho usted en mis circunstancias?».

6. LA MANERA DE DETENER EL COMUNISMO

—Comenzó en Múnich —dijo mi amigo Herr Kessler, que había sido católico y procedía de Württemberg, el estado vecino de Baviera, en el sur de Alemania—, en la ciudad más artística, cultivada y católica de Alemania, la ciudad del arte y de las canciones, del amor y de la *Gemütlichkeit*, la única ciudad de Alemania que todos los turistas extranjeros insisten en visitar siempre. Comenzó allí, un asunto puramente local carente de *Weltanschauung*, de filosofía. Nadie fuera de allí le prestó la menor atención. Solo una vez que se hubo difundido y hubo echado raíces preguntaron los bávaros: «¿Quién es Hitler? ¿Qué es ese partido con un nombre tan curioso? ¿Qué hay tras él?».

»Hitler era un simple soldado, como millones de otros, solo que sabía relacionarse con las masas y podía hablar con pasión. La gente no le prestaba la menor atención al programa del Partido en sí. Iban a los mítines únicamente para escuchar algo nuevo, lo que fuese. Desesperados por la situación económica, "una nueva Alemania" les sonaba bien; pero desde una perspectiva más amplia o profunda, no veían nada en absoluto. Hitler arremetía siempre contra el gobierno, contra la guerra perdida, contra el tratado de paz, contra el desempleo. Todo eso le gustaba a la gente. Para cuando los intelectuales preguntaron "¿Esto qué es?", poseía una base sólida entre la gente corriente. Era el partido de los *Arbeiter, Sozialist*, el partido de los trabajadores que controlaba el orden social; no era para intelectuales.

»La situación en Alemania iba de mal en peor. Los fundamentos de la vida cotidiana de la gente, sus auténticas raíces, habían desaparecido. Fíjese en los suicidios; fíjese en la inmoralidad. La gente quería algo radical, un verdadero cambio. Este deseo adoptó la forma de más y más comunismo, en especial en el centro de Alemania, en la zona industrial, y en las ciudades del norte. Eso no fue una invención de Hitler; eso era real. En los

países como los Estados Unidos no hay comunismo porque la gente no ansía un cambio radical.

»El hitlerismo tenía que responder al comunismo con un cambio igualmente radical. El comunismo siempre empleó la fuerza; el hitlerismo le respondió con fuerza. A los ojos del pueblo, el verdadero enemigo absoluto del comunismo, siempre claro, siempre fuerte, era el nacionalsocialismo, el único enemigo que le respondía al comunismo con sus mismas armas. Si querías salvar a Alemania del comunismo (si querías asegurarte de ello), recurrías al nacionalsocialismo. El eslogan nazi de 1932 era: "Si quieres que tu país se vuelva bolchevique, vota comunista; si quieres que sigamos siendo alemanes libres, vota nazi".

»Los partidos que quedaban en medio, entre esas dos piedras de moler, no tenían papel alguno entre esos dos radicalismos. Sus partidarios eran básicamente los *Bürger*, los burgueses, las personas "finas" que deciden las cosas a través de trámites parlamentarios; y los políticamente indiferentes; o las personas que querían conservar o, en el peor de los casos, solo modificar el *statu quo*.

»Me gustaría preguntarle al *Bürger* americano, al hombre de clase media: ¿por qué se habría inclinado usted si su país se hubiese encontrado en esa situación? ¿Por una dictadura, o por la destrucción a manos del bolchevismo? Se decía que el bolchevismo implicaba la esclavitud y la muerte del alma. No importaba si uno estaba o no de acuerdo con el nazismo. El nazismo parecía la única defensa posible. Esa era la elección.

—Yo no optaría por ninguno de los dos —dije.

—Por supuesto, Herr Professor. Usted es un burgués. Yo también lo fui, hace tiempo. Recuerde que yo era un empleado de banca.

De mis diez amigos, únicamente dos, el sastre Schwenke y el cobrador Simon, ambos viejos *Kämpfer*, querían ser nazis y solo nazis. Ambos estaban convencidos —aún lo están— de que el nacionalsocialismo significaba la salvación de Alemania, y por lo tanto la suya propia, frente al comunismo, al que, igual que el empleado de banca, mucho más sutil, ambos llamaban «bolchevismo», «la muerte del alma». El bolchevismo venía de fuera, del mundo bárbaro que era Rusia; el nazismo, su enemigo, era alemán, era suyo; preferían el nazismo.

¿Sabían lo que era el comunismo, el bolchevismo? No lo sabían; mis amigos no, al menos. Exceptuando a Herr Kessler, al profesor Hildebrandt y al joven Horstmar Rupprecht (tras haber entrado en la universidad en 1941),

para ellos el bolchevismo era un fantasma que, al tomar cuerpo en su imaginación, comprendía no solo a los comunistas, sino también a los socialdemócratas, los sindicatos y, por supuesto, a los judíos, los gitanos, al vecino de al lado cuyo perro les había mordido una vez, y también a su perro; un revoltijo al que consideraban responsable de sus tribulaciones pasadas, presentes y posibles. Antes de 1930 o 1931, ninguno de mis diez amigos, con la excepción del sastre Schwenke y el cobrador Simon, odiaba a ningún comunista que conociese (en la pequeña y poco industrial Kronenberg había pocos) o lo identificaban con su fantasma; esos eran vecinos de carne y hueso que no iban a irrumpir en tu casa para quemarla. Después de 1933 o 1934 a estos mismos vecinos se los veía como «lo que eran»: lacayos del fantasma con disfraces inocentes. El fantasma bolchevique ultrajaba el sentimiento de la propiedad de estos amigos míos que prácticamente carecían de posesiones, el sentimiento de clase de estos *Bürger* desclasados, el sentimiento político de estos indefensos súbditos del antiguo emperador, el sentimiento religioso de esta gente que solo iba a misa por cubrir las apariencias, el sentimiento moral de estos caracteres mediocres. Era «la muerte del alma».

La cuestión no era si el comunismo amenazaba al país, como, de haber continuado el deterioro de las condiciones de vida, sin duda lo hubiese hecho tarde o temprano; la cuestión giraba en torno a si los alemanes estaban convencidos de que así era. Y lo estaban. Hasta tal punto se convencieron, gracias a métodos como el incendio del Reichstag en 1933, que finalmente los nazis lograron imponer el anticomunismo como una religión, a salvo de cualquier cuestionamiento y justificable simplemente por definición. Cuando en 1937 el Papa atacó los «errores» del nacionalsocialismo, la defensa de su política por parte del gobierno nazi consistió en una nota que acusaba al Papa de «haber asestado un peligroso golpe al frente de defensa contra la amenaza mundial del bolchevismo».

Aquellos alemanes que, con tal de detener al bolchevismo, harían lo que fuera, serían lo que fuera, se unirían a lo que fuera, al final, tenían que ser nazis. Y el nazismo frenó al bolchevismo. Cómo lo hizo, por qué medios y con qué consecuencias, no importaba; no lo suficiente, al menos, para que se distanciasen de él. Ninguno de sus defectos, ya fuese leve o espantoso, ninguna de sus contradicciones, ya fuese pequeña o catastrófica, influyó en ellos. Para ellos, entonces como ahora, el nazismo cumplía sus promesas.

De mis diez amigos, tres —el empleado de banca Kessler, el vendedor Damm, y el aprendiz de sastre, el hijo de Schwenke, Gustav— estaban sin empleo cuando se afiliaron, y los dos primeros eran padres de familia de mediana edad en aquel momento. Diría que en los tres casos se afiliaron porque estaban desempleados, lo que no quiere decir en absoluto que no lo hubiesen hecho de haber tenido trabajo. Los dos Viejos Luchadores, el sastre Schwenke y el cobrador Simon, tenían trabajo cuando se afiliaron en 1925 (el sastre trabajaba por cuenta propia), pero la inflación que acababa de terminar les había dejado (como a casi todos los *petit bourgeois* alemanes) en una situación de casi inanición.

Willy Hofmeister, el viejo policía, se afilió al Partido en 1937 porque el nuevo jefe de policía dijo que todo el mundo debía unirse a él. Cuando le pregunté si podría haberse negado, me contestó: «*Ein Millionär war ich ja gar nicht*. Yo no era un millonario». (La Sicherheitspolizei, o departamento de detectives, que en Kronenberg estaba compuesto por cinco miembros, uno de ellos él, posteriormente fue adscrita sin más a la Gestapo, igual que el cuerpo de Bomberos Voluntarios se puso bajo el mando de las SS.) Horstmar Rupprecht, el estudiante, había sido nazi desde los ocho años, en el Jungvolk, la organización para «lobatos» de las Juventudes Hitlerianas; su ambición (de la que era consciente) fue convertirse en un líder de las Juventudes Hitlerianas; sin duda, en los Estados Unidos habría sido un jefe de escultistas.

De los diez, los dos más activos en la práctica religiosa, Herr Klingelhöfer, el ebanista, y Herr Wedekind, el panadero, ambos miembros de la junta de sus respectivas parroquias, eran los dos que, hoy en día (y, creo yo, también ayer) ponían mayor énfasis en el lema «Todo el mundo lo hacía». (Ambos eran «violetas de marzo».) El hecho de que los dos fuesen, entre los diez, los únicos tenderos sin duda contribuía a que se inclinasen por seguir la corriente (*mitschwimmen* fue el término que emplearon los dos) en cuanto al Partido, igual que lo habían hecho con la Iglesia; el ebanista reconoció sin ambages que sus actividades parroquiales «no eran malas» para la fabricación de ataúdes, aunque ni él ni yo diríamos que era miembro de la junta porque representaba un buen negocio.

Ni Klingelhöfer ni Wedekind se leyeron el programa del Partido, los históricos Veinticinco puntos, ni antes de afiliarse, ni mientras fueron miembros ni tampoco después. (De los diez, únicamente el profesor había llegado a leérselos.) Pero sin duda les impresionó, lo mismo que a la

mayoría de los fervientes feligreses, durante los primeros años del movimiento, que el programa propugnase «un cristianismo positivo» para Alemania. El panadero abandonó la junta parroquial en 1937, cuando la pugna entre Iglesia y Partido se hizo encarnizada. Dice que la dejó voluntariamente, como «buen nazi», porque le parecía que su lealtad al Partido comprometía su posición en la junta; su pastor confirmó esta afirmación. Pero no abandonó la Iglesia. Herr Klingelhöfer —el de «siempre me apuntaba a todo»—, por su parte, siguió siendo miembro de la junta parroquial hasta el final.

Cada uno de mis diez amigos, incluyendo al refinado Hildebrandt, se vio afectado por lo que los alemanes llaman *Bewegung*, un movimiento, una oleada humana, algo que estaba por encima de partidos y de la política, una marejada de esas que ni suscitan análisis cuando se producen, ni, más tarde, se pliegan a él. Sin duda estos hombres fueron víctimas de la rabia «bolchevique». Fueron igualmente víctimas de las estrecheces económicas y, lo que es aún peor, de la falta de esperanzas económicas, una ausencia de esperanzas cuyo sufrimiento mitigaban al identificarlas con la falta de esperanzas de su país. Pero fueron también buscadores, y avalistas: agentes, no únicamente pacientes.

Por supuesto, su país fue destrozado desde el exterior, pero aún más cruelmente desde el interior. Los alemanes llevaban peleando unos contra otros desde 1918, y con el tiempo las disensiones se tornaron cada vez más estridentes y agrias. En este proceso de descomposición, el principio de identidad germánica, tan recientemente conquistado bajo Bismarck y mantenido con tanto respeto por miedo a que se les escurriese de las manos, estuvo de hecho a punto de malograrse. La unidad del país, de todo su pueblo, solo era posible bajo ese principio de identidad germánica, y mis diez amigos, incluyendo entre ellos al viejo fanático Schwenke, al ser testigos de las peleas de los viejos partidos y de los viejos políticos de los partidos, del proceso por el cual el tejido místico que sostenía ese principio estaba siendo destrozado, se preguntaban: «¿Dónde está Alemania?». El nazismo —o, mejor, Hitler— lo sabía y sabía que para mis amigos no había nada más importante que esto, identificarse de nuevo con aquella Alemania, a la que podían sentir que pertenecían y, así, recuperar su propia identidad. Ese era el movimiento cuya verdadera naturaleza cualquiera que no fuese alemán podía desenmascarar de inmediato; y ese era el movimiento que reconfortaba a mis amigos igual que la visión del hogar reconforta al niño

perdido; o como la visión de la doncella Lorelei, sentada en su peña sobre el Rin, peinándose los dorados cabellos con un peine de oro bajo el insólito sol tardío, hechiza al marinero, que no repara en las rocas que hay bajo la superficie del río.

El nacionalsocialismo representaba para mis amigos el rechazo de la política parlamentaria, del debate parlamentario, del gobierno parlamentario, el rechazo de las encarnizadas disputas de los partidos y de sus escisiones, sus coaliciones, sus confusiones y sus confabulaciones. Era el fruto final del repudio que el hombre común sentía hacia «esos granujas». Su lema era «Echadlos a todos». Mis amigos, en los años veinte, eran como los espectadores de un combate de lucha libre que sospechan que debajo de tanto gruñido y gemido, del forcejeo y el sudor, la pelea está «amañada», que los contendientes solo fingen estar luchando. Los escándalos que sacudieron al país, con un partido o camarilla denunciando al otro, primero consternaron a mis amigos y luego les asquearon. (Algo parecido a esta reacción se pudo observar en los Estados Unidos en 1954 durante las famosas sesiones del Senado para investigar las acusaciones mutuas entre el senador McCarthy y el ejército: no contra uno u otro bando, sino contra «todo el proceso», que la gente consideraba «repugnante» o «vergonzoso».)

Mientras el barco del estado alemán estaba a punto de zozobrar, los oficiales, que eran los únicos que tenían salvavidas, peleaban por sus privilegios en el puente de mando. Mis amigos observaron que ninguno de los líderes no comunistas o no nazis puso objeciones a los sueldos de 35.000 Reichsmarks de los miembros del gabinete; solo los comunistas y los nazis los criticaron. Y el único y más agrio desengaño que suscitó el nazismo —tanto en opinión de Simon, el impasible cobrador, como en la de Hofmeister, el policía sensible— radicaba en el hecho de que Hitler había prometido que ningún funcionario cobraría más de 1.000 Reichsmarks al mes y no cumplió su promesa.

Mis amigos querían una Alemania purificada. La querían purificada de políticos, de todos los políticos. Deseaban un líder representativo en lugar de representantes no representativos. Y Hitler, el hombre puro, el antipolítico, era ese hombre no contaminado por la «política», que no era más que una tapadera para la corrupción. El escándalo del «abrigo de visón»[5] en los Estados Unidos a principios de la década de los cincuenta tuvo su equivalente en el Berlín de los años treinta, cuando los nazis centraron su campaña por la alcaldía en el regalo de un abrigo de pieles a la

esposa del alcalde socialdemócrata por parte de un hombre que hacía negocios con el ayuntamiento.

Contra «toda la panda», «todo el tinglado», «todo el chanchullo», contra todos y cada uno de los políticos de partido y contra todos los partidos políticos, mis amigos invocaron al hitlerismo, y Hitler los derribó a todos. La lucha de poder en el seno del Partido nacionalsocialista, que culminó en la purga de Röhm de 1934, era en esencia parlamentaria y política, pero mis amigos nunca lo supieron. Lo aceptaron como una limpieza de degenerados morales, y si llegaron a captar un atisbo de la realidad bajo la propaganda oficial, su naciente preocupación resultó disipada por el hecho de que Hitler blandiese su espada de forma instantánea y terrible, y ahí acabó el «debate» sobre Röhm. El Führer mantenía al país y a sus ciudadanos unidos.

Este fue el *Bewegung*, el movimiento que reconfortó a mis amigos y los hechizó. Los alemanes que se dieron cuenta de todo desde el principio —no fueron muchos; imagino que nunca lo son, sea donde sea— apodaron a Hitler el *Rattenfänger*, el cazador de ratas. Todos los niños estadounidenses han leído «El flautista de Hamelín». Todos los niños alemanes, también. En alemán se titula *Der Rattenfänger von Hameln*.

7. «PENSAMOS CON NUESTRA SANGRE»

Heinrich Hildebrandt se afilió al Partido en 1937. Tal vez no haya sido el único de mis diez amigos al que le daba miedo no afiliarse, pero sí que era el único en saber, allí y entonces, y así lo relata, que lo que lo motivó fue el miedo; el miedo y el deseo de obtener alguna ventaja. («¿Pero cómo —dijo — separar uno de otro?») Había sido un antinazi, un demócrata moderado activo en Prusia Oriental antes de trasladarse discretamente a Hesse en 1935, donde, una vez que hubo más o menos enterrado su pasado, obtuvo un empleo como profesor de literatura y francés en el *Realgymnasium* de Kronenberg, el instituto de secundaria para humanidades. Era un antinazi y un hombre culto, más lúcidamente consciente que muchos de las primitivas razones que motivaron el rumbo que había tomado. Sin embargo, una vez que estuvo dentro de ese sistema que detestaba, como una oveja con piel de lobo, encontró en él algo profundamente bueno.

—Quizá —dijo— fue porque deseaba, de manera inconsciente, justificar lo que había hecho. De ser así, lo logré. Pero lo sigo diciendo aún hoy, y lo sé hoy: había cosas buenas, cosas grandes, en el sistema, aunque el sistema en sí fuese malo.

—¿Por ejemplo?

—¿Se refiere a lo malo?

—No, eso ya lo conozco. Me refiero a las «cosas buenas», las «grandes cosas».

—Quizá debería decirlo en singular y no en plural: la cosa buena. Por primera vez en mi vida me encontraba realmente a la misma altura que personas que, tanto en tiempos del káiser como en los de la República de Weimar, habían pertenecido siempre a clases más altas o más bajas que la mía, hombres a los que siempre había mirado desde arriba o desde abajo, pero nunca a la cara. En el Frente del Trabajo —yo era representante de la asociación de profesores— pude conocer a estas personas de primera mano, conocer sus vidas y que ellos conociesen la mía. Incluso en América —

quizá, nunca he estado allí— sospecho que el profesor que habla de la «gente corriente» nunca ha conocido a uno de ellos, conocerlos de verdad, ni siquiera si él mismo tenía esa procedencia, igual que yo, con un padre oficial del ejército, no los conocía. El nacionalsocialismo rompió con esta separación, la división de clases. La democracia —en la medida en que tuvimos una democracia— no lo había conseguido y no lo está consiguiendo tampoco ahora.

—Wedekind, el panadero —le dije—, me explicó que «nosotros, los hombres sencillos de clase trabajadora, estábamos al mismo nivel que los hombres con estudios en el Frente del Trabajo».

—Recuerdo a Wedekind —respondió el profesor—. Antes de unirme al Partido no lo conocía, y tampoco lo conozco ahora. ¿Por qué? Porque era mi inferior. Un panadero no es nada, un profesor, sí; en el Frente del Trabajo pertenecíamos a algo los dos juntos, teníamos algo en común. En aquellos días podíamos conocernos. ¿Lo comprende, Herr Professor?

—Lo entiendo porque usted me llama «Herr Professor» —dije, sonriendo.

—Sí, el panadero me llama «Herr Studienrat» (ese era mi cargo) y yo le llamo a usted «Herr Professor». Yo soy quien tiene que aceptar al panadero y usted quien tiene que aceptarme a mí.

—Ni el panadero ni el profesor llamarían a un profesor de universidad «Profesor» en Estados Unidos —dije.

—¿Nunca?

—Raras veces. No puedo recordar que me hayan llamado nunca «Profesor», excepto algún amigo, que cuando discutimos sobre algo puede llegar a decir, irónicamente: «Profesor, está usted loco».

—En Alemania eso nunca fue así —dijo—, y tampoco en el resto de Europa. Ni siquiera, hasta donde yo sé, en Inglaterra. En Alemania siempre, antes del nazismo, y de nuevo ahora, el título es un reflejo genuino de la diferencia de clase.

Le conté a Herr Hildebrandt un incidente que un amigo alemán, un físico de prestigio, me había contado recientemente. Regresaba a Alemania de un congreso científico en Ámsterdam y un colega estadounidense viajaba con él. En la frontera entre los Países Bajos y Alemania, el estadounidense se percató de que había perdido el pasaporte. Mi amigo observó que tanto el controlador de pasaportes neerlandés como el alemán eran hombres entrados en años, obviamente reliquias de los días del

Imperio, y les dijo a ambos: «Caballeros, soy el Profesor Doctor Karl Otto, Barón de G-, y tienen ustedes mi palabra de que el Profesor W- posee un pasaporte válido con el visado en regla, que ha extraviado. Asumo personalmente la responsabilidad del tránsito del profesor W-».

—Era un riesgo —dijo el físico al explicarme el incidente—, pero funcionó. El deber manifiesto de los dos viejos controladores se vio invalidado por la palabra de un Profesor Doctor Barón, y W- pudo entrar conmigo. Estaba atónito.

—¿Por qué estaba atónito? —preguntó el profesor, cuando le conté la historia.

—Porque —le dije— en los Estados Unidos cualquier charlatán de feria se llama a sí mismo «Profesor», y un hombre que dice de sí mismo que es un «Doctor» y un «Barón» es claramente un fraude. Un controlador de pasaportes estadounidense se habría dirigido a uno de sus colegas y le habría dicho: «Aquí tenemos a un listillo, Joe. El "profesor" quiere entrar y no tiene pasaporte. ¿Qué es lo que vende usted, Profesor? ¿Cocaína?».

—¿No exagera usted un poco? —dijo el profesor.

—Un poco —dije yo—. Pero solo un poco.

—Entiendo —respondió—. Este es su sentido americano de igualdad absoluta. Aquí nunca hemos tenido algo así. Pero en el nazismo existía una democracia, y era real. Mis…, ¿cómo lo diría?…, mis inferiores me aceptaban.

Mis inferiores me aceptaban.

En la Alemania nazi, el profesor de un colegio se encontraba, igual que, me atrevería a decir, todos los profesores en cualquier totalitarismo naciente, en una situación insólita que ejercía sobre él una coacción desconocida (o conocida de manera menos dolorosa) para los trabajadores de otro tipo. El desarrollo del nacionalsocialismo comportaba el desplazamiento inexorable de la profesión docente de su posición en la comunidad alemana. En toda Europa, los profesores son más respetados que sus homólogos estadounidenses, y están mejor pagados. Además, en Europa habrán recibido una educación tan alejada de las posibilidades económicas de casi todos sus compatriotas que el propio hecho de ser profesor se admite como evidencia de que proceden de una familia próspera, y los prósperos, tanto en Europa como en Estados Unidos, son altamente respetados y están bien pagados.

En Alemania, en las aldeas, los pueblos, e incluso en las ciudades pequeñas, el maestro y el sacerdote descuellan, los dos son *Respektpersonen*, muy por encima del alcalde y el comerciante. Y, debido a la identidad entre Iglesia y Estado, se los considera conjuntamente árbitros de la vida moral y cultural, así como religiosa e intelectual, de la comunidad. En los pueblos que solo tienen un sacerdote visitante que va un domingo de cada dos, quien pronuncia el sermón alternativo es «naturalmente» el maestro. La educación religiosa, hasta 1918, formó oficialmente parte de la educación en la escuela elemental. Y lo más probable es que el maestro sea también el organista de la iglesia del pueblo.

El pastor es quien juzga a los viejos, el maestro a los jóvenes y las relaciones de los jóvenes con los viejos. En los pueblos, los padres aún hoy siguen sintiendo literalmente temor ante el maestro. Que llame a la puerta por la noche, cuando el crío se ha portado mal en la escuela aquel día, significa que los padres han de prometer, en aquel preciso momento y lugar, que tomarán medidas disciplinarias. No se trata de una visita social, y tanto la madre como el padre se ponen de pie cuando el maestro entra en su casa. Si, en una ocasión más festiva, este acepta la invitación a una visita social, habrán limpiado y calentado la casa, habrán hecho pasteles y sacarán el vino bueno.

Durante la infancia del sastre Schwenke, a finales del siglo xix, el maestro llevaba allí «toda la vida». Quizá había sido su primer destino recién salido de la escuela de magisterio, o puede que pasara por uno o dos traslados antes de instalarse allí definitivamente. Era más probable que el pastor, con su circuito de dos o tres pueblos, cambiase de residencia o incluso que ascendiese en el escalafón. El maestro del joven Karl-Heinz Schwenke había enseñado al padre de Karl-Heinz e incluso a algunos de los abuelos de los chicos del pueblo; estos, ya convertidos en padres y abuelos, seguían viendo al maestro cuando este llamaba a su puerta. Y, aunque quizá los padres no mantuviesen un estrecho contacto con el pastor, no podían evitar tenerlo con el maestro, quien, además de enterarse de los secretos de la familia a través de sus irresponsables retoños, era requerido para ayudarles a gestionar aquellos asuntos, en especial los oficiales, que trascendían la comprensión o la confianza en sí mismo del padre de familia.

Durante el verano, en el pueblo de Karl-Heinz, el maestro recorría las calles a las nueve de la tarde; en invierno, cuando estaba oscuro; si encontraba a un niño por la calle, llamaba a su puerta aquella misma noche.

A su criterio, él mismo le castigaba con su *Rohrstock*. Si el *Rohrstock* era una rama de avellano, era posible hacerle una hendidura a lo largo cuando el maestro no estaba en la habitación, de manera que, al usarlo, se hiciese pedazos. Pero Herr Pietsch, avezado en las mañas de tres generaciones, tenía un palo de bambú que, además de ser más difícil de cortar, era, para colmo, más flexible que el avellano.

Un día, cuando el futuro Sturmführer Schwenke tenía once años, hizo novillos una tarde para dedicarla a la revolucionaria acción de robar cerezas. Aquella noche, Herr Pietsch visitó a los Schwenke. Karl-Heinz tuvo suerte: su padre, que como todos los pequeños campesinos a menudo se ausentaba del hogar para ir a trabajar para otros granjeros, no estaba aquella noche y fue la madre Schwenke quien azotó al pillastre. La suerte del chico radicaba en el hecho de que si era su madre quien le azotaba, no se lo diría a su padre, que le habría azotado mucho más fuerte. Pero la suerte no le duró mucho, porque Herr Pietsch sabía que el padre Schwenke estaba fuera y que las manos de las madres son a menudo laxas. Al día siguiente, al comenzar la escuela, Karl-Heinz recibió el tratamiento del bambú. La azotaina fue tan virulenta, que el chico le mordió la pierna al maestro; entonces este le pegó mucho más fuerte.

—¿Mucho más fuerte? —pregunté.

—Tan fuerte —dijo el viejo sastre— que toda la clase aulló de dolor solo con verlo. El viejo Pietsch —prosiguió el incendiario de la sinagoga— era un verdadero diablo.

El verdadero diablo también concedía prebendas, pero nunca a Karl-Heinz, que era un estudiante mediocre. A los favoritos, que podían ser los mejores estudiantes, o también los peores estudiantes si pertenecían a las mejores familias, se les permitía salir cada día durante media hora del colegio para ir, por turnos, a casa del maestro a lustrarle los zapatos. ¿Lo sabían los padres? Por supuesto que sí. ¿Recibían algún pago los niños? Por supuesto que no. ¿Qué opinaban padres e hijos de ello? No tenían opinión alguna al respecto.

El papel de autoridad, por no decir autoritario, que el maestro desempeñaba en la comunidad alemana —un papel que declinó muy poco en los tiempos «democráticos» entre 1918 y 1933— resulta del todo ajeno a la tradición estadounidense de ese personaje patético, el maestro de escuela (tenemos un ejemplo en la vida y milagros de Ichabod Crane, en *La leyenda de Sleepy Hollow*). En Alemania, el maestro solía ser, y a menudo lo es aún,

la única persona de la comunidad que ha cursado estudios secundarios en lugar de formación profesional; el que todos sepan leer y escribir no quiere decir que los lugareños no acudan a él con documentos importantes que es preciso leer o escribir correctamente. Es muy posible asimismo que sea el único graduado universitario del pueblo. Y con toda certeza es el más cosmopolita, no solo en cuanto a conocimientos, sino también en cuanto a movilidad. Puede que dos o tres comerciantes sean más ricos que él, y el terrateniente desde luego lo será, pero no malgastan su dinero en viajes. Ningún profesional de los Estados Unidos posee el estatus de un profesor en Alemania, y haber logrado, como en el caso de Herr Hildebrandt, el rango de Studienrat (que equivale a catedrático de instituto), con su título además de su plaza fija y su pensión, confiere un prestigio con el que ningún profesor de los Estados Unidos podría soñar.

Como depositario reconocido del intelecto de la comunidad, probablemente el maestro sea conservador en política, un hombre que no se deja influenciar por reformistas. Como persona que, aun teniendo un salario decente, debía vivir de un sueldo del Estado, es muy probable que desease identificarse con los miembros más acaudalados de la comunidad, que podían permitirse pagarle por dar clases particulares a sus hijos. Como empleado del Estado, no es probable que estuviese en desacuerdo con Bismarck. Pero, a pesar de ello, no sería un protagonista político, ni siquiera tomaría partido político de forma consciente. Estaría por encima de la política, no simplemente como el servicio público está por encima de la política, sino como lo está el intelecto. Su cometido en la comunidad, un cometido que es solo suyo, es el de pensar, como el del herrero es, y solo es de él, el de herrar caballos. Los legos en una materia no pretenden aconsejar, y menos mandar, a los expertos. Y mientras la esterilidad histórica de la educación alemana puede achacarse en parte a la falta de responsabilidad de los académicos, en la comunidad anterior a Hitler existía una forma de pensar independiente, aunque rígida.

Esta forma de pensar era un baluarte, por más frágil que resultase, no contra el nacionalsocialismo, sino contra la transición del nacionalsocialismo práctico al teórico; pues el nazismo, al contrario del comunismo moderno, empezó por la práctica. Dado que en sus inicios el movimiento de masas del nazismo era no intelectual, cuando era pura práctica, tuvo que ser antiintelectual antes de poder ser teórico. Lo que el filósofo oficial de Mussolini, Giovanni Gentile, dijo del fascismo podría

haberse aplicado mejor a la teoría nazi: «Pensamos con nuestra sangre». Los expertos en pensamiento, incluyendo entre ellos al catedrático, al profesor de instituto e incluso al maestro de la escuela del pueblo, tenían que negar las opiniones nazis sobre historia, economía, literatura, arte, filosofía, política, biología y también sobre la propia educación.

Así pues, el nazismo, a medida que iba transitando de la práctica a la teoría, tenía que denigrar a quienes detentaban el pensamiento para luego (aunque este segundo proceso no se llegó a completar), a fin de llenar el vacío, imponer su propio pensamiento. Es decir, tenía que encontrar hombres de categoría inferior o irresponsables cuyas opiniones se adecuasen de forma deshonesta o, aún peor, honesta, a la línea del Partido. El pastor apolítico cumplía los requisitos nazis por el hecho de ser apolítico. Pero el maestro de escuela apolítico era, por el mero hecho de ser apolítico, un hombre peligroso desde el principio. Él no se rebelaría y tampoco, por poco que pudiera, enseñaría la rebelión; pero no podía evitar ser peligroso… si seguía enseñando lo que era cierto. Para llegar a ser una teoría y no una práctica, el nazismo necesitaba destruir la independencia académica.

En los años de su surgimiento, poco a poco, el movimiento hizo que la actitud de la comunidad respecto al maestro pasase del respeto y la envidia al resentimiento, de la confianza y el temor a la sospecha. Este desarrollo parece haber sido implícito; no necesitaba planificación alguna y no la hubo. A medida que el énfasis nazi en las virtudes no intelectuales (patriotismo, lealtad, deber, pureza, trabajo, sencillez, «sangre», «pueblo») iba calando en Alemania, incrementando la autoestima del «hombre corriente», la profesión académica se vio desplazada desde el mismo centro de la sociedad a su periferia. Alemania se disponía a cortarse la cabeza. Para 1933, al menos cinco de mis diez amigos (y yo diría que seis o siete) consideraban a los intelectuales «poco de fiar» y, entre ellos, creían que la posición de los académicos era la más traicionera.

Antes de la Primera Guerra Mundial, el sastre Schwenke había confeccionado trajes para algunos de los profesores más adinerados de la Universidad de Kronenberg. A pesar de envidiar su estatus superior, como por supuesto hacía, se sentía no obstante orgulloso y se jactaba de ser el sastre de clientes tan distinguidos. En 1925, mientras él pasaba hambre y se unía al nuevo movimiento político, ellos, aunque ya no podían permitirse encargar trajes a medida, seguían manteniendo sus sinecuras, y ya no le

resultaba posible identificarse con ellos; se estaban hundiendo, como él, pero en su caso el hundimiento llevaría mucho más tiempo. En 1927, abandonó el Partido con la esperanza de recuperar su clientela; él mismo admite que esta fue la razón. Pero lo que él llama el «boicot» permaneció (en parte, por supuesto, porque el traje de confección había desbancado al traje hecho a medida).

En 1931, cuando el sastre Schwenke se afilió de nuevo al Partido, su adoctrinamiento nazi unido a su experiencia personal habían despertado su hostilidad hacia los profesores en general, muchos de los cuales, me dijo, en Kronenberg eran comunistas. (Ninguno de ellos lo era.) Y en 1933, cuando el Partido llegó al poder, le dieron un empleo como conserje en una escuela —por supuesto, con el título de *Hausmeister*— y el mando del destacamento de reserva de las SA locales. A partir de aquel momento, no tuvo reparo alguno en situar a los académicos (que, probablemente, se habían mostrado desdeñosos cuando eran sus clientes) enteramente al margen de la gran comunidad, la Nueva Alemania, de la que él era ahora un representante.

Por supuesto, no estaba tan seguro de la Nueva Alemania ni de sí mismo; tras cincuenta años de ser Karl-Heinz Schwenke, seguía siendo Karl-Heinz Schwenke, y el Herr Professor seguía siendo el Herr Professor. La Nueva Alemania era, por supuesto, de Schwenke, pero el Herr Professor tenía algo, y algo genuinamente alemán, que el nuevo alemán no tenía.

Después de 1933, el sastre Schwenke habría seguido quitándose el sombrero ante el Herr Professor, como hacía antes; por ello le alegró especialmente la revelación de que la mitad de los académicos eran traidores y la otra mitad ingenuos o bobos que la Nueva Alemania, representada por el sastre Schwenke, a su servicio, señor, podía como mucho tolerar, aunque bajo estrecha vigilancia.

8. EL FRAUDE ANTISEMITA

Gustav Schwenke, el hijo del sastre, tenía veinte años cuando se hizo nazi. Esto fue en 1932. El negocio de su padre había quebrado: él, tras haber trabajado de aprendiz con su padre, no logró encontrar empleo. Simplemente, no había trabajo para un joven fuerte, inteligente y bien entrenado de diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciséis años. Durante cuatro años, como miles de otros jóvenes, había peregrinado a pie de pueblo en pueblo en busca de trabajo. Aparte de alguna chapuza ocasional, durante este periodo tuvo dos meses de trabajo subvencionado por la asistencia estatal, reparando carreteras, a cambio de alojamiento y comida y dos dólares a la semana. Luego su «viejo trastorno», el mojar la cama, regresó, y tuvo que volver a casa y empezar de nuevo. Pero nunca se convirtió en un vagabundo o en un camorrista; dormía en albergues juveniles o en el campo. Y luego, en 1932, Gustav Schwenke se convirtió en un policía de las SA a cambio de dinero de bolsillo y un uniforme… y un lugar bajo el sol.

Lo que Gustav Schwenke quería, lo único que quería, era seguridad. El trabajo que quería, el único trabajo que quería, era un empleo estatal, cualquier empleo estatal, con su plaza fija, su seguro y su pensión. Imagino que Gustav no era el único chico nacido en Alemania en 1912 que quería seguridad y que, hasta 1933, creyó que no la conseguiría nunca. Cuando la logró, cuando la policía del Partido se incorporó a la policía militar en 1935, su sueño se hizo realidad. Por fin encajaba. Por fin era un hombre.

De niño, Gustav se había aferrado a su padre y se mantuvo alejado de su madre. Cada tarde hacía sus deberes en la tienda de su padre, situada en la parte delantera de la casa. Allí se nutría de la virilidad de su padre, que se plasmaba en el poder político, y alejaba de sí la feminidad de su madre, que tomaba la forma de poder doméstico. A los siete años oyó cómo su padre tildaba a la Constitución de Weimar de *Dreck*, basura. De modo que Gustav odió la Constitución. (No sabía lo que era.) A los once años, un cliente fue a

recoger un traje, que había encargado ocho días antes por 8.000 Reichsmarks; ahora, ocho días después, por 8.000 Reichsmarks solo podías comprar una libra de mantequilla; y cuando Gustav le preguntó a su padre qué era lo que causaba la inflación, su padre respondió: «Los judíos». De modo que Gustav odió a los judíos. (No conocía a ningún judío y, de haberlo conocido, no se hubiese metido con él. Su padre, sí.)

El viejo Karl-Heinz Schwenke era producto de la «época dorada» anterior a la Primera Guerra Mundial. Incluso en la época dorada, él, tal como decía, «había sido solo un sastre».

—Sin embargo, cuando me casé, poseía diez trajes —explicó aquel viejo dandi de rostro impasible—. Veinticinco años después, tras haber sido atropellado por sus «democracias» en 1918, no tenía ninguno, ni uno solo. Tenía un suéter y unos pantalones. Hasta mi uniforme del ejército estaba ajado. Mis medallas, vendidas. Yo no era nada. Luego, de repente, fui necesario. El nacionalsocialismo tenía un lugar para mí. No era nada… y luego fui necesario.

—Y ahora —le dije—, vuelve a tener solo un suéter y unos pantalones.

—Sí —contestó—, ahora que sus «democracias» han vuelto a darme un repaso.

—Tampoco el nacionalsocialismo —dije con suavidad— les dejó gran cosa a sus víctimas.

—Ellos se lo tenían merecido. Ya ha visto lo que sus «democracias» hicieron con nosotros.

Cuando hablaba de «ellos», Herr Schwenke siempre se refería a los judíos. De mis diez amigos, era el más primitivo. Los hechos, aunque pudiese comprenderlos, no tenían utilidad alguna para él; no era capaz de retenerlos ni de relacionarse con ellos. Podía hablar, pero no era capaz de escuchar. Yo le dejaba hablar.

—Dicen que mataron a seis millones de judíos —no dijo «matamos» ni siquiera «los nazis mataron»—, pero cuando uno ve cuántos sigue habiendo hoy en todo el mundo, son tantos como siempre. Hay quince millones en Estados Unidos…

—Creo que son solo seis o siete —dije.

—Claro, eso es lo que le dicen a usted. ¿Sabe cuántos hay en Rusia hoy en día? Controlan el gobierno, el dinero, todo, en todas partes.

Sentí tentaciones de contarle una historia, pero no lo hice. Es una historia sobre un judío que va en el tranvía, en Alemania, durante el Tercer Reich, leyendo el *Völkischer Beobachter*.[6] Un conocido suyo que no es judío se sienta junto a él y le pregunta: «¿Por qué lee usted el *Beobachter*?». «Mire —dice el judío—. Trabajo en la fábrica todo el día. Cuando llego a casa, mi mujer me atosiga, los niños están enfermos, y no hay dinero para comprar comida. ¿Qué tendría que hacer de camino a casa, leer un diario judío? "Pogromo en Rumanía." "Judíos asesinados en Polonia." "Nuevas leyes contra los judíos." No, señor, durante media hora cada día, en el tranvía, leo el *Beobachter*: "Los judíos son los capitalistas del mundo". "Los judíos controlan Rusia." "Los judíos gobiernan Inglaterra." Es de mí de quien están hablando. Durante media hora al día, soy alguien. Déjeme en paz, amigo.»

Nacionalsocialismo equivalía a antisemitismo. Si dejamos de lado el antisemitismo, poseía las mismas características que miles de tiranías anteriores, aderezadas con rasgos modernos. El antisemitismo tradicional —lo que Nietzsche, tan apreciado por los nazis por su superhombre, llamaba «el fraude del antisemitismo»— tuvo un papel destacado para lograr que los alemanes aceptasen la doctrina nazi, pero lo que hizo posible el nazismo en sí fue la mera separación entre judíos y no judíos, no el prejuicio *per se*. En una ciudad de veinte mil habitantes, que contaba con una comunidad judía de nueve siglos de antigüedad cuyos integrantes ascendían a seiscientas u ochocientas personas, ninguno de mis diez amigos, exceptuando a Herr Hildebrandt, el profesor, había tratado íntimamente a judío alguno. A pesar de que los últimos vestigios del gueto habían desaparecido hacía más de un siglo y medio, generación tras generación estas personas siguieron viviendo juntas, en una pequeña ciudad, con un muro invisible entre ellos por encima del cual se lanzaban los «buenos días» y las «buenas tardes».

Mis diez amigos mantenían todos ellos relaciones comerciales con judíos, ya fuese como compradores o como vendedores. Springer, el joyero judío, había sido incluso miembro del coro de la ciudad, junto con los Schwenke, padre e hijo.

—El anillo de boda de Mushi se lo compré a Springer —dijo el sastre, dando una palmadita a la mano de su anciana esposa.

—¿Por qué a un judío? —pregunté.

—*N'ja* —respondió el incendiario de la sinagoga—, siempre tratábamos con Springer. Para ser judío, era decente.

Recordé el comentario de Tácito sobre los ancestros del sastre hessiano: «Los chatti [hessianos] son inteligentes, para ser germanos».

De mis diez amigos, siete conocían a Springer desde hacía años y los siete, cuando interrumpía sus diatribas contra los judíos para preguntarles si habían conocido a algún judío decente, mencionaban a Springer en primer lugar. Habían comerciado con él, cantado con él, desfilado con él (en organizaciones de veteranos), pero él nunca había estado en casa de ninguno de ellos, ni ellos tampoco en la suya. Ninguno de ellos sabía cuántos hijos tenía, ni de dónde procedían sus antepasados.

—¿Qué fue de él? —le pregunté al sastre.

—Oh, se marchó.

—¿Adónde?

—No lo sé. A Sudamérica, quizá. Fue pronto —quería decir antes de la quema de la sinagoga en 1938— y muchos de ellos se marcharon a Sudamérica o algo por el estilo.

Ninguno de los siete supo decirme qué había sido de Springer.

Le pregunté a Horst Rupprecht, el estudiante y miembro de las Juventudes Hitlerianas, que había vivido a la vuelta de la esquina de la sinagoga y de la escuela judía, si de pequeño había tenido amigos judíos.

—Por supuesto —dijo sin dudarlo—. Nunca me peleé con un chico judío.

—No me refiero a eso —dije—. Quiero decir, ¿jugabas con alguno de ellos?

—Oh, no —respondió.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? No lo sé. Ellos jugaban entre ellos, nosotros jugábamos entre nosotros.

En la Edad Oscura, los judíos debían mantenerse aparte para preservar su religión, igual que los cristianos (y los judíos) se vieron obligados a hacer en la Roma anterior a Constantino; durante la Edad Media, esta separación había sido aceptada y, progresivamente, les había sido impuesta por los no judíos. Pero, tras la eliminación formal del gueto en Alemania, bajo Napoleón, las condiciones causales de la separación habían disminuido. La traducción del Pentateuco al alto alemán de Lutero, llevada

a cabo por Moses Mendelssohn a finales del siglo xviii, había reducido drásticamente (y estaba a punto de eliminar) la separación lingüística. Entre finales del siglo xix y principios del xx, los impedimentos formales, tanto económicos, como educativos y ocupacionales, habían sido progresivamente abolidos (el último, referente al ejército y a los altos cargos del funcionariado, tras la Primera Guerra Mundial).

A medida que las prohibiciones que les afectaban desaparecían, los judíos desaparecían también. Nunca habían sido más del uno por ciento de la población alemana, y su tasa de apostasía fue más elevada en la Alemania moderna que en cualquier otro lugar, excepto Italia. Tras la Primera Guerra Mundial, los sociólogos predijeron que en dos generaciones ya no habría judíos en Alemania. El paso de la ortodoxia al agnosticismo (gracias al «liberalismo») fue el factor principal, mayor incluso que la conversión nominal de miles de ellos al protestantismo —que ofrecía ventajas económicas y, más significativamente, sociales—, e incluso al catolicismo. La conversión solía eliminar, dentro de ciertos límites, la discriminación «en frío» en las universidades y en las profesiones. Nobles, oficiales del ejército y profesores de universidad se casaron con hijas de familias judías ricas, y su motivación no siempre era económica; muchos notables judíos, habiendo abandonado su fe, se alejaban de ella tanto como les era posible, y los no judíos distinguidos podían elegir entre un plantel de jóvenes no solo ricas, sino también cultas y bellas. Por supuesto, esto no afectaba al «hombre de la calle» alemán, excepto, si oía mencionar alguno de estos casos, para hacerle odiar aún más a los «plutócratas judíos». Tampoco le ablandaba saber que los intelectuales, artistas y «bohemios» contraían matrimonio sin reparar en diferencias religiosas.

Así pues, el «suicidio» de los judíos, ya fuese por apostasía o por conversión, iba reduciendo el número de judíos sin reducir el antisemitismo; al contrario. Cuatro años antes del nacimiento de Hitler en Austria, Von Schönerer, el más feroz antisemita de aquel país, dijo: «*Ob Jud ob Christ ist einerlei, in der Rasse liegt die Schweinerei*. No importa si dice ser judío o cristiano, la depravación está en la raza». Las conversiones y los matrimonios mixtos simplemente trasladaron el énfasis del odio desde el terreno económico y civil al racial, y, de este modo, estimularon de manera nueva y virulenta el antisemitismo del «hombre corriente», que, sin tener en cuenta qué otra cosa fuese o dejase de ser, era de sangre alemana. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, algunas localidades vacacionales de clase

media baja, como la isla de Borkum, empezaban a presumir de ser *judenfrei*.

Tras siglos de ser excluidos de todos los oficios honrosos, cuando en los siglos xviii y xix comenzó su liberación, los judíos se decantaron por las «profesiones liberales», aquellas que no estaban organizadas en gremios o asociaciones que les pusiesen trabas: medicina, derecho, periodismo, enseñanza, investigación y, por supuesto, en su mayor parte, comercio detallista. (En siglos anteriores, cuando eran expulsados de las ciudades, los más pobres de entre ellos habían optado por la única ocupación posible, antecesora del comercio detallista: la venta ambulante.) De este modo, en los años de inflación que siguieron a la Primera Guerra Mundial, los judíos en su conjunto se encontraban en una situación mejor, porque entre ellos la proporción de personas que dependían de ingresos fijos procedentes de salarios o pensiones era menor; y, antes del nazismo, los «viejos judíos» de Kronenberg vivían casi todos «confortablemente». En Kronenberg nadie era rico.

Además de los «viejos» judíos estaban los «nuevos», que en su mayoría habían llegado desde Polonia después de la Primera Guerra Mundial, que hablaban yiddish en lugar de alemán y se buscaban la vida como podían, lo que significaba que quizá eran vendedores ambulantes, o quizá proxenetas, o especuladores del tipo más ruin o desordenado que se pueda imaginar. En la comunidad judía de Kronenberg había muy pocos «orientales» o, como los llamaban los «viejos» judíos, «kikes». Aunque, por supuesto, alguno había.

Salo Marowitz, el sastre, había sido un soldado ruso que se casó con una «aria» tras ser liberado de un campo de prisioneros alemán al acabar la guerra. Era honesto y respetable, un buen hombre y un buen judío, pero (como decían los «viejos» judíos de Kronenberg) era un «kike». No cabía duda de que Samuel, el hijo mayor de Marowitz, había nacido antes del matrimonio de sus padres: un tipo de escándalo que tenía vida larga entre los «viejos» judíos, cuya tasa de hijos ilegítimos, incluso en los años de posguerra, era casi igual a cero. A pesar de todo, era un hombre honesto.

Los tres hermanos Lipsky, de Polonia, eran honestos también, pero su profesión era menos respetable. Eran vendedores ambulantes de artículos domésticos y tenían escasa dignidad. Tal vez no podían permitirse tenerla; ninguno de ellos era muy despierto. Aunque sabían que el sastre Schwenke era un virulento antisemita, no dejaban de ir a su casa para venderle jabón.

Él siempre les cerraba la puerta en las narices y les llamaba de todo, pero siempre regresaban. El más joven de los Lipsky, que no se sabe cómo había recibido el buen nombre germánico de Bruno, estaba lisiado de cintura para abajo. Al andar, lanzaba las piernas hacia delante, lo que bastaba para hacer que los niños se rieran. Allá por los años veinte, cuando se suponía que el Reichswehr estaba limitado a 100.000 hombres, Kronenberg tenía un batallón «no militar» que hacía instrucción con camisas blancas, y Bruno se empeñaba en desfilar junto a ellos, silbando. Más adelante, hubiese desfilado junto a las SA, si le hubiesen dejado. No era muy despierto.

Los judíos de Kronenberg ya estaban desapareciendo bastante deprisa antes de la llegada del nazismo. Después de 1933, empezaron a irse de Kronenberg, y de Alemania. Muchos de ellos se quedaron —creían que «aquello» no podía durar para siempre— hasta que se produjo el incendio de la sinagoga y se aprobaron las leyes de pogromos a finales de 1938. Pero la comunidad judía, en cuanto organización formal a la que en una ciudad pequeña casi todos los judíos pertenecían, ya fuese por elección, por herencia o por inercia, ya había empezado a disminuir de forma continua antes de 1933.

Existía un motivo especial para que decreciesen los judíos de Kronenberg. Como la propia ciudad, la comunidad judía era conservadora, anticuada y mojigata. A partir de la Primera Guerra Mundial, la generación más joven había empezado a rehuir los servicios religiosos de los martes y los jueves, el chal de oración y el *kitl* blanco que se vestía durante la Pascua judía, y se resistía incluso a aprender hebreo. Es cierto que casi todos asistían a la escuela de la sinagoga en lugar de a la escuela pública; pero en gran parte esto era una reminiscencia de los tiempos pasados en que los servicios religiosos cristianos formaban parte del programa de las escuelas públicas. Solo hay que fijarse en Springer, el joyero: era miembro de la comunidad, sí, pero cuando falleció su padre en los años veinte, ¡hizo grabar la inscripción de su tumba en alemán y no en hebreo!

Sometida a estas presiones, durante los años veinte la sinagoga de Kronenberg había adoptado nuevas costumbres más aceptablemente «germánicas», abandonando algunas de las antiguas formas litúrgicas y sacramentales. Se había vuelto más liberal. Cuando los nazis llegaron al poder, el *Shames* o sacristán de la sinagoga, un no judío, solo tenía que encender los fuegos en una docena de hogares que aún seguían respetando la rígida prohibición de trabajar durante el Sabbat, y las tiendas propiedad

de judíos abrían los sábados y cerraban los domingos, igual que las de los gentiles.

Estas concesiones al liberalismo no habían frenado la disminución de la congregación de Kronenberg. Después de 1933, sin embargo, esta empezó a crecer de nuevo, a pesar de que había miembros que emigraban. Algunos de los que se quedaron y habían abandonado su fe volvieron al redil. Por supuesto, el servicio de Caridad Judía era más activo que nunca antes, debido a la demanda creada por el boicot continuado, y los niños (que, si asistían a la escuela pública y no pertenecían a las Juventudes Hitlerianas, debían quedarse solos en el aula mientras los demás tomaban parte en las celebraciones) iban todos de nuevo a la escuela de la sinagoga.

Ciertamente, los judíos estaban desapareciendo de Alemania; y la mezcla, al menos en los niveles superiores de la cultura y la sociedad, era mayor. Pero el muro invisible entre los judíos y los «hombres corrientes» de Alemania era tan alto como siempre, y era un muro con dos vertientes. No se trataba lisa y llanamente de una exclusión, sino más bien de una separación en dos bandos, de la existencia independiente de dos comunidades en una misma ciudad, una característica que diferenciaba la situación en las pequeñas localidades alemanas del antisemitismo en, por ejemplo, los Estados Unidos.

En esta separación hibernaba el demonio y, durante su sueño, hacía acopio de fuerza antes del nacimiento de Hitler.

—Cuando yo era niño —dijo el viejo sastre al que el maestro había azotado— había escasamente media docena de chicos judíos en el pueblo. Tenían su propia escuela y aprendían yiddish…

—Hebreo —dije.

—Hebreo, si es que era eso, y podían hablarlo entre ellos de manera que los niños alemanes no los entendían. Ellos podían entendernos a nosotros, pero nosotros a ellos, no. Cuando había algún lío, los típicos líos de chiquillos, hablaban en yiddish entre ellos. Daba miedo, ¿entiende lo que quiero decir?

Le dije que sí. Y lo entendía.

Cuando mi amigo Kessler, el antiguo empleado de banca, era niño en un pueblo católico de Württemberg, había un buhonero judío que iba por allí una vez al mes. El buhonero se encargaba de tramitar todos los negocios de los habitantes del pueblo, incluidas sus transacciones bancarias, sin cargo

alguno y, a cambio, las familias del pueblo le daban alojamiento, por turno, durante sus visitas mensuales.

—Para nosotros los niños era como un miembro de la familia —dijo Herr Kessler—, excepto por una cosa. Después de cenar, mientras nosotros leíamos vidas de santos, el buhonero se iba a un rincón y se ponía un chal y una cinta alrededor de la cabeza y decía oraciones diferentes a las nuestras. De algún modo, debía de asustarnos, porque recuerdo que mi madre nos decía que no tuviésemos miedo, que lo hacía porque era judío. No sabíamos lo que era ser «judío».

»Solo lo recordé muchos años más tarde, después de la primera guerra, la primera vez que escuché propaganda nazi en Múnich. Y recordé haber sentido miedo (quizá no era más que confusión, pero imagino que para los niños son cosas parecidas) cuando el judío estaba en su rincón, de cara a la pared, con una banda alrededor de la cabeza, pronunciando oraciones en yiddish.

—En hebreo —dije.

—Sí, en hebreo.

—¿El recuerdo de aquel judío le convirtió en antisemita?

—No, no hasta que escuché la propaganda antisemita. Se decía que los judíos cometían actos terribles, algo que el buhonero judío nunca había hecho. Y, sin embargo, me daba miedo cuando rezaba, aunque creo que aparte de eso le quería. La propaganda no me hizo pensar en él tal y como lo conocía, sino como judío. Y era por ser judío, rezando él solo, por lo que nos asustaba. Así que supongo que, al final, sí que formaba parte de eso, de mi antisemitismo. Si retrocedo a aquellos días, aún puedo sentir temor. Y escuchar a mi madre decirme que no me asuste.

9. «TODOS LO SABÍAN.» «NADIE LO SABÍA.»

Cuando personas a las que no conoces, personas por las que no sientes ningún interés, personas de cuyos asuntos nunca te has ocupado, abandonan tu comunidad, no te das cuenta de que se marchan, ni de que ya no están. Si, por añadidura, la opinión pública (y el propio gobierno) los ha menospreciado, es todavía más probable que no adviertas que se han ido o que, si lo haces, lo olvides muy pronto. ¿Cuántos de nosotros, blancos, en un vecindario blanco, nos interesamos por saber adónde ha ido un vecino negro que solo conocíamos de vista y que se ha mudado? Quizá se ha visto obligado a irse; al menos, esta posibilidad se nos pasa por la cabeza, y, si somos particularmente sensibles y creemos que tal vez se ha cometido una injusticia que no podemos rectificar, resulta reconfortante oír que el negro era además comunista, o que será más feliz dondequiera que se haya trasladado, «con su propia gente», y que incluso le han pagado una buena compensación por marcharse.

Cuatro de mis diez amigos nazis —el sastre y su hijo, el panadero y el cobrador— sostenían que los únicos judíos que habían sido evacuados a los *Kah-Zed*, campos de concentración, eran traidores; al resto se les permitió llevarse consigo sus propiedades, y, si hubieron de vender sus negocios, «los tribunales» o «el Ministerio de Finanzas» les pagaron el valor de mercado.

—Me han dicho que a los judíos que se fueron a última hora solo se les permitió llevar cincuenta o cien marcos encima —le dije al sastre, cuando hablaba sobre «los tribunales».

—Eso no lo sé —respondió—. ¿Cómo podría saberlo?

Un momento antes «sabía», por lo que respecta a «los tribunales», pero no se lo recordé.

—Me han dicho —le comenté a Herr Simon, el cobrador, que hablaba del «Ministerio de Finanzas»— que solo pudieron llevarse consigo parte de sus propiedades.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo Herr Simon—. Si querían irse, el Estado tenía derecho a una parte. Después de todo, habían hecho aquí su fortuna.

El hecho es, creo yo, que mis amigos realmente no sabían. No sabían porque no querían saber; pero el caso es que no sabían. Solo hubiesen podido averiguarlo, por aquel entonces, con mucho esfuerzo. ¿Y quién quería hacerlo? ¿Acaso nosotros, los blancos, cuando el negro se marcha, queremos saber por qué o adónde o con qué se ha ido? El profesor, el estudiante, el ebanista y el empleado de banca, estos cuatro como mínimo, sospechaban la verdad acerca del mito del «valor de mercado», y el policía, a quien usted o yo confiaríamos nuestros bienes y enseres sin dudarlo tras charlar con él cinco minutos, hablaba con desprecio de los «*weisse Juden*», los «judíos blancos», los buitres que se lanzaban sobre las propiedades que los judíos se veían obligados a vender a toda prisa. Cuatro de mis amigos sospechaban la verdad en aquellos momentos; ¿qué hubiesen debido hacer?

—¿Qué habría hecho usted, Herr Professor?

Recuerden: a excepción del profesor, nueve de mis diez amigos no conocían a judío alguno y no les importaba lo que les ocurriese…, y eso ya antes del nazismo. Ahora, era su propio gobierno el que desarrollaba este programa de acuerdo con la ley. El mero hecho de indagar significaba ir contra la justicia del gobierno. Era incurrir en riesgos, grandes o pequeños, políticos o sociales, y significaba arriesgarse por personas que a uno al fin y al cabo no le gustaban. ¿Quién, aparte de algún ferviente cristiano, de los que se toman en serio el Sermón de la Montaña, se arriesgaría a indagar? ¿Quién, suponiendo que la indagación pusiese al descubierto una injusticia, estaría dispuesto a recibir el castigo destinado a los que protestan? Siento decir que ninguno de mis amigos era un cristiano tan ferviente.

Pero el ebanista Klingelhöfer, quien durante toda la época del nazismo siguió siendo miembro de la junta parroquial, era un cristiano tan ferviente como la mayoría de los miembros de una junta parroquial que he conocido, y, durante nuestras conversaciones, su idea de la relajación era plantear cuestiones religiosas.

—Sé que no es lo que le interesa, Herr Professor, pero me gustaría conocer su opinión.

Un día, para relajarnos, repasamos juntos el pasaje de Mateo, 24. (No dije si me interesaba o no, pero sí que leer en voz alta con un amigo alemán mejoraba mi alemán.) Y leí, desde el versículo noveno al decimotercero, para mejorar mi alemán:

> Entonces os entregarán a la tortura y os matarán, y seréis odiados de todas las naciones por causa de mi nombre.
>
> Muchos se escandalizarán entonces y se traicionarán y odiarán mutuamente.
>
> Surgirán muchos falsos profetas, que engañarán a muchos.
>
> Y al crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará.
>
> Pero el que persevere hasta el fin, ese se salvará.

Me detuve, alcé la vista y luego miré a Herr Klingelhöfer. Tenía la cabeza gacha (y este era mi amigo el entusiasta, el de «¡Mi vida por el Cuerpo de Bomberos Voluntarios!»). Esperé. Entonces dijo, sin levantar la mirada:

—*Das ist schwer, Herr Professor. Das ist kolossal schwer*. Esto es duro. Es terriblemente duro.

Y ciertamente lo es. Se dice que es duro ser cristiano —o intentar serlo siquiera— en las condiciones más propicias. Las condiciones en la Alemania nazi no eran las más propicias. Solo hay que tener en cuenta que:

Los judíos, puesto que en buena medida desempeñaban «profesiones liberales», solían ser personas a las que uno debía dinero por bienes o servicios ya prestados, digamos que por mercancías, o por cuidados médicos. Ahora bien, en los Estados Unidos tengo dificultades para pagar las facturas de mi médico. Mi médico es un buen tipo, pero sus facturas, por módicas que sean, resultan demasiado elevadas; de entrada, yo no quería ponerme enfermo y, ahora que estoy curado, me gustaría no tener que pagar por unos cuidados médicos que ya no necesito. Créanme, le deseo lo mejor a mi médico, y a mi dentista, y a mi tendero y a mi abogado y al joyero que reparó mi reloj; si alguno de ellos es judío, sigo deseándole lo mejor, porque no soy antisemita. (Recuerden, mis amigos nazis sí lo eran.)

Imaginemos ahora que los judíos están emigrando de los Estados Unidos lo más deprisa que pueden. Liquidan sus activos, sin importarles cuánto pierdan, y cobran todas las deudas que pueden cobrar en una semana o en un mes. De las deudas menores ni se preocupan. Quizá me hayan enviado una factura con las palabras «Sírvase pagar» escritas; pero no me va bien pagarla, al menos no este mes. Aunque no puedo evitar preguntarme si mi dentista o mi médico o mi tendero judío está planeando emigrar, vendiéndolo todo (es posible que, si logra vender a otro sus

facturas no cobradas, aún me toque pagarlas algún día), llevando consigo a toda su familia, perdiendo su ciudadanía y con ella la capacidad de perseguirme con sus facturas. Por supuesto, yo también soy un buen tipo, de modo que digo: «Pagaré cuando pueda».

Pero no lo haré. No tendré que hacerlo. Y sé que no tendré que hacerlo, aunque en mis horas de vigilia, mis horas de honradez, quizá ignore que no tendré que hacerlo. Pero, ¡oh, si ese médico y sus facturas, ese dentista y sus facturas, no existiesen! Un médico judío de Kronenberg emigró en 1936. A mi regreso a los Estados Unidos tuve ocasión de hablar con él, y cuando le pregunté qué le llevó a tomar aquella decisión en 1936, tras mencionar los habituales buenos motivos, añadió:

—Recuerdo el momento exacto en que cuajó mi decisión. Estaba en la zona de teléfonos públicos de la estación de Fráncfort y oí que el hombre de la cabina de al lado decía: «No le pagues. Simplemente, no le pagues. No le insultes. No gastes saliva. Sé educado. Pero no le pagues. Te lo prometo, de aquí a seis meses o un año ya no tendrás que pagarle. Dale largas». Era algo por el estilo. La palabra «judío» no se mencionó; no sé quién era el hombre que hablaba ni de qué estaba hablando. Pero eso me decidió. Me llevó tres o cuatro meses encontrar a alguien que me respaldase en los Estados Unidos y disponerlo todo. Envié facturas. Algunas me las pagaron, unas en parte, otras del todo. Recolecté más de la mitad de lo que me debían; después de todo, esta gente eran mis pacientes y eran buenas personas. Y en 1936 estábamos aún al principio. Luego, por supuesto, fue distinto.

En 1934 visité a una familia que eran parientes lejanos míos en un pueblecito rural a las afueras de Hanóver. Estos judíos eran pequeños tenderos; llevaban siete siglos allí y eran demasiado pocos como para constituir una comunidad judía formal. En Eichdorf no había antisemitismo. (Tampoco matrimonios mixtos.) Durante aquellos primeros años del nazismo, sus amigos no judíos siguieron teniendo tratos comerciales con ellos abiertamente; más tarde, en secreto. Si algún niño pequeño —la cosa empezaba por los niños pequeños— los insultaba por la calle, se lo llevaban a casa y recibía un par de azotes. Los vecinos del pueblo, dejando de lado a algunos funcionarios y a unos pocos jóvenes pendencieros, simplemente no permitían que el nazismo se saliese con la suya, no en Eichdorf.

Nueve años después, en 1943, los judíos de Eichdorf fueron «trasladados». En una comunidad tan pequeña no era posible «trasladarlos»

sin llamar la atención. Terminada la guerra, uno de sus vecinos lo explicaba así:

—Todos lo sabían, pero nadie salió a la calle. Algunos miraban desde detrás de los visillos, no muchos.

—¿Usted lo hizo?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Para qué? ¿Qué se gana con mirar?

Kronenberg, por supuesto, era más grande. Ninguno de mis diez amigos llegó a ver a grupos de judíos que se marchaban. No se requería que lo viesen. De los diez, únicamente el policía Hofmeister conocía los detalles de la partida de los judíos, y solo sobre la partida, no sobre su destino. Y únicamente Herr Hildebrandt, el profesor, se carteó luego con algunos judíos o supo qué había sido de ellos. A partir de 1933, todo el mundo sabía que los judíos se estaban marchando. Cada uno de mis diez amigos había oído hablar de que tal o cual judío iba a marcharse o se había ido. Una mujer judía se presentó en la panadería de Herr Wedekind para pagar su cuenta y quiso asegurarse de que no dejaba nada pendiente.

—¿Se va usted? —preguntó él.

—Sí —dijo ella.

Eso fue todo. Tres de mis amigos se enteraron durante la guerra de que cierto día un autobús lleno de judíos había salido de la plaza del Mercado al amanecer. Eso fue todo.

Poco después de comenzada la guerra, se vio a un grupo de judíos trabajando en la calle, colocando adoquines en los raíles del tranvía. (Para entonces, a los judíos solo se les permitía hacer las labores más rudimentarias.) Hofmeister saludó con la mano a algunos que conocía, pero no habló con ellos. El ebanista Klingelhöfer habló con uno al que conocía, un abogado que había sido cliente suyo.

—¿Le preguntó cómo era que estaba allí? —pregunté.

—No. Lo sabía.

—¿Cómo?

—Todo el mundo lo sabía.

—¿Cómo?

—Oh, simplemente lo sabíamos.

—¿Qué le dijo usted?

—Le pregunté cómo estaba y me dijo: «Bien». Tenía buen aspecto.

—¿Le estrechó usted la mano?

—No… Uno no le estrecha la mano a alguien que tiene las dos manos ocupadas, *nicht wahr*?

—No, en los Estados Unidos no, pero como ustedes los alemanes siempre se estrechan la mano, pensaba que quizá… Por cierto, Herr Klingelhöfer, ¿se considera usted valiente por haber hablado con él en la calle?

—¿Valiente? No, valiente no. Quizá, un poco. No, en realidad no. Mi lealtad era conocida.

Herr Kessler, el empleado de banca en paro que había llegado a portavoz del Partido y jefe de departamento del Frente del Trabajo local, se encontró a Stein en el andén de Kronenberg esperando, igual que él, el tren que iba hacia el norte. Conocía bien a Stein, había tenido tratos comerciales con él; Stein, para ayudarle cuando estaba sin empleo, solía contratarle para que auditase la contabilidad de su tienda de ropa y complementos. El judío era un hombre de edad avanzada. Eso fue —¿cuándo sería?— a principios de 1939.

—Fingió que no me veía. Quizá creyó que yo me sentiría incómodo o simplemente que no querría hablarle. Estaba equivocado: yo no era un *Fanatiker*. Por fin me acerqué a él y le estreché la mano y le pregunté cómo estaba. Me dijo que «Bien». No podía preguntarle qué tal el negocio porque yo sabía que había tenido que venderlo. Luego, cuando el tren estaba a punto de llegar, le pregunté: «¿Se marcha usted, Herr Stein?». Evidentemente, se iba, porque de otro modo no habría estado esperando el tren, pero un hombre puede irse por un día o para siempre. No era eso lo que le preguntaba. Le dije: «¿Se marcha usted, Herr Stein?» Y él dijo: «Sí»; y luego yo le dije: «Bueno, pues adiós» y le tendí la mano, pero él ya se había dado la vuelta.

—¿Los dos cogieron el mismo tren?

—Sí.

—¿Juntos?

—No. Él se dirigió hacia el vagón de no fumadores y yo al de fumadores.

—¿Usted fumaba?

—No.

No fui yo quien inició la conversación acerca de los judíos con ninguno de mis diez amigos. En algún momento entre el principio de la segunda conversación y el final de la cuarta, cada uno de ellos abordó el tema y todos ellos, exceptuando a los señores Hildebrandt, Kessler y Klingelhöfer, volvieron a él una y otra vez. Si le preguntaba al sastre Schwenke: «¿Le gustaba el programa de 1925?», él me decía: «¿El programa del Partido? Sí, estaba muy bien, mucho. Tome, por ejemplo, la cuestión judía…». (En una conversación posterior, me confesaría que nunca había visto el programa del Partido.)

De los diez, únicamente el profesor, Herr Hildebrandt, no era antisemita. El policía, un hombre maduro excelente, no quería serlo; pero lo era. El estudiante, el joven Rupprecht, pensaba que no era antisemita, pero en su caso no estoy nada seguro: era retorcido. Kessler y Klingelhöfer, mis dos amigos con mayor sensibilidad (aparte de Hildebrandt), eran los más templados. Su antisemitismo no era en absoluto «racial», sino casi por entero económico, «racional».

El padre de Klingelhöfer, de quien el hijo había heredado el oficio de ebanista, le había dicho que los judíos eran buena gente:

—Que eran personas como las demás, pero que uno no podía fiarse de ellos en asuntos de dinero, eso era todo. Si uno acudía a un judío para realizar algún negocio era una cosa, pero si él acudía a ti para algo, era otra.

—¿Por qué cree que era eso? —le pregunté.

—No lo sé. No lo sé. Recuerdo que mi padre me habló de Moses, que tenía una tienda de artículos de cuero en la Bahnhofstrasse. Mi padre trabajaba mucho para él y se llevaban bien. Moses solo pagaba sus cuentas los domingos por la mañana y siempre le pagaba una «cantidad redonda», sin *Pfennige*. Y siempre descontaba el tres por ciento.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que era su costumbre. Así que mi padre siempre manipulaba sus cuentas de manera que el tres por ciento ya estuviese incluido. Puede decir que eso es «hacerle trampas al tramposo», y no era así. Moses era un hombre agradable. A mi padre le gustaba. Pero mi padre siempre dijo que uno no se podía fiar de un judío en asuntos de dinero. Y tenía razón.

—¿Alguna vez le ha engañado un judío?

—No, pero eso es porque yo estaba advertido y tenía cuidado. Si vas con cuidado, no tienes problemas con ellos.

—¿Tuvo usted cuidado con el profesor Freudenthal? —(Freudenthal, que se suicidó en 1933, había sido cliente de Herr Klingelhöfer y le había enviado un regalo de boda, un mantón decorativo del cual este se sentía orgulloso.)

—No, con él no era necesario.

El antiguo empleado de banca tenía una forma de pensar mucho más abierta que el ebanista. Los judíos habían acaparado una parte excesiva del poder económico del país: «Habría que haberlos reducido a la proporción que económicamente les correspondía dentro de la población».

—¿Cómo debería haberse hecho?

—Eso no lo sé, pero habría que haber encontrado la forma sin privarles de su ciudadanía ni maltratarlos.

—¿Ejercieron mal ese poder?

—En cierto modo. Supongo que cualquiera lo haría, especialmente si se sentía menospreciado, como los judíos. Pero el caso de los judíos era extremo.

—¿Se refiere usted a que introdujeron un «espíritu judío» en la vida económica? He oído a otros nacionalsocialistas decir lo mismo.

—Bueno, eso era propaganda, claro, parte de todo ese asunto de la «raza», yo no diría tanto. Haya o no haya un «espíritu judío», lo cierto es que la agresividad y la competitividad de algunos judíos llevó a abusos: por ejemplo, la pornografía en la prensa, únicamente para vender diarios y revistas.

—«De algunos judíos» —dije.

—Oh, sí de algunos, no de todos.

—Y de algunos no judíos.

—Desde luego. Por eso no me gusta hablar del «espíritu judío». Pero, en proporción, había muchos más judíos metidos en esto que no judíos. A eso me refiero.

Ni uno solo de mis diez amigos había cambiado de actitud respecto a los judíos desde la caída del nacionalsocialismo. Los cinco (o seis, si incluimos al joven Rupprecht) que habían sido antisemitas extremos no eran ahora, diría yo, ni menos ni más antisemitas que antes. En realidad, lo que me sorprendía era que, con la guerra perdida y sus vidas arruinadas, no lo fuesen más. Sin duda la derrota del nazismo por la fuerza no contribuía a que los nazis quisiesen más a los judíos; en todo caso, menos. Tampoco la

destrucción de su país. Ni los setecientos cincuenta millones de dólares que sus conquistadores les obligaron a pagar, como reparación, al Estado de Israel. Y los cinco extremistas no habían llegado a pisar la *Amerika-Haus* de su localidad ni ninguna otra agencia de «reeducación» y nunca lo harían.

Ellos cinco, y hasta cierto punto también el empleado de banca, el ebanista y el policía, se esforzaron por convencerme de que los judíos eran tan malos como los nazis decían. Mientras mis amigos insistían en sus argumentos, yo me mantenía en actitud pasiva, haciendo de vez en cuando una pregunta que denotaba mi simpleza. Si cambiaba de tema, ellos lo retomaban. La única pasión que al parecer les quedaba era el antisemitismo, el único fuego que aún ardía en ellos. Mientras ellos insistían, me venía a la mente el análisis habitual: necesitamos justificar el hecho de haber hecho daño a quienes hemos dañado, o tenemos que convencer a los demás de nuestra opinión culpable para involucrarlos en nuestra culpa. Pensaba un poco, pero no decía gran cosa. ¿Qué podría haber dicho?

10. «NOSOTROS, CRISTIANOS, TENEMOS EL DEBER»

Herr Simon, el cobrador, había venido de visita. Había traído tulipanes para mi esposa, igual que cuando yo iba a su casa le llevaba dulces a la suya. Bebíamos café, él y yo, igual que en su casa siempre bebíamos vino (o, mejor dicho, yo lo bebía; él era abstemio, «como Hitler»). Le interesaba saber más sobre los Estados Unidos, o al menos hablar sobre aquel país. Estaba explicándole cuáles eran los poderes que se reservaban a los estados en nuestro sistema federal…

—¿Conoce usted a algún judío allí, Herr Professor? —dijo.

—Oh, sí —respondí—. A algunos los conozco muy bien. Allí viven entre nosotros, ¿sabe?, como las demás personas.

—No como los negros —dijo el «viejo luchador»—. Pero —continuó — quiero preguntarle acerca de los judíos. Allí, cuando ve a uno, ¿puede saber que es un judío? Aquí sí podemos, siempre. No son como usted y como yo.

—¿Cómo los distingue? —pregunté—. A veces tienen el mismo aspecto que usted y que yo.

—Es cierto, a veces —dijo—. Pero no es por el aspecto. Un alemán lo sabe. Siempre.

—Vaya, vaya —exclamé, como quien se dice a sí mismo: «Cada día se aprende algo nuevo».

—Sí —dijo.

Entonces le pregunté:

—Herr Simon, si viese usted a Jesús, ¿podría saber que es judío?

—Seguramente —dijo—. Suponiendo que fuese judío. Pero ¿era realmente judío? Si lo era, ¿por qué le mataron los judíos? ¿Puede usted decírmelo? —Y prosiguió—. Nunca he oído a un cura decir que Jesús era judío. Muchos científicos dicen que no lo era. Se dice que el propio Hitler afirmaba que era hijo de un soldado griego del ejército romano.

—No lo he oído nunca —dije.

Mentía. Reinhold Hanisch, en sus memorias, afirma que Hitler le habló de ello en 1910, cuando vivían juntos en una pensión de mala muerte de Viena.

—Sí —dijo Herr Simon—, y ¿sabe usted, Herr Professor?, los judíos tienen una biblia secreta llamada el Talmud. Quizá tampoco haya oído hablar de eso, pero es cierto. Pregúntele a un judío al respecto y fíjese en la cara que pone cuando le diga que no existe. Pero todos los alemanes sabemos de su existencia; yo mismo lo he visto. Habla de sus asesinatos rituales y todo lo demás. Dice, y piense que se escribió hace no sé cuántos siglos, que tienen que casarse con mujeres alemanas y debilitar la raza germana. ¿Qué le parece?

¿Qué me parecía? Pensé que debería telefonear al decano de la facultad de teología de Kronenberg y pedirle, a pesar de que era un domingo por la noche y arreciaba el viento, que trajese a mi casa un Talmud en alemán. Eso, me dije, pondrá fin al asunto, mucho mejor que si le digo que soy judío. Si ahora le revelo que soy judío, seguí pensando, se sentirá tan furioso de que le haya engañado hasta ahora que no tendré ocasión de señalarle que no es capaz de reconocer a un judío cuando lo ve. Necesitaba meditarlo un poco, antes.

—¿Y dice —comenté como si estuviera distraído— que ha visto usted ese… ese…?

—Talmud —respondió el cobrador, un hombre pequeño con gafas a quien le hubiese convenido un mostacho imponente (solo tenía un bigotito) —. Pero tenga cuidado, Herr Professor, que no le engañen. Yo he visto el auténtico. Los judíos le mostrarán uno falso, si los acorrala, e incluso en nuestras propias universidades encontraría profesores a sueldo de los judíos que le dirían que es el verdadero. Teníamos a profesores de esos aquí… antes. Y ahora de nuevo, claro.

¿Qué me parecía? Pensé que era mejor no telefonear al decano, y, más tarde, cuando le dije «Hemos de tener muchas conversaciones más, Herr Simon», pensé que íbamos a necesitar que brotasen muchas generaciones más de Herr Simons, sin ser influenciadas o dirigidas de un modo u otro, del erial en que vivía esta generación de Simons con su Talmud «verdadero».

Había ido a visitar al sastre Schwenke, mi vigoroso y viejo amigo *Fanatiker*. Llevaba pantalones y jersey, y tomamos sopa y pan sin

mantequilla, una comida que, teniendo en cuenta cómo es el pan alemán, no era tan ligera como parece. Su esposa había hecho un pastel, y yo les había llevado té.

—Y así —estaba diciendo yo—, llegamos al final de la historia de la vida de su padre, y eso nos lleva al final de la historia de sus antepasados por las dos partes, hasta llegar a usted. Me maravilla, Herr Schwenke, que sepa usted tanto de todos ellos, remontándose tantas generaciones atrás.

—Así somos los alemanes —dijo mi amigo—. Estamos orgullosos de nuestras familias. Los americanos se llevaron mi Biblia (naturalmente, enviaron a un judío para hacerlo). De otro modo, podría darle a usted todas las fechas exactas, nacimiento, bautismo, matrimonio, hijos, muerte.

—Se diría que su familia —dije con mucha cautela— siempre ha tenido suerte. Nunca ha padecido grandes trastornos. Nunca perdieron sus casas o sus tierras. Es una familia muy poco corriente, por haber tenido siempre tanta suerte.

—Siempre, siempre —dijo el sastre—. Podemos remontarnos hasta donde quiera que, hasta llegar a mi mala fortuna, siempre lo tuvieron bien, mi padre, mis abuelos, mis bisabuelos, todo ellos.

Este intercambio tuvo lugar durante nuestra decimocuarta conversación. Durante la segunda de ellas, mucho antes de que comenzásemos con el examen sorprendentemente detallado de las vidas de sus antepasados, había hablado de los judíos diciendo:

—Tenía motivos para odiarlos, incluso antes, por la manera en que arruinaron a mis antepasados hace generaciones. Les robaron todo, los arruinaron —y su rostro estaba encendido de cólera filial.

Creo que mi amigo estaba convencido de lo que estaba diciendo —en el momento en que lo decía—, tanto en nuestra segunda conversación como en la decimocuarta. Podría haberle señalado la contradicción. Eso no le habría hecho menos antisemita y, además, las vidas de las personas son lo que ellos creen que son. De manera que no lo hice.

Estaba con Herr Damm, el chico de campo que, puesto que su hermano heredaría la granja familiar según las leyes de primogenitura de Hesse, había venido a Kronenberg a buscar trabajo. Durante la depresión se quedó sin empleo y regresó a su casa, afiliándose al Partido durante una de las «veladas de reclutamiento» que los nazis celebraron en su pueblo en 1932, y llegó a ser gerente de las oficinas del cuartel general del Partido en Kronenberg. Se celebraban los mil doscientos años de la fundación del

pueblo en el que los Damm se habían instalado en el año 808 y yo asistía a la celebración.

—Sí —dijo Herr Damm—, en nuestra familia hemos sido siempre grandes antisemitas. Mi padre y mi abuelo eran seguidores del Doctor Böckel, el fundador del Partido Antisemita en Hesse, allá por la década de 1880. Solíamos tener la bandera de ese Partido, que tenía grabado un lema antisemita que decía «Libradnos de los judíos»; pero los americanos se la llevaron.

—¿Ha tenido usted alguna vez trato con judíos? —pregunté.

—Continuamente —dijo—. En el campo no había otro remedio. Antes de que el Doctor Böckel fundase la unión de crédito, que era antisemita, para salvar a los granjeros de los judíos, estábamos a merced de los tratantes de ganado. Eran todos judíos y todos estaban compinchados.

—¿Cómo sabe que estaban compinchados, Herr Damm?

—Siempre lo hacen. Nos tenían en sus manos. ¿Sabe usted lo que hizo uno una vez? Le compró un ternero a mi padre y se lo llevó a la ciudad y allí se lo vendió al primo de mi padre, y sacó beneficio.

—Sí —dije—, pero eso no es más que el sistema capitalista. Usted cree en el sistema capitalista, ¿no? ¡Seguro que no es comunista!

—Por supuesto —dijo—, pero piénselo: ¡al primo de mi padre! Si mi padre hubiese sabido que su primo quería el ternero, se lo habría vendido él mismo, sin pasar por el judío.

—Bueno… —dije.

—Mire, Herr Professor, un judío compra una vaca. Cuando la compra es horrible, todo lo tiene mal, no la quiere ni regalada. De modo que paga solo unos pocos marcos por ella. Luego se va con ella al granjero de al lado, para vendérsela, y es la vaca más maravillosa del mundo. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Creo que sí —dije, esbozando en mi interior una sonrisa, al pensar en el «modo de vida americano»—, pero ¿acaso los alemanes, quiero decir, los no judíos, no compran lo más barato que pueden y venden lo más caro posible?

—Sí, pero esa es la cuestión. Mire, Herr Professor —siguió diciendo, paciente—. Los alemanes no podían comerciar entre ellos. Siempre había un judío en medio. Todos los judíos son tratantes, comerciantes, nunca

trabajadores o granjeros. Hasta un niño lo sabe. Todo el comercio estaba en manos de los judíos. ¿Qué podíamos hacer nosotros, los pobres alemanes?

Estaba hablando de lo que Hitler llama, en *Mein Kampf*, «una raza genial».

Me gustaba Herr Damm. Era un destripaterrones con una profesión —el Partido lo había usado para trabajar con los granjeros, cuya «lengua», es decir, cuya mentalidad, conocía—, pero seguía siendo un destripaterrones. En otra ocasión, me visitó en la ciudad; o, más bien, puesto que iba a ser nuestra última conversación, fui su invitado a una cena de lujo en el mejor restaurante de Kronenberg. Me remonté a una de nuestras primeras conversaciones, en que me había dicho que era el único Kreisamtsleiter de todo el Gau que se había negado a abandonar la Iglesia. «Les dije que estaba en la Iglesia desde que nací —me contó— y que moriría dentro de ella, y no en la Iglesia alemana, sino en la Iglesia cristiana.»

—Bueno —comenté mientras encendíamos un cigarrillo después de cenar—, lo que muchos cristianos en los Estados Unidos no entienden es cómo ustedes, los cristianos de Alemania, aceptaron la persecución de los judíos. ¿Cómo pudieron tolerarlo en su calidad de cristianos?

Era la primera vez que tomaba la iniciativa con este tema.

—¿Los judíos? —dijo—, pero los judíos son enemigos de la religión cristiana. Tal vez otros tenían otras razones para acabar con ellos, pero nosotros los cristianos teníamos el deber cristiano de hacerlo. ¿Seguramente usted, Herr Professor, sabe cómo los judíos traicionaron a Nuestro Señor?

A ninguno de mis amigos le interesaba lo más mínimo la teoría nazi de la raza, ni siquiera al sastre o al cobrador. Cinco de los diez se reían cuando se la mencionaba, incluido el ebanista.

—Eso eran tonterías —decía Herr Klingelhöfer—, destinadas a las SS y a las universidades. Mire el tamaño de mi cabeza: ancha como un granero. Mire a mi esposa de pelo castaño. ¿Cree que no somos alemanes? No; eso podían enseñárselo a las SS y a los estudiantes universitarios. Los *Flott* [sarcásticamente, la flor y nata] de las SS se creían cualquier cosa que les hiciese parecer importantes, y los estudiantes de la universidad, cualquier cosa que fuese complicada. Sus profesores, lo mismo. ¿Ha visto usted la tabla de «pureza racial»?

—Sí —dije.

—Bueno, entonces ya sabe de qué va. Todo un sistema. A nosotros, los alemanes, nos gustan los sistemas, ¿sabe? Todo encajaba, de modo que era

ciencia, sistema y ciencia, siempre y cuando uno atendiese a los círculos, negros, blancos y sombreados, y no a personas reales. A nosotros, los hombres de la calle, no podían enseñarnos esta *Dummheit*. Ni siquiera lo intentaron.

Lo que mis amigos creían —y creen todavía— es una acumulación de leyendas, leyendas que les han llegado con la misma inocencia que a nosotros la historia de George Washington y el cerezo.[7] Solo que, en su caso, considerándose «hombres corrientes», «hombres de la calle», que no tenían más valor que el hecho de ser alemanes, la leyenda de que entre ellos habitaban gentes que no eran alemanas y que, por lo tanto, eran aún menos que ellos, les resultaba especialmente preciada.

Nadie les ha demostrado a mis amigos que los nazis estaban equivocados acerca de los judíos. Nadie puede probarlo. La certeza o falsedad de lo que decían los nazis, y de lo que mis amigos extremistas creían, era maravillosamente inmaterial. Simplemente, no había forma de aprehenderla, al menos ninguna forma que emplease los procesos de la lógica y la evidencia. El cobrador me dijo que los judíos eran sucios, que cuando él era niño la casa de una mujer judía era una verdadera pocilga; y el panadero me dijo que la obsesión de los judíos con la limpieza era una afrenta continua hacia los «alemanes», que eran tan limpios. ¿Qué diferencia podía significar la verdad, si es que ahí había alguna verdad?

De vez en cuando yo sugería, siempre en tono dubitativo, que tal vez el hecho de que durante la época medieval se les vetase a los judíos la ciudadanía y la posesión de tierras y de que, a partir de 1648, se les impidiese ser aprendices en los gremios, así como el hecho de que durante mil años tuviesen que limitarse a practicar el oficio de prestamistas, con el riesgo implícito de convertirse en los despreciables acreedores de un noble deudor, había provocado que la mayoría de los judíos en buena parte de la Europa antigua tuviesen que desarrollar la astucia como condición necesaria para su supervivencia. Y que tener que aguzar el ingenio en circunstancias como aquellas habría desembocado, entre cualquier grupo de personas, en un número desproporcionado de gentes inusualmente honestas junto con otras inusualmente mezquinas; pero que su particular condición, dentro de las ocupaciones marginales a las que se vieron abocados, desaparecería a medida que la comunidad eliminase las desventajas que la generaron. Le recordé al empleado de banca Kessler que los antepasados de los cristianos que ahora vetaban que los judíos fuesen presidentes de banco les habían

obligado antaño a ejercer ese cargo. Era suabo, de Württemberg, y los suabos tienen sentido del humor («para ser alemanes», como diría Tácito). Le gustó el chiste.

Ninguno de mis diez amigos me discutía estas cosas cuando las mencionaba. Ninguno de ellos, salvo el empleado de banca y, por supuesto, el profesor, las escuchaba. Todo lo que les dije lo podía haber aprendido cualquiera de ellos hacía tiempo. Pero hay cosas que todo el mundo sabe y que nadie aprende. ¿O acaso no sabía todo el mundo en los Estados Unidos, el 8 de diciembre de 1941, que los japoneses, o japos, eran un pueblo traicionero?

En 1935, en la Embajada de los Estados Unidos en Berlín, un funcionario del departamento de prensa exterior alemana me explicó la historia de una localidad de la costa del Mar del Norte donde nunca había habido un judío. Cuando Goebbels anunció el boicot a los judíos durante el mes de abril de 1933, el Bürgermeister de la ciudad le mandó el siguiente telegrama: «Mándenos un judío para que le boicoteemos».

11. LOS CRÍMENES DE LOS PERDEDORES

Mucho antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, los aliados decidieron que, si salían victoriosos, no volverían a incluir una cláusula de «culpas de guerra» (que los alemanes rechazarían de nuevo) en el tratado de paz. Esta vez, mediante un gran proceso judicial, condenarían a los alemanes por sus culpas de acuerdo con la ley internacional y les convencerían de ello. Y esta vez las culpas, además de haber quebrantado la paz, incluirían crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. El día en que el Tribunal Militar Internacional (TMI) inauguró sus sesiones en Núremberg, el fiscal estadounidense, el juez Jackson del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, calificó la ocasión de «momento único en la historia», y el día después de que los líderes nazis fuesen ahorcados el *New York Times* dijo: «La humanidad ha entrado en un nuevo mundo de moralidad internacional».

A los líderes nazis los ahorcaron, pero no los convencieron. Durante el proceso judicial contra ellos, todos alegaron que habían actuado obedeciendo órdenes (pues ¿acaso la Alemania nazi no era una dictadura?); que, si alguien era culpable, quienes los juzgaban eran tan culpables como ellos mismos (en especial los rusos; ¿por qué —preguntaron— el tribunal no procedía contra su acusación de que fueron los alemanes, y no los rusos, quienes asesinaron a los oficiales polacos en el bosque de Katyn?); que la ley internacional era ley únicamente por analogía, que no estaba recogida en ningún código y que, de estarlo, este no reemplazaría a la ley nacional (que, obviamente, ellos no habían infringido); y que incluso de estar codificada y de reemplazar a la ley nacional, no admitiría que alguien que era parte de un pleito juzgase a la otra parte o que únicamente se sometiese a juicio a una de las partes, en vez de a ambas.

Algunos estadounidenses se preguntaron si la trampilla del cadalso de Núremberg era lo bastante ancha como para ser la entrada a un nuevo mundo de moralidad internacional para la humanidad, pero en 1946 quienes

se hacían estas preguntas no eran muchos. La mayoría de los estadounidenses se sintieron satisfechos de la operación, aunque no compartieran el prematuro éxtasis del juez Jackson. Pero los subsiguientes tribunales «internacionales» de Núremberg, doce en total, los tuvieron que presidir los Estados Unidos en solitario, sin la cooperación de los aliados. Núremberg, una vez pasado el «gran espectáculo» del juicio del TMI, perdió interés, no solo para los tres gobiernos aliados restantes, sino para la mayoría de los ciudadanos estadounidenses. Era agua pasada, daños sin remedio, en el peor de los casos.

Pero para los alemanes era una medicina muy amarga, y no solo para los nazis que había entre ellos. Por lo que respecta a mis diez amigos, el método que empleó Núremberg para convencerlos de su culpabilidad fue un fracaso. No es solo que fallase, es que no tuvo ningún efecto relevante sobre ellos en absoluto. Lo consideraron en su conjunto como un castigo adicional por ser los perdedores de la guerra, otra vuelta de tuerca.

Mis amigos eran todos, tal como ellos decían, hombres corrientes. ¿Por qué, pues, deberían arrepentirse de las acciones del Estado (y de un Estado dictatorial, por añadidura, en el que no tenían voz ni voto) si los más altos representantes supervivientes de dicho Estado no lo hacían? El arrepentimiento no forma parte de la esencia, ni siquiera de la atmósfera, de un proceso jurídico, y aún menos de uno militar. Solo se insta de manera efectiva al arrepentimiento cuando el que lo promueve estipula en su acusación que todos somos pecadores, y las acusaciones de Núremberg no lo estipulaban.

Si, en todas las guerras habidas en la historia, los perdedores no hubiesen sido tratados con severidad sin necesidad de veredicto formal condenatorio alguno, el trato recibido por los alemanes después de la última guerra, tras un veredicto formal, tal vez hubiese convencido a mis amigos. Tal como fueron las cosas, opinaban que simplemente estaban pagando el precio usual de haber perdido. «¿Por qué se gastan tanto dinero en ahorcarnos?», preguntó Göring a su vecino de banquillo cuando el fiscal estadounidense, quejándose de las demoras en el juicio, mencionó que el proceso le costaba a su gobierno miles de dólares al día. Cinco irreparables años después, el hombre que habíamos enviado a Alemania para reeducar a los alemanes se encontró con que el reeducado había sido él: «Si echo la vista atrás —manifestó el ex alto comisionado McCloy— desearía que hubiéramos sido capaces de constituir tribunales que no estuviesen

compuestos en exclusiva por los vencedores». ¿Por qué no supimos hacerlo?

En octubre de 1950, el general de los Estados Unidos Douglas MacArthur aprobó un procedimiento legal, diseñado según el modelo de Núremberg, para juzgar a los criminales de guerra norcoreanos y chinos una vez que se hubiese ganado la guerra de Corea. Equipos de abogados recorrieron la península de Corea hasta llegar al río Yalu, acompañados de cámaras de cine. El año siguiente, el comandante de las Naciones Unidas en Corea, el general Matthew Ridgway, dijo que había 400 «casos activos y 126 sospechosos» de crímenes de guerra bajo custodia de las Naciones Unidas (NU). Pero un año más tarde, los criminales de guerra norcoreanos y chinos regresaron a sus casas sin haber sido juzgados ni ahorcados; el secretario de Estado Dulles, un abogado internacionalista, anunció la buena nueva, tal como lo expresó él, de que el alto mando norcoreano-chino había aceptado liberar al personal enemigo acusado de crímenes de guerra a condición de que el mando de las NU liberase a su vez al personal enemigo acusado de lo mismo. El «momento único en la historia» había pasado; la guerra de Corea no se había ganado. La justicia internacional, igual que la conquista internacional, necesitaba perdedores para poder aplicarse.

Resulta difícil convencer a los perdedores de su culpabilidad. El sufrimiento padecido al perder constituye, en su opinión, una expiación más que suficiente de sus ofensas, sean reales o pretendidas. Los niños que se pelean en la calle se comportan igual. El maltrecho y sangrante vencido no suele ser lo bastante magnánimo como para admitir que se lo merecía —como mucho se puede conseguir que diga «Me rindo»—, y es aún menos frecuente que admita que habría merecido más incluso. Los hombres no deberían ser así, pero a veces lo son. Mis amigos lo eran.

Un principio del adiestramiento animal es que, si se quiere que el castigo sea efectivo, el culpable debe asociarlo con la infracción. Has de pillarlo en el acto, en caliente, o habrá olvidado lo que hizo y el castigo le parecerá abusivo. También los hombres suelen vincular su culpa o su inocencia a las heridas que reciben, no a las que infligen. No importa cuánto me remontase yo en la historia con mis amigos nacionalsocialistas, siempre querían empezarla a partir de su propio sufrimiento o el de su país. Cuando yo hablaba de 1939, ellos hablaban de 1945; cuando hablaba de 1914, ellos lo hacían de 1918; si hablaba de 1871, ellos hablaban de 1809. Yo, como estadounidense con educación universitaria, sabía que había existido un

Plan Dawes para el pago de reparaciones por parte de los alemanes al finalizar la Primera Guerra Mundial, así como un Plan Young que había liberalizado esos pagos. Pero siete de mis diez amigos —cinco de los cuales no habían cursado más de seis años de escuela primaria— sabían, además, que los pagos establecidos por el Plan Young debían prolongarse hasta 1988, «cuando —manifestó el policía Hofmeister— mi hijo tenga ochenta años».

Mis compatriotas estadounidenses en Alemania estaban hartos de la autoconmiseración de los alemanes. «Te voy a explicar brevemente lo que son —dijo uno de los funcionarios de la Ocupación—. Son como perros. Si no les pegas, te muerden; y cuando les pegas, gimen.» Un juez de Ocupación estadounidense había solicitado el traslado: «He llegado al punto —dijo— de que en el momento en que un alemán empieza a lloriquear, sé que le voy a declarar culpable. Y todos lloriquean. Todos tienen alguna historia de infortunio. Bueno, sí, han tenido mala fortuna. Pero primero ellos causaron muchos infortunios a otros. Por supuesto, eso lo han olvidado».

El juez estaba equiparando cosas que no eran equivalentes. El infortunio que habían padecido los alemanes les había afectado a ellos, mientras que el infortunio que causaron a los demás lo sufrió otro, otro al que no conocían; y ni siquiera creían haber sido ellos quienes lo causaron. Herr Damm, tras perder su trabajo, su casa y sus posesiones, ganaba ahora 47 dólares al mes «en negro». Es decir, como trabajador no autorizado; no veía equivalencia alguna entre su boicot a los judíos en el pasado y la malnutrición de sus hijos hoy. No había visto a los judíos que, como consecuencia última de sus propias acciones legales, fueron asesinados; y como todo el mundo excepto el Führer, quien tenía un mandato del pueblo alemán, Herr Damm había recibido de Hitler, el presidente del gobierno, el mandato de boicotear a los judíos.

Estoy seguro de que el sastre Schwenke había participado, y sin vacilar, en el incendio de la sinagoga de Kronenberg. Veamos cómo debía de considerar él su delito (que él niega haber cometido): era un hombre impulsado por la furia de su extremado infortunio, en el cual «los judíos» habían desempeñado el papel principal; y había sido uno entre muchos; y fue un colaborador, no el líder; y estaba siendo un patriota en la Alemania nazi; y la víctima era un edificio; y así sucesivamente. Y las pérdidas para él (que sí reconoce) fueron tres años de prisión en su madurez, su trabajo,

su salud, su casa, sus posesiones, y la posibilidad de ganar un sueldo para no morirse de hambre. La justicia no consiguió atrapar al espíritu que provocó las enormidades nazis —¿cómo habría podido?—, pero, en opinión de Herr Schwenke, se había abatido sobre él con una terrible venganza.

A medida que mis diez amigos, todos y cada uno de ellos, me explicaban sus problemas, lloriqueando, lloriqueando, lloriqueando, me iba solidarizando con las quejas de los estadounidenses. Uno de los zapateros de Kronenberg, un hombre que tiene fama justa de ser un filósofo, me dijo:

—Justo antes de que entrase usted, estaba escuchando un partido de fútbol Alemania-Suiza que se juega en Zúrich. Los suizos iban perdiendo, y el partido casi había acabado. Parece que al equipo alemán le habían pitado varias faltas durante el partido, y le acababan de pitar otra. El locutor suizo dijo, sin levantar la voz: «Falta de los visitantes», y siguió adelante. ¿Sabe lo que habría hecho un locutor alemán si la situación hubiese sido a la inversa y el partido se jugase en Alemania? Habría gritado: «¡Otra falta de los suizos!», y habría hecho que la palabra «suizos», *Schweitzer*, sonase como «cerdos», *Schwein*. Habría mencionado al jugador suizo que cometió la falta, y habría repetido el nombre diciendo: «Este Baltz es el mismo Baltz que…» y cosas así. ¿Entiende? Ese es nuestro problema.

Se diría que la guerra es un deporte alemán —aunque no exclusivamente suyo— y que los alemanes no son buenos jugadores. El panadero Wedekind, sin haber leído a los antiguos romanos, que dijeron lo mismo de los germanos, dijo: «Churchill les prometió a los ingleses “sangre y lágrimas” al principio de la guerra. Eso es algo que uno nunca oiría en Alemania. Quizá lo escuchase al final de todo, y aun así seguirían diciendo que íbamos ganando. Ganamos todas las batallas, ¿sabe?, solo hemos perdido la guerra. No somos buenos perdedores. No sé qué tal ustedes. Nunca han perdido, ¿verdad?».

Los estadounidenses no han tenido los mismos problemas que los alemanes, quizá por un afortunado accidente, quizá porque no han causado a otros los mismos problemas que los alemanes. Los estadounidenses no han sufrido perjuicios, y no se sienten perjudicados. Y, en caso de que sí lo estuviesen, no suelen lloriquear. Hay en este lloriquear continuo una actitud infantil poco digna, un infantilismo que el hecho de considerarse «corriente» no atenúa. Puede que un estadounidense esté desvalido, pero no es consciente de ello. Tal vez la flema del británico sea una pose nacional, pero la mantiene. Estos alemanes, que golpean porque alguien les ha dicho

que lo hagan (o no les ha dicho que no lo hagan), se ofenden cuando alguien les golpea a su vez. Los alemanes cultivan más arduamente el sacrificio y el aguante que otros pueblos, con un éxito extrañamente desigual.

Mis amigos nazis se compadecían de sí mismos porque les habían perjudicado injustamente. Y era cierto que les habían perjudicado injustamente, ¿sabe?; en esta vida, le ocurre a todo el mundo. Y se diría que en Alemania hay una acumulación mayor de perjuicios injustos —esto es, perjuicios sufridos, que pesan más que los perjuicios causados— que en otros lugares que no se han cruzado en el camino de las guerras de los últimos veinte siglos. De modo que los alemanes lloriquean. Pero hubo una mujer que me dijo: «Fue culpa mía. Tenía que haber sido más valiente»; y un hombre que dijo: «Hubiese debido ser lo bastante hombre como para decir que no al principio de todo»; y el sacerdote que, de pie en el patíbulo tras el fallido *putsch* de 1944, le dijo a su confesor: «En un minuto, padre, sabré más que usted». Todos ellos eran alemanes también.

Ser alemán hacía que lloriquear fuese más fácil, pero no inevitable. En octubre de 1945, la Iglesia Confesante de Alemania, la «Iglesia dentro de la Iglesia» que había desafiado a los «cristianos germanos» de Hitler, publicó la «Confesión de Stuttgart»: «Sabemos que estamos unidos a nuestro pueblo no solo en una gran comunidad de sufrimiento, sino que somos también solidarios en la culpa. Con gran dolor decimos: a través de nosotros, muchos pueblos y naciones han padecido un interminable sufrimiento. Lo que tan a menudo hemos declarado ante nuestras congregaciones, lo declaramos ahora en nombre de toda la Iglesia: es cierto que durante muchos años hemos luchado en nombre de Jesucristo contra el espíritu que se expresaba de forma tan terrible en el régimen de violencia del nacionalsocialismo, pero nos acusamos de no haber testimoniado con más valentía…». Estas eran también palabras alemanas.

Era poco probable que el esfuerzo judicial que se llevó a cabo en Núremberg para castigar a los malvados sin perjudicar a los perdedores —en unas circunstancias en que el castigo y el perjuicio venían a ser lo mismo y los perdedores eran los mismos que los malvados— tuviese éxito. Era aún más improbable que fructificase el esfuerzo por convencer a mis diez amigos de que los malvados eran ellos. En retrospectiva, solo existía una posibilidad, extremadamente remota, de que este empeño hubiese funcionado mejor en Alemania que en otros lugares: quizá habría sido

posible aprovechar la vinculación que los alemanes sentían hacia el «espíritu alemán» y haberles convencido de que ese espíritu, en lugar de ser bueno, es malo. Cómo podría haberse hecho es algo que ignoro. Desde luego, no maltratándolos: los nazis emplearon este método con los judíos y no les convencieron de nada.

12. «ASÍ SOMOS NOSOTROS»

El intento de convencer a los alemanes en su conjunto de que eran culpables de los crímenes del Reich se encontraba con una dificultad en particular. Los alemanes, como individuos, no han tenido nunca que sentirse portadores de la soberanía sobre su gobierno. El estadounidense acostumbrado a gobernarse a sí mismo considera que el gobierno no es más que un agente suyo, una herramienta en sus manos. Si no se adapta a sus propósitos, lo descarta y prueba otro nuevo. Él, el elector, elige el Estado; sus ministros le representan a él. Mis amigos nazis —y buena parte de los no nazis— en Alemania simplemente no comprenden esta visión del gobierno en la cual el elemento imperecedero de la sociedad, la voluntad del pueblo, es representado por un instrumento que puede desaparecer de un día para otro. El gobierno debe estar encarnado en alguien. Afirmar que es la ley la que lo encarna es, en su opinión, una tontería: son los hombres quienes aplican las leyes. (Los nazis ni siquiera se molestaron en derogar la Constitución de Weimar.)

Mis amigos podrían llegar a comprender, con grandes dificultades, la monarquía constitucional británica, un tipo de monarquía que ellos nunca han tenido; pero no comprenden en absoluto nuestra democracia constitucional. Parecería que digo que mis amigos deseaban un gobierno despótico. Y así es, si por despotismo nos referimos, no a la opresión por parte del gobernante, sino al derecho de este a gobernar con independencia.

Esto no significa totalitarismo; no quiere decir que no exista oposición. Quiere decir que la oposición está limitada a asuntos menores, por debajo del nivel de la política general. Bismarck no gobernaba sin contar con el consejo del Reichstag: gobernaba sin su consentimiento; lo mismo que el káiser, cuando lo estimó oportuno, gobernó sin el de Bismarck. Se cuenta que en una ocasión el último emperador de Austria-Hungría, el famoso Francisco José de las grandes patillas blancas, habiendo recibido a una delegación de la oposición y escuchado sus demandas, se volvió hacia su

primer ministro y le dijo: «Esto no es una oposición, ¡esto es una oposición disidente!». Mi amigo Willy Hofmeister, el policía, quien, ahora que lo pienso, se parecía a Francisco José, me contó que un policía alemán nunca usa su pistola si no es en caso de peligro personal extremo.

—Bueno —le dije—, si le ordenan ustedes a un coche que pare y no lo hace, ¿dispararían o no?

—No lo haríamos —dijo—. Aunque, cuando le ordenamos a un coche que pare, se para.

Oposición.

La historia del Partido Socialdemócrata alemán es sugerente. En 1890 el káiser, ya sin Bismarck, dejó que expirasen las leyes antisocialistas. Después de solo una generación de tener estatus legal, el Partido Socialdemócrata pasó de ser un movimiento revolucionario clandestino a un partido gubernamental, reformista, desde luego, pero no, como sucedía en Inglaterra e incluso en Austria, una oposición con un programa propio independiente que pretendiese cambiar el gobierno de raíz.

En 1914 los socialistas, al apoyar la petición del káiser de créditos de guerra, proclamaron que Alemania estaba luchando en una guerra defensiva: «En la hora de peligro, no dejaremos a nuestro país en la estacada». Una generación más tarde, después de que su país lo hubiese dejado en la estacada, el Partido Socialista era incluso más nacionalista que la coalición antisocialista del gobierno de Adenauer; «nunca más —proclamó el líder socialista Schumacher— nos pillarán a los socialistas siendo menos nacionalistas que nuestros rivales». Y esto venía de quienes, tiempo atrás, proclamaban «la fraternidad de todos los hombres y el parlamento del mundo».

La formación de un ejército «en la sombra» en Alemania después de 1918 fue sancionada y recibió el apoyo de Ministerio de Guerra del Reich, mandado por el líder socialista Severing, y, cuando cayó la República de Weimar, únicamente el liderazgo de los socialistas prusianos resistió en pie. Como los demás partidos anteriores al nazismo en Alemania, tanto da si eran de izquierdas, de derechas o de centro, el Partido Socialdemócrata como tal no planteó alternativa independiente alguna frente a los nazis y los comunistas, cada uno de los cuales estaba dispuesto a gobernar con su propio programa, sin respetar en absoluto la tradición de que hubiese un soberano por encima de la política. «Una cosa sí se podía decir en favor de

los bolcheviques —afirmó el *Fanatiker* nazi Schwenke—. Su “no” no era un “sí” a medias.»

Las cosas no habían sido siempre así. Poco antes de la Primera Guerra Mundial, una cuarta parte de los diputados del Reichstag era socialdemócrata, y eso en una época en que el gobierno parlamentario era cosa de ricos, ya que los diputados no percibían salario alguno; en una época, también, en que ser socialdemócrata en Alemania era casi tan malo como treinta años más tarde ser comunista en los Estados Unidos. El futuro partido de la leal oposición, al que en aquellos tiempos, igual que sucedió bajo Bismarck, se veía como traidor, luchó por cambiar su país y las bases de su gobierno. Su movimiento por la educación de los trabajadores, aunque (a diferencia de nuestros programas para adultos) se tratase de una educación con propósitos sociales específicos, era el más extendido y avanzado de Europa. Sus sindicatos, y quienes formaban parte de ellos, tenían conciencia política y eran combativos; a diferencia de los trabajadores estadounidenses, que ya habían nacido con derechos civiles, los alemanes y el resto de los trabajadores europeos hubieron de luchar por conquistar los suyos. Inmediatamente antes de volverse respetables, al inicio de la Primera Guerra Mundial, los socialdemócratas alemanes eran una fuerza que había propiciado un enorme cambio para aproximadamente un tercio de los alemanes. La respetabilidad, que los socialdemócratas consiguieron por fin al respaldar al gobierno en su esfuerzo de guerra en 1914, destruyó esa fuerza y arrojó sus restos a los nazis y los comunistas.

En dos ocasiones en nuestra época, en Weimar y en Bonn, los enemigos victoriosos de Alemania habían intentado darle la vuelta al país e instaurar un gobierno sin ley (en opinión de mis amigos nazis). Hitler colocó a Alemania en la buena senda (tal como ellos lo veían). Él era un soberano independiente, que contaba con el apoyo del pueblo, en parte por el solo hecho de ser un soberano independiente. Eso era el gobierno.

Privada de sus puntales, tarde o temprano la república de Bonn habría de caer, igual que sucedió con la de Weimar, no porque los alemanes la encontrasen opresiva, sino porque consideraban que era un *nonregnum*. El canciller es un político de partido a merced de otros políticos de partido, quienes, en la medida en que son responsables ante el pueblo, derivan su poder, y por lo tanto él el suyo, de criaturas como ellos, que no tienen nada que ver, en opinión de los alemanes, con la soberanía. Una conocida mía no nazi que tenía cincuenta años recordaba que, cuando era adolescente, no en

el este feudal ni en el sur imperial del país, sino en la moderna Westfalia, los campesinos se descubrían al paso del carruaje vacío del conde, y el policía Hofmeister me dijo: «Al fin y al cabo, es más barato pagarle veinte millones de marcos a un hombre que sabe cómo gobernar, que pagarles a cinco mil hombres diez mil marcos a cada uno».

El canciller Bismarck gobernaba Alemania; era el Canciller de Hierro. Pero el rey-emperador podía despedirle, y lo hizo, y podía, y así lo hizo, utilizar la independencia de la corona (que, Bismarck, con su odio hacia el parlamentarismo, había fortalecido) para lanzar un enloquecido ataque contra Europa en lo que consideraba que era el interés del pueblo alemán. Es posible que él estuviese equivocado y Bismarck estuviese en lo cierto, pero el pueblo alemán, que le veía como un hombre predestinado para gobernarles, combatió cuando él les dijo que lo hicieran. Ni los poetas estadounidenses sin laureles ni los ingleses laureados piensan (aunque estos últimos lo digan) que no debamos cuestionarlo.[8] Pero tanto mi amigo nazi como algunos de mis amigos no nazis sí lo creen: «El rey hace la guerra, y el pueblo muere». Estos alemanes son buenos soldados; únicamente carecen de lo que Bismarck (precisamente él) llamaba «valor cívico», ese valor que permite a los hombres no ser gobernados ni gobernar a otros, sino gobernarse a sí mismos.

Esto no quiere decir que mis amigos —nazis o no nazis— sean malos. (Es posible que sean malos, pero, si lo son, es por otros motivos.) Quiere decir que su historia política es distinta de la nuestra; casi deberíamos decir que va «por detrás» de la nuestra. He puesto «por detrás» entre comillas porque mis amigos no lo ven así; están menos dispuestos que nosotros a identificar el avance cronológico con el progreso. Sin haber leído a los griegos, emplean todos los argumentos contrarios a la democracia que estos empleaban.

—En su gobierno —argumentaba el combativo cobrador, que quería hablar sobre los Estados Unidos y lo había leído en Luckner— nadie tiene autoridad. Es una buena cosa, sin duda, para un país grande, rico y vacío, hasta que hay una emergencia. Entonces, establecen ustedes de repente la autoridad. Ustedes presumen de celebrar elecciones incluso en tiempo de guerra, pero entonces nunca cambian de gobierno; en esa situación dicen: «No se cambia de caballo en mitad de la corriente» (en Alemania tenemos el mismo dicho); y no lo hacen. Nosotros no fingimos que podamos hacerlo.

Tampoco quiere decir esto que mis amigos nazis —o no nazis— sean inconscientes políticamente. Lejos de ello; sus conversaciones son más políticas que las nuestras, y se toman la política con lo que Schopenhauer llamaba «*tierischer Ernst*», con seriedad bovina. La prensa alemana dedica mucho más espacio que la nuestra a la política, y sus discusiones políticas giran más en torno a temas que a personas. Al principio de nuestras conversaciones, cuando vi que mis amigos preferían hablar del Tratado de Versalles o del Corredor de Danzig que sobre ellos mismos, pensé que estaban intentando eludir su culpabilidad. Me equivocaba. No creían que lo que ellos habían hecho fuese importante y estaban interesados en asuntos importantes como el Tratado de Versalles o el Corredor de Danzig.

Decir que mis amigos alemanes eran apolíticos, y no decir más, es difamarlos. Como en casi todos los países europeos, una proporción mucho mayor de alemanes que de estadounidenses participa en mítines y debates políticos, así como en elecciones locales y generales. Los alemanes eran (a diferencia de los estadounidenses) apolíticos a un nivel más profundo. Por lo general, carecían del sentido de poder político que poseen los estadounidenses (así como los ingleses, los franceses, los escandinavos y los suizos). El alemán consideraba que el Estado poseía tal majestad y magnificencia, y se veía a sí mismo tan insignificante a su lado, que le era imposible identificarse con el funcionamiento del Estado propiamente dicho.

No obstante, uno de mis amigos no nazis presentó un argumento relevante en defensa de sus compatriotas, al menos, si no frente al resto de los europeos, sí frente a los estadounidenses. «Nuestra situación difiere de la suya en la misma medida en que la vida en la ciudad difiere de la del campo. La nuestra es intensamente compleja y difícil, sofisticada, por así decirlo, mientras que la suya (al menos hasta hace muy poco) ha sido casi pastoral, primitiva en su claridad y simplicidad. La nuestra resulta mucho menos inteligible para nosotros de lo que lo es la suya para ustedes y, por consiguiente, nuestro “ciudadano medio” se siente menos competente para lidiar con ella que el suyo.» Pero el alemán apolítico o, para ser exactos, carente de confianza política, que se ocupaba de sus propios asuntos y se limitaba a su *Fach* (que quiere decir tanto encasillamiento como especialización), era tan frecuente en los negocios, la industria y las finanzas, en la educación, en la iglesia y en la prensa, como en los oficios de sastre, panadero o ebanista.

En las universidades alemanas abundaban los expertos en la tribu de pigmeos akka del Congo Aruwimi, pero estaban cerradas al pensamiento político excepto como teoría desencarnada; en todo el estado de Hesse no se impartía un solo curso de ciencias políticas. Las universidades alemanas comenzaron su existencia con la teología, y la teología germánica nació con la gran disputa, la discusión entre Lutero, Melanchton y Zuinglio acerca de la eucaristía, saldada con la adhesión de Lutero al significado literal de las palabras «*Hoc est corpus meum*», que grabó en grandes letras sobre la mesa en Marburgo. La Iglesia alemana no era de este mundo: el evangelio social no tenía cabida en las prédicas alemanas y los sermones se mantenían rígidamente separados de la teología (así como la profecía estaba separada de ambos).

Al contrario de la iglesia y las universidades, la prensa no era una institución estatal, pero en una nación donde el derecho a la censura nunca había sido abolido, solía ser cautelosa y aburrida. Hasta que fue adquirido por el grupo empresarial I. G. Farben en los años veinte, el *Frankfurter Zeitung* era un periódico muy conservador de gran interés cultural, mientras que la prensa de provincias carecía hasta de ese interés cultural. El hecho de que los sindicatos fuesen predominantemente socialdemócratas no era un argumento en pro de la amplitud de miras del obrero alemán; sus mandamases estaban tan desligados de sus miembros como en algunos de los sindicatos más tristemente célebres de los Estados Unidos; en Alemania, las huelgas se convocaban, no se votaban, y los trabajadores socialdemócratas, «buenos ciudadanos», fueron absorbidos, sin apenas resistencia, por el Frente del Trabajo nazi. Si exceptuamos los grandes conglomerados de negocios, industriales y financieros, que ejercían su influencia sobre las políticas públicas a través de las camarillas cortesanas, el empresario del *Kaiserreich* no era más activo políticamente que su empleado. Un miembro del gabinete prusiano anterior a Hitler respondió de este modo a la pregunta de qué había causado el nazismo: «Lo que causó el nazismo fue un miembro de un club en Berlín, quien, cuando en los años treinta le preguntaron acerca de la amenaza nazi, levantó por un momento la vista de su partida de cartas de sobremesa y replicó: "*Dafür ist die Regierung da*. De eso debe ocuparse el gobierno"».

Si uno debate con un estadounidense puede preguntarle, sin más: «De acuerdo, ¿qué habría hecho usted si hubiese sido presidente?». A ninguno de mis amigos nazis era posible preguntarle lo que habría hecho de haber

sido él Führer o emperador. El concepto de que un ciudadano puede llegar a convertirse en jefe del Estado no es real para ellos. ¿Por qué no? ¿Acaso Hitler no llegó a jefe del Estado? «En absoluto», respondió Herr Simon, el cobrador, para pasar a continuación a ilustrarme acerca de la legitimidad. Hitler solo fue designado por el jefe del Estado. El verdadero gobernante de Alemania es el monarca. Al primer presidente de Alemania, Ebert, no le eligió el pueblo, mientras que el segundo (y último), Hindenburg, no fue propiamente elegido, sino que fue escogido por el pueblo alemán como custodio de la monarquía. Mis amigos, como todas aquellas personas para quienes el presente es desagradable y el futuro poco prometedor, siempre vuelven la vista atrás. Cuando lo hacen, se ven siendo gobernados, y bien gobernados, por un soberano independiente. Su experiencia con el autogobierno, incluso en sus formas más superficiales, no ha hecho, hasta ahora, que se sientan atraídos por él.

La idea de que en realidad el ciudadano es, en esencia, el jefe del Estado es, en su opinión, contradictoria. Les leí a tres de mis amigos una conferencia que había preparado, en la que iba a decir que, en mi calidad de ciudadano, yo ostentaba el cargo de mayor rango de los Estados Unidos. Había empleado el término *Staatsbürger*.

—Pero esto —dijeron los tres, con estas mismas palabras— no es un cargo en absoluto.

Ya estábamos.

—Pero les aseguro que en los Estados Unidos este es el cargo de mayor rango —dije—; el ciudadano es el soberano. ¿Resultará más claro si digo «*souveräner Staatsbürger*»?

—Más claro, sin duda —dijo Herr Kessler, el empleado de banca—, pero todavía menos acertado, si me permite que se lo diga, Herr Professor. Esta no es una idea alemana. Propone que el ciudadano es quien gobierna, pero hay millones de ciudadanos, y eso sería la anarquía. No habría ley. Un Estado ha de tener un jefe, no un millón ni cincuenta millones o cien millones de jefes. Si a uno de sus «ciudadanos soberanos» no le gusta una ley, ¿le permiten que la quebrante? De no ser así, su «ciudadano soberano» no es más que un mito, y ustedes, como nosotros, son gobernados por verdaderos gobernantes. Pero su teoría se niega a admitirlo.

—Sabemos mucho acerca de los Estados Unidos —dijo el policía Hofmeister—, no solo ahora, sino toda nuestra vida hemos oído hablar de ellos, porque muchos de nosotros tenemos parientes que emigraron allí.

Pero en Alemania siempre decimos «*Monarchie oder Anarchie*», no hay nada entre medio, y la anarquía significa el imperio de la ley del más fuerte. Sabemos que hay ciudades americanas en manos de gángsteres conchabados con políticos deshonestos que se embolsan el dinero del pueblo y les dan malos servicios, malas carreteras y demás, mientras les cobran como si fuesen a hacer buenas carreteras y buen alcantarillado. Esto es algo que nunca ha sucedido aquí en Alemania, ni bajo el káiser ni bajo Hitler. Es una especie de anarquía, tal vez no la ley del más fuerte, pero algo parecido.

—Usted cree —dijo Herr Simon, quien no siempre se acordaba de llamarme «Professor»— que existe solo un tipo de dictadura, la que tuvimos aquí. Pero sería posible una dictadura que fuese no de los mejores entre el pueblo, sino de todos, o de una mayoría del pueblo. ¿No es eso posible también?

—Supongo que sí —dije—, pero resulta difícil creerlo. Diría que también en el nacionalsocialismo había algo de eso, de esa dictadura de la mayoría.

—Sí —respondía Herr Simon—, pero ¿qué me dice de la ley contra el consumo de alcohol que tuvieron ustedes en los Estados Unidos? ¿No fue eso una dictadura de la mayoría?

Le di explicaciones, y continuamos el debate, pero mi amigo trataba de subrayar algo importante. En Tennessee, una especie de ley del más fuerte jurídica prohibió la enseñanza de la evolución; en California (mucho más tarde), se prohibió que se enseñase el internacionalismo tal y como lo expresa la Unesco. Mi amigo nazi Simon no había oído hablar de John Stuart Mill, el filósofo de la libertad, a quien le preocupaba «la tiranía de la mayoría», ni de la impactante frase de Alexander Hamilton: «Su “Pueblo”, señor, es una bestia enorme».

Me parecería injusto decir que mis amigos son irresponsables sin añadir al menos que su irresponsabilidad, que es un fallo moral, tal vez se deba en parte a su no responsabilidad, que es un hecho histórico. Existe una diferencia entre «desaprensivo» y «sin conciencia». El epítome de la ausencia de conciencia alemana era (y sigue siendo) el funcionariado, con cuya seguridad y estatus social sueña el «hombre corriente», en un mundo en que, incluso en los buenos tiempos, quedarse sin empleo es una perspectiva terrible. El esplendor del funcionariado alemán es una cara de la moneda; la formación y elevación de una clase entera de ciudadanos sin

conciencia, que no oyen, ven ni dicen nada indebido, es la otra. El aprendizaje de un *Beamte*, un funcionario, es duro y largo, y quien parece ejecutar su deber a regañadientes o con remilgos nunca obtiene una plaza; seguirá siendo siempre un *Angestellte*, un empleado. Los empleados de banca alemanes, que no son *Beamten*, se llaman a sí mismos *Bankbeamten*, simplemente para alimentar su pequeño orgullo.

Este inmenso sistema jerárquico, basado en una obediencia ciega en virtud de la cual el hombre del tercer escalón nunca osaría imaginar que el hombre del segundo fuese capaz de ordenarle hacer algo malo, puesto que, después de todo, el hombre del segundo debería responder ante el hombre del primero, incrementó el reflejo de cargarle el muerto a otro hasta proporciones inimaginables. Uno de mis conocidos, que poseía un sentido del humor sorprendente («para ser alemán»), comentó:

—Si le preguntas al cartero si cree que mañana lloverá (y mañana es el día del desfile comunista, y los comunistas son ilegales), se excusará mientras le pide a su inmediato superior permiso para responder, y su superior trasladará la pregunta hacia arriba por los canales reglamentarios hasta llegar a algún funcionario cuyo sentido de la responsabilidad moral independiente sea tan firme que se atreva a resolver la pregunta en lugar de mandarla más arriba. Para cuando el cartero esté en situación de decirte que no tiene opinión alguna sobre este asunto, ya es pasado mañana.

Las personas que aprenden a vivir de este modo se acostumbran a ello e incluso llega a gustarles. Asimismo, es operativo; la buena disciplina produce, al menos en ciertas áreas, los mismos resultados que una buena autodisciplina. La única objeción a esta estrategia es que quienes siempre hacen lo que les dicen no saben qué hacer cuando no hay nadie que se lo diga. Carentes del hábito consciente de decisión, deciden (cuando se ven obligados a decidir por sí mismos) sin pensar. Si les prohíben pegar a los judíos, aprenden a no desear hacerlo, algo que un hombre libre que desea pegar a judíos nunca aprende; luego, cuando se les autoriza a hacerlo, la liberación de ese deseo reprimido de pegar a judíos hace de ellos unos maníacos.

No todos los alemanes tienen «personalidades autoritarias». Supongo que la mayoría no son así. Sin embargo, aunque ha habido intervalos en que a los alemanes se les ha permitido ocuparse de los asuntos del Estado, durante siglos la vida alemana ha estado organizada de tal modo que los espíritus libres debían renunciar a serlo o huir. Desde Goethe, que afirmó

preferir «la injusticia al desorden», hasta Thomas Mann, quien se vanagloriaba de ser apolítico, los intelectuales alemanes han logrado vivir «en las alturas», en «un país de poetas y pensadores», que es como Madame de Staël describió la Alemania de 1810. A todos aquellos que trataron de vivir en el país real les fue mal.

Otras naciones se deshacían de sus peores gentes. Alemania se deshacía, mejor dicho, expulsaba a las mejores. Entre la Comisión de Mainz del príncipe Metternich, de 1819 (que venía a ser el Comité de Actividades Antialemanas de su tiempo) y la última restauración de las leyes antisocialistas de Bismarck, en 1888, unos cuatro millones y medio de alemanes emigraron solo a los Estados Unidos, entre ellos 770.000 tras el aplastamiento de la revolución de 1848. Oleada tras oleada, a medida que cada uno de los movimientos contra la autocracia iban fracasando, se asentaron en otros países para constituir, dondequiera que fuesen, la crema y nata de la inmigración. Sus cartas a casa atrajeron nuevas y mayores oleadas de sus amigos y parientes, en buena parte movidos más por las oportunidades económicas que por la esperanza o la necesidad política. No obstante, todos ellos pertenecían a familias o círculos en los que el liberalismo político había llevado a la emigración. Se quedaron atrás, en general, quienes se ceñían a la norma, ya sea de buen grado o porque no había otro remedio. Dejaron atrás también, para la siguiente generación, el sueño, más disparatado cada vez que se veía frustrado, que produciría nuevas revueltas, nuevas represiones, nuevas emigraciones. El nacionalsocialismo unió el sueño y el conformismo para producir algo satánico.

El liderazgo de cada nueva generación estaba en algún lugar de Pensilvania, Argentina, Wisconsin o China. Pero subsistían millones de alemanes que amaban la libertad, y todos los seres humanos aman la libertad, sea cual sea su forma de amarla. Así pues, en toda Alemania, como ocurre en cualquier lugar donde las personas con educación son oprimidas, se podía encontrar, y aún se encuentra, mayor diversidad, más individualidad, de la que existe, por ejemplo, entre los estadounidenses, que no están oprimidos: más variedad en entretenimientos y en las artes, en partidismo político y en el cariz político de la prensa. Así pues, hay más individualidad, más independencia, tenaz o sublimada, en el país del paso de la oca de la que existe en el país de los hombres libres. Todos los estadounidenses libres leen el mismo periódico, visten la misma ropa, y

votan por los mismos dos partidos intercambiables; los alemanes se visten a su aire, leen libremente diferentes periódicos y votan de una docena de formas distintas, pero, en su sumisión, son todos iguales.

¿De qué son culpables estas personas que nunca conocieron la responsabilidad del ciudadano soberano? ¿De no asumirla toda de golpe, el 30 de enero de 1933? Su ofensa era su historia nacional. El crimen de todos ellos, exceptuando a un millón más o menos (y, en parte, también el de estos), se había cometido mucho antes de que apareciese el nacionalsocialismo. Mis diez amigos confesaban todos gustosamente el crimen de haber sido alemanes en Alemania.

—Así somos los alemanes —decía Herr Simon, el *alter Kämpfer*.

—Pero —decía yo— ¿es esta la *Herrenrasse*, la raza superior?

—Moral y mentalmente, sí —decía él—. También somos industriosos y ordenados. Pero en un aspecto somos desafortunados: no sabemos gobernarnos a nosotros mismos; *wir brauchen eine starke Hand*, necesitamos una mano de hierro.

—¿Por qué?

—No lo sé. Los alemanes somos así.

En parte, es de nuevo autocompasión, en parte, por supuesto, autoexculpación, la salida fácil. Puede que mis amigos no resulten un espectáculo digno de admiración. Pero el hecho de no resultar un espectáculo admirable no es un crimen contra la humanidad. Tal vez debería serlo.

13. PERO ENTONCES YA ERA DEMASIADO TARDE

—Lo que nadie parece haber advertido —me dijo uno de mis colegas, un filólogo— es la brecha creciente que se produjo, después de 1933, entre el gobierno y el pueblo. Imagine lo profunda que era esta brecha ya de entrada, aquí en Alemania. Y se fue haciendo cada vez mayor. ¿Sabe?, decirle a la gente que tienen un gobierno del pueblo, una verdadera democracia, o que les recluten para el servicio civil, o votar, nada de ello hace que se sientan más próximos a su gobierno. Todo eso tiene poco o realmente nada que ver con la conciencia de que es uno quien gobierna.

»Aquí lo que ocurrió es que la gente se fue acostumbrando, poco a poco, a que les gobernasen por sorpresa; a aceptar decisiones que se habían tomado en secreto; a creer que la situación era tan complicada que el gobierno tenía que actuar basándose en informaciones que el pueblo no podía entender, o que eran tan peligrosas que, incluso si el pueblo pudiese entenderlas, no era posible hacerlas públicas por cuestiones de seguridad nacional. Y su identificación con Hitler, su confianza en él, facilitó que la brecha se ensanchase y tranquilizó a quienes de otro modo se hubiesen preocupado por ello.

»Esta separación entre gobierno y pueblo, este ensanchamiento de la brecha, se produjo de forma gradual e inconsciente, con cada paso disfrazado (quizá ni siquiera a propósito) como una medida de emergencia temporal o vinculado a una auténtica lealtad patriótica o a verdaderos propósitos sociales. Y todas estas crisis y reformas (reformas auténticas, algunas de ellas) mantuvieron a la gente tan ocupada que no vieron el verdadero movimiento que se producía bajo su superficie, todo ese proceso por el cual el gobierno se hacía cada vez más remoto.

»Me comprenderá si le digo que mi asignatura de Alto alemán medio era mi vida. No me importaba nada más. Yo era un erudito, un especialista. Entonces, de repente, me vi sumergido en toda aquella actividad novedosa,

a medida que la universidad se iba involucrando en la nueva situación: reuniones, conferencias, entrevistas, ceremonias y, sobre todo, papeles que debían rellenarse, informes, bibliografías, listas, cuestionarios. Por si fuera poco, estaban las demandas de la comunidad, aquellas cosas en las que uno debía participar, en las que "se esperaba" que participase y que antes no existían o no habían sido importantes. Todo era pura gesticulación, por supuesto, pero consumía todas tus energías, al sumarse al trabajo que realmente querías hacer. Puede ver qué fácil era, entonces, no pensar en los asuntos fundamentales. Uno no tenía tiempo para eso.

—Estas —dije— son las mismas palabras que empleó mi amigo el panadero. «Uno no tenía tiempo para pensar. Pasaban demasiadas cosas.»

—Su amigo el panadero tenía razón —dijo mi colega—. La dictadura y todo el proceso que llevó a su advenimiento fue, ante todo, distraído. Proporcionó una excusa para no pensar a personas que de todos modos no querían pensar. Tenga en cuenta que no estoy hablando de sus «hombres de la calle», de su panadero y demás; estoy hablando de mis colegas y de mí mismo, hombres con educación. La mayoría de nosotros no queríamos pensar acerca de asuntos fundamentales y nunca lo habíamos hecho. No había necesidad alguna. El nazismo nos dio algunas cosas terribles, fundamentales, en las que pensar (éramos personas decentes), y nos mantuvo tan ocupados con continuos cambios y «crisis» y tan fascinados, sí, fascinados, por las maquinaciones de los «enemigos de la nación», dentro y fuera de ella, que no teníamos tiempo para pensar acerca de las cosas terribles que, poco a poco, iban creciendo a nuestro alrededor. Inconscientemente, supongo, lo agradecíamos. ¿Quién quiere pensar?

»Vivir dentro de este proceso significa no ser en absoluto capaz de darse cuenta de él, le ruego intente creerme, a no ser que uno posea un grado mucho mayor de conciencia política, de penetración, del que la mayoría de nosotros había podido desarrollar. Cada uno de los pasos era tan pequeño, tan intrascendente, tan bien explicado o, a veces, "lamentado" que, a menos que uno se hubiese desvinculado de todo el proceso desde el principio, a menos que comprendiese de qué iba de verdad todo aquello, que supiese adónde acabarían por conducirnos todas aquellas "pequeñas medidas" que no podían molestar a "ningún alemán patriota", era incapaz de ver cómo iba evolucionando día a día como un labrador es incapaz de ver cómo va creciendo el trigo en su campo. Hasta que un día es más alto que él.

»¿Cómo se habría podido evitar, entre personas corrientes, incluso entre personas corrientes altamente educadas? Francamente, no lo sé. Ni siquiera ahora lo sé. Muchas, muchas veces, desde que pasó todo, he meditado sobre aquellas dos grandes máximas: "*Principiis obsta*" y "*Finem respice*", "Oponte en los inicios" y "Piensa en el final". Pero uno debe anticipar el final, o ser al menos capaz de verlo, para oponerse al inicio. Debe anticipar el final claramente y con certeza, y ¿cómo podrían hacer eso unos hombres corrientes, o incluso unos hombres extraordinarios? Aquí, las cosas podrían haber cambiado antes de llegar tan lejos como lo hicieron; no fue lo que sucedió pero podría haber sido así. Y todo el mundo confía en ese "podría".

»Sus "hombres corrientes", sus amigos nazis, no estaban contra el nacionalsocialismo de entrada. Las personas como yo, que sí lo estábamos, somos los grandes culpables, no porque supiésemos más (eso sería mucho decir), sino porque sentíamos más. El pastor Niemöller hablaba en nombre de miles y miles de personas como yo cuando, refiriéndose a sí mismo (con excesiva modestia), explicó que cuando los nazis fueron contra los comunistas se sintió un poco molesto, pero, después de todo, él no era comunista, así que no hizo nada; luego fueron contra los socialistas, y se sintió un poco más molesto, pero, después de todo, él no era socialista, y no hizo nada; luego les tocó el turno a las escuelas, la prensa, los judíos, etcétera, y cada vez se sentía más molesto, pero no hizo nada. Entonces atacaron a la Iglesia, y como era un hombre de Iglesia, hizo algo, pero ya era demasiado tarde.

—Sí —dije.

—Ya ve —prosiguió mi colega—, uno no sabe exactamente dónde o cómo actuar. Créame, es verdad. Cada acción, cada situación, es peor que la anterior, pero solo un poco peor. Esperas la próxima y luego la próxima. Esperas que llegue un gran momento estremecedor, pensando que los demás, cuando llegue esa conmoción, se unirán a ti para oponerse de algún modo. No quieres actuar, ni siquiera hablar, tú solo; no quieres «dedicarte a causar problemas». ¿Por qué no? Bueno, no es tu costumbre. Y no es únicamente el miedo, el miedo a quedarte solo, lo que te lo impide; es también una auténtica incertidumbre.

»La incertidumbre es un elemento muy importante y, en lugar de disminuir con el tiempo, aumenta. Fuera, en las calles, en la comunidad en general, "todos" son felices. No oyes protestas, ni ves que nadie proteste.

¿Sabe?, en Francia o en Italia habría consignas contra el gobierno pintadas en muros y vallas; en Alemania, aparte de en las grandes ciudades, quizá, ni siquiera hubo eso. En la comunidad universitaria, en tu propia comunidad, hablas en privado con tus colegas, algunos de los cuales sin duda sienten lo mismo que tú; pero ¿qué te dicen? Te dicen: “No es tan malo” o “Te estás imaginando cosas” o “Eres un alarmista”.

»Y lo cierto es que eres un alarmista. Estás diciendo que esto de aquí puede llevar a aquello de allí, aunque no puedes probarlo. Eso es el principio de todo, sí; pero ¿cómo puedes estar seguro de que lo es si no sabes cómo terminará?, y ¿cómo puedes saber o suponer dónde acabará? Por un lado, tus enemigos, la ley, el régimen, el Partido, te intimidan. Por el otro, tus colegas te desdeñan considerándote un pesimista o tal vez un neurótico. Te quedan únicamente tus amigos íntimos, que, por supuesto, son gente que siempre ha pensado igual que tú.

»Pero el número de tus amigos ha ido menguando. Algunos se han marchado a otro sitio o se han sumergido en su trabajo. Ya no te encuentras con tantos de ellos en reuniones o fiestas. Los grupos informales se reducen; en las organizaciones pequeñas la asistencia decae, y las propias organizaciones se apagan. Ahora, en las pequeñas reuniones de tus viejos amigos, sientes que estáis hablando para vosotros mismos, que estáis aislados de la realidad. Esto debilita aún más tu confianza y sirve para disuadirte aún más de…, ¿de qué? Cada vez resulta más evidente que, si quieres hacer algo, tendrás que crear tú la ocasión, y en ese caso serías obviamente un revoltoso. De modo que esperas y esperas.

»Pero el gran momento estremecedor, cuando decenas o centenares o miles de personas se unirán a ti, nunca llega. Ese es el problema. Si el último y peor acto de todo el régimen se hubiese producido inmediatamente después del primero y menor, miles, sí, millones de personas se habrían sentido lo bastante conmocionadas: por ejemplo, si el gaseado de los judíos de 1943 se hubiese producido inmediatamente después de que apareciesen los carteles de “Empresa alemana” pegados en los escaparates de las tiendas no judías en 1933. Pero por supuesto no es así como ocurrió. Entre medio hubo cientos de pequeños pasos, algunos de ellos imperceptibles, de los que cada uno te preparaba para que el siguiente no te impresionase. El paso C no era mucho peor que el paso B, y si no te plantaste con el paso B, ¿por qué habrías de hacerlo con el paso C? Y así se pasaba al paso D.

»Y un día, demasiado tarde, tus principios, si es que alguna vez fuiste consciente de ellos, se abaten en tromba sobre ti. El peso del autoengaño te resulta demasiado pesado, y algún incidente menor, en mi caso oír cómo mi hijo pequeño, poco más que un bebé, decía “Cerdo judío”, hace que todo se derrumbe de golpe, y te das cuenta de que todo, pero todo, ha cambiado, y por completo, bajo tus propias narices. El mundo en el que vives, tu país, tu pueblo, ya no es en absoluto el mundo en el que naciste. Las formas están ahí, todas ellas incólumes, tranquilizadoras, las casas, las tiendas, las comidas, las visitas, los conciertos, el cine, las vacaciones. Pero el espíritu, en el que nunca habías reparado porque durante toda tu vida cometiste el error de identificarlo con las formas, ha cambiado. Ahora vives en un mundo de odio y miedo, y las personas que odian y temen ni siquiera saben que lo hacen; si todo el mundo ha cambiado, nadie ha cambiado. Ahora vives en un sistema que se gobierna sin ser responsable ni siquiera ante Dios. Sin duda el propio sistema no pretendía que fuese así en un principio, pero para mantenerse se vio obligado a llegar hasta las últimas consecuencias.

»Tú mismo has llegado casi a las últimas consecuencias. La vida es un proceso continuo, un flujo, no una sucesión de acciones y acontecimientos. Ha fluido hasta llegar a un nuevo nivel, arrastrándote consigo, sin esfuerzo alguno por tu parte. En este nuevo nivel en que te encuentras has estado viviendo más cómodamente cada día, con una nueva moral, con nuevos principios. Has aceptado cosas que no habrías aceptado cinco años atrás, un año atrás, cosas que tu padre nunca habría imaginado, ni siquiera en Alemania.

»De pronto todo se desmorona, todo a la vez. Ves lo que eres, lo que has hecho o, para ser exactos, lo que no has hecho (pues eso es todo lo que se nos pedía a la mayoría de nosotros: que no hiciésemos nada). Recuerdas aquellas primeras reuniones en tu departamento de la universidad cuando, si uno se hubiese opuesto, quizá otros se hubiesen opuesto también, pero nadie se opuso. Asuntos menores, un asunto como contratar a este hombre o a aquel, y contratabas a este mejor que a aquel. Ahora lo recuerdas todo, y se te parte el corazón. Demasiado tarde. Estás comprometido sin remedio.

»¿Y ahora qué? Deberías pegarte un tiro. Algunos lo hicieron. O “ajustar” tus principios. Muchos lo intentaron y algunos, supongo, lo consiguieron; pero no es mi caso. O aprender a vivir el resto de tu vida con esa vergüenza. Esto último es, en las actuales circunstancias, lo más cercano

que hay al heroísmo: la vergüenza. Muchos alemanes se convirtieron en esta lamentable especie de héroes, muchos más, diría yo, de lo que el mundo sabe o quiere saber.

No dije nada. No se me ocurría qué podía decir.

—Puedo contarte el caso —prosiguió mi colega— de un hombre en Leipzig, un juez. No era nazi, excepto nominalmente, pero tampoco era un antinazi, desde luego. Era simplemente… un juez. En 1942 o 1943, creo que era a principios de 1943, le tocó juzgar a un judío en un caso en que salieron a relucir, aunque solo de forma accesoria, sus relaciones con una mujer «aria». Eso era una «ofensa racial», algo que el Partido estaba especialmente ansioso por castigar. En el proceso en cuestión, sin embargo, el juez tenía la posibilidad de declarar al hombre culpable de un delito «no racial» y sentenciarle a prisión ordinaria durante largos años, salvándole de este modo de ser «procesado» por el Partido, lo que le acarrearía ser enviado a un campo de concentración o, más probablemente, deportación y muerte. Pero, en opinión del magistrado, el hombre era inocente del cargo «no racial», de modo que, como juez honorable, le declaró inocente. Por supuesto, el Partido detuvo al judío nada más salir del juzgado.

—¿Y el juez?

—Sí, el juez. No podía quitarse ese caso de la conciencia; un caso, tenga en cuenta, en el que había absuelto a un hombre inocente. Pensaba que podría haberle condenado y haberle salvado así del Partido, pero ¿cómo habría podido condenar a un inocente? El asunto le obsesionó más y más, y se sintió obligado a hablar de ello, primero a su familia, luego a sus amigos, y luego a conocidos. (Así es como me enteré yo.) Después del golpe de 1944, le detuvieron. Luego, ya no sé más.

No dije nada.

—Una vez comenzada la guerra —siguió diciendo mi colega—, tanto la resistencia como la protesta o la crítica conllevaban una posibilidad redoblada de recibir los castigos más severos. La simple falta de entusiasmo, o el hecho de no mostrarlo en público, era «derrotismo». Suponíamos que había listas de gente de la que «se ocuparían» después, cuando alcanzasen la victoria. Goebbels fue muy astuto en esto, también. Continuamente prometía una «orgía de la victoria» para «darles su merecido» a aquellos que creían que su «actitud traicionera» había pasado inadvertida. Y lo decía en serio; no era solo propaganda. Y eso bastaba para zanjar cualquier incertidumbre.

»Al estar en guerra, el gobierno podía hacer todo lo “necesario” para ganarla; así ocurrió con la “solución final al problema judío”, de la cual los nazis habían hablado, pero nunca se habían atrevido a poner en práctica, ni los propios nazis, hasta que la guerra y sus “necesidades” les ofrecieron la seguridad de que podían permitírselo. La gente del extranjero que creía que la guerra contra Hitler ayudaría a los judíos estaba equivocada. Y la gente en Alemania que, una vez que hubo estallado la guerra, seguía empeñada en protestar, quejarse, resistir, lo hacía confiando en que Alemania perdiese la guerra. Era una apuesta a largo plazo. No hubo muchos que se arriesgaran a ello.

14. VERGÜENZA COLECTIVA

Otro día, mi colega volvió sobre el asunto de «esa lamentable especie de heroísmo: la vergüenza».

—El problema con la vergüenza —dijo— es que o es profunda o no lo es. Si no lo es, la gente se la sacude en cuanto ellos mismos resultan perjudicados (como sin duda les ocurrirá en una guerra total, ya sea en su familia, en sus propiedades, en su posición o en su persona). Si es lo bastante profunda, en cambio, es una forma de suicidio: esto es lo que indujo a algunos conocidos míos a unirse al Partido ya iniciada la guerra, un acto equivalente a quitarse la vida. Quizá no le sucediese a ninguno de sus «hombres corrientes»…

—La vergüenza, no —dije.

—Pero esta vergüenza profunda no es fácil de detectar —dijo mi colega—. Para muchos adquiría la forma externa de decir que, puesto que los nacionalsocialistas gobernaban, y lo harían durante largo tiempo, se unirían a ellos y los reformarían desde dentro. Pero para ser eficaces, primero debían ser aceptados…

—Oh, «eficacia» —dije—. Eso es lo que decía mi amigo el profesor. Queriendo ser eficaz hizo todo lo que le pedían que hiciese, y por supuesto no tuvo eficacia alguna. Ahora lo sabe. Pero entonces confiaba en ser capaz de oponerse a los excesos…

—Sí, siempre pretendían oponerse a los excesos, más que a todo el programa, a todo el espíritu que produjo los primeros pasos, A, B, C y D, de los cuales iban a derivar los excesos. Es mucho más fácil «oponerse a los excesos», respecto a los cuales, por supuesto, uno no puede hacer nada, que oponerse a todo el espíritu, contra el cual es posible hacer algo cada día.

—Todos mis «hombres corrientes» estaban contra los excesos, al menos contra los peores —dije—, y los dos mejores entre ellos, el profesor y el empleado de banca, se los achacaban a los radicales que se unieron al

movimiento cuando este aún no tenía responsabilidades y atrajo a los elementos más insensatos.

—Sí —dijo mi colega, meneando la cabeza—, los «excesos» y los «radicales»: todos nos oponíamos a ellos, muy calladamente. De modo que sus dos «hombres corrientes» creyeron que debían afiliarse, como buenos hombres, como buenos alemanes, como buenos cristianos, incluso, y que cuando hubiese suficientes hombres como ellos en el Partido, podrían cambiarlo. Podrían «socavarlo» desde dentro: los «hombres importantes» se decían lo mismo, también, con la sinceridad habitual que solo requería que se desprendiesen de un pequeño principio tras otro, que arrojasen por la borda, poco a poco, todo lo que era bueno. Yo fui uno de esos hombres.

»¿Sabe? —prosiguió—, si los hombres que entienden lo que está pasando, es decir, la dirección que sigue la historia, no los relatos de acontecimientos o desarrollos individuales, si estos hombres no ponen objeciones o protestan, no se puede pretender que los hombres que no lo entienden protesten. ¿Cuántos hombres diría usted que hay que lo entiendan, en este sentido, en los Estados Unidos? Y luego, cuando el movimiento de la historia se acelera y los que no lo entienden están enloquecidos de miedo, como le ocurrió a nuestro pueblo, y se han convertido en una “gran muchedumbre patriótica”, ¿queremos que lo entiendan entonces, cuando no fueron capaces de hacerlo antes?

»Aquí aprendimos, y lo digo con toda franqueza, a dejar de intentar que lo entendiesen después de…, bueno, finales de 1938, después de la noche de la quema de la sinagoga y los sucesos que se produjeron a continuación. Incluso antes de que estallase la guerra, hombres que eran profesores, hombres cuya confianza en la enseñanza constituía su única fe, dejaron de intentarlo, al percatarse de que no existía comprensión, que ya no quedaba capacidad para comprender, y que la cosa debía seguir su curso, arrastrando primero a sus víctimas, luego a sus arquitectos, y a continuación al resto de nosotros, a la destrucción. Eso no significaba rendirse, significaba conservar las energías, hacer lo poco que uno podía hacer (¡ahora que ya era demasiado tarde para hacer cualquier cosa!), invirtiendo tus energías en ello, para aliviar a la víctima del momento (¡aunque fuese solo saludándola abiertamente en la calle!) y previniendo, o al menos posponiendo, el destino de la siguiente víctima (¡aunque solo fuese escribiendo una carta “apolítica” al extranjero pidiéndole a alguien que acogiese a un emigrante!).

—Sí —dije.

—Dirá usted que no es gran cosa…

Traté de protestar, pero siguió hablando.

—… Pero yo afirmo que, en aquellas circunstancias, es más de lo que la vida corriente, en Alemania, en los Estados Unidos, ha preparado a los hombres corrientes para que hagan.

Su mujer se encontraba presente.

—Confío —dijo ella— en que los anglosajones —obviamente, se refería a los anglos y no a los sajones— posean rasgos que los hagan menos susceptibles a las cosas frente a las que sucumbimos los alemanes.

—¿Cuáles serían esos rasgos? —pregunté.

—Oh, diría que, ante todo, clarividencia. Tal vez el tener menos historia detrás haga que a la gente le resulte más sencillo mirar hacia el futuro en lugar de volverse siempre hacia el pasado. Y, de algún modo, ustedes tienen menos presión de la que nosotros sufrimos. Ustedes son más libres (y no lo digo en el sentido legal, por supuesto) de tener amplitud de miras.

Era la primera vez, en mis conversaciones en Alemania, que alguien había puesto énfasis en la palabra *Druck*, «presión».

Otro de mis colegas hizo que me acercase aún más al meollo del asunto, y a mi país. Ingeniero químico de profesión, era un hombre de quien, antes de conocerle, me habían comentado: «Es uno de esos bichos raros entre los alemanes, un europeo». Un día, cuando ya nos habíamos hecho muy amigos, le dije:

—Dime, ¿cómo es que perdisteis la guerra?

—Eso —respondió— es fácil de explicar, mucho más fácil de lo que supones. Fui yo quien la perdió y te diré cómo sucedió.

»Trabajaba en una industria de defensa (una industria bélica, por supuesto, pero siempre las llamaron industrias de defensa). Sucedió el año de la Ley Nacional de Defensa, la ley de “reclutamiento total”. Por ley, se me exigía que hiciese el juramento de fidelidad. Dije que no lo haría; me oponía en conciencia. Me dieron veinticuatro horas para “pensármelo”. En esas veinticuatro horas, perdí el mundo.

—¿Sí? —dije.

—Compréndeme, negarme habría supuesto perder mi empleo, desde luego, aunque no ir a la cárcel ni nada de eso. (Más adelante, el castigo fue

más grave, pero esto sucedía en 1935.) Pero quedarme sin empleo habría significado no poder conseguir otro. Dondequiera que fuese me preguntarían por qué había dejado mi anterior trabajo, y, cuando les explicase el motivo, no había duda de que me habrían negado el puesto. Nadie habría contratado a un «bolchevique». Claro que yo no era un bolchevique, pero ya entiendes lo que quiero decir.

—Sí —dije.

—Intenté no pensar en mí ni en mi familia. En el peor de los casos, habríamos podido irnos del país, y yo habría podido conseguir trabajo o formación en algún otro lugar.

»En quienes traté de pensar fue en las personas a las que podría ayudar de un modo u otro más adelante, si las cosas empeoraban (tal como yo suponía que sucedería). Tenía muchas amistades en círculos científicos y académicos, entre ellos muchos judíos, y también "arios", que podían tener problemas. Si hacía el juramento y conservaba el puesto, podría ayudarles de algún modo, más adelante.

»Si me negaba a hacer el juramento, sin duda no sería de ninguna utilidad a mis amigos, incluso si permanecía en el país. Yo me encontraría entonces en su misma situación.

»Al día siguiente, después de "pensármelo", dije que haría el juramento con la reserva mental de que, al pronunciar las palabras iniciales de este: "*Ich schwöre bei Gott*, juro por Dios", entendía que ningún ser humano ni ningún gobierno tenía derecho a invalidar mi conciencia. Al funcionario que administraba el juramento no le interesaba mi reserva mental. Me dijo: "¿Va a hacer el juramento?", y lo hice. Ese día se perdió el mundo, y fui yo quien lo perdió.

—¿Entiendo, pues —dije—, que crees que no deberías haber hecho el juramento?

—Sí.

—Pero —dije— salvaste muchas vidas después de eso. Fuiste de mayor utilidad para tus amigos de lo que habrías podido soñar.

(El piso de mi amigo sirvió, hasta su arresto y encarcelamiento en 1943, de escondite para fugitivos.)

—Bien, digamos por el momento que estoy de acuerdo en que salvé muchas vidas más adelante. Sí.

—Y eso no podrías haberlo hecho si te hubieses negado a hacer el juramento en 1935.

—Sí.

—Sin embargo, sigues pensando que no deberías haber jurado.

—Sí.

—No lo entiendo.

—Quizá no —dijo—, pero no olvides que eres estadounidense. Quiero decir que, bueno, los estadounidenses nunca habéis conocido nada que se parezca a esta experiencia, en su totalidad, de comienzo a fin. Ese es el quid de la cuestión.

—Tendrás que explicármelo —dije.

—Por supuesto que tengo que explicártelo. Ante todo, está el problema del mal menor. Hacer el juramento no era tan malo como lo habría sido ser incapaz de ayudar a mis amigos más adelante. Pero el mal del juramento era cierto e inmediato, y la ayuda a mis amigos se encontraba en el futuro y por ello era incierta. Debía incurrir en un mal positivo, en aquel momento y lugar, esperando lograr un bien hipotético más adelante. El bien pesaba más que el mal; pero el bien era solo una esperanza, mientras que el mal era un hecho.

—Sin embargo —dije— la esperanza se materializó. Pudiste ayudar a tus amigos.

—Sí —dijo—, pero debes admitir que esa esperanza podía no haberse materializado, sea por razones fuera de mi control o porque más adelante yo me asustase o incluso porque estuviese asustado todo el tiempo y simplemente me engañase a mí mismo al hacer el juramento.

»Pero eso no es lo importante. Todos conocemos el problema del mal menor; en Alemania admitimos a Hindenburg como mal menor ante Hitler y al final los tuvimos a los dos. Aunque no es por eso por lo que digo que los estadounidenses no lo pueden comprender. No, lo importante es: ¿cuántas personas inocentes dirías que mataron los nazis?

—Seis millones de judíos, según nos han dicho.

—Bueno, eso puede ser una exageración. Y no incluye a los no judíos, de los cuales debe haber habido muchos cientos de miles, o incluso millones. ¿Digamos, siendo prudentes, que en conjunto mataron a tres millones de inocentes?

Asentí con la cabeza.

—¿Y cuántos inocentes dirías que salvé yo?

—Eso lo sabes tú mejor que yo.

—De acuerdo —dijo—, tal vez cinco o diez, qué sé yo. ¿Pero pongamos cien, o mil, para mayor seguridad?

Asentí.

—¿Y no hubiese sido mejor haber salvado a los tres millones en lugar de solo a cien o a mil?

—Desde luego.

—A eso voy, entonces. Si me hubiese negado a hacer el juramento de fidelidad, habría salvado a los tres millones.

—Estás de broma —dije.

—No.

—¿Quieres decirme que tu negativa habría derribado al régimen en 1935?

—No.

—¿O que otros habrían seguido tu ejemplo?

—No.

—No lo entiendo.

—Eres estadounidense —dijo de nuevo, sonriendo—. Te lo explicaré. Ahí estaba yo, en 1935, un perfecto ejemplo del tipo de persona que, con todas las ventajas de cuna, educación y posición, manda (o podría mandar) en cualquier país. Si en 1935 me hubiese negado a hacer el juramento, eso hubiese querido decir que miles y miles como yo, en toda Alemania, se habrían negado a hacerlo también. Su negativa habría insuflado valor a millones. De este modo, el régimen habría caído o, de hecho, nunca habría conquistado el poder. El que yo no estuviese dispuesto a resistirme en 1935, quiere decir que todos los miles, los cientos de miles que eran como yo en Alemania tampoco estaban dispuestos a ello, y cada uno de estos cientos de miles era, como yo, un hombre de gran influencia o de gran influencia potencial. Así es como se perdió el mundo.

—¿Lo dices en serio? —respondí.

—Totalmente —dijo—. Esas cien vidas que salvé, o mil, o diez, como quieras, ¿qué representan? Una minucia dentro de la globalidad de un mal enorme cuando, si en 1935 mi fe hubiese sido lo bastante sólida, hubiese podido impedir todo el mal.

—¿Tu fe?

—Mi fe. No quise creer que podía «mover montañas». El día que dije «no», tenía fe. En el proceso de «pensármelo», durante las siguientes veinticuatro horas, mi fe me falló. De ese modo, durante los diez años siguientes, solo fui capaz de mover hormigueros, no montañas.

—¿Cómo habría podido sostenerte esa fe del primer día?

—No lo sé, no lo sé —dijo—. ¿Y tú?

—Yo soy estadounidense —dije.

Mi amigo sonrió:

—Y por lo tanto crees en la educación.

—Sí —dije.

—Mi educación no me ayudó —dijo—, y mi educación era más amplia y mejor que la que tienen o tendrán la mayoría de las personas. Todo lo que consiguió, al final, fue permitirme racionalizar mi falta de fe con más facilidad que si hubiese sido un ignorante. Y lo mismo les ocurrió, creo yo, en general a las personas con educación, en aquellos tiempos en Alemania. Su resistencia no fue mayor que la de otras personas.

Después de mis conversaciones con el filólogo y el ingeniero, al pensar en mis diez amigos nazis se me ocurrió que el concepto de culpa colectiva es en el fondo un error semántico. De lo que se trata en realidad es de vergüenza colectiva. La vergüenza colectiva es posible, pero no puede obligarse a nadie a sentirla. La vergüenza es un estado de ánimo, mientras que la culpa es un hecho jurídico. Alguien que pasaba por allí no puede ser declarado culpable de no haber intentado evitar un linchamiento. Únicamente puede sentirse avergonzado de no haberlo hecho.

Ni siquiera a un ciudadano soberano, que se gobierna a sí mismo, como un estadounidense, se le puede considerar culpable de no haber tratado de evitar una acción del Estado. Si tomásemos a unos estadounidenses cualquiera y les acusásemos, pongamos por caso, del bombardeo de Hiroshima o de haber violado la Convención de La Haya, de la que su gobierno, del cual son ciudadanos soberanos, fue signatario, nos estaríamos comportando como los propios nazis. Así pues, con mayor motivo que un ciudadano soberano, el sujeto de una dictadura no puede ser considerado culpable de una acción de Estado. Y si el Estado le ha conminado, de manera personal e individual, a cometer lo que él considera un crimen, y el castigo por negarse a ello es muy grave, la legislación común le absuelve alegando coerción.

—Tuve suerte —dijo Herr Klingelhöfer, el ebanista—. No tuve que hacer nada que estuviese mal.

La vergüenza colectiva es otra cosa, pero no exige únicamente que uno sea ciudadano soberano, sino que posea además un sutil convencimiento de ello. No logré encontrar mucha vergüenza colectiva entre mis diez amigos. El presidente de la República Federal Alemana les había exhortado a que la sintiesen y había utilizado precisamente esa expresión, «vergüenza colectiva». ¿Pero cómo es posible conseguir, de forma efectiva, que la gente se sienta avergonzada?

En el caso de Horst Rupprecht, el estudiante universitario y líder de las Juventudes Hitlerianas, que se declaraba culpable de los pecados del nazismo, de los pecados de Alemania, de los pecados de todo el pueblo alemán, su *mea culpa* no resultaba demasiado convincente: en 1933 tenía ocho años. Creo que su testimonio es lo que muchos no alemanes hubieran querido oír de boca de todos los alemanes: «No, no, no fueron Hitler y Göring y demás, fuimos nosotros los alemanes, cada uno de nosotros, y yo aún más, quienes lo hicimos»; pero creo también que si lo oyesen se sentirían defraudados, como me ocurrió a mí.

Durante su juicio en Núremberg, el superior máximo del joven Rupprecht, Baldur von Schirach, el jefe de las juventudes nazis, declaró:

—Es mi culpa, que debo asumir ante Dios y ante la nación alemana, haber educado a la juventud alemana para un hombre al que yo consideraba intachable, pero que resultó ser el asesino de millones de personas.

¿Era este el mismo Baldur von Schirach que había llamado a Hitler «el más glorioso hijo de Alemania», «un genio que rozaba las estrellas», quien había dicho que el altar no estaba en la iglesia, sino sobre los escalones de la Feldherrnhalle, donde fracasó el golpe de Hitler en 1923? Sí, lo era. ¿Cuándo, dónde y cómo descubre uno que un hombre sin tacha es el asesino de millones de personas? ¿Es necesario tener la capucha del ahorcado sobre los ojos para que estos se abran?

Lo que descubrí entre mis diez amigos era algo parecido al arrepentimiento, arrepentimiento de que ciertas cosas, que ellos no habían hecho, se hubiesen hecho o hubiesen tenido que hacerse. Los diez, incluso el sastre, creo, se sentían mal, ahora, por la tortura y el asesinato de personas inocentes; no, sin embargo, por lo que respecta a su deportación, «reasentamiento, reubicación», ni siquiera por las expropiaciones. (Todos mis amigos habían perdido sus posesiones, ¿no es cierto?, y nadie, excepto

ellos mismos, les compadecía.) Los seis extremistas decían del exterminio de los judíos: «Estuvo mal» o «Se les fue la mano», como queriendo decir: «El horno crematorio era quizá un castigo demasiado severo para una gente que, después de todo, merecían un gran castigo».

A mis diez amigos les venían diciendo, no desde 1939, sino desde 1933, que su país estaba luchando por la supervivencia. Creían que la autoconservación es la primera ley de la naturaleza, tanto de la naturaleza de las naciones como de las bestias salvajes. ¿Estaban equivocados en eso? De ser así, no habían visto nada en la historia de las naciones (de la suya o de cualquier otra) que lo demostrase. Y una vez que estuvieron en guerra abierta, su situación pasó a semejarse a la de los opositores secretos al régimen que había descrito mi colega: ya no era necesario que la nación, ni nadie dentro de ella, se justificase. La nación estaba literalmente luchando por su vida, era «ellos o nosotros». Todo valía, y en qué consistiera ese «todo», qué barbaridades abarcase, dependía por entero de cómo evolucionase el combate.

Herr Schwenke, el sastre, que se vanagloriaba de haberle negado a un judío, viejo conocido, lumbre para su cigarrillo, que se alegraba abiertamente de que la sinagoga hubiese ardido, llegó a decir sobre los hornos crematorios: «Si sucedió, estuvo mal. Pero no creo que sucediese». Y si alguna vez fuera capaz de reconocer que, en efecto, sucedió, se sentiría obligado a proclamar que estuvo bien y, para probarlo —con la herida de nuevo en carne viva, aún más furioso con las víctimas—, a atribuirles a estas pecados que ni siquiera él había podido imaginar hasta entonces.

Lo que no nos gusta, lo que no me gusta, es la hipocresía de esta gente. Quiero oírles confesar. Que ellos, o algunos de sus compatriotas y el gobierno de su país violaran los preceptos de la vida cristiana, civilizada, legal, es muy malo; pero que no lo vean, o no sean capaces de reconocerlo, es lo que realmente nos irrita. Quiero que confiesen hasta la extenuación. Quiero que digan: «Sabía y sé que todo fue anticristiano, bárbaro, ilegal, y en mi amor por el mal fingí que no lo era. Confieso que todos los alemanes son culpables de una vida entera de hipocresía, ante todo yo mismo. Soy despreciable».

No me gusta la máscara doliente que adopta mi amigo Klingelhöfer cuando dice: «Siempre dije que nada bueno podía salir de ahí, y no salió nada bueno». Su entusiasmo por el *freiwillige Feuerwehr* ha desaparecido de repente, y él emerge de entre bastidores, como una compañía de un solo

hombre que representase a Molière, ahora revestido de juiciosa melancolía. Querría decirle: «Tú, *Schweinehund*, lo que dijiste, y te dijiste a ti mismo, es que nada bueno saldría de ahí si perdíais. Y perdisteis. Pero si hubieseis ganado, estarías bebiendo sangre como el resto de ellos». Pero ¿de qué serviría?

No solo querría que mis amigos se sintiesen mal y lo admitiesen, sino que hubiesen sido malos y siguiesen siéndolo y lo confesasen. Querría que reconociesen que pertenecían a una raza inferior, que se humillasen, de modo que yo, con la magnanimidad propia de alguien superior, tras haberles sometido a un juicio calumnioso, podría decidir si les permitía seguir viviendo con vergüenza pública y tormento privado. Querría ser Dios, no solo en cuanto a poder, sino también en cuanto a virtud y a piedad; y el nazismo derrotado me brinda una oportunidad.

Pero no soy Dios. Yo mismo pertenezco a una nación culpable de muchas hipocresías nacionales, cuya única justificación es que los alemanes fueron mucho peores. El que yo sea menos bestial, en leyes y prácticas, de lo que fueron ellos no me hace más divino que ellos, pues una diferencia de grado no es una diferencia de especie. La legislación y las prácticas racistas de mi país, tanto hacia los extranjeros como hacia sus propios ciudadanos, conforman toda una red de hipocresías. Y si alego que el racismo ha disminuido de manera prodigiosa en los Estados Unidos desde el siglo pasado, que las fuerzas del bien se han hecho cada vez más poderosas, ¿cómo podría responder a mis amigos Hildebrandt y Kessler, que creían, o fingían creer, que si hombres honestos como ellos se infiltraban en el nacionalsocialismo, harían disminuir o incluso eliminarían sus males?

El problema es que estas hipocresías nacionales, que nadie me pide que practique en persona, con mis propias manos, son todas acciones del Estado o de su cultura. Sin lugar a dudas, me hacen sentir mal; muy mal. Pero yo no creo ser una persona mala, ni quiero que me castiguen por ellas. Y si me doy golpes de pecho, como mi amigo nazi, el joven Rupprecht, y digo: «He sido yo, yo, quien lo ha hecho», temo parecer tan pretencioso como me lo pareció él a mí. Ni la confesión que desearía escuchar ni la que yo debería hacer suenan verosímiles.

Lo que en realidad querría (mientras, en mi magnanimidad, desearía exonerar a mis amigos), para no tener que reprocharme más adelante haber permitido que escapasen a las consecuencias de su falta de heroísmo, es que cada uno de ellos hubiese sido capaz de arrojarse a los pies del carro de

hierro del Estado, cuyas ruedas están bordeadas de pinchos. Pero ninguno de mis amigos lo hizo, y eso no se lo puedo perdonar. No les importaba lo suficiente.

15. LAS FURIAS: HEINRICH HILDEBRANDT

¿Cómo podía saber yo, o cómo podría averiguar, cuánto habían sufrido mis amigos (si es que habían sufrido) o si habían sufrido lo suficiente? Si, como quiere la doctrina, el hombre alcanza la perfección a través del sufrimiento, ninguno de mis amigos había sufrido lo bastante, puesto que incluso yo, que los conocía de manera imperfecta, podía ver que ninguno de ellos era perfecto.

Siete de ellos esquivaron mi pregunta. Mi pregunta, que había preparado con sumo cuidado y que les había formulado de muy diversas formas durante las últimas semanas de nuestras conversaciones, era: «De acuerdo con sus conceptos del bien y del mal, ¿qué hizo usted que estuviese mal, y qué es lo bueno que usted no hizo?». De inmediato, ese instinto que erige defensas instantáneas alrededor de nuestra autoestima se activó: mis amigos, al responder, hablaron de lo que era legal o ilegal, de lo que era popular o impopular, o de lo que otros hicieron o dejaron de hacer, o de lo que fue o no fruto de una provocación. Pero, en aquellos momentos, no me interesaba ninguna de estas cosas. «¿Quién conoce el corazón secreto?» Yo intentaba conocer el corazón secreto; ya lo sabía todo acerca del Tratado de Versalles y del Corredor polaco, y de la inflación, el desempleo, los comunistas, los judíos y el Talmud.

El octavo de mis amigos, el joven Rupprecht, el líder de las Juventudes Hitlerianas, que había asumido (o fingía haber asumido) la responsabilidad soberana de todas las injusticias, de la primera a la última, de todo el régimen de Hitler, no fue más capaz de iluminarme que Herr Schwenke, el viejo *Fanatiker*, quien, cuando por fin, insistiendo en mi última pregunta, conseguí sacarlo de Versalles, el Corredor polaco, etc., dijo:

—Nunca le he hecho ningún mal a nadie.

—¿Nunca? —dije, solo por oírme decirlo.

—Nunca —respondió él, solo por oírse decirlo.

Pero dos de mis amigos, Herr Hildebrandt, el profesor, y Herr Kessler, el empleado de banca, me lo aclararon, a su tiempo y a su manera, sin necesidad de que les plantease la pregunta.

Según dijo Hildebrandt, el miedo y la ventaja fueron sus motivos para hacerse nacionalsocialista en 1937, una «violeta de marzo» realmente tardía.

—¿Hubo —le pregunté en otra ocasión— algún otro motivo para que se uniese a ellos?

De entrada, no respondió y luego comenzó a ruborizarse.

—Yo… —empezó, ruborizándose del todo, y luego dijo—: No, no hubo ningún otro.

Pasó mucho tiempo antes de que conociese todos los motivos que llevaron a Herr Hildebrandt a ser nazi.

—Podría haber pasado sin afiliarme —dijo más de una vez—. No sé, podría haberme arriesgado. Otros lo hicieron, quiero decir otros profesores del instituto.

—¿Cuántos?

—A ver. Éramos treinta y cinco profesores. Solo cuatro, bueno, cinco, eran nazis plenamente convencidos. Pero, de estos cinco, con uno se podía discutir abiertamente, en la sala de profesores; y solo uno era un verdadero fanático, capaz de denunciar a un colega a las autoridades.

—¿Lo hizo?

—Nunca tuvimos pruebas de ello, pero había que andar con cuidado con él.

—¿Cuántos de los treinta y cinco no se afiliaron al Partido?

—Cinco, pero no todos por los mismos motivos. De los cinco, tres eran muy religiosos. Por supuesto, todos los profesores eran protestantes, pero solo media docena, como mucho, eran realmente religiosos; todos eran antinazis, los seis, pero únicamente tres de ellos resistieron. Uno de los tres fue el profesor de historia (ahora director del instituto), muy nacionalista, muy prusiano, pero un auténtico hombre de Iglesia. Estaba muy próximo a la Iglesia Confesional antinazi, pero evidentemente no podía unirse a ella, o habría perdido el empleo. Luego estaba el profesor de teología, que también impartía lenguas modernas; era el mejor profesor del colegio; aparte de su oposición religiosa, su conocimiento de las culturas extranjeras había hecho

de él un antinazi. El tercero fue el profesor de matemáticas, del todo ingenuo, pero profundamente piadoso, miembro de la secta morava.

—¿Y qué hay de los dos que no eran religiosos y no se afiliaron?

—Uno era un historiador. No era ateo, entiéndame, tan solo un historiador. De esos que no se afilian a nada. Era apolítico, muy crítico con el nazismo, pero siempre sobre una base distanciada, teórica. Nadie se metía con él; nadie le prestaba atención. Y viceversa. El otro no creyente era en realidad el más creyente de todos. Era un biólogo que se rebelaba contra cualquier trasfondo religioso. No le importaba pervertir la «supervivencia del más apto» de Darwin para convertirla en racismo nazi, era el único profesor del colegio que se lo creía.

—¿Por qué no se unió al Partido, pues?

—Odiaba al Kreisleiter local, el jefe del Partido en el distrito, un hombre cuyo padre había sido teólogo y que nunca abandonó la Iglesia. El odio era recíproco. Por eso el biólogo no se afilió. Y ahora resulta que es «antinazi».

—¿Y usted?

—Sí —dijo, volviendo a ruborizarse un poco—. Me afilié. Por supuesto, estaba lo de mi pasado, en Prusia. Me había ocupado de enterrarlo bien, pero… quién sabe. En 1930 colaboré con el viejo Staatspartei, el sucesor del Partido Demócrata. Después de 1930 impartí clases regularmente en la escuela popular local, el programa de educación para adultos, cuyos promotores y asistentes eran en su mayoría socialdemócratas y comunistas. En mi programa de radio sobre libros, había elogiado las obras de escritores «traidores» después de que los nazis llegasen al poder.

»Durante ocho años había ocupado el cargo de Studienassessor, que no es fijo. Después de 1933 ni siquiera incluyeron mi nombre en la lista de candidatos a Studienrat, la categoría que suelen asignarte después de cinco años de ser profesor en el instituto. La primavera en que los nazis tomaron el poder, fui despedido de mi programa de radio y del profesorado de la escuela para adultos. Luego me trasladaron de la ciudad a una pequeña escuela tras otra. De modo que dimití, sin armar alboroto, y me vine aquí, a Hesse. Mi padre me consiguió el empleo en Kronenberg, a través de un viejo amigo del ejército que tenía aquí. Pero seguían sin ascenderme, y temí que sospecharan algo. Esperé dos años, y me afilié al Partido. Entonces me nombraron Studienrat y me casé.

—¿Y Frau Hildebrandt? —dije. Esperaba que se ruborizase, pero no lo hizo; si algo pasaba (fuera lo que fuese ese algo), no se trataba de Frau Hildebrandt.

—La evolución de Eva fue al revés que la mía. En 1933 estaba a favor de Hitler. Desde luego, era mucho más joven que yo y su familia pertenecía a la pequeña nobleza, que estaba toda ella con el viejo Partido Nacionalista, que, al final, se uniría a los nazis. Pero adoraba al judío profesor Neumann en Kiel (¿y quién no?), y el día que hubo la quema de libros allí, este dio instrucciones al secretario de su seminario de filosofía para que les entregase sus libros a sus alumnos. Eva recibió tres de los libros del propio Neumann, su posesión más preciada, pero seguía creyendo en el nazismo. Estaba lo que nosotros llamamos *begeistert*, hechizada.

»Nos conocimos en 1938, en Kassel, en el casino para oficiales y sus familias. Los jóvenes —aunque ya no éramos tan jóvenes— solían frecuentarlo con sus padres. Yo estaba con mis padres, ella con los suyos; nuestros dos padres eran oficiales retirados y viejos conocidos. Resulta que era el 30 de enero, el aniversario de la ascensión al poder de Hitler, aunque eso fue solo un accidente, la sociedad del casino no era en absoluto nazi. Bailamos, algo que no se me da muy bien —se ruborizó, pero solo un poco —, pero un mes más tarde di una charla allí y ella asistió y “se prendó de mí”.

»Yo ya era miembro del Partido. En el fondo, ella era apolítica. Es curioso: yo, con mi conocimiento de la política, me hice más y más nazi, y a ella le ocurrió lo contrario. Después de la quema de la sinagoga, a finales de 1938, era vehementemente antinazi. Sacó los libros de Neumann y lloró. Le dije que no comprendía estos asuntos. Y era cierto, pero ella los conocía, los sentía mejor que yo, o mejor de lo que yo estaba dispuesto a hacer. Desde entonces, hasta que me incorporé al ejército en 1939, nos peleábamos todo el tiempo. Pero ahora todo va bien. (Y así era. Me había reunido con la familia Hildebrandt con frecuencia.)

»Por supuesto, nunca se dio de baja del Partido. Se había afiliado a él en 1937, también, no antes; era profesora y lo hizo para conservar su empleo. Pero las mujeres son más valientes que los hombres, ¿no le parece?

—Sí —dije (seguía preguntándome qué sería, aparte de «miedo y ventaja», lo que había hecho de Herr Hildebrandt un nazi).

—Es porque, bueno, no afrontan las cosas del mismo modo que los hombres. Suponen que el hombre encontrará la manera de mantener a su

familia. Podían ser nazis más vehementes o antinazis más vehementes que los hombres sin darle muchas vueltas. La mayoría de ellas.

Cuando dijo esto, me pareció verle un leve rubor, pero era a finales de una tarde de invierno. Encendí las luces.

Hildebrandt no se cree culpable de haber enseñado literatura «nazi».

—Uno podía hablar de cosas que no aparecían en los libros de texto, y había alguna literatura «antialemana» que se les había pasado por alto, como *Nathan el sabio*, de Lessing, que leíamos abiertamente en clase. También *Los Budden-brook*, que no estaba específicamente prohibido, aunque todo el mundo supiese que los nazis odiaban a Thomas Mann.

»En privado, algunos estudiantes leían a autores judíos, que por supuesto no debían leerse, como Wassermann, Werfel, Zweig, escribían ensayos sobre ellos, me los traían y yo los aceptaba para su nota final, aunque no hubiésemos hablado de ellos en clase. Y les explicaba literatura francesa e inglesa, incluso más que antes, aunque hacerlo supusiese una difusa traición al "nuevo espíritu". Sin embargo, no lo habían prohibido de forma explícita. Por supuesto, siempre les advertía, para protegerme (pero lo decía de un modo que esperaba que resultase transparente para los estudiantes), que las obras extranjeras que leíamos eran únicamente un reflejo de la literatura alemana. Así que, ya ve, Herr Professor, uno podía mostrar algo de…, algo de independencia, aunque fuese, por así decirlo, en secreto.

—Entiendo —dije.

—Muchos de los estudiantes, los mejores entre ellos, entendían lo que estaba haciendo. Era una especie de pantomima en la que todos participábamos, también yo. Su peor consecuencia, creo, fue que a los mejores los volvió cínicos. Pero, claro, también los profesores se volvieron cínicos. Creo que el ambiente en las aulas durante aquellos años es una de las causas del cinismo que se puede encontrar entre los mejores hombres y mujeres de Alemania.

—¿Entre los mejores?

—Sí. Los otros, la gran mayoría, ahora se sienten desilusionados, pero eso es otro asunto. Mire, los jóvenes y, sí, también los viejos, se vieron arrastrados a extremos opuestos durante aquellos años. La gente de fuera de Alemania parece creer que «los alemanes» se tragaron todo lo que les contaban, todas esas terribles tonterías que pasaban por la verdad. Creerlo es un grave error, un error muy peligroso. El hecho, pienso yo, es que

muchos alemanes acabaron por creerse todo, absolutamente todo; pero el resto, los que no se tragaron todas esas tonterías, acabaron por no creer en nada, absolutamente en nada. Estos últimos, los mejores, son los cínicos de ahora, tanto jóvenes como viejos.

—¿Y los demás, los creyentes?

—Bueno, los viejos de entre ellos son ahora, como supongo que usted diría, los casos perdidos. Los más jóvenes, los que eran adolescentes por entonces…, no sé qué decir de ellos, excepto que han perdido sus antiguas ilusiones y no ven nada nuevo a lo que agarrarse. Esto es peligroso, tanto para ellos como para el mundo de dentro de diez o veinte años. Necesitarían, en fin, nacer de nuevo, de algún modo.

Le pregunté a Herr Hildebrandt si podía recordar ocasiones específicas en que hubiese interpretado esa «pantomima», y en nuestra siguiente reunión me habló de ellas.

—De Shakespeare, por ejemplo, solo se recomendaba *Macbeth* y *El mercader de Venecia*, por supuesto, que yo nunca ponía como lectura. Pero, aquí también, no había nada prohibido, aunque se criticaba a Hamlet por encarnar la «debilidad del alma» que los nazis condenaban en escritores rusos como Dostoievski y Tolstói, esa «débil alma eslava» que en Tolstói llegaba al pacifismo. De modo que de Shakespeare les enseñaba *El sueño de una noche de verano*, que en tiempos normales no hubiese considerado que valiese la pena, solo para poder decirles a los alumnos: «Mendelssohn le puso música a esta obra. Todos vuestros padres conocen esta música. Mendelssohn era judío. Ya no interpretamos su música». Quizá no era mucho, pero decirlo era algo, al menos, ¿no le parece?

—Sí —dije—, por supuesto… Dígame, Herr Hildebrandt, ¿y qué hay de *Julio César*?

Sonrió con mucha ironía.

—*¿Julio César?* No…, no

—¿Estaba prohibida?

—No que yo recuerde. Pero las cosas no iban así. Nada estuvo nunca regulado específicamente. La selección se dejaba al criterio de los profesores, dentro del «espíritu germano». No se requería más, el profesor tenía que hacer uso de su discreción. Cuando no estaba seguro de si alguien pondría objeciones a un libro determinado, le convenía no utilizarlo. Entienda, esta era una forma de intimidación mucho más poderosa que cualquier lista concreta de escritos aceptables o inaceptables. Desde el

punto de vista del régimen, era una forma de proceder notablemente inteligente y eficaz. El profesor debía hacer la elección y arriesgarse a sus consecuencias; eso hacía que fuese aún más prudente.

En otra ocasión, le dije:

—Habló usted de que les asignaba a algunos estudiantes libros de autores judíos. ¿Cómo sabía qué alumnos no le denunciarían?

—Oh, uno juzgaba a cada persona. En general, podría decirse que era seguro darles esos libros a *Mischlinge* [mestizos, medio judíos] y a los que provenían de conocidas familias liberales. Unas personas que ya se encontraban bajo sospecha nunca te denunciarían, porque no les hubiesen creído. Es decir, gente que nunca buscaría congraciarse con las autoridades. Era como hablarles mal del régimen a los judíos, era seguro.

—Puedo imaginar —dije— que a algunos judíos les molestaría convertirse en una especie de muro de las lamentaciones clandestino para la gente que albergaba ideas que no se atrevía a manifestar abiertamente.

Sospechaba que se ruborizaría un poco, y así fue.

—Sí. Creo que a muchos judíos les molestaba, mucho. Por eso algunas personas no lo hacían.

—Claro —dije.

—Por aquel entonces —prosiguió—, algún estudiante podría haberme denunciado, pero le habría sido difícil aportar pruebas contra mí porque fui, bueno, astuto, al hacer este tipo de cosas. Pero, incluso si me hubiesen denunciado, casi seguro que hubiese salido bien librado, siempre y cuando no sacasen a relucir mi pasado, porque era miembro del Partido. Dirá que es una racionalización (yo mismo sé que lo es), pero a un miembro del Partido se le permitían ciertas cosas, no muchas, pero sí algunas. Un no nazi no habría osado infringir las reglas. Al menos en nuestro colegio nadie se atrevió a hacerlo.

—¿Había espías en las clases? —pregunté.

—No, a no ser que algunos alumnos se ofreciesen voluntariamente como informantes. El régimen consideraba patriotas a los informantes, desde luego, pero ya sabe lo que pensarían los estudiantes: los jóvenes desprecian este tipo de cosas. Seguro que en mi colegio no había espías, ni informantes regulares, al menos que yo supiera. En cualquier caso, no los había antes de la guerra (aunque yo estaba en el ejército, excepto durante mi permiso en 1940, tras la caída de Francia). Durante la guerra ni siquiera los

profesores antinazis criticaban al régimen. Una vez que estalló la guerra, todo eso se acabó. Éramos «un solo pueblo». Entonces ya no era posible separar régimen y país.

—Los conspiradores del 20 de julio sí lo hicieron.

—Sí…, sí. Lo hicieron.

Suponía que se habría ruborizado, puesto que le sucedía con facilidad, pero no le miré. Estaba esperando —aunque quizá solo lo imagine ahora, mucho después de aquello— a que algo convirtiese su rubor en un estallido. Tuve que esperar mucho.

Me mostró el manual del gobierno para los profesores de secundaria, publicado en 1938. En el apartado de Literatura decía lo siguiente: «Por supuesto, solo deben elegirse selecciones que apunten hacia la Nueva Alemania, ayuden a preparar la nueva concepción del mundo [*Weltanschauung*], o den ejemplo de su auténtica voluntad. Dado que únicamente consideramos lo vigoroso como pedagógicamente válido, debe evitarse todo aquello que debilite o desaliente la virilidad. El concepto de la raza se resaltará con mayor fuerza si existe un conocimiento vital de lo teutónico». Y más adelante detalla, aparentemente como temas de estudio: «La nación como unidad de destino y lucha. La lucha por el espacio vital. Soldados (Ejército, Armada, Fuerzas aéreas). Heroísmo. Poesía bélica. El soldado de la Guerra Mundial como figura legendaria y como fuerza moral. La mujer en la Guerra Mundial. La lucha de la comunidad Nacionalsocialista. Liderazgo, camaradería. Los combates de la nación alemana en nuestras fronteras y fuera de ellas. Las colonias».

—Esto era todo —dijo Herr Hildebrandt—, aunque, por supuesto, todas estas cosas se explicaban, sin entrar en detalle, en las publicaciones y reuniones del Lehrerbund, la organización nazi de profesores. Pero era todo descuidado e impreciso. Bajo estas rúbricas uno podía enseñar casi cualquier cosa, excepto quizá *Sin novedad en el frente.*

—¿Por qué era tan descuidado? —pregunté.

—En parte porque eran conscientes de que la nazificación de las escuelas de secundaria era difícil. Eran más sólidas y estaban mejor organizadas profesionalmente que las escuelas de primaria. En estas últimas, los maestros eran mucho más inseguros, y también más impresionables, porque, como debían enseñar de todo, no les habían formado a fondo en nada. Esta condición de educados a medias los convertía en excelente material para los nazis: se les podía «enseñar»

cualquier cosa rápidamente. En aquellos tiempos circulaba un chiste: «¿Qué es la velocidad? La velocidad es un instante tan corto que a un maestro de primaria no le da tiempo de cambiar de ideas políticas».

»Además, las escuelas primarias eran más importantes para el régimen. A través de ellas podían llegar a todos los niños del país, mientras que nosotros, en la secundaria, solo teníamos a un cuarto de ellos. De modo que había que ganarse ante todo a la primaria y luego a la secundaria. Una tarea que no llegaron a culminar, pero en otros diez años, quizá incluso en cinco, lo habrían logrado.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto. De la noche a la mañana, casi. En una dictadura hay poca resistencia. Y la nuestra era, o podría haber sido, una dictadura eficiente, incluso en el terreno cultural. En un principio su punto más débil fue la enseñanza, porque los nazis más antiguos y de mayor confianza eran hombres sin cultura, salvo algunos bichos raros como Rosenberg. Y siempre que un miembro del Partido había «hecho méritos» y no encontraban otro puesto para él, lo mandaban a educación. Los «educadores» nazis eran unos analfabetos, desde Rust, el ministro de Educación, para abajo. No sabían lo que querían ni dónde encontrarlo. Colocar a ignorantes «de fiar», ya fuese en política o en negocios, por encima de los educadores era asimismo parte del método nazi para humillar a la educación y lograr que fuese despreciada por el pueblo.

»Y otra cosa más, ni siquiera los responsables de educación del Partido sabían cuándo iba a cambiar la línea del Partido, y temían que les pillasen en el lado erróneo cuando sucediese. Cualquier autor podía, de repente, ser tachado de “decadente”; aunque, por cierto, ahora que tanto se oye hablar de Goethe como símbolo antinazi, hay que recordar que todo Goethe (o casi todo, en cualquier caso) estaba recomendado. Su universalismo no era tan potente ni directo como para avergonzar al nacionalsocialismo. No quisiera menospreciar al mayor genio de todos, pero si hubiese vivido un siglo más, quizá habría querido reescribir todas sus palabras para que los nazis no pudiesen utilizarlo.

—Eso tal vez habría arruinado su poesía, Herr Studienrat.

Mi forma de dirigirme a él le hizo sonreír, y subrayó:

—Sí, Herr Professor, pero no estamos en el aula. Estaba hablando de…, oh, sí, de los súbitos cambios en la línea oficial del Partido. No fueron tantos, excepto los mayores, que usted ya conoce, como el pacto con Rusia

de 1939, y esos no nos afectaron de forma directa. El problema era que los cambios no podían anticiparse. No había forma de recomendar autores vivos, a menos que se tratase de plumas a sueldo del Partido, porque podían volverse de repente antinazis o podía descubrirse que habían sido antinazis o comunistas.

»Para los nazis, lo que importaba no era lo que un hombre escribía, sino cuáles eran sus ideas políticas (o cuáles le acusaban de tener). Hans Grimm, por ejemplo, era un gran favorito del Partido gracias a su relato *Volk ohne Raum*, "Un pueblo sin espacio vital"; luego se puso a criticar a los nazis y tuvo que ser excomulgado y sus libros, prohibidos, sin importar cuál fuese su contenido. Por cierto, incluso *Guillermo Tell* se prohibió de repente durante la guerra, en unos momentos en que se creía posible atacar Suiza.

»En historia, en biología y en economía, el programa educativo era mucho más elaborado y más estricto que en literatura. Estas materias realmente se reescribieron. Era preciso. Pero no era tan fácil reescribir la literatura a su gusto. Las materias reescritas eran las peores tonterías y, como es natural, el cinismo de los profesores y de los mejores estudiantes era mayor en ellas. Todos los estudiantes tenían que examinarse de biología para poder graduarse, y el curso de biología era una distorsión completa del mendelismo para probar que la herencia lo era todo; estas materias técnicas eran, desde luego, las más efectivas, porque el alumno no las había visto nunca antes.

»Pero el caso más interesante era el de las matemáticas. Podría parecer que no es posible hacer nada con una asignatura tan "pura", pero precisamente esta asignatura la manejaron con mucha inteligencia, y a menudo me he preguntado quién sería tan inteligente en el Partido. Lo recuerdo bien porque Eva, mi mujer, enseñaba matemáticas. Los problemas que debían plantearse estaban todos prefijados, y casi todos ellos procedían de campos como la balística o el despliegue militar, o de la arquitectura, con memoriales o monumentos nazis como ejemplos, o se referían a tipos de interés —"Un judío presta 500 RM a una tasa de interés del 12 por ciento…"— o a los porcentajes de población. A los alumnos se les asignaba la tarea de proyectar las curvas de población de los pueblos "teutónicos", "romanos" y "eslavos" de Europa, con la pregunta de "¿Cuáles serían sus tamaños relativos en 1960? ¿Qué peligros puedes ver en esto para los pueblos teutónicos?".

»De hecho, todo dependía del director del colegio, es decir, todo lo que no estaba en los libros de texto. Nuestro director era nazi, por supuesto, pero no un nazi verdadero, no un *Fanatiker*. Cuando el superintendente del distrito hacía su visita de inspección le decía que todo iba bien, y el superintendente estaba demasiado ocupado, y demasiado inseguro de sí mismo académicamente, para investigar más a fondo. Y en realidad todo iba bien, si con ello queremos decir que no se hablaba o se enseñaba nada en contra del gobierno. Lo mismo ocurre en los Estados Unidos, diría, y en todas partes.

Yo creía que la experiencia más dura de Herr Hildebrandt había tenido lugar fuera de su trabajo en la escuela. Me dijo, bastante libremente, lo difícil que le resultaba estar sentado con otros compañeros del Partido en un café y escuchar cómo vituperaban a los judíos con apasionamiento ignorante.

—Me quedaba allí sentado —dijo—, sin decir nada. No era heroico y, sin embargo, era algo, una pequeña cosa. A algún *Fanatiker*, como su amigo Schwenke, viendo que nunca manifestaba estar de acuerdo, se le habría podido ocurrir denunciarme, lo que habría podido ser fatal, porque mi pasado habría podido salir a la luz.

Una vez, en 1938, en un café de Baden-Baden, vio a una familia de judíos de Kronenberg.

—Yo llevaba mi insignia del Partido y estaba sentado con algunos compañeros del Partido. Compréndalo, me sentía orgulloso de llevar la insignia. Demostraba que era «uno de ellos», y el placer de «ser uno más» después de haberte sentido excluido, aislado, es muy grande. Tal vez ustedes en América no se sientan así; en ese caso, tienen mucha suerte, pero también, en ese caso, le resultará difícil entender la situación de los hombres como yo aquí.

»De todos modos, no quería que aquellos judíos de nuestra ciudad me viesen con mi insignia. En casa nunca la llevaba, excepto en ocasiones especiales, donde no había judíos. El uniforme y la insignia eran una especie de antisemitismo en sí mismos, y yo no era antisemita. Me dolía que los judíos me viesen con ellos. De modo que, cuando vi a aquellos judíos en el café, intenté sentarme de modo que no me viesen. Al recordarlo ahora, aún me ruborizo.

—¿Le vieron ellos?

—No lo creo —dijo, ruborizándose.

Espoleado esta vez por su rubor, creí que podría dar con el secreto de Herr Hildebrandt, si es que lo tenía. Pero esta pista no condujo a nada.

En una conversación posterior, le pregunté:

—¿Cuándo se desengañó usted realmente del nacionalsocialismo?

De nuevo el rubor; más intenso esta vez.

—En verdad… solo después de la guerra.

—Esto me desanima —dije—, porque es usted mucho más sensible que la mayoría, y así entiendo lo difícil que debe de ser, en tales situaciones, para la gente, incluso para la gente sensible, ver lo que está pasando a su alrededor.

Seguía ruborizado, pero mi detector de rubores me decía que no era por ahí.

—Estaba todo tan bien disfrazado —dijo—…, lo malo mezclado siempre con lo bueno y lo inofensivo, y uno se decía a sí mismo que estaba compensando lo malo al hacer algunas pequeñas cosas como hablar de Mendelssohn en clase.

—Y así era —dije.

—No, no —dijo, negando con la cabeza—, pero es usted muy amable al decirlo. No, no sería honesto con usted si le dijese que fui siempre antinazi, que siempre pensé y sentí como un antinazi. Hoy en día es muy fácil decir «antinazi» e incluso creérselo. Antes de 1933 sin duda lo fui, pero luego…, solo lo volví a ser después de la guerra.

»Me engañaba a mí mismo. Tenía que hacerlo. Todo el mundo tiene que hacerlo. Incluso si lo bueno hubiese sido el doble de bueno y lo malo solo la mitad de malo, tendría que haberme dado cuenta, que haberlo desenmascarado como hice al principio, porque soy, como dice usted, sensible. Pero no quería verlo, porque en ese caso habría tenido que pensar en las consecuencias, en lo que implicaba darse cuenta de ello, en lo que tenía que hacer para ser honesto. Quería mi hogar y mi familia, mi trabajo, mi carrera, un lugar en la comunidad, quería poder dormir por las noches…

—¿Y no podía? —pregunté.

—En la época en que estaba sopesando si afiliarme, no; pero una vez que hube tomado la decisión fue mejor, cada vez mejor. Me gustaba hacer aquellas pequeñas cosas en el colegio, «desafiar» al Partido. No porque lo que hacía estuviese bien (también por eso, claro), sino porque demostraba que era listo y, sobre todo, porque era «uno más». Pertenecía a la «nueva

nobleza», y la nobleza puede permitirse ciertas cosas simplemente por serlo. El simple hecho de que se salgan con la suya prueba que pertenecen a la nobleza, incluso ante ellos mismos. De modo que sí, dormía.

Hacia el final de nuestras muchas, muchas conversaciones, fue cuando dije:

—Aquellos judíos que vio usted en el café, aquella vez en Baden-Baden, cuando intentó que no le viesen a usted, ¿quiénes eran, Herr Hildebrandt? ¿Lo recuerda?

El marcador de mi detector de rubores dio un salto.

—Sí. Sí, por supuesto que lo recuerdo. Eran amigos de la familia Wolff, mis…, mis parientes.

—¿Wolff?

—Sí.

—¿Aquí, en Kronenberg?

—Sí. En la Universidad.

—¿El profesor Wolff? ¿Eberhard Wolff?

—Sí.

—Pero era judío.

—Sí.

—¿Y qué parentesco tenían con usted, Herr Hildebrandt?

—Oh, no eran parientes consanguíneos. El profesor Wolff era judío, su mujer tenía tres cuartas partes de judía. Su hijo Erich se casó con mi prima Sibylle.

—Sibylle —dije—. Un bonito…

Mis dos hijos pequeños irrumpieron en la habitación, en busca de su pastel para merendar. Al ser niños estadounidenses, no dijeron: «*Guten Tag, Herr Studienrat*», sino simplemente, «*'Tag*»; pero, siendo niños que estaban en Alemania, tuvieron la amabilidad de estrecharle la mano antes de abalanzarse sobre el pastel.

Unas cuantas visitas más tarde, saqué de nuevo a relucir a la familia Wolff, y otra vez el medidor se disparó. Los Wolff estaban estrechamente relacionados con el apellido judío más ilustre de Alemania, y en aquella gran familia los matrimonios entre judíos y no judíos eran habituales. La casa de los Wolff en Kronenberg era un caserón grande y antiguo en el Schlossweg, la bonita y arbolada zona de viejas mansiones en la colina, más allá del castillo. Sabía que la anciana Frau Professor Wolff (de hecho, Frau

Geheimrat Wolff, puesto que su eminente esposo había ostentado la distinción adicional de «Geheimrat», o profesor distinguido) aún habitaba la casa familiar, sola con una criada.

Lo que averigüé, sin gran dificultad (en realidad, lo contó con un comprensible orgullo, aunque sin perder su rubor), fue que Herr Hildebrandt había salvado la casa de los Wolff durante el Tercer Reich, organizando la transferencia de la propiedad a otro pariente «ario» mediante una venta ficticia. Antes de unirse al Partido, Hildebrandt había frecuentado el hogar de los Wolff; luego, sus visitas disminuyeron y, finalmente, cuando la transferencia de la casa se hubo completado, aunque la familia seguía viviendo allí, cesaron por completo. ¿Por qué?

—Me sentía incómodo —dijo el profesor—. Créame. Yo quería hablar de la situación del momento e intentar explicar mi postura, pero el profesor Wolff, que era bastante mayor, nunca me permitía hablar de estos asuntos. No toleraba que se hablase del nacionalsocialismo, ya fuese en contra o a favor.

»Allí siempre me había sentido como en casa. Lo mismo les sucedía a todos los que la frecuentaban. Era como en los viejos tiempos, cuando se hablaba de libros, música, poesía, arte; otra época. Y nunca cambió. Pero una vez que me hube afiliado al Partido, me sentía fuera de lugar. Cuando había otras visitas (era una casa grande, que recibía muchos visitantes), siempre era consciente de ser el único nazi. No es que los demás fuesen abiertamente antinazis, pero el mero hecho de que estuviesen allí lo decía todo. Y en la conversación siempre se evitaba hablar de política. Lo mismo pasaba en todas partes, por aquel entonces. Era que…, bueno, en el peor de los casos era simplemente que, si no estabas presente cuando alguien hablaba contra el régimen, no corrías el peligro de que te lo sonsacasen más adelante. De modo que nadie hablaba de política, no entre no nazis.

»Cuando me encontraba solo allí, después de unirme al Partido, era aún peor. Jugaba al ajedrez con el profesor, o escuchábamos música, y él nunca hablaba, excepto por educación. Y yo sabía que no podía hablar para decir (o para al menos intentar expresar) cómo me sentía. De manera que las visitas se convirtieron en formalidades, y luego cesaron.

—Pero usted había salvado su casa.

—Sí.

—¿Eso no le hacía sentirse mejor?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque deseaba decirle cómo me sentía, y él no me lo permitía.

Durante una de nuestras últimas visitas —Herr Hildebrandt estaba en mi casa—, me dijo:

—Herr Mayer —con mi ayuda, había superado lo de dirigirse a mí como «Herr Professor»—, hay algo más que me gustaría contarle.

—Por favor —dije. Se estaba ruborizando de nuevo.

—Sucedió a finales de 1940, cuando regresé de permiso. Mi esposa estaba embarazada de casi ocho meses, y vivíamos en dos habitaciones amuebladas. Había una gran carestía de vivienda. Nos dijeron que había un piso disponible, pero de camino hacia allí supimos que era el piso del abogado, Doctor Stern. ¿Ha oído hablar de él?

—Sí —dije—. Herr Damm, el Kreisamtsleiter, me contó que una vez salvó el piso de los Stern, cuando el jefe de las SA intentó quedárselo. Y el policía Hofmeister también los mencionó.

El rubor se incrementó notablemente.

—¿Le contó Hofmeister algo sobre la…, la deportación de los Stern?

—No, solo me dijo que los habían deportado y lo mal que se sentía por ello.

El rubor remitió un poco, según me pareció.

—Bueno —dijo Hildebrandt—, era un piso precioso. Hablamos muy amigablemente con los Stern (su mujer e hija estaban también presentes), y ellos con nosotros. Les dijimos que no habíamos venido como nazis, y les explicamos cuál era nuestra situación. Claramente, nos creyeron, y el Doctor Stern dijo que quería mudarse de todos modos para estar más cerca de sus amigos y parientes. (La mayoría de los judíos de Kronenberg se habían trasladado a la antigua Bertholdstrasse; no recuerdo qué nuevo nombre le habían puesto los nazis, pero no era un gueto formal, obligatorio.)

»Nos imaginamos que, ahora que el Doctor Stern solo podía tener clientes judíos, como los judíos se habían empobrecido tanto, ya no podía permitirse aquel piso. Me sentí mal, muy mal, y Eva se sentía peor aún; ella ya era una vehemente antinazi, y le parecía que su actual estado era el culpable de expulsar a estas personas de su hogar, dado que nosotros teníamos tanta necesidad de un piso. Fue muy embarazoso. “De todos modos —me dije—, si no nos lo quedamos nosotros, algún otro lo hará”, y

justo entonces el Doctor Stern dijo: “Si usted no se lo queda, Herr Studienrat, lo hará algún otro”. Así que nos lo quedamos.

El rubor persistía.

Estaba atardeciendo de nuevo, y la habitación se estaba quedando en penumbra. Yo rebuscaba a tientas, tanto en mi memoria como en mi imaginación. Había algo relacionado con los judíos, con los Wolff y posiblemente con los Stern, que Herr Hildebrandt quería (o no quería) contarme.

—Los Wolff —dije, tanteando—. ¿Cómo dijo usted que estaba emparentado con ellos?

—Erich Wolff, el hijo de Eberhard —dijo el profesor—. Era abogado. Pero habría querido ser músico. Tocaba el piano, y yo el violín, y durante mis dos primeros años en Kronenberg, antes de unirme al Partido, tocábamos duetos juntos, a veces. Estaba casado con mi prima.

—Ah, sí —dije—, Sibylle, ese nombre tan bonito.

No necesité encender la luz para percibir su sofoco.

—¿Qué fue de Erich? —pregunté.

—Se marchó a Italia en 1939, y allí murió. De un ataque al corazón. O se suicidó. No sabemos cuál de las dos cosas.

—¿Y su mujer, Sibylle?

Había dado en el clavo.

—Se quedó aquí.

—¿Se veía usted con ella, después de dejar de frecuentar a los Wolff?

—Sí.

—¿Qué opinaba de que usted estuviese en el Partido?

—Ella… me aconsejó que me afiliase. No me lo aconsejó exactamente, pero aceptó mis motivos. Veía que era necesario. Estuvo de acuerdo conmigo en que así podría ayudar a los Wolff. Me encargaría de mantenerlos informados, a través de ella, de todas las novedades y de cualquier peligro, y haría todo lo que pudiese. Ella creía que eso podría ser útil. Y, hasta cierto punto, lo fue.

—¿Hasta cierto punto?

—Sí.

—¿O sea que ella siguió viendo a sus suegros?

—Oh, sí. A veces estábamos hablando y me decía: «Discúlpame, me voy al Schlossweg, a casa de los Wolff, a *gaukeln*». *Gaukeln* es hacer

malabares, pero también quiere decir «hablar sin decir nada, andarse con rodeos». Quería decir que se iba a casa de los Wolff a fingir, como uno siempre hacía allí entonces, que todo estaba igual que siempre.

—¿Sabe si les hablaba a los Wolff de usted?

—Ella… lo intentaba.

—Pero, después de unirse al Partido y de organizar la «venta» de su casa, ¿usted no los volvió a ver?

—No. Bueno, una vez. Eran ellos a quienes vi en el café, en Baden-Baden, en aquella ocasión, cuando le dije que había visto a unos amigos suyos. Eran ellos a quienes quería evitar que me viesen.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1939, justo antes de la guerra. Sabía que estaban allí, porque mi mujer, Sibylle y yo habíamos ido juntos en coche y, una vez que hubimos cogido habitaciones y salimos de nuevo en el coche de Sibylle, esta se detuvo frente a otro hotel y me dijo: «Mejor que te bajes ahora». Quería decir que los Wolff estaban allí, y no quería que se encontrasen conmigo.

—O, tal vez, que usted se los encontrase a ellos.

—Sí.

—¿Y no cree que Sibylle hubiese preferido que usted no se hubiese afiliado al Partido, ni siquiera para proteger a la familia?

—Es posible, sí… Sí.

—¿Le parece que ella tenía razón, Herr Hildebrandt?

—Yo… no lo sé, Herr Professor. —Observé que había retomado el «Herr Professor».

—Me gustaría conocerla.

—Está muerta —dijo Herr Hildebrandt.

Ahora la habitación estaba a oscuras, pero aun así intenté tomar notas, unas pocas palabras (como hace un reportero) como recordatorio, que completaría más adelante. En la penumbra, mi escritura cubrió toda la página.

—¿Muerta?

—Sí. Trabajaba como «clandestina», Herr Mayer, para ayudar a gente a escapar de Alemania. Por eso se quedó. Su marido era más que medio judío, no podía ayudarla. En 1942, antes de que los Stern fuesen deportados, enviados al campo de concentración de Theresienstadt y luego

al Este, estaba intentando conseguir que escapasen a Italia. Debía de estar en algún lugar de la frontera suizo-italiana. La Gestapo la cogió.

—¿Y…?

—A su familia le dijeron que la habían detenido y que se ahorcó en la cárcel de Constanza.

—¿Y fue así?

—No —su réplica sonó como un disparo—. No. Ella no se habría ahorcado. A no ser…, a no ser que las cosas hubiesen llegado a un punto en que sabía que podía hablar sin darse cuenta y poner en peligro a otros.

Ahora ya no podía distinguir a Herr Hildebrandt.

—¿Tenían hijos, ellos?

—Un hijo.

—¿Qué fue de él?

—Yo… —Se detuvo y luego prosiguió—: Me las arreglé para que me nombrasen su tutor. Ahora está en la universidad.

Mi esposa llamó a la puerta para decirnos que era hora de cenar y para preguntarle a Herr Hildebrandt si quería quedarse. Dijo que no y le acompañé hasta la puerta sin encender las luces.

16. LAS FURIAS: JOHANN KESSLER

—Sigo diciendo —dijo Herr Kessler— que el nacionalsocialismo fue bueno para Alemania.

—¿Y para usted, fue bueno? —repliqué, por probar.

Hubo una pausa. Luego:

—No.

—¿Por qué no —dije—, si fue bueno para Alemania?

—Tal vez hablaremos de eso algún día, Herr Professor.

Lo hicimos, un día, meses más tarde. Estalló.

—Por culpa del nacionalsocialismo mi alma se perdió. Blasfemé. Cada noche, durante todos aquellos años, blasfemé; rezaba las oraciones de mis hijos con ellos; usé el nombre del Señor en vano. Quería que fuesen cristianos, mientras que yo había renegado de Jesucristo.

Johann Kessler nació y fue educado como católico, en un pueblo católico de Württemberg, al sur de Alemania. Era el segundo hijo de una familia numerosa; su hermano mayor heredaría el Kesslerhof. Él, por su parte, quería estudiar. A los nueve años se presentó ante el cura del pueblo y le pidió que le enseñase latín. A los diez quiso ser monje, e insistió tanto que su madre (para entonces su padre había muerto) le mandó con el cura al monasterio benedictino que había allí cerca. Los monjes fueron amables con él, pero era el único niño, y tenía que levantarse a media noche y al alba para oír misa; al cabo de una semana pidió irse a casa. Los monjes le dijeron que, si quería, podía volver cuando tuviese dieciocho años.

A los dieciocho, era soldado. A los diecisiete había sido empleado de banca, llevando una vida maravillosa en la ciudad. El día que estalló la Primera Guerra Mundial se alistó y sirvió como soldado regular durante toda la contienda. Tras el armisticio, participó en la represión de la revuelta comunista en Berlín. Luego le desmovilizaron, y tras un año en paro encontró de nuevo trabajo como empleado de banca, para acabar en Fráncfort, otra vez desempleado, durante la depresión de 1931. Entonces se

trasladó a un pueblo a las afueras de Kronenberg, donde trabajó como gerente de una finca durante un año, y de nuevo se quedó sin trabajo.

Estaba muy felizmente casado con una mujer atractiva y oronda, una buena protestante «librepensadora». Ella nunca se convirtió al catolicismo, pero él siguió siendo católico, menos ferviente de lo que había sido de niño, por supuesto, y los dos hijos de los Kessler, un niño y una niña, fueron educados en la fe católica. Como buena esposa, Frau Kessler respetaba a su marido y sus deseos; como buen esposo, él era un padre entregado a sus hijos, mucho más que cualquiera de mis amigos procedentes del norte de Alemania.

Herr Kessler tenía una personalidad encantadora, era un hombre semieducado entre hombres incultos, y un buen orador en público, al estilo vibrante y sentencioso de las fiestas populares, muy solicitado en bodas y aniversarios, en reuniones de veteranos y en asambleas del nacionalista Kyffhäuserbund. En política era un buen católico centrista, más cercano al ala conservadora y clerical-agraria de centro que a la cristiano-socialista-sindicalista. Pero, en 1933, no tuvo reparo en afiliarse al Partido Nacionalsocialista, confiando en obtener así un empleo. Le colocaron en el departamento de personal —donde mejor encajaba—, en la oficina del Frente del Trabajo de Kronenberg y le nombraron uno de los «oradores del Partido» en la comarca, uno de los hombres corrientes con voces tronantes que hablaban en los mítines de las ciudades pequeñas.

Le permitían hablar sobre la historia del Partido y la historia y la cultura de Alemania, pero nunca recibió (ni solicitó) el permiso especial que se precisaba para hablar en nombre del Partido acerca de la «cuestión judía». Cada domingo a las diez, el Partido celebraba un acto de dos horas de duración en el teatro local. No era exactamente un servicio religioso, aunque los oradores, en especial Kessler, el orador del Partido, a menudo abordaban temas religiosos o, para ser más precisos, espirituales.

Tanto los asistentes a estos actos de los domingos por la mañana como los que hablaban en ellos sabían que deberían haber estado en la iglesia; las horas respectivas, al menos, se solapaban. Cuando comenzó la escisión entre la Iglesia y el Partido, en 1936, los actos del Partido se hicieron más ritualistas, un sustituto más específico de los servicios religiosos. Uno o dos años más tarde, cuando las relaciones entre la Iglesia y el Partido se habían agriado del todo, no era raro que, al terminar el acto del Partido, las SA y las Juventudes Hitlerianas desfilaran ruidosamente (cantando, incluso) por

delante de las iglesias, cuyos servicios, que comenzaban a las once, no habían acabado aún. Kessler se convirtió en el orador más popular del vecindario en los mítines matinales del Partido los domingos por la mañana.

Un día de 1938 le pidieron a Kessler que oficiara un funeral del Movimiento de la Fe Alemana, para un nazi que había muerto dentro del nuevo nordicismo racista-naturalista de Alfred Rosenberg, el filósofo oficial nazi. Ningún pastor de Kronenberg, ni siquiera Weber, que era nazi, quería oficiar aquel servicio fúnebre; el Movimiento de la Fe de Rosenberg era puro paganismo, con el orbe solar como centro de su simbolismo. Resultaba radical hasta para el nazismo.

Fue una elección difícil para este hombre que de niño quiso ser monje, cuya madre moribunda le puso un misal entre las manos, y le dijo: «Pase lo que pase, nunca dejes de rezar». El jefe de distrito del Partido, que seguía perteneciendo a la Iglesia protestante, no le ordenó ni le pidió que se encargase de oficiar el funeral. Quienes le presionaron fueron los exaltados del Partido, y Kessler era superior a ellos tanto en talento natural como en sensibilidad. Pero, para un hombre que había querido ser monje, era una oportunidad de convertirse en una especie de clérigo, y además: «No había nadie más que pudiese oficiar ese funeral. Esa parte de mi impulso fue cristiana. Pero el oficio…, el oficio no lo fue».

Aquella noche, cuando Kessler volvió a casa, le dijo a su mujer que había abandonado la Iglesia católica y le pidió que se ocupase ella de acompañar a los niños en sus oraciones. Ella le miró y no dijo palabra. Acabó de lavar los platos y cuando se dirigía hacia el cuarto de los niños se oyeron las dos voces infantiles entonando un estribillo que solían cantar cuando estaban listos para que su padre los guiase en sus plegarias: «Los niños no querrán descansar hasta que papá le pida a Dios sus almas guardar». Kessler adelantó a su mujer, entró en el cuarto y dijo las oraciones, finalizando con las palabras habituales: «*In Christus Namen*, En nombre de Jesucristo».

Esa misma noche, sin decirle nada más a su mujer, fue en busca del párroco y le confesó que ya no era cristiano.

—Iba a decirle lo del funeral, pero él se arrodilló y se puso a rezar.

—¿Y usted?

—¿Si me arrodillé?

—Sí.

—No.

—¿Y rezó?

—No. No, no recé. Esperé a que él se incorporase y luego me fui.

—¿Pensaba contarle lo de las oraciones de los niños?

—¿Que si iba a hacerlo?

—Sí.

—No.

Herr Kessler prosiguió:

—Volví a casa. Se lo conté a mi mujer y estuve hablando con ella casi toda la noche. Para mi esposa no era algo tan serio, porque no se sentía vinculada a la Iglesia. Y no le interesaba la política ni la historia. Yo había leído *El mito del siglo xx*, de Rosenberg, la «biblia» del Movimiento de la Fe. Estaba en el Índice papal de libros prohibidos, y, aunque hubiese podido conseguir permiso de mi párroco para leerlo, no me había tomado la molestia de hacerlo, o no había querido. Desde que me hice nazi, en mi fuero interno me había estado debatiendo contra la Iglesia, contra la Iglesia política, contra el papado como gobierno. Canossa,[9] la confrontación entre los reyes germánicos y los papas, el derecho de Alemania y de los alemanes a ser libres de cualquier gobierno extranjero…, mis ideas iban por ahí. Y sigo pensando lo mismo.

»Le conté todo esto a mi mujer. Ella no dijo gran cosa, casi nada. Solo al final me dijo: "¿Y los niños?", y luego citó, de la Biblia: "La bendición paterna construye la casa de los hijos".

»¿Qué iba a ser de mis hijos, mis hijos? —prosiguió, por momentos exaltado, en otros, didáctico—. No podían seguir yendo a la iglesia ni a la escuela dominical. Y la enseñanza en la escuela pública no es adecuada para el desarrollo moral de los niños. Desde entonces, he hablado con muchos maestros acerca de esto. Nunca me han dado una respuesta satisfactoria. *Blut und Boden*,[10] Sangre y tierra, la vida eterna de las plantas, de los animales, de la naturaleza…, eso es únicamente una parte de la historia religiosa; no es religión.

»Le dije a mi mujer: "Cuando tengan doce o trece años ya decidirán por sí mismos". Sabía, cuando lo decía, que era mentira, la misma mentira, en el fondo, que dominaba las Juventudes Hitlerianas, la mentira de que los niños pueden educarse a sí mismos. Los niños que crecen sin religión no son capaces de tomar por sí mismos decisiones acerca de la religión; es una falacia pensar que la gente puede elegir de forma inteligente entre lo que

conoce y lo que no conoce. En realidad, era una excusa para mí, un atisbo de esperanza para exculparme, la esperanza de que ellos podrían encontrar lo que yo había perdido, de que ellos, mis niñitos, me absolverían.

»Por fin, aquella noche, cuando dejé de hablar, me sentía más cansado de lo que nunca había estado, ni antes ni después. Me dije a mí mismo, pero no a mi mujer, que podía seguir siendo cristiano de alma. No era cierto. Al día siguiente, me presenté ante el tribunal regional y manifesté mi intención de abandonar la Iglesia. Después de eso, no he tenido ni una hora de reposo…

—¿Hasta pasada la guerra?

—¿Qué tiene que ver la guerra con eso?

—Quiero decir hasta ahora, cuando las cosas han cambiado otra vez.

—¿Quiere usted decir que, porque los nazis se han ido, y el exterior ha cambiado, el interior debe de haber cambiado? Hay cosas que no cambian tan fácilmente, Herr Professor. Cuando digo que «no he tenido ni una hora de reposo» me refiero a todas las horas desde entonces, incluida la hora presente.

A lo largo de los seis años siguientes, a Herr Kessler le pidieron cada vez más a menudo que oficiase funerales, bautizos, incluso bodas del Movimiento de la Fe Alemana. No se trataba de oficios religiosos, por supuesto, sino, más bien, de un discurso, «nada de Biblia, ni una palabra nunca sobre Dios o el alma, cualquier idea de vida eterna personal se negaba implícitamente». El bautismo festejaba la naturaleza como fuente de vida y al padre del niño como «dador de vida», mientras que en las bodas se unía a la pareja como «alemanes».

—Sin embargo —dijo Herr Kessler—, el ser humano sigue siendo humano, hay que consolarle en presencia de la muerte y serenarle en presencia de la vida. Los que habían abandonado la Iglesia, ya fuese la evangélica o la católica, no tenían adónde ir. Ni tampoco un pastor.

—Pero el registro civil municipal llevaba a cabo bodas, ¿no es así?

—Sí, pero los alemanes son religiosos, hasta los que creen que no lo son. En especial por lo que respecta a la muerte. Durante la guerra, en los hospitales esto era duro. Si un soldado herido moría manifestando su confesión religiosa, o incluso si moría inconsciente y no se sabía cuál era su religión, la Iglesia le enterraba. Pero si morían tras haber dicho que habían abandonado la Iglesia, y no se conocía su identidad, o no era posible

localizar a sus parientes, el hospital llamaba a la sede del Partido y me pedían a mí que oficiase el funeral.

—¿Aunque no fuesen miembros del Movimiento de la Fe?

—Aun así. Aunque no fuesen miembros del Partido. Que supiésemos, muy pocos eran miembros del Movimiento de la Fe. Pero cuando morían hombres que habían abandonado la Iglesia, ¿qué debía hacerse? Nos alegrábamos de poder hacerlo. Yo personalmente me alegraba, aunque sabía que era una blasfemia; había caído tan bajo que me alegraba de poder ser «útil».

»Millones de personas habían abandonado la Iglesia (los protestantes mucho más que los católicos) antes de 1933. No solo socialdemócratas y, por supuesto, comunistas, sino gente en general. Era algo que venía sucediendo desde 1918, e iba cada vez en aumento. Los protestantes, en especial, ya no creían en la Iglesia, porque la Iglesia protestante era la Iglesia oficial, la del Estado, y su cabeza era el rey de Prusia, que era también el káiser, el emperador de Alemania. Una vez que hubo desaparecido el káiser, la Iglesia ya no sabía cuál era su lugar. Era como si Dios hubiese huido a los Países Bajos. Solo cuando la bandera nazi ondeó sobre ella otra vez supo (o creyó saber) cuál era su sitio.

»La Iglesia católica era distinta, la cabeza y el centro de la Iglesia católica estaban fuera de Alemania. La lealtad de los católicos alemanes (y, si incluimos Austria, la mitad de Alemania es católica), sin ser temporal, radicaba en una capital temporal, Roma. Los nazis odiaban estas “lealtades divididas”, y yo con ellos. Pero era precisamente esta “lealtad extranjera” la que brindaba a los católicos más posibilidades de resistir al nazismo.

—Unas posibilidades que, sin embargo, no se materializaron.

—Así fue —dijo Herr Kessler—, ni en las masas ni en los sacerdotes, pero la razón era otra. Sin embargo, por cada prelado protestante que resistía, había tres o cuatro prelados católicos que lo hacían.

»Fuera del catolicismo, únicamente las mujeres, y en especial las mujeres ancianas, seguían siendo religiosas, excepto en los pueblos, y hasta cierto punto ocurría lo mismo en ellos. Las catedrales protestantes estaban casi vacías, a veces había más turistas que comulgantes. Las mujeres trataban de hacer que sus maridos las acompañasen a los servicios, por los niños, pero no siempre lo lograban. Los sermones siempre habían sido aburridos, y por entonces habían perdido todo sentido, toda relevancia para las vidas de la gente.

»El problema era que la Iglesia, tanto la católica como la protestante, se financiaba a través de los impuestos. De este modo, no necesitaba tener en cuenta los deseos del pueblo para sobrevivir, ni ocuparse de sus necesidades. Cuando sus deseos y necesidades cambiaron, la Iglesia, en especial la protestante, ni se enteró. El pueblo y la Iglesia solo estaban de verdad en contacto en los pueblos (aquellos que aún podían permitirse un pastor residente). Aparte de eso, únicamente unos pocos pastores jóvenes y entusiastas visitaban a sus feligreses, a no ser que hubiese una enfermedad grave. Si querías hablar con tu pastor, tenías que hacerlo en sus horas de visita, que eran durante el horario laboral de los trabajadores, y luego tenías que sentarte a esperar, como si estuvieses en el dentista. Él, por su parte, mientras hablaba contigo iría mirando de reojo su reloj; o tal vez te diría que volvieses a la misma hora la semana próxima. Había excepciones, por supuesto, muchas excepciones, todo el movimiento cristiano socialista, por ejemplo. No obstante, en general el clero protestante se comportaba como si fuesen altos funcionarios públicos que, después de todo, es lo que eran.

»Con esto no quiero decir que los católicos fuesen mejores, y desde luego no hubo más resistencia al nazismo por parte de los católicos que por parte de los protestantes. Pero había una razón. La razón, que tuvo tanto las mejores como las peores consecuencias, era que el cura estaba cerca de sus feligreses. Después de todo, su estatus dentro del Estado alemán era el mismo que el de ellos. En los pueblos católicos, en los años posteriores a la primera guerra, no había ni un comunista; todos pertenecían al Partido Católico del Centro; los curas tenían un poder real porque estaban en contacto con el pueblo. En las ciudades protestantes era distinto, en especial allí donde vivían trabajadores industriales. En Westfalia, por ejemplo, te encontrabas a los trabajadores a un lado y al pastor al otro. El pastor no era parte del pueblo; el cura, sí.

»Entonces, se preguntará usted, ¿por qué se hicieron nazis los católicos? ¿Por qué los curas no los mantuvieron apartados de este movimiento, como habían hecho con el comunismo? La respuesta es doble. Primero, el comunismo era ateo y el nazismo era su enemigo: supuestamente, defendía la religión. Pero había una razón más, y es algo que según me dicen pasa hoy en Italia y en Francia, donde parece que hay curas que son comunistas. Y es que el atractivo del nazismo era tal que resultaba imposible apartar a las masas de él, y el propio cura, que era incapaz de abandonar a su pueblo, se hizo nazi con ellos también.

Yo ya sabía algo de esto. Mi fuente era el policía Willy Hofmeister. En 1936 o 1937 cada uno de los detectives de Kronenberg fue asignado a una iglesia como observador, para informar sobre la «lealtad» de los sermones. Además —esto era algo que se suponía que los detectives no debían saber, pero lo sabían—, había un agente de la Gestapo destinado a informar sobre la fidelidad del informe del detective. Un día, en lo más álgido de la lucha entre Iglesia y Partido, a Hofmeister le ordenaron que advirtiese al pastor Faber, sobre cuyos sermones estaba encargado de informar, de que no debía dar lectura a la carta pastoral que habían enviado los obispos protestantes para ser leída desde el púlpito el domingo siguiente.

El policía Hofmeister escuchó, horrorizado, cómo el pastor Faber le decía fríamente que la Iglesia, y no el Estado, decidiría qué se leía desde el púlpito. Hofmeister intentó «razonar» (así lo describe, quince años después) con el clérigo y le dijo que estaría presente un agente de la Gestapo y que ambos, Faber y Hofmeister, tendrían problemas si se leía la carta pastoral. Faber respondió que Hofmeister habría de arreglárselas como pudiera y se levantó, poniendo fin a la conversación.

Para asombro mío, Hofmeister, que no había sido ni por asomo un ferviente nazi, todavía hoy, quince años más tarde, se sentía molesto por el desafío del pastor a la «ley», es decir, a las autoridades. Ni admiró el heroísmo de Faber entonces —quien leyó la carta desde el púlpito—, ni lo hacía ahora. Él mismo, Hofmeister, había infringido la «ley», es decir, lo que sus superiores le habían ordenado hacer, al revelarle al pastor que estaría presente un hombre de la Gestapo, pero el pastor no tuvo reparo en poner en peligro a un inocente junto a él. «Fue como si me diese una bofetada», dijo Hofmeister, y me di cuenta de que incluso un policía podía pasarlo mal en un estado policial.

Al principio, me resultaba imposible comprender que Hofmeister se siguiese resistiendo a admirar el gran valor del pastor. Insistí en ello y averigüé que al policía nunca le había gustado el gran pastor.

—Se daba demasiadas ínfulas, era un gran teólogo, ¿sabe?, que se sentía muy por encima del pueblo. Yo era miembro de su parroquia, entiéndalo. Había sido mi pastor durante muchos años. Pero eso no significaba nada en absoluto para él. Cuando, años antes, le pedí que viniese a mi casa a bautizar a mi hija, me dijo: «Por supuesto, le cobraré algo por ir a domicilio». Como un médico, peor que un médico decente.

»Después de la ceremonia, mi esposa les ofreció vino y *Torte* a Faber y a su ayudante. El ayudante aceptó encantado, pero el pastor dijo que no, no quiso tomar nada. En cuanto el ayudante hubo apurado su vino, Faber dijo que tenían que irse, pero yo le respondí que la costumbre era que los invitados a un bautizo no se fuesen *schief*, es decir, "desequilibrados", habiendo tomado un número impar de copas de vino. El ayudante tendió su copa, pero Faber siguió sin querer nada. Cuando ya se marchaban, le pregunté al pastor cuánto era costumbre pagar por un bautizo. Me dijo que tres marcos, de modo que puse tres marcos en monedas delante de él y un billete de cinco marcos delante del ayudante. Así me sentí, y ese es el tipo de cristiano que el gran Faber es.

—¿Todos los pastores de Kronenberg eran así?

—Más o menos. No todos. Estaba Weber, el que se hizo nazi. Era un hombre amigable, muy querido, incluso por quienes no estaban de acuerdo con él. Pregúntele a cualquiera. Y el cura católico, el padre Pausch, ese sí era un hombre con quien se podía hablar. Si ibas a verle, te hacía pasar al salón, y allí te hacía sentar junto a una mesa donde había una caja de puros abierta. El ama de llaves traía vino y copas, el cura te ofrecía un puro y te sentabas y hablabas con él, sobre asuntos, sí, incluso sobre tus problemas, aunque no fueses de su fe. Y él te explicaba sus tribulaciones. Cuando el gobierno prohibió que siguiese habiendo servicios religiosos en las iglesias de las escuelas, el padre Pausch lo aceptó (¿qué otra cosa podía hacer?) y me dijo: «Este es el día más triste de mi vida». Era un hombre con quien podías simpatizar, un hombre como tú.

De manera que yo sabía algo tanto sobre el clero protestante como sobre el católico, al menos sobre un clérigo protestante y uno católico, el heroico pastor Faber y el nada heroico padre Pausch, tal como los veía mi amigo protestante Hofmeister. Lo que me estaba explicando Herr Kessler, el católico, o antiguo católico, no sonaba en absoluto inverosímil.

—Al principio —dijo Herr Kessler—, el nacionalsocialismo no hacía esfuerzo alguno por alejar a la gente de las iglesias. La República de Weimar había separado la Iglesia del Estado, como en América, ¿sabe?, y los pastores, en su mayoría, apoyaban a los nazis con la esperanza de volverlos a unir y reconstruir la Iglesia. Desde luego, la llamada del Partido a un «cristianismo positivo» era clara, hasta el punto de que, durante los primeros tiempos del régimen, muchos liberales y radicales que habían

abandonado la Iglesia se apresuraron a unirse de nuevo a ella como método de «camuflaje», para probar que no eran izquierdistas.

»Pero poco a poco el propio espíritu del Partido empezó a llenar el vacío espiritual en las vidas de la gente. En esto la Iglesia había fracasado. Y la gente empezó a pasarse de la Iglesia, que ya habían abandonado en espíritu, al Partido. La Iglesia le cargó las culpas al Partido, pero al principio no fue en absoluto culpa del Partido. La Iglesia había creado un vacío y, al final, el Partido se benefició de ello.

»Superficialmente hubo otras cosas, pero esto era lo que estaba en el fondo. En apariencia, la lucha entre Iglesia y Estado comenzó con la "cuestión judía": aunque es importante recordar que esta pugna no se inició hasta pasados dos o tres años. El Partido no contaba con que la Iglesia se posicionase contra el antisemitismo como tal, y, con algunas excepciones individuales, no lo hizo. Luego el Partido adujo que los judíos bautizados, los que se habían convertido al cristianismo, seguían siendo judíos y debían ser expulsados del clero y, supuestamente, también de la Iglesia. Era un error, sin duda, pero el Partido debía hacerlo para ser coherente. Y la Iglesia tenía que oponerse a ello si quería mantener al menos la apariencia de ser cristiana; el cristianismo es evangélico, su tarea consiste en ganarse todas las almas para Jesucristo.

»Una vez iniciada la pugna, los líderes eclesiásticos culparon al Partido de persuadir a la gente para que abandonase la Iglesia. Eso es lo que acabó sucediendo, pero entonces comenzaron los problemas. Y, cuando fallecía alguien que había renunciado a la Iglesia, los eclesiásticos decían que era culpa del Partido que no hubiese quien lo enterrase. Eso perjudicaba al Partido, como comprenderá, y yo era un hombre del Partido.

—¿Un hombre del Partido primero o primero un cristiano?

—Un hombre del Partido, entonces.

—¿Y ahora?

—¿Ahora?… Nada. Pero —continuó Herr Kessler tras hacer una pausa — no se trata únicamente de cómo afectase al Partido. Había algo más. Usted me pregunta por qué los hospitales llamaban a las oficinas del Partido cuando fallecía algún soldado que había abandonado la Iglesia. Eso era porque la gente acudía al Partido para cualquier dificultad derivada de la reconstrucción del país, y el Partido siempre los ayudaba. Es un patrón que quedó establecido desde el principio, mucho antes de la guerra. Es lo que hacía al Partido tan fuerte: siempre ayudaba. En asuntos religiosos, en los

problemas domésticos, en todo. Realmente velaba por las vidas de todo el mundo, no espiándolos, sino cuidando de ellos.

»Ya sabe, Herr Professor, se nos dice que ni un gorrión cae a tierra sin que el Padre lo haya olvidado. No lo digo con ligereza: nadie "caía" (caía enfermo o pasaba necesidad, perdía el empleo o su casa) sin que el Partido velase por él. Ninguna otra organización había hecho algo así antes en Alemania, tal vez en ningún otro lugar. Créame, una organización así resulta irresistible para los seres humanos. Nadie en Alemania se encontraba solo con sus problemas.

—Excepto —dije— las razas «inferiores» y los opositores al régimen.

—Desde luego —dijo—, eso está claro, pero eran pocos, estaban fuera de la sociedad, «al otro lado de la valla», y nadie se acordaba de ellos.

—Pero ellos también eran «gorriones».

—Sí —dijo.

—¿Y no podían haber sido ellos —dije— los «más pequeños entre mis hermanos» de los que hablaba Jesús?

—Herr Professor, nosotros no lo veíamos así. Sin duda estábamos equivocados, éramos pecadores, pero no lo veíamos así. Veíamos a «los más pequeños» entre nuestro propio pueblo, en todas partes, entre la gente corriente que respetaba las leyes y no eran judíos, ni gitanos ni nada parecido. Entre gente corriente, «arios», también había «hermanos más pequeños». Millones: al principio había seis millones de parados. Estos «más pequeños» (no todos los que eran «pequeños», pero sí la mayoría) por fin tenían a quién recurrir.

»Usted dice: "totalitarismo". Sí, totalitarismo, pero quizá es que nunca ha estado solo, sin empleo, enfermo o sin un céntimo o, si lo ha estado, quizá no ha durado nunca mucho tiempo, tanto como para haber perdido toda esperanza. Por eso (si me disculpa, Herr Professor), para usted resulta fácil hablar de "totalitarismo". Pero la otra parte, la parte de la que yo hablo, es la parte que la gente de fuera de Alemania no vio nunca, o tal vez nunca quiso ver. Y hoy nadie en Alemania quiere hablar de ello. Pero, créame, nadie en Alemania lo ha olvidado.

»En el Frente del Trabajo cada persona a la que le conseguíamos un empleo seguía bajo nuestra responsabilidad, a nuestro cargo. El dueño de un café trató de propasarse con una chica que yo había colocado. Ella acudió a mí. Le advertí. Volvió a hacerlo, y le cerraron el establecimiento. ¿Totalitario? Sí, por supuesto. Este hombre era un *alter Kämpfer*, un viejo

luchador del Partido, y en la audiencia me dijo: “Me has tratado como si fuese un judío. Esto te costará el puesto”. Elevó una queja a las oficinas regionales del Partido, sin éxito. Y el suyo no era un caso excepcional. ¿Totalitarismo? Sí, pero me siento orgulloso de ello.

El orador del Partido se estaba poniendo retórico.

—Sí —dije—, puedo comprenderlo. Pero ¿qué hay de sus hijos?

Había cedido a la tentación de desinflarlo. Enseguida me arrepentí, pero era demasiado tarde. El orador del Partido se marchitó y apareció Johann Kessler.

—Los niños —dijo—, sí, los niños.

—Perdóneme, Herr Kessler —dije.

—Está bien —respondió—, no hay nada que perdonar. Los niños.

—Después de aquella primera noche, ¿se encargó su mujer de decir sus oraciones con ellos?

—No, lo hice yo. Tenía que hacerlo, Herr Professor, tenía que hacerlo. Eran demasiado pequeños para entenderlo, ¿no lo ve?

—¿Para entender el qué?

—Para entender lo que…, lo que era su padre. Tenía que decir sus oraciones con ellos, y no podía hablar con nadie, con nadie en absoluto, del asunto. No porque fuese peligroso, no era algo que pudiese suponer peligro alguno, sino debido a la vergüenza. Era un camino solitario; lo es todavía…, aún más, diría, que si nunca hubiese sido creyente.

—Aparte de eso, ¿rezaba usted alguna vez?

—Sí. En los funerales del Movimiento de la Fe. Al final de mi…, de mi charla…, ya sabe, lo buen camarada que había sido aquel hombre, qué buen marido y padre, tan fiel a nuestra causa y a la nación…, al final rezaba un padrenuestro.

—¿En voz alta?

—Oh, no. Pero eso era distinto, ¿sabe?

—¿En qué sentido?

—Bueno, lo que te haces a ti mismo y a Dios, Dios puede soportarlo y tú no importas. Pero lo que les haces a tus hijos…

Se interrumpió y calló un rato, para proseguir luego.

—Cada noche, durante todos aquellos años, incluso la última noche antes de partir. Nos habían dicho que fuésemos al norte, a luchar hasta el final, incluso los viejos. De manera que puse rumbo al norte, en mi

bicicleta, y me rendí como todos los demás. También aquella noche, cuando creía que no volvería a ver a mis hijos, dije con ellos sus oraciones, después de besar a mi mujer.

—¿Qué decía su mujer?

—Mi mujer nunca dijo nada sobre esto, nunca, después de la primera noche. Ya no volvimos a hablar de ello, en todos aquellos años. Pero lo sabía.

—¿Y durante todo aquel tiempo usted era consciente de que blasfemaba?

—Todo el tiempo, sabía durante todo el tiempo que estaba condenado, más condenado cada día. Pero quería que mis hijos fuesen cristianos.

—¿Por qué, Herr Kessler?

—¿Por qué desea un padre que sus hijos sean mejores que él?

Un mes después de la noche en que su esposo partió de casa y fue capturado, Frau Kessler le pidió al párroco que le diese la comunión a su hija mayor, Maria. No había conseguido localizar a su marido, y creía que, incluso si seguía vivo, era probable que no lo volviese a ver. Había oído decir que los que habían sido oradores del Partido serían considerados como criminales de guerra. Tres días más tarde le dijeron que estaba preso en el recinto de Darmstadt, y fue a verle. Le dijo lo que había hecho. Él se puso a llorar.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque Dios había tenido compasión de mí, un pecador. Estaba condenado. Hiciera lo que hiciese, no importa lo que hiciesen conmigo, estaba condenado. Y Dios tenía compasión, incluso de los condenados.

—¿Acaso un hombre no puede salvarse siempre, Herr Kessler?

—Yo ya no lo creía posible. Ni siquiera creía en eso. El Movimiento de la Fe negaba al Redentor.

Ahora, cada domingo, la hija ya adulta de Herr Kessler y su hijo casi adulto asisten a misa con la congregación en la parroquia. Maria (como tantas chicas europeas, y como tan pocas aquí) toca el violín. Hans, el chico, canta en el coro con una voz tan profunda como la de su padre, el orador del Partido. El orador del Partido, que ahora trabaja en el almacén de la tienda de comestibles del pueblo, va solo a la iglesia y se sienta detrás, alejado de la congregación. No ha solicitado ser readmitido en la fe, y el cura (que también fue nazi) le estrecha la mano, pero nunca habla con él.

«Dios puede esperar. Me esperó a mí», le dijo el cura a Maria, que fue quien me lo contó. En la reseña biográfica que Johann Kessler escribió para las autoridades militares de los Estados Unidos, el 3 de julio de 1945, en el apartado de religión puso *Gottgläubig*: creyente no vinculado a ninguna Iglesia.

17. LAS FURIAS: «FUROR TEUTONICUS»

¿Quién —pregunta Tácito retóricamente— cambiaría Asia o África por Alemania, «tierra sin forma de ello, de áspero cielo, de ruin habitación y triste vista»? La respuesta alemana es obvia: los germanos. Es la respuesta errónea, por supuesto; otros pueblos viven en regiones aún más rudas sin dificultad alguna. Pero para el nacionalismo romántico, la respuesta alemana sirve.

El romanticismo es la sustancia de que están hechos los sueños de los humanos. El nacionalsocialismo era un pedazo de esta sustancia, cortado no partiendo de una maldad intrínseca, de una «criminalidad congénita», sino del sueño de liberarse de unas condiciones insoportables con las que ha habido que cargar. Dado que dichas condiciones eran más insoportables en Alemania que en cualquier otro lugar, ¿quién sino los alemanes, inmolándose, debería emprender la tarea de liberar a la raza humana de su condición?

Persiguiendo este sueño, mis amigos abandonaron, lamentablemente, la obligación cristiana hacia el prójimo —con el cual, a través de Dios, cada cual se encuentra a sí mismo, seres humanos de verdad en un mundo verdadero, hombres débiles y erráticos—, por la obligación mucho más trascendente (mucho más pesada que la que la cruz impone) de modelar al Hombre imaginado, al Hombre como Dios, al Hombre que fue una vez, el Hombre germano. Es preciso recordar que la perfección racial era solo la vía —la auténtica vía— hacia la perfección moral. La perfección moral era posible. Y la perfección moral, en Alemania, aliviaría la condición humana de todos, incluso la de aquellos, incapaces de lograr la perfección debido a su naturaleza inferior, a quienes ese alivio les sería impuesto.

Siete de mis diez amigos nazis conocían el siguiente chiste —surgido en Alemania durante el nazismo— y lo encontraban gracioso: «¿Qué es un ario?», «Un ario es un hombre que es alto como Hitler, rubio como Goebbels y ágil como Göring». También ellos habían sonreído ante la

arianización en masa, primero de los italianos y luego de los japoneses. Todos conocían «arios» que podrían pasar por judíos y judíos que podrían pasar por nazis. Seis de mis diez amigos eran bastante más bajos que la media, siete de ellos morenos, y al menos siete de ellos braquicéfalos, la categoría de amplitud craneal más alejada de la «cabeza alargada nórdica». Nada de esto tenía importancia; todo era, en realidad, una discusión parlamentaria.

Tal como dijo el filósofo alemán, el alemán tiene un ayer y un mañana, pero no tiene un hoy. De mis diez amigos nazis, del «espíritu alemán» —manifiesto en la larga historia de sufrimiento y sacrificio de todos los pueblos germánicos—, nacería, como muy tarde mañana, el germano de ayer, «rubio, de ojos azules, enorme», tal como apareció ante los ojos del divino Julio, quien por su parte era moreno y achaparrado. Los hombres que acarrean cargas demasiado pesadas pueden —y no solo pueden, sino que deben— albergar estos sueños.

Hombres wagnerianos semejantes a dioses y hombres fáusticos semejantes a ángeles pueblan de ensueños sus vidas: elevan al sastre por encima de su banco humeante, liberan al mozo de granja de la mancera del arado que le llaga las manos, calzan sandalias aladas en los doloridos pies del dependiente, los transportan a bosques oscuros (más oscuros en Alemania que en ningún otro lugar), donde, provistos solo de espada, escudo y casco, se abren paso hasta la cima de la montaña. Allí, en una combinación de Walpurgis-Wartburg, arrojan fuego teutónico-cristiano a los relámpagos, ahuyentando a estos y a sus demonios.

En su etapa de incubación, Alemania vivió aterrorizada por *das Wütende Heer, die Wilde Jagd*, la horda salvaje de cazadores que cabalgaba en la noche, y en los bosquecillos sagrados nunca se ha permitido que el fuego sagrado se extinguiera. En 1951 un alcalde alemán destruyó los registros de desnazificación en mitad de la plaza del pueblo. En 1952 la policía berlinesa protagonizó el desfile con antorchas más grande desde el nazismo. En 1953, en Hamburgo, un alemán pacifista —un pacifista, atención a esto— destruyó en público el «acuerdo contractual» con los aliados. Y en toda Alemania, en las fiestas campestres de otoño, en los festivales de primavera de las escuelas, el clímax de la celebración es una hoguera de proporciones orgiásticas. En 1933 los anticristianos hicieron una hoguera con libros en Prusia para liberar Alemania de los judíos radicales;

en 1817 los cristianos hicieron una hoguera con libros en Sajonia-Weimar para liberar Sajonia de los prusianos reaccionarios.

En la noche del 29 de junio de 1934, Adolf Hitler quemó sus puentes tras él. Tomó la decisión en la terraza de un hotel en Godesberg, junto al Rin. Allí sentado, solo en la noche, el líder contempló a los mil hombres que se encontraban ante él sobre el césped; cada uno de esos mil hombres llevaba una antorcha; las mil antorchas juntas formaban una esvástica llameante en su honor. El líder, mirando aquel fuego, resolvió diezmar a los altos cargos del Partido. Abandonó la terraza, ordenó que le trajesen su avión, y voló hacia Múnich a media noche. El día siguiente era el 30 de junio de 1934, «el día de la sangre», el día de la purga a escala nacional del nacional-socialismo.

El mundo que fue una vez purgado por el agua acaba siempre sufriendo de nuevo la purga más segura del fuego. La diablura corre por las venas del «espíritu teutónico». Esos dos pequeños diablos, «Max und Moritz», la contrapartida alemana de nuestros pillastres de tiras cómicas, se especializan en cometer barbaridades que Peck's Bad Boy, Kayo Mullins o Daniel el travieso[11] no han soñado ni podrían soñar nunca. Y, aunque entre «Max und Moritz» y Martín Lutero, quien invitó a los estudiantes de Wittenberg a quemar la bula papal que causó el cisma en la Iglesia, medie un largo camino, sus huellas son visibles. La reforma luterana, libertaria en su génesis, eliminó de la vida religiosa de los alemanes el rayo de sol representado por el universalismo romano y lo sustituyó por una oscuridad que se resiste a ser permeada por la teología: subordinó la Iglesia militante a la Iglesia militar e instauró de nuevo la secta de la tribu patriótica.

Que aquel monje agustino dijese «*Hier stehe ich, ich kann nicht anders*», Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa, y desafiara al mayor poder sobre la tierra fue terriblemente heroico y terriblemente dramático. Fue menos heroico y mucho menos dramático, pero no menos profético de la Alemania que estaba por venir, que decidiese que la frase «Al que te pida, dale» no quería decir que le dieses lo que pedía, sino lo que era más conveniente para él. Convertir a los ingleses al cristianismo llevó un siglo, convertir a los alemanes, siete; y en algunas regiones del país la nueva fe no se había extinguido hasta finales del siglo xi.

Mi amigo Kessler estaba en lo cierto: la resistencia de los católicos, no a la dictadura, sino a una dictadura nacionalista, así como al racismo y la idolatría, fue más fuerte, aunque no mucho más, que la del protestantismo.

La fuerza de la Iglesia católica era la fuerza de la Iglesia católica; la fuerza de la Iglesia protestante era la fuerza del Estado alemán, cuya Iglesia dominaba un país que era casi en su mitad católico. En el norte protestante uno dice «*Guten Tag*»; en el sur católico, «*Grüss Gott*, el Señor sea contigo». Es un poco más difícil (no mucho, pero sí un poco) cambiar a «*Heil Hitler*» desde «*Grüss Gott*» que desde «*Guten Tag*».

En un país cuya Iglesia de Estado es protestante, la Iglesia católica protestaba, aunque sin demasiado orden ni concierto. La campaña emprendida por Bismarck contra ella, así como más tarde las de Rosenberg y Goebbels («Nos ocuparemos de esta pandilla —escribió Goebbels hablando del catolicismo en el que había nacido— cuando acabe la guerra»), les habían enseñado a los católicos a vivir peligrosamente y a aferrarse gozosamente a una fe amenazada. La estimación habitual de que solo el 10 por ciento de los protestantes nominales de Alemania eran (y son) libremente miembros de la Iglesia estatal no va desencaminada, al menos en Kronenberg. Kronenberg había sido al cien por cien católica hasta que el príncipe de Hesse, al abrazar el protestantismo en 1521, suprimió el culto católico; desde aquel momento, Kronenberg fue cien por cien protestante. Bajo la ocupación estadounidense, después de 1945, el paganismo nazi de los domingos por la mañana fue sustituido, en la misma sala, por películas populares en horas de iglesia, sin que hubiese queja alguna por parte de los protestantes.

Esta Iglesia oscura de Lutero, nacida no del pan y del vino, sino de la sangre y el acero, tan alejada de la entrega universal y del abrazo universal de los que surgió su Iglesia matriz (aunque no persistiese en ellos), ya en tiempos de Lutero fue perdiendo sus ímpetus libertarios y nunca ha sido capaz de liberar a la «gente corriente» de Alemania de los terrores demonológicos de la oscuridad. No pueden resistirse al portador de antorcha que, con su llama, convierte la oscuridad en día. Mantuve varias conversaciones con un pastor rural, un antinazi, quien, sin contradecir el pasaje de las Escrituras que dice que «debemos obedecer a Dios antes que a los hombres», meneaba con terquedad la cabeza y regresaba, una y otra vez, a ese otro pasaje que dice: «Los poderes terrenales han sido ordenados por Dios». Sus tres hijos mayores habían caído durante la invasión de Rusia por parte del ejército alemán. Entre lágrimas, decía que nunca permitiría que «ellos» se llevasen a su último hijo, Kurt; pero me temo que sí lo hará.

De este modo, el árbol de Cristo, plantado libremente para lograr la libertad perfecta, crece débil y seco junto al roble de Odín. Pero crece; creyentes, no creyentes y agnósticos, hombres importantes y hombres corrientes, hombres débiles y hombres fuertes, hombres buenos y hombres malos, todos me persuadieron de que había una cosa que podría haber hecho que el nazismo fuese peor aún de lo que fue: que no existiese la Iglesia cristiana.

Tal vez el sastre Schwenke no supiera lo que era el cristianismo; quizá no era cristiano; quizá no quería serlo; pero no podía soportar mirarse al espejo y decir: «No soy cristiano». Mientras fuese incapaz de ello, seguía habiendo una vía para llegar a su corazón, por difícil o casi imposible que pareciera, una vía que hubiese estado cerrada de no existir una Iglesia cristiana que le reclamase. Según me aseguró, había sido «muy religioso, toda la vida», añadiendo, como solía hacer cada vez que hablaba de alguna virtud: «Nuestra familia siempre lo ha sido». Como prueba de su religiosidad, me enseñó los himnos que habían cantado en su grupo de confirmación sesenta años atrás, *Ich will dich lieben, meine Stärke* («Te amaré, fuerza mía»), al inicio de la confirmación, y *So nimm denn meine Hände* («Toma, pues, mis manos») al finalizarla. Para ser un hombre de setenta y un años, que recibió heridas casi mortales en una guerra y pasó tres años en la cárcel después de otra, su voz de barítono era notablemente hermosa.

—Así era la cosa —dijo—: la nueva fe nacionalsocialista creía en Dios, pero no en la divinidad de Cristo. Es el modo más sencillo de explicarlo.

Le agradecí que lo hubiese simplificado y prosiguió.

—Nosotros, los hombres corrientes no sabíamos si creerlo o no. «¿Está bien o no lo está?», nos preguntábamos (después de mil años de un cristianismo «muy religioso»). Unos pensaban una cosa, otros, otra. Nunca se llegó a decidir. Tal vez, si se hubiese ganado la guerra, se habría decidido por fin.

—¿Quién lo habría decidido?

—Los de arriba. Pero parecía que ni siquiera ellos lo habían decidido. La gente no sabía qué pensar.

Este tosco anciano «muy religioso» fue el único de mis nueve amigos protestantes que abandonó la Iglesia. Pero no se apuntó al Movimiento de la Fe pagano, ni su apostasía se debió en absoluto a razones religiosas. Al

parecer, en 1934 un apuesto joven de las SA quería casarse («Tenía que casarse», interrumpió la mujer del sastre) y le dijo al pastor que quería hacerlo vestido con su gallardo uniforme de las SA. El pastor se negó. De modo que el sastre Schwenke, ahora Sturmführer Schwenke, le escribió al pastor que el joven no tenía dinero suficiente dinero para comprarse un traje.

—¿No lo tenía? —pregunté.

—No —dijo Schwenke.

—Quizá no —dijo Madre Schwenke.

Entonces el pastor dio su consentimiento para que llevase el uniforme.

El domingo señalado, una vez finalizado el servicio religioso habitual, Schwenke condujo a su Tropa de Asalto, todos ellos de uniforme, a la galería de la iglesia. Cuando el pastor, que había entrado en la sacristía, salió y vio a las Tropas de Asalto, se situó frente al altar y a la pareja que estaba allí esperando e interpeló a la congregación diciendo: «¿Pero esto qué es?». Luego ofició la ceremonia, de manera breve y un tanto brusca, y cuando al finalizar Schwenke trató de hablar con él, le dio la espalda.

Al enterarse del incidente, la oficina de distrito del Partido sugirió que el sastre se disculpase ante el pastor, pero este se negó. Luego el caso llegó a oídos del Consejo Eclesiástico del distrito y el pastor jefe convocó al sastre y le propuso que se disculpase.

—No me dijo que tenía que hacerlo, de modo que no lo hice. Pero me sentí disgustado por todo este asunto y renuncié a ser miembro de la Iglesia. Así soy yo; toda mi familia es así. Promoví una petición para que expulsasen al pastor de su iglesia (su hija estaba casada con un medio judío) y un año más tarde lo jubilaron. Es lo único que buscan, de todos modos. Solo trabajan por el sueldo y la pensión, como todo el mundo. Si no les pagasen, no trabajarían.

Pocos días después de esta conversación, un pastor de la localidad que era conocido mío, y que sabía que yo había estado hablando con el sastre, vino a verme y me preguntó si creía que Herr Schwenke era cristiano, «un verdadero cristiano. Sé que es una pregunta curiosa, pero es que ha presentado ante el Consejo una solicitud para reingresar en la Iglesia».

—Yo diría —respondí— que es tan cristiano ahora como lo ha sido siempre, pero es solo una suposición.

—Esto no me basta —dijo el pastor.

—¿Por qué querría acaso reingresar en la Iglesia si no es cristiano?

—Quizás —dijo el pastor, un joven muy risueño— para que la Iglesia acarree su *Überfracht*, su exceso de equipaje, por él.

—¿Y no es para eso para lo que está la Iglesia? —respondí, igual de risueño.

—Ah, sí —dijo el risueño pastor, que poco antes había viajado a los Estados Unidos—, pero hay tanto *Überfracht* en Alemania… Se diría que los alemanes ya nacemos con él —y me ofreció un cigarrillo americano.

PARTE II

LOS ALEMANES

OLA DE CALOR

Los sucesos acaecidos desde entonces han borrado de todas las memorias, excepto de las más potentes, el desastre del 14 de junio de 1907, el día en que toda la zona templada sufrió la peor ola de calor de la historia. Aunque en su mayoría las crónicas del desastre aludieron al padecimiento de los pasajeros de los tranvías, uno de los incidentes (o acumulación de incidentes) más singulares de aquel día singular nunca fue mencionado, al menos hasta donde yo sé. Como es comprensible, la prensa pasó por alto el hecho de que, en aquellos tiempos, y aquel día en concreto, el 14 de junio, los tranvías de todo el mundo ostentaban carteles que decían «PROHIBIDO abrir las ventanillas antes del 15 de junio».

En el centro de Milán, donde los tranvías circulan alrededor del Duomo, un italiano rompió de una pedrada la ventanilla de uno y echó a correr. En Barcelona, un español se quedó dormido y llegó hasta el final de la línea.

En Leeds, un pasajero inglés llamó la atención del Yorkshire Post *sobre este asunto mediante una carta muy crítica que, cuando se reprodujo en el* Times, *provocó un debate parlamentario y el gobierno liberal cayó, aparentemente a causa del reglamento sobre las ventanillas.*

En Graz las ventanillas de los tranvías se encontraban en tan mal estado que, aunque estuviesen cerradas, la brisa pasaba a través de ellas, y ningún austríaco se sintió sofocado.

Las Líneas de Superficie de Bucarest se habían vendido a un conglomerado turco que, según fuentes fidedignas, representaba los intereses del gobierno de…

*En Lyon un pasajero del tranvía gritó «*Liberté!*» y atravesó la ventanilla con el puño. A la vista de su mano ensangrentada, los lioneses organizaron algaradas en la elegante y pintoresca Place de Ville.*

El gabinete suizo, durante una sesión de emergencia, ordenó que se instalasen de inmediato ventiladores en todos los transportes municipales.

En las capitales escandinavas el tiempo era fresco, húmedo incluso.

En Omaha, un estadounidense abrió la ventanilla del tranvía.

En Hanóver, un alemán, tras leer el cartel y consultar el calendario de su reloj de bolsillo, se arrellanó cómodamente en su asiento, conservó el abrigo puesto y se puso a leer el periódico, pero, aquella noche, pegó a su hijo pequeño, quien, veinte años más tarde, se uniría al NSDAP, o Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes.

18. NO EXISTE TAL COSA

Uno de los artículos de la fe moderna —un texto defendido con ardor a pesar de su naturaleza dudosa— estipula que el carácter nacional no existe. No está permitido generalizar acerca de un pueblo en su conjunto: por ejemplo, en los Estados Unidos acerca de los negros, los judíos o los católicos. Este artículo, igual que ocurre con otros de creencias más antiguas, puede, por supuesto, quedar en suspenso (y así se hace en todas partes) mientras dure la guerra. George Washington dijo que los nativos de Nueva Inglaterra eran «un pueblo tremendamente sucio y despreciable»; Alejandro I de Rusia dijo que los franceses eran «el enemigo común de la humanidad»; y el Doctor Joseph Goebbels dijo que «los ingleses son una raza de personas con las que solo se puede hablar una vez que les has hecho saltar los dientes de un puñetazo». Que cosas así no solo las dicen personas civilizadas en tiempos poco civilizados o personas poco civilizadas en tiempos civilizados puede comprobarse gracias a la observación del general Nathan DeWitt, comandante del Ejército de los Estados Unidos para el área de la Costa Oeste, en 1942: «Un japo es un japo. Que sea o no estadounidense no supone ninguna diferencia. Que le hayas facilitado un trozo de papel no le hará cambiar. La raza japonesa es una raza enemiga».

Entre 1933 y 1945 se dijeron las cosas más curiosas —algunas de ellas erróneas, como ocurre con lo que se dice en momentos de pasión partidista — acerca del pueblo alemán en su conjunto. Aunque las consecuencias políticas de algunas de ellas fueron desafortunadas, creo que era correcto generalizar acerca de los alemanes. El carácter nacional existe, incluso si los nazis afirmaban que existe.

Esto no quiere decir que el carácter se vea condicionado por aspectos nacionales, raciales o religiosos, o que cada miembro de la nación posea ese carácter en el mismo grado, o en grado alguno siquiera. Solo quiere decir que es posible encontrar un rasgo —interno y externo— lo bastante acentuado en una proporción lo bastante amplia de slobovianos[12] en todas

partes como para que este se manifieste de forma clara tanto en el comportamiento de los slobovianos en general como en el de Slobovia como nación. Y esto aun a pesar de las radicales diferencias que existen entre las tribus de Slobovia. Solo quiere decir que está justificado que busquemos, como mínimo, qué es lo que tienen en común, incluso peculiarmente en común, los alemanes, por ejemplo.

Desde luego, lo que descubrimos como carácter nacional no es excusa para que ningún pueblo en su conjunto haga nada contra otro pueblo en su conjunto, pues ningún pueblo ha podido probar que posee la superioridad moral sobre otro durante toda su existencia colectiva. La mujer que hizo una pantalla con la piel de judíos inocentes era alemana, pero el hombre que hizo una manta con los cueros cabelludos de indios inocentes era estadounidense. No todos los estadounidenses actuaron de este modo, ni tampoco todos los alemanes. E, incluso si únicamente existiese un alemán inocente o un estadounidense inocente, asociar el carácter nacional con el derecho o —aún peor— el deber de hacerles algo a todos los de esa nacionalidad representaría un grandísimo error. Al hablar de los colonos americanos, Edmund Burke no dijo que no era capaz de caracterizar a todo un pueblo, sino que no era capaz de acusarlos a todos.

Del hecho de que exista un carácter nacional tampoco se desprende que tales características sean ni innatas ni indelebles. Sin duda el carácter nacional romano cambió entre Rómulo y Rómulo Augusto. Los españoles fueron el terror del mundo, hace unos siglos; como, un poco más tarde, lo fueron los suecos. Y antaño los norteamericanos eran sobrios, devotos y frugales. En una de sus despiadadas notas a pie de página, Gibbon dijo: «Nos evitaríamos mucha tontería erudita si nuestros anticuarios se dignasen a pensar que es natural que condiciones similares produzcan costumbres similares».

El distinguido inglés que no hace mucho acusaba al pueblo alemán de criminalidad congénita pasaba por alto que, en opinión de respetables historiadores ingleses, los rasgos principales del carácter inglés no son en absoluto celtas, sino germánicos, por no mencionar que el *Times* de Londres del 11 de noviembre de 1870 reproducía la siguiente carta al director:

«El que la noble, paciente, profunda y piadosa Alemania se consolide al fin como una nación, y se convierta en la Reina del Continente, en lugar de la fanfarrona, jactanciosa, gesticulante, peleona, inquieta e hipersensitiva

Francia, me parece el acontecimiento político más esperanzador ocurrido durante mis tiempos. Con mis más atentos saludos, T. Carlyle».

Especular sobre cuáles sean la causa y la curación de los alemanes no es necesariamente perjudicial, ni es preciso tampoco que dicha especulación implique germanofilia o germanofobia. A medida que en Europa el polvo se ha ido asentando, Alemania y los alemanes han emergido y ocupan de nuevo un lugar preeminente como asunto por resolver y, probablemente, sin solución. Si, en la presente división mundial, Alemania fuese toda ella una, ya sea gobernada por despotismo o por un gobierno constitucional, tendríamos una base sólida para predecir el futuro próximo de Europa y tal vez de todo el mundo. Pero Alemania está dividida, los alemanes están divididos, y el alemán mismo se encuentra dividido. Sesenta millones de alemanes conforman el campo de batalla incruento de la paz que precede a la guerra. Los contendientes no tienen tiempo para preguntarse en qué consiste la recompensa que persiguen, a pesar de que el saberlo podría facilitarles la empresa. Para todos ellos, en su respectivo apresuramiento, Alemania es tantas bases, tanta producción o producción potencial, y tantas unidades formadas por tantos hombres. Pero Alemania, igual que Rusia, los Estados Unidos o Slobovia, es especial. Alemania es los alemanes.

El comportamiento de Alemania como nación —y, al parecer, de la mayoría de los alemanes— entre 1933 y 1945 es la muestra de un carácter muy poco atractivo. Entre el millón más o menos que escaparon, o trataron de escapar, del nacionalsocialismo, había muchos que se oponían a él por principio. Tal vez un millón más lo combatió, o trató de combatirlo, desde dentro. A unos cuantos millones más no les gustaba. Pero hubo tantos alemanes a quienes les gustaba (y no solo una parte de ellos, sino en su totalidad) que se puede concluir con justicia que representaba el carácter nacional predominante del momento. Y el nacionalsocialismo, concebido en Alemania, partiendo del carácter alemán, es lo peor que el ser humano moderno ha hecho nunca.

Peor, sin duda, que el comunismo: pues no es la actuación de los sistemas políticos lo que los justifica o los condena, sino sus principios. Se supone que el comunismo, por principio, es el representante de los miserables de la tierra y que no excluye a nadie de la redención comunista a causa de su naturaleza. Los nazis, por el contrario, se consideraban la élite de la tierra y consignaban a la perdición a categorías enteras de personas solo por su naturaleza. Es posible que las diferencias entre estos dos

totalitarismos no susciten gran interés dado el actual talante del cristiano occidental. Sin embargo, sigue habiendo diferencias.

El nacionalsocialismo podría haber surgido en cualquier lugar del mundo moderno, pero hasta el momento eso no ha sucedido. Hasta ahora, es exclusivamente alemán. Y el engaño y autoengaño que este demandaba se le exigió a un pueblo que, de acuerdo con los parámetros usuales, poseía un grado de civilización altamente avanzado. La música y el arte alemanes, la literatura y la filosofía alemanas, la ciencia y la tecnología alemanas, la teología alemana y su educación (especialmente en los niveles superiores) se consideraban parte integral de los logros de Occidente. La honestidad, la laboriosidad, las virtudes familiares y el gobierno civil alemanes constituían el orgullo de otros países occidentales donde los alemanes se instalaban.

—Creo —dijo el profesor Carl Hermann, que nunca abandonó su patria— que aún hoy el mundo exterior no se da cuenta de lo mucho que nos sorprendimos en 1933 los que no éramos nazis. Cuando se instauró una dictadura popular en Rusia, y luego en Italia, nos dijimos: «Esto es lo que ocurre en los países atrasados. A pesar de todos nuestros problemas, nosotros somos afortunados porque esto no puede pasar aquí». Pero sí que pasó, y fue peor que en ningún otro lugar, y me parece que ni todas las explicaciones disipan por completo este misterio. Cuando pienso en todo aquello, sigo diciéndome, con incredulidad: «En Alemania, no; no en Alemania».

Los alemanes son refractarios a cualquier análisis simplista de su comportamiento social. Todos los factores relevantes de su desarrollo se pueden encontrar asimismo en otros pueblos que, al menos recientemente, no se han comportado tan mal como los alemanes. Decir que fueron cristianizados tarde es demasiado fácil; lo mismo les sucedió a los escandinavos. Tampoco sirve decir que la noción de igualdad, ya vaya o no unida al cristianismo, es nueva para Alemania: las guerras de los campesinos alemanes del siglo xvi fueron sin lugar a dudas igualitarias. Es cierto que los alemanes tardaron en convertirse en una nación, pero a los suizos les ocurrió comparativamente lo mismo, y los italianos tardaron tanto como ellos. La industrialización tardó un siglo en llegar a Alemania, pero aún más a Checoslovaquia y a Finlandia, y aún hoy no ha llegado a la India.

Por lo que respecta a los alemanes, todos estos retrasos son marginales o, como mucho, poco concluyentes. Queda una conclusión fácil: que hay algo no solo distinto, sino peculiarmente distinto en los alemanes. La

consecuencia menos importante de esta fácil deducción es que han proliferado las teorías acerca de los alemanes, así como los estudios que las sustentan o las desmontan. Esta proliferación ha llegado a tal punto que ser objeto de estudio es la profesión más frecuente en Alemania. Los extranjeros (a excepción de los franceses, que son inmunes a los alemanes) son incapaces de pasar una semana en el país sin contraer un pernicioso caso de teoría.

Pero la consecuencia de mayor calado de esta deducción es mucho más terrible, a saber: que los propios alemanes la dan por válida. Y, como sabemos, los alemanes no hacen nunca nada a medias. Deberíamos hablar de la teoría-pasión, porque en eso se convierte la teoría cuando cae en manos de los alemanes: la idea de que en los alemanes existe algo distinto contribuyó a la génesis del nacionalsocialismo. Pero permea toda la cultura germánica: nazi, no nazi, antinazi y prenazi. Da por sentada la existencia de un «espíritu germánico» como algo singular y, sobre todo, muy interesante. Benedetto Croce, un «germanófilo confeso», observando que en Alemania abundaban las inscripciones de «*deutsche Treue, deutsche Tapferkeit, deutsche Grossmut*» (fidelidad germánica, valor germánico, generosidad germánica), concluyó con ironía que los alemanes habían «requisado para ellos todas las virtudes propias de los humanos».

Y, al tiempo que los alemanes se atribuían a sí mismos ese espíritu, les asignaron a otros pueblos otros espíritus, no germánicos y (de acuerdo con el orgullo local) inferiores. El comportamiento de los judíos no podía entenderse en términos prosaicos ni era posible hacer diferencias entre un judío y otro. El «espíritu judío», una idea vagamente sustentada en interpretaciones erróneas de los antiguos, desde Moisés a Esdras, bastaba para explicar el comportamiento de los judíos. Y cuando un judío —o un inglés, o un cocodrilo— se comportaba bien, como sucedía muy de vez en cuando, y no era posible explicarlo por el espíritu peculiar de la especie en cuestión, se descartaba como una aberración. Finalmente, en una reacción igual y opuesta a esta, el resto del mundo, al caer víctima de la fantasía del «espíritu germánico», lo aceptó como algo que existía, que era único, muy interesante y, en general, desagradable.

Este «espíritu germánico», acogido por el corazón alemán como algo innato e indeleble, generó, como era inevitable que así fuera, un mundo independiente del sentido y de la experiencia comunes. Este «espíritu germánico» dio origen tanto a un idealismo filosófico alemán desvinculado

de la historia como a un racismo alemán desvinculado de la biología. Pero ¿cómo nació este «espíritu germánico»?

19. LA OLLA A PRESIÓN

Tengo un amigo, en los Estados Unidos, con el que una vez debatí el asunto de las condenas de prisión por un periodo indefinido para determinados delitos. Él estaba en contra de cualquier tipo de penas de prisión y era en cierto modo una autoridad de primera mano en el terreno de la penología. A lo largo de su vida, se había largado de media docena de cárceles y penitenciarías, como él decía, sin pedir permiso. Cuando le conocí, iba camino de la Institución para Delincuentes Psicóticos en Menard, Illinois. Nadie podía escapar de Menard. Unos meses más tarde, mi amigo lo logró, y, la última vez que supe de él, estaba en Alcatraz.

—Déjame que te explique —me dijo Basil Banghart, pues ese era su nombre— qué es lo que no funciona en las penas indefinidas. Si tú me dices que coja un pedrusco enorme y lo acarree, y te pregunto «¿Adónde?», y tú me dices «A aquel montón de allí», y el montón está a un kilómetro, dos o cinco de distancia, y te digo «¿Y entonces puedo dejarla?», y tú me dices que sí, seré capaz de cogerla y acarrearla. Pero si te pregunto «¿Adónde?», y tú me dices «Hasta que yo te diga que ya puedes dejarla», bueno, pues entonces no podría ni moverla. En ese caso mi situación sería como la de un nativo americano que conocí en la Penitenciaría Federal de Marietta Avenue en Atlanta, Georgia: no soy lo bastante fuerte para cargarla.

Tuve la impresión de que, en cierto modo, todos y cada uno de mis diez amigos nacionalsocialistas, así como la gran mayoría de los alemanes que he conocido, sin importar cuál fuese su historial político, su fortuna, su estatus o su educación, cargaban con un *Überfracht*, un exceso de equipaje, que, en palabras del nativo citado por Basil Banghart, no eran lo bastante fuertes para cargar. Se diría que hay algo pesado en los alemanes; aunque no, desde luego, en todos ellos, y no en idéntica medida ni de idéntica forma en todos aquellos que lo poseen. ¿Cuántos de ellos son pesados? ¿Qué tanto pesados son? No lo sé. No puedo imaginarlo. Todo lo que sé

(como cualquier turista que se haya dignado bajar del autobús habrá podido observar) es que en los alemanes parece haber algo pesado.

Sus bolas de masa hervida, su liturgia, su *Blitzkrieg*, son pesados. Lo mismo ocurre con su humor. Hasta tienen una palabra para designar el regocijo ante la desgracia ajena. Sus reverencias y cortesías son pesadas, como sus óperas (en especial, sus óperas ligeras). También su poesía, con Goethe como casi única excepción (y no siempre: lean su *Erlkönig*). Los fantasiosos han llegado a decir que las piernas de sus mujeres —exceptuando en este caso a Marlene Dietrich, como a Goethe en poesía— son pesadas.

Se desata un clamor. Nuestros amigos alemanes pegan un puñetazo en la mesa (tomamos buena nota de que pegan un puñetazo en la mesa) y preguntan si hay que creer entonces que Mozart es pesado. No, no es así: hay que creer que procede de Viena. ¿Hay que creer, pues, que Stefan Georg es pesado? No, no es así; hay que creer que se exilió en Suiza. ¿Qué pretendemos al hablar de «los alemanes»? ¿Qué nos parecería que alguien dijese que «los americanos» solo piensan en el dinero? (Se oye un grito de: «Es cierto», por encima del clamor.) ¿Nos gustaría? No, pero ¿cómo podemos juzgar nuestra locura?

¿Por qué es la política alemana tan desesperantemente pesada? ¿Su erudición, tan maravillosamente pesada? ¿Por qué su filosofía, con la Voluntad, el Deber y el Destino como temas centrales, es aún más pesada que su legislación y sus fuentes públicas? Su lengua —¿qué más se puede decir después del *Awful German Language* (*La horrible lengua alemana*) de Mark Twain?[13]— es tan mortalmente pesada que no es posible dominarla sin que alguien te obligue a ello. «*Strč prst skrz krk*», la expresión checa para decir «Ponte el dedo en la garganta», es, sin duda, bastante pesada, pero «*Die, die die, die die Äpfel gestohlen haben, anzeigen*» es una forma no menos imposible de decir, en alemán: «Quienquiera que denuncie a los ladrones de manzanas».

No se puede decir de los alemanes (como sí se puede de los suecos) que sean aburridos, pues los alemanes son capaces de las ocurrencias más peregrinas; o (como de los suizos) que los encuentras engreídos, pues los alemanes tienden a ser inseguros; o (como decimos de los ingleses) que los alemanes son pomposamente reservados, pues la pomposidad alemana es siempre asertiva (durante siglos, los modistos parisinos han denominado el busto alto como «*à la prussienne*»); o (como en el caso de los rusos) que

son impasibles (o, cuando están de nuestro lado, estoicos), pues los alemanes se quejan continuamente. Se supone que hay algo fascinante en la emotividad de los húngaros; en los alemanes, esta emotividad es maníaco-depresiva, y deprimente. Lo que sí tienen los alemanes, ya estén desfilando o bailando, aullando o cantando, es una cierta pesadez.

La mano del alemán se abate pesadamente, ya sea sobre su mujer, sus hijos o su perro, sobre él mismo o sobre sus enemigos. Sus pasos son pesados, como bien sabemos, y sus pisadas, incluso cuando está cogiendo setas, agachado en el bosque, son pesadas. Sus bosques y sus inviernos, todo su mundo, son pesados. El alemán —como es natural, con varios millones de excepciones, que incluyen a provincias enteras— parece ser un hombre muy, muy pesado. ¿Cómo puede un pueblo vivir con los daneses a un lado, los franceses a otro, los polacos a otro, y los austríacos e italianos en el otro y desarrollar una forma de ser tan extraordinariamente distinta a la de sus vecinos? Únicamente los suizos del norte y los holandeses renanos se les parecen, y a ambos les encanta que les tomen por alemanes.

Este catálogo de características alemanas es, por supuesto, una exageración hasta cierto punto disparatada. Prescinde de toda una gama de variaciones en cuanto a personas y lugares. El vino alemán del Mosela es tan ligero como el Moselle francés que se cosecha en la otra orilla del río. Y tanto Goethe como Dietrich son alemanes, y, de haber vivido en la misma época y la misma ciudad, podrían haber sido buenos amigos. Además, ¿quién no ha visto a un escocés o un bengalí cuyo occipucio y clavícula forman un único plano, o un alemán con idéntica característica, sin decir: «Mira la nuca de ese alemán»? Permítasenos, de todos modos, decir que en los alemanes parece haber algo pesado.

Esta pesadez posee características propias. No indica solidez, pues los alemanes son el compuesto humano más volátil que existe. Tampoco indica reposo, pues los alemanes son laboriosos como castores. No es un peso muerto que ha llegado lo más lejos posible y se ha congraciado con la gravedad. Más bien, posee un carácter vivo, que ejerce una presión perpetua y requiere una contención constante, como un muro con contrafuertes. Denota una presión y su consiguiente presión contraria, y diría que ellas dos explican (mejor, al menos, que otras ideas más toscas) la autocracia alemana en el interior y la agresividad alemana hacia el exterior.

Evidentemente, aquí hablamos de una materia viva, de personas, y comparar el «espíritu alemán» con una interacción centrífuga y centrípeta

(aparte de ser una obviedad) posiblemente sea una analogía poco sólida. Pero no nos hará ningún daño establecer esta analogía si, al hacerla, tenemos presente que la analogía y las quimeras son primas hermanas.

Tratar de explicar el comportamiento humano basándonos en presiones y contrapresiones requiere haber admitido de antemano que la presión psicológica es tan real como la presión «real». De entrada, los alemanes han sufrido en gran medida la presión «real». Lamento tener que decir que Hitler dijo que Alemania estaba cercada, porque lamento tener que decir que Hitler estaba en lo cierto. Alemania tiene más fronteras —y son fronteras «blandas»— y más vecinos distintos que cualquier otra nación del mundo. Sus habitantes conocieron por primera vez el mundo y fueron conocidos por este debido a la invasión hostil de su territorio.

Así pues, alternando entre prepararse para ser invadido e invadir a su vez, el país ha estado defendiéndose contra esta invasión, de forma inconsciente, desde la sucesión española al Sacro Imperio Romano Germánico, y de forma consciente desde la destrucción de dicho imperio por parte de Napoleón. Por fin, con la Paz de Pressburgo, en 1805, el foco de la presión europea recayó sobre la futura nación alemana, y ahí sigue. Desde Richelieu a Barthou, el principio básico de la política exterior francesa ha consistido en cercar a Alemania. La corta vida de los ministerios del Plan Schuman en Francia desde que se produjera el primer y tímido intento de *rapprochement* posterior a 1945 sugiere que este principio sigue operativo.

El Mar del Norte, lejos de ser una costa abierta, ha constituido el «frente del norte» contra Alemania desde el siglo xvii. Una Dinamarca hostil y unos Países Bajos poco amistosos (y a menudo hostiles) han amenazado esta única salida alemana al mar, con el apoyo de Inglaterra y Suecia. Los franceses se apropiaron de él en el siglo xviii, y los ingleses lo cerraron en el xix. La Primera Guerra Mundial terminó con los «poderes centrales», es decir, Alemania, más central que nunca, doblemente cercada: geográficamente, por la partición de Austria-Hungría y la creación de Checoslovaquia y del Corredor polaco; políticamente, por la alianza mundial que excluyó a Alemania y a Rusia. Lo que en un principio espoleó a los nazis no fue el antisemitismo, o el socialismo o el Nuevo Orden; su primer eslogan fue «Rompamos las cadenas de Versalles». En 1756, al firmar la paz con Rusia, el *alter Fritz*, Federico II, había roto el cerco antes

de que este se completase. El *kleine Adolf* tuvo que comenzar con el cerco cerrado.

En 1888 Guillermo II, por aquel entonces príncipe heredero, le escribió a Bismarck que Rusia se estaba «limitando a esperar el momento propicio para atacarnos en alianza con la República [francesa]». Bismarck no lo veía así, pero el año anterior, para prevenir una guerra en dos frentes, había firmado un tratado secreto con el zar, comprometiéndose a apoyar la ocupación por parte de este último de la entrada al Mar Negro. «Me despierto gritando —escribiría más adelante, cuando Guillermo le acusó de ser prorruso— cuando sueño que nuestra alianza con los rusos fracasa.» Tenía razón: su destitución, y el abandono de su política por parte de Guillermo, favoreció la entente franco-rusa y la destrucción de la Alemania imperial.

Lo que el resto del mundo considera una agresión alemana es para los alemanes su lucha por la liberación. Y esta liberación tiene lo mismo en común con la libertad individual que las de Polonia o Abisinia o Corea del Sur: nada en absoluto. «No quiero nada que sea de otros —dice el campesino en la historia popular—, solo quiero lo que es mío.» Cada agresión es una defensa —en el peor de los casos, una defensa prematura—, incluyendo la del 1 de septiembre de 1939. ¿Acaso no habían hecho los franceses e ingleses, durante julio y agosto, frenéticas proposiciones a Moscú, para reforzar el cerco de Europa? ¿Les habían importado sus diferencias ideológicas con los comunistas? ¿Por qué deberían importarles a los alemanes? ¿Quiénes (excepto, por supuesto, los ingenuos que leen y escriben los periódicos) podían suponer que la ideología tuviese algo que ver con esto? Doce duros años más tarde, Herr Schumacher, el líder socialdemócrata, se levantó en el Bundestag para decir: «La contribución militar alemana solo tiene sentido si las democracias mundiales están dispuestas a defender Alemania ofensivamente en el este».

«Defender Alemania ofensivamente.» El afán de Guillermo por conseguir «un lugar bajo el sol» equivale al «espacio vital» de Hitler. En 1914 la poderosa economía alemana dominaba el continente. En 1939, la densidad de población de Alemania era menor que la de Inglaterra. El asunto tenía algo que ver, pero solo algo, con la densidad de población y la economía, y aún menos con las colonias. Lo que Alemania reclamaba eran todos los lugares bajo el sol, todo el espacio vital. Quien siente que no puede respirar en una cabina de teléfonos, no podrá respirar tampoco en una

carpa de circo. La pesadilla de Bismarck es la pesadilla perpetua de Alemania.

Quienes sostienen la teoría de que la agresión constituye una pauta consciente, deliberada, de la historia alemana —y aún más quienes sostienen que forma parte de la naturaleza alemana— han tenido siempre dificultades para explicar la indiferencia de Bismarck ante la expansión colonial y el pangermanismo. Armó Alemania hasta los dientes, creó un Estado de una potencia brutal más deprisa que ningún otro hombre en la historia, a excepción de Federico Guillermo I y Adolf Hitler, pero ¿cuál era su propósito? Su propósito nunca flaqueó: con el poder e incluso la guerra como medios, se proponía perpetuar el Reich alemán que él creía haber completado.

La presión exterior —no importa si es real o imaginaria— originó las presiones contrapuestas de la rigidez alemana y el estallido alemán, la tendencia ordenada y explosiva de la olla a presión. ¿Hasta qué punto será rígida esta rigidez? ¿Cuán grande será la explosión? La respuesta es: ¿cuán potente es la presión? Lo mismo podrías preguntarle a la zanahoria que está en la olla hasta dónde quiere ser lanzada, o pedirle al dictador alemán que ponga límite a sus pretensiones. Era inevitable que se produjese la deriva desde el sentimiento lincolniano de *Deutschland über Alles*, «La Unión por encima de los Estados», hasta sus connotaciones posteriores de dominación del mundo. No hay base alguna para suponer que la Alemania que hemos conocido en épocas recientes se habría frenado antes de llegar a dominar el mundo, ni que se habría detenido ahí. ¿Cuánto aire necesita el hombre de la pesadilla cuando grita «No puedo respirar»?

¿Qué encontramos dentro de la olla a presión, entre las zanahorias? Encontramos un modelo de organización perfecto, ya se trate de la limpieza de las calles, de la Iglesia o del campo de concentración, del orden hegeliano del Estado moral absoluto o del orden kantiano del universo moral absoluto.

¿Quiénes sino los alemanes se han atrevido a aspirar a llegar hasta las estrellas, deshaciéndose de las ligaduras de la realidad que limitan el alma humana y reprimen a esa criatura vacilante, el hombre razonable? La ambivalencia de la realidad nos convierte a todos nosotros en Hamlets (cobardes, como dicen Hamlet y Hitler, quien mandó quemar *Hamlet*). Hitler cortó todas las ataduras contra las que se revuelven los hombres libres. No resolvió los problemas que inmovilizaban a su pueblo, sino que

los aplastó. Era un gran romántico. Le pregunté a mi amigo Simon, el cobrador «democrático», qué era lo que más le gustaba de Hitler:

—Ah —dijo de inmediato—, su «*So… oder so*», su «Haré lo que sea para lograr mis propósitos».

20. «PEORIA ‘ÜBER ALLES’»

Imaginemos que Alemania es una ciudad aislada del mundo exterior por una inundación o un incendio que avanza desde todas las direcciones. El alcalde decreta la ley marcial, y suspende los debates del pleno del ayuntamiento. Moviliza a la población, asignando a cada grupo una tarea. A la mitad de los ciudadanos se les destina de inmediato a asuntos públicos. Todas las actividades particulares —una llamada telefónica, el uso de la luz eléctrica, los servicios de un médico— se convierten en actividades públicas. Todos los derechos personales —dar un paseo, asistir a una reunión, manejar una imprenta— se convierten en derechos públicos. Todas las instituciones privadas —el hospital, la iglesia, el club— se convierten en instituciones públicas. Aquí, aunque no pensemos en llamarlo de otro modo que exigencia de la necesidad, tenemos la fórmula del totalitarismo.

El individuo renuncia a su individualidad sin rechistar, es más, sin dudarlo un instante. Y no solo a sus aficiones y gustos individuales, sino a su ocupación individual, sus preocupaciones familiares individuales, sus necesidades individuales. La comunidad primigenia, la tribu, emerge de nuevo, y preservarla se convierte en la función esencial de todos sus miembros. Lo que el día antes eran personalidades normales se convierten en «personalidades autoritarias». Algunos recalcitrantes deben ser castigados (enérgicamente, dadas las circunstancias) por descuidar o traicionar su deber. Algunos grupos deben ser vigilados o, de ser necesario, hay que meterlos en cintura: los elementos antisociales, los que gritan en favor de la libertad, los que animan a los pobres a rebelarse, y los grupos criminales conocidos. Para el resto de los ciudadanos —que componen aproximadamente el 95 por ciento de la población— el deber es ahora el núcleo central de su vida. Obedecen, al principio con cierta incomodidad, pero muy pronto, espontáneamente.

De repente la comunidad es un organismo, un solo cuerpo y una sola alma, que utiliza a sus miembros para sus propósitos. Mientras dure la

emergencia, la ciudad no existe para el ciudadano, sino que es el ciudadano quien existe para la ciudad. Cuanto más grave sea el aprieto de la ciudad, más trabajarán sus ciudadanos en pro de ella y más productivos y eficientes serán en interés suyo. El orgullo cívico se convierte en el orgullo más valorado, pues el fin último de los ingentes esfuerzos de todos consiste en preservar la ciudad. La meticulosidad es ahora la virtud más alabada, el bien común es el bien más valorado. (¿Hemos de considerar un milagro, pues, que el pueblo alemán, cuya nación ha puesto el mundo patas arriba, haya fundado las ciudades mejor ordenadas del mundo, las Milwaukees[14] de Estados Unidos, además de las de Alemania?)

¿Qué ocurre si la emergencia persiste, no durante semanas, meses o incluso años, sino durante generaciones y durante siglos? Un sacrificio constante requiere una compensación del único tipo posible. Poco a poco, Peoria —digamos que nuestra ciudad sitiada es Peoria— llega a considerarse distinta de Quincy, de Springfield o de Decatur. Ser peoriano es algo especial, algo, podríamos decir, heroico. Las leyendas acerca de la fundación de Peoria, que antaño se tomaban a la ligera, revelan que desde el principio nuestra ciudad no fue una ciudad común. Resulta que las leyendas eran ciertas. No es extraño que Peoria resista, que logre sus fines, solo hay que ver de qué materia están hechos los peorianos, cómo han sido siempre. Los peorianos son seres superiores, superiores en carne y hueso, su supervivencia lo demuestra.

Sus antepasados, recuerdan, fundaron la ciudad en las condiciones más terribles. Sus descendientes la librarán de una situación más terrible aún. Habrá una Nueva Peoria, una Gran Peoria, una Peoria Milenaria. Su fama resonará en todo el mundo, todos se prosternarán ante sus altísimas torres. Y Peoria será un modelo para la humanidad: el valor peorio, la resistencia peoria, el patriotismo peorio, serán un modelo para un mundo que, debido a que nunca ha intentado ser como Peoria, se ha vuelto blando, decadente, plutocrático, ha dejado que la podredumbre se apodere de él, así como los parásitos que esta conlleva.

Y, mientras tanto, ¿a quiénes, entre los peorianos, designaremos para que gobiernen el timón en nuestra hora, nuestro eón de lucha, en nuestro lugar de peligro? A peorianos que han sido probados y han demostrado su valía, hombres que han servido a la ciudad y nunca le han fallado, hombres que han representado lo mejor de Peoria ante el mundo, que siempre han reconocido sus glorias y las han ensalzado. Queremos a la Vieja Guardia,

no a la vanguardia; a los que hacen cosas, no a los que se quedan de brazos cruzados; a los que piensan con claridad, no a los escépticos; a los que creen en Peoria, no a los quejicas ni a los cascarrabias. No queremos a los hombres que siempre se propusieron rehacer Peoria y que creen que esta prueba es su oportunidad; este no es, precisamente, un momento para la disensión.

Aquí se cultivarán aquellas cosas que un país honra. ¿Qué les enseñaremos a los jóvenes peorianos, a nuestros descendientes? ¿Qué clase de vida les presentaremos como la vida más deseable? Pues el tipo de vida que deben vivir para liberar a su ciudad, una Peoria oprimida y rodeada. Los pusilánimes y decadentes deben desaparecer, y con ellos las vacilaciones, los caprichos, el libre pensamiento que malgasta el tiempo y las energías de nuestro pueblo, que lo distrae de la necesidad primordial de su ciudad y degrada su moral y sus gustos. Como el gran político y orador Daniel Webster habría dicho, el peorianismo es firme, rocoso, recubierto de cobre; fogoso; carece de dudas y de divisiones; sólido, serio, robusto, sencillo, valiente, limpio y auténtico. Todas las influencias que reciba nuestro pueblo (y, sobre todo, nuestros jóvenes) deben ser peorianas.

Nosotros los peorianos no podemos vivir como los demás. No lo haríamos aunque pudiésemos. Miradlos a todos —Quincy, Springfield, Decatur—, irremediablemente poco preparados para una lucha como la nuestra, con su irritante parlamentarismo (el debate sobre la Ley de Préstamo y Arriendo,[15] las sesiones que investigan el asunto entre McCarthy y el ejército), sus corruptelas democráticas (el escándalo del Teapot Dome, el del 5 por ciento), su individualismo corrosivo (Tommy Manville, H. D. Thoreau). Mirad cómo engordan mientras Peoria pasa hambre. Mirad cómo sacan partido de la postración de Peoria. Quincy, Springfield, Decatur siempre han odiado a Peoria. ¿Por qué? La respuesta salta a la vista: porque somos mejores que ellos.

¿Por qué los polacos, espoleados por los ingleses, o los serbios, espoleados por lo rusos, iniciaron guerras contra Alemania? Al principio pensé que la fanfarronería nacionalista de mis diez amigos nazis —exceptuando al profesor y, en menor medida, al ebanista y al empleado de banca— alcanzaba un nivel que yo no había visto nunca. Y luego me vino algo a la memoria: el «chico nuevo» de mi barrio, en la Avenida Calumet de mi infancia, rodeado por una pandilla de matones e intentando salir vivo de

allí a base de bravatas. «Verás cómo mi padre puede darle una paliza al tuyo.» Verás cómo mi patria puede darle una paliza a la tuya.

—El mundo entero ha estado siempre celoso de Alemania —dijo mi amigo el cobrador—. ¿Y por qué no? Nosotros los alemanes somos los líderes en todo.

—Nosotros los alemanes —dijo mi amigo el sastre, el único de los diez que merecía ser llamado ignorante, y un ignorante perezoso, por ende — somos el pueblo más inteligente del mundo, y el más trabajador. ¿Es extraño, pues, que nos odien? ¿Cuándo ha visto usted a un inglés o un judío que trabajen si no tienen que hacerlo?

—En dos ocasiones hemos tenido que luchar contra el mundo entero, nosotros solos —dijo el panadero—. ¿De qué sirven los japoneses o los italianos?

Pero, como era de esperar, fue el sastre quien mencionó el meollo del asunto:

—Ganamos las dos guerras y las dos veces fuimos traicionados.

21. EL CHICO NUEVO EN EL BARRIO

Alemania es el «chico nuevo en el barrio» del mundo occidental. Una de las consecuencias duraderas de la Primera Guerra Mundial fue la unificación de una Alemania algunos de cuyos estados, hasta entonces, habían tenido sus propios reyes y cortes, sus propios ejércitos, embajadores y sistemas postales. Y ni siquiera la guerra completó esta unificación. Tanto Baviera como Prusia, que se odiaban mutuamente, desafiaron a la República de Weimar impunemente, una desde la derecha, la otra desde la izquierda.

En 1871, las docenas de «Estados soberanos alemanes» fueron forzados a unirse a Prusia, de la que el rey de Württemberg había dicho, medio siglo antes: «Prusia pertenece tan poco a Alemania como Alsacia». La Alemania inexistente de 1870 estaba compuesta por entero de extranjeros, tan dispares étnica e históricamente que un prusiano del este o un bávaro tanto podían pasar por polacos o por austríacos, respectivamente, como por alemanes. A los alemanes solo se les podía distinguir por la lengua, y no siempre: el alto y el bajo alemán son tan inteligibles el uno para el otro como el alemán y el holandés.

La propia lengua —Leibniz la definía como un *Mischmasch*— reflejaba el mestizaje alemán, era una «desgracia» que las élites dejaban para el populacho. «Nunca he leído un libro alemán», presumía el mayor héroe alemán a finales del siglo xviii. Y su amigo Voltaire escribía desde la corte prusiana: «Todos hablamos en francés. El alemán se deja para los soldados y los caballos». El nacionalismo anterior al nazismo había tratado de eliminar del lenguaje las palabras «prestadas» —incluso términos europeos universales como «teléfono»— y el nacionalismo nazi intensificó esta campaña. Pero fue en vano: el alemán siguió siendo un *Mischmasch*.

El nacionalismo alemán era, y es aún, el esfuerzo por crear una nación. La independencia de los antiguos estados alemanes tenía sus cosas buenas, a pesar de la ridícula fragmentación que perpetuaba, así como sus docenas de noblezas anquilosadas y sus torpes cortes ruritanas[16] que imitaban a un

Versalles desaparecido. La cultura florecía en ellos (por supuesto, siguiendo el capricho de príncipes caprichosos), pero fue bajo esos príncipes y su mecenazgo interesado cuando la cultura alemana logró su grandeza. Tal como Goethe le confió a Eckermann, su secretario, sería bonito poder atravesar los treinta y seis estados sin que a uno le registrasen el equipaje treinta y seis veces, «pero si alguien sueña con la unidad de Alemania bajo una única gran capital para toda la nación, y cree que esta gran capital fomentaría el desarrollo del genio o contribuiría al bienestar del pueblo, se engaña».

La nacionalización de Alemania, aunque llegó demasiado tarde para realizar la función histórica que había cumplido en todos los demás países, era imparable. Cuando el filósofo liberal Feuerbach le escribió a su amigo Friedrich Kapp «No daría ni un alfiler por una unidad que no esté basada en la libertad», Kapp, un veterano de la Revolución de 1848, que había abandonado su país para encontrar la libertad, le respondió desde los Estados Unidos: «Desde luego, es desagradable que Bismarck, y no los demócratas, haya conseguido esta magnífica consolidación, que es gobernada por los Junkers reaccionarios y los viejos burócratas prusianos. Pero ¿acaso no se ha conseguido el resultado? ¿Importa quién haya sido responsable de un logro tan grande?».

Alemania era una nación, pero en 1871 era prematuramente una nación; y era igualmente prematura en 1914 y en 1918. Como todos los advenedizos, la nación alemana estaba, y está aún, obsesionada por hacer alarde de su riqueza, de su nacionalidad, y siente un terror desesperado de perderla, no de que sea desmembrada desde fuera, sino de que se desmorone desde dentro. Los ingleses y los franceses saben que son ingleses y franceses. Cuando le pregunté a un comunista danés si, en su corazón, se sentía danés o comunista, me dijo: «Qué pregunta más tonta: todos los daneses son daneses». Pero un alemán necesita que le aseguren que es alemán. La olla a presión alemana requería, y requiere aún, tener el fuego virulento y fusionante del fanatismo bajo ella.

Hasta hace poco, tanto Rusia como los Estados Unidos de América se habían ahorrado esta peculiar experiencia del nacionalismo alemán, en parte debido a que su historia nacional es más larga, en parte debido a su aislamiento. Como los otros dos «pan», el paneslavismo y el panamericanismo, el pangermanismo expansionista es la consecuencia, no demasiado paradójica, del temor a la descomposición. Mientras la frágil y

cohibida nación alemana esté amenazada, tanto interna como exteriormente, amenazará a su vez al mundo, y los estadistas extranjeros que dividen a los alemanes entre amigos nuestros y amigos de los otros harían bien en recordar que los alemanes que no son ni lo uno ni lo otro, o que son una cosa hoy y otra mañana, están pensando en Alemania, y no en la democracia o el comunismo.

Igual que el nacionalismo alemán fue el esfuerzo por crear una nación, el racismo alemán fue el esfuerzo por crear una raza a partir de un grupo geográfico en el que ninguna de sus estirpes, si nos remitimos a los registros anteriores al nazismo de que se dispone, era de procedencia nórdica. La heterogeneidad étnica de los alemanes es mayor (si contamos a los austríacos como alemanes) que la de cualquier otro pueblo del mundo, a excepción de los rusos y los americanos.

En verdad, mis diez amigos, ninguno de los cuales alcanzaba o se aproximaba siquiera al estándar nórdico, rechazaban su «arianismo». Pero aceptaban, en cambio, una especie de «germanismo» racista, una mística biológica que, tal como me sorprendió descubrir, no eran los únicos en aceptar. Cuando le pregunté a una licenciada universitaria de la era prenazi, una intelectual antinazi, cuántos judíos quedaban aún en Kronenberg, me dijo:

—Casi ninguno, pero si quiere saberlo con exactitud debería tener en cuenta los datos biológicos tanto como los históricos y los religiosos.

Mi amigo Simon, el que hablaba del Talmud secreto, cuando me dijo que sí, que el judío Springer era un hombre honrado, y le pregunté cómo podía haber un judío honrado si el «espíritu judío» iba ligado a la sangre, replicó:

—Claro que va ligado a la sangre. Puede que salte una generación —sin duda no había leído a Mendel—, pero aparecerá en la siguiente. Solo cuando la proporción de sangre judía es lo bastante pequeña deja de constituir un peligro para el *Deutschtum.*

—¿Cómo de pequeña debería ser? —pregunté.

—Los científicos lo han calculado —respondió.

Herr Simon no era el único a quien preocupaba la «contaminación» de la raza. El hijo del sastre, Schwenke, hablaba a menudo de las «ofensas raciales», las relaciones entre «arios» y «no arios» de sexos opuestos, que entraban dentro del área de interés especial de las SS nazis. Tanto Simon como él me contaron, con algo de espanto genuino, mezclado, según me

pareció, con esa especie de excitación que suele acompañar a las conversaciones sobre relaciones sexuales, que los patronos judíos solían contratar criadas «alemanas» (hasta aquí era verdad, porque las criadas procedían en general del campesinado o de las clases trabajadoras no cualificadas), con el propósito explícito de «desgraciarlas». Por supuesto, ni Simon ni Schwenke poseían prueba alguna de ello.

Una vez —por lo que he podido averiguar, una única vez— se vio por las calles de Kronenberg a un judío llevando una pancarta en forma de bocadillo que decía «*Ich habe ein arianisches Mädchen beschandet*», «He desgraciado a una joven aria».

—Nadie le hizo ni caso —me dijo el policía Hofmeister.

—¿Por qué?

—A todo el mundo le daba pena.

—¿Por qué?

—Porque era totalmente absurdo.

—¿Absurdo?

—Sí. Imagínese a un chico judío. Tiene una novia alemana —el policía quería decir «no judía»—. Se pelean. Es algo que puede pasar. Se llaman de todo, luego intercambian amenazas. Ahora se odian mutuamente, aunque quizá aún sigan enamorados. Ya sabe, estas cosas pasan, Herr Professor. Ella amenaza con denunciarle. Él le reta a que lo haga, y ella lo hace. Y luego, esta…, esta cosa absurda.

El policía Hofmeister sentía menos remordimiento respecto a los gitanos, que fueron aún peor tratados que los judíos, si es que eso es posible, y por quienes no había voz alguna en el mundo que intercediese. Los gitanos, dijo el policía Hofmeister, que no hubiese afirmado lo mismo de los judíos, eran *Menschen zweiten Grades*, seres de segunda clase, infrahumanos.

—La idea —dijo— era preservar a los gitanos puros —es decir, a los biológicamente puros—, preservarlos intactos, si era posible, aunque, por supuesto, fuera de la estructura de los derechos alemanes. Pero los gitanos *Mischlinge*, los mestizos, los media casta, constituían un gran peligro para la raza, debido a las mezclas. La sangre gitana —me hizo pensar en el vals — era mala. A pesar de todo —quien hablaba era un hombre bueno que se pensaba que creía en «la sangre» y no en los condicionantes sociales—, era inevitable sentir pena por ellos, por las condiciones en que tenían que vivir,

sin hogares, ni pueblos, ni comida decente para sus hijos. ¿Qué otra cosa podían hacer?

—Debe reconocer, Herr Professor —dijo el panadero Wedekind—, que Hitler acabó con los mendigos y los gitanos. Eso fue una buena cosa. Los gitanos tenían muchos hijos, unos hijos encantadores, además, a quienes les enseñaban a robar y a mentir. En mi pueblo, cuando yo era niño, cerrábamos las puertas con llave cuando aparecían los gitanos; de otro modo, siempre estaban abiertas. Eran una raza foránea, una sangre foránea.

Tampoco él me hubiese dicho nunca que debía reconocer que Hitler había hecho algo bueno al librarse de los judíos.

Creo que lo que preocupaba tanto al policía Hofmeister como al panadero Wedekind era un conocimiento que ambos compartían. Los logros de los judíos en todos aquellos campos en que los «alemanes» destacaban producían en mis amigos un estado esencialmente esquizoide. La raza inferior, los judíos, era también, igual que los propios alemanes, superior. Los gitanos hubiesen sido un demonio mejor para el racismo alemán, de no ser porque el demonio era, por definición, sobrehumano a la vez que inferior. Los gitanos eran adecuadamente inferiores, pero, según el criterio alemán, no eran superhombres. Eran, literalmente, unos pobres diablos. Tendrían que conformarse con los judíos…, suponiendo que fuesen capaces de distinguirlos de los alemanes.

22. DOS CHICOS NUEVOS EN EL VECINDARIO

En otros países los gobiernos han estado dispuestos a fomentar el antisemitismo y sacar partido de él, aunque siempre deplorándolo. En Alemania, y solo en Alemania, se convirtió en la piedra angular de la política gubernamental. ¿Por qué? La peculiar ferocidad de la guerra civil, la guerra de hermano contra hermano, se le plantea a uno como hipótesis. No es una hipótesis original: Hermann Rauschning dice que Hitler le comentó una vez que los alemanes y los judíos no podían vivir juntos porque eran demasiado parecidos. Los alemanes y los judíos guardan una sorprendente similitud. Por supuesto, existen grandes y obvias diferencias entre ellos, porque los judíos son pocos, están desperdigados, proceden de una civilización antigua y su origen es meridional, mientras que los alemanes son muchos, están agrupados, son primitivos y proceden del norte. Que el judío tenga buen gusto y sea epicúreo, en mayor medida que los alemanes, es una mera consecuencia en parte de su origen geográfico, en parte de su indefensión. Que, al contrario de lo que sucede con los alemanes, posea una marcada pasión por la independencia personal, es una mera consecuencia de haberse visto excluido por el mundo; y su interés por la justicia, que no es tan destacado entre los alemanes, es a su vez la mera consecuencia de la injusticia que supone esa exclusión.

No existe (o no existía hasta hace muy poco) una nación judía capaz de sufrir presiones y ejercerlas a su vez, tanto sobre sus integrantes como sobre el mundo exterior. Cada judío es, individualmente, objeto y sujeto de las presiones que, en el caso de Alemania, la nación fomenta y ejerce. La diáspora interna de Alemania, la primera guerra de los Treinta Años, sentó los fundamentos del romanticismo alemán y la agresividad alemana. La historia de la combativa, incurablemente inquieta nación alemana dio comienzo cuando Alemania se vio hundida en la miseria. La historia del judío como individuo es paralela a esta. Pero lo que la nación alemana

podía buscar mediante su peso —su restauración, su «lugar»—, el individuo judío tenía que buscarlo mediante la rapidez.

Una vez dispersados y desperdigados, los judíos —que fueron antaño más ferozmente tribales que los alemanes— se vieron obligados por las circunstancias a convertirse en cosmopolitas. Este cosmopolitismo del judío aislado tuvo dos consecuencias opuestas. Oprimido por todas las naciones, el judío debe convertirse en un reformador de la nación, igual que Alemania, oprimida y aislada por el resto del mundo, debe convertirse en la reformadora del mundo. Al mismo tiempo, el judío debe ser el hombre más flexible de todos. Aparte de su religión —que, en el mundo occidental moderno, es tenue—, carece de molde alguno que le contenga y le dé forma. No tiene nada a lo que agarrarse, en lo que confiar, detrás de lo que esconderse cuando la guerra, la revolución, la hambruna, la tiranía y la persecución se abaten sobre él. Solo puede volverse hacia Dios.

El alemán tiene a Alemania. El individuo alemán, que ha vivido a lo largo de inmutables generaciones en su propio país, entre su propio pueblo y sobre su propia tierra, no ha necesitado esta flexibilidad y nunca la ha desarrollado. Lo que para un judío es el problema central de su vida no existe —debería decir, más bien, que no existía, pues los tiempos están cambiando— para un alemán.

Desde la colina del castillo de Kronenberg aún puede atisbarse la Alemania campesina en la segunda mitad del siglo xx: trajes con varios refajos (los delantales católicos y los protestantes se ataban de manera distinta), bueyes (y a menudo también mujeres y niños) que arrastran un barril perforado sobre ruedas por los campos para regarlos. La Primera Guerra Mundial significó una conmoción para los pequeños valles; sobre los muros de las iglesias rurales pueden contarse cien lápidas conmemorativas de la Primera Guerra Mundial, en un pueblo de mil habitantes. La juventud campesina comenzó a emigrar a las ciudades. Los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial expulsaron a los habitantes de pueblos y ciudades de sus casas y abarrotaron los trenes y las carreteras.

Después de 1918, el alemán sedentario, incapaz de adaptarse a las nuevas condiciones que le habían sido impuestas, esperando recuperar —en un gesto a la vez romántico y sin sentido— su mundo de antes, se sentía desconcertado y cada vez más indefenso, mientras que el judío se encontraba en el elemento dentro del cual, sin culpa (ni virtud) alguna por su parte, progresaba mejor: unas condiciones cambiantes que requerían un

ajuste rápido y radical. En lugar de decir que los judíos fueron el «elemento desintegrador» de la Roma imperial —una cita favorita de los nazis—, el historiador Theodor Mommsen debería haber dicho que el judío fue capaz, porque no le quedaba más remedio, de adaptarse a una Roma en descomposición, igual que a cualquier otro tipo de estado.

Entre 1918 y 1933 este hombre marginal, el judío, este *Luftmensch*, este hombre en el aire, frente a una situación que premiaba la velocidad y castigaba la pesadez, alcanzó tal poder en una Alemania en descomposición que sus logros se asemejaban peligrosamente a los de un superhombre. Pero ¿acaso no era el alemán quien debía ser el superhombre? Pues muy bien, entonces. Habría que revertir el orden en el que el judío usurpaba este papel, redefinir los parámetros del superhombre para que se ajustasen al alemán. El superhombre alemán no se adaptaría a este mundo: adaptaría el mundo a él. *So… oder so*.

El alemán dócil, moldeado por siglos de sumisión, no podía competir con el diestro judío. Alemania, la nación marginada, siempre había tenido que luchar para sobrevivir, pero no así el alemán. El alemán solo había tenido que hacer lo que le decían, mientras que para el judío hacer lo que le decían hubiese sido fatal. El judío tenía que correr riesgos, lo mismo que la nación alemana. Pero el individuo alemán, a no ser que estuviese borracho como una cuba, no era capaz de correr riesgos. El judío no bebía, tenía que ser ágil para sobrevivir. La nación alemana tenía que beber para conseguir ser más ágil, y ¿qué beben las naciones sino sangre?

Ya fuese en Alemania, en Inglaterra o en Rusia, en todas partes, de hecho, excepto en la Patria perdida, el judío tenía que ser ligero como una pluma y rápido como el viento. Como Alemania —pero no como el alemán —, se encontraba acorralado por vecinos hostiles. Tenía que luchar: de manera honrosa, si era posible, o deshonrosa, si era necesario, igual que la nación alemana. Lo mismo que la nación alemana, se veía empujado a todos los extremos y todos los excesos, tanto para bien como para mal, y su situación hacía emerger en él todas aquellas cualidades que la supervivencia exigía. Tanto Moses Mendelssohn como el proxeneta judío eran judíos, de igual modo que tanto la Alemania de Schiller como la de Streicher eran Alemania. Alemania es el judío entre las naciones.

—Siempre están exigiendo algo —me dijo la propietaria de uno de los ahora decrépitos pero eternamente populares hoteles vacacionales junto al lago Maggiore. Estaba hablando de los alemanes como colectivo—. Es

difícil precisar con exactitud qué es lo que exigen. Pero como se sienten incómodos, tienen que hacer que la dirección y el resto de los huéspedes se sientan incómodos. Igual que los judíos.

—¿Qué? —exclamé, sintiéndome colectivamente insultado.

Ella rió.

—No todos los judíos —dijo—, y, por supuesto, no todos los alemanes, solo los suficientes para que una siempre piense «los alemanes». Quizá sea un prejuicio mío. Yo también soy medio alemana.

Encontrarse rodeados, tanto imaginaria como realmente, ha producido en los judíos y en la nación alemana las actitudes compensatorias de superioridad y mesianismo. Cada uno de ellos tiene que salvar el mundo; solo así, salvando el mundo, pueden salvarse Alemania y los judíos. Pero ni el uno ni el otro son evangélicos. Ni la conversión (que implica humildad) ni el amor (que implica sumisión) tienen cabida en la misión de ninguno de ellos. La alternativa que queda es el dominio. Es, por supuesto, un dominio que se ejerce por el bien del dominado. Como hemos podido comprobar recientemente, en los alemanes los medios necesarios para lograr este dominio, que la intransigencia de sus pretendidos beneficiarios obligó a los benefactores a emplear, se tradujeron en un genocidio. Pero, antaño, el genocidio tampoco fue ajeno a los judíos, y, cuando la supervivencia exige métodos excesivos, la salvación del mundo entero ennoblece su utilización.

Para otros pueblos, en situación menos complicada, los prejuicios de los judíos contra los matrimonios mixtos resultan incomprensibles. Entre los occidentales, solo los nazis comparten estos prejuicios. No se trata aquí de limitaciones doctrinales, como ocurre entre los cristianos, donde la prohibición de contraer matrimonio puede quedar anulada gracias a la conversión. Para el nazi, un judío es siempre un judío; para el judío, el no judío es siempre un no judío. En ambos casos, es imposible esquivar la inferencia de contaminación. Y ni el nazi (que no es más que un alemán despojado de su religión) ni el judío tienen confianza alguna en que la tan temida contaminación se pueda diluir o disipar; para ambos, la preocupación primordial es la pureza. Tal vez otros pueblos consideren que atribuirse esta pureza es insolente, aunque no los alemanes ni los judíos. Pero esos otros pueblos viven en un mundo distinto del de los judíos y los alemanes. Estos dos viven en un mundo propio.

El judío alemán era el alemán perfecto. Seguramente, la *Enciclopedia Judía* tiene más citas procedentes de especialistas alemanes que de todos los

judíos del resto del mundo juntos. ¿Acaso ha existido alguna vez un alemán «mejor» que el consejero de Bismarck, el judío Bleichröder, o el de Guillermo II, el judío Ballin? ¿Y quién sino el judío Friedrich Julius Stahl puso los fundamentos de lo que llamamos «prusianismo» en Alemania? Será el judío alemán quien, aunque se encuentre en minoría, acabará por dominar Israel. Ya ahora nos llegan de Israel noticias de lo que parecen ser rasgos de tendencias extremistas propiamente alemanas, una tendencia a un comportamiento «nazi» idéntica a la que el profesor Bruno Bettelheim observó no sin acierto entre los presos judíos en Buchenwald.

¡Y hay que ver cómo amaba el judío alemán a su Alemania, por la que estaba dispuesto a renunciar a su judaísmo! ¡Qué alemán parecía en el extranjero, hasta el punto de que durante la Primera Guerra Mundial en todos los países aliados se sospechaba de los judíos que eran proalemanes! Le costaba creer lo que le sucedió a partir de 1933. Siguió allí, hasta 1936, hasta 1938, hasta 1942, hasta… «Esto no puede durar», se decía. ¿Qué motivos tenía para pensar así? Bueno, se trataba de Alemania, de su Alemania. Y ahora, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, en Francia, en Brasil o en México, hay un nuevo judío, un judío que ha aprendido, cuando habla de quienes hace pocos años eran sus compatriotas en su amado país, a decir «los alemanes», para distinguirlos, como hiciera Hitler, de los judíos.

La «Lorelei», la canción acerca de la bruja del Rin que hechiza al barquero y lo hace naufragar, es la canción más popular del pueblo alemán, no de hoy o de ayer, sino de siempre. Tan popular que los nazis no se atrevieron a eliminarla de los cancioneros. En lugar de eso, le añadieron la apostilla «*Dichter unbekannt*», «Autor desconocido». Todos los alemanes sabían que el autor de la más alemana de todas las canciones populares alemanas era Heinrich Heine. Fue Heine, el judío alemán, quien escribió en el exilio:

Ich hatte einst ein schönes Vaterland.
Der Eichenbaum wuchs dort so hoch, die Veilchen nickten sanft.
Es war ein Traum
Das küsste mich auf deutsch und sprach auf deutsch
(*Man glaubt es kaum,*
Wie gut es klang) das Wort, «Ich liebe dich!»

Es war ein Traum.

Su belleza es intraducible:

> Tuve una vez una patria hermosa
> donde la encina crecía alta, las violetas dulces y pequeñas.
> Fue un sueño
> que me besó en alemán y en alemán pronunció
> (si supieras qué bien sonaba en alemán)
> las palabras «Te amo».
> Fue un sueño.

Tuvo que ser Heinrich Heine, el judío alemán, quien escribiera: «Mejor morir que vivir, mejor nunca haber vivido». Con el mundo —¿y ellos mismos?— en contra de ambos, tanto Alemania como los judíos parecen indestructibles. La «solución final» de los nazis a la «cuestión judía» era la destrucción de los judíos, igual que la «solución final» del mundo a la «cuestión alemana», propuesta por el Plan Morgenthau,[17] consistía en la destrucción de Alemania. Podemos dar por sentado que la intención del Plan Morgenthau de reducir a Alemania a una nación campesina primitiva no era más final que el plan nazi para convertir a los judíos de Alemania en campesinos primitivos, «que trabajarían el campo». Lo que el mundo era demasiado civilizado para hacer (o para intentar hacer), los nazis se atrevían a hacerlo. Pero el fracaso de los nazis en reducir la condición de los judíos fue equivalente al fracaso del mundo en reducir la condición de Alemania. La recuperación alemana, pocos años después de perder la guerra en 1945, causó la admiración del mundo entero. Y los veinte mil judíos que quedaban en Alemania iban camino de alcanzar, tanto en los asuntos grandes como en los pequeños, una distinción mayor que nunca antes.

Tanto histórica como antropológicamente, resulta más fácil explicar la supervivencia de Alemania que la de los judíos, a dos mil años de su patria y diseminados por docenas de entornos hostiles. Han sobrevivido. Tal vez han sobrevivido para que la supervivencia de Alemania, y de la Alemania que hemos conocido más recientemente, sea testimonio de que en el mundo hay más cosas de las que se pueden ver a simple vista. Es posible que la explicación de esta supervivencia no se encuentre en el análisis histórico y

antropológico o en la elaboración de curvas socio-psicológicas. Es posible que la respuesta que Caín le dio al Señor sea relevante también.

A medida que el destino de los judíos —y el de la propia Alemania— se aproximaba a su clímax durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, el *Jüdisches Nachrichtenblatt*, publicado semanalmente por los judíos alemanes siguiendo las órdenes del gobierno nazi para comunicar «directrices» a aquellas víctimas del nazismo que aún seguían con vida, fue adelgazando su tamaño y contenido y, al fin, su frecuencia de publicación. Disminuyó, asimismo, la calidad del papel que se le adjudicaba, y ese es el motivo por el cual quiero reproducir, en su forma original y sobre un papel más duradero que el del número del *Nachrichtenblatt* del 5 marzo de 1943, un artículo aparecido en la esquina inferior derecha y en el reverso de la única hoja, de tamaño cuartilla, de que constaba esta publicación:

ALLES ZUM GUTEN

Immer gewöhne sich der Mensch zu denken: «Was Gott schickt ist gut; es dünke mir gut oder böse».

Ein frommer Weiser kam vor eine Stadt, deren Tore geschlossen waren. Niemand wollte sie ihm öffnen; hungrig und durstig musste er unterm freiem Himmel übernachten. Er sprach: «Was Gott schickt, ist gut», und legte sich nieder.

Neben ihm stand ein Esel, zu seiner Seite eine brennende Laterne um der Unsicherheit willen in derselben Gegend. Aber ein Sturm entstand und löschte sein Licht aus, ein Löwe kam und zerriss seinen Esel. Er erwachte, fand sich aIlein und sprach: «Was Gott schickt ist gut». Er erwartete ruhig die Morgenröte.

Als er ans Tor kam, fand er die Tore offen, die Stadt verwüstet, beraupt und geplündert. Ein Schar Rauber war eingeflIlen und hatte eben in dieser Nacht die Einwohner gefangen, weggeführt oder getötet. Er war verschont. «Sagte ich nicht —sprach er— dass alles, was Gott schickt, gut sei? Nur sehen wir meistens am Morgen erst, warum er uns etwas des Abends versagte.»

(*Aus dem Talmud*)

TODO SUCEDE PARA BIEN

Sabemos que todo lo que Dios nos manda es bueno, no importa si nos parece bueno o malo.

Un piadoso sabio llegó a una ciudad cuyas puertas estaban cerradas. Nadie quiso abrírselas. Hambriento y sediento, tuvo que pasar la noche al raso. Pero dijo: «Lo que Dios nos manda es bueno», y se echó a dormir.

Tenía con él a su burro, y mantuvo una lámpara encendida para alejar los peligros de la oscuridad. Pero se levantó una tormenta y apagó la lámpara. Luego vino un león y, mientras él dormía, despedazó al burro. Al despertar y encontrarse solo, el hombre piadoso dijo: «Lo que Dios nos manda es bueno», y esperó con serenidad a que despuntase el día.

Al llegar a las puertas, el hombre piadoso las encontró abiertas, y la ciudad desierta, asolada y saqueada. Una banda de ladrones había atacado la ciudad durante la noche y había matado a parte de sus habitantes y esclavizado al resto. El hombre piadoso se había salvado. «¿No decía yo —dijo para sí— que lo que Dios nos manda es bueno? Hasta que no llega la mañana no comprendemos lo ocurrido durante la noche.»

(Del Talmud)

23. «COMO DIOS EN FRANCIA»

Bajo presión, la materia adopta posiciones extremas y, cuando se desplaza de posición, pasa de un extremo al otro. Bajo presión, los seres humanos pierden los matices de su espíritu, su compasión (que son incapaces tanto de dar como de aceptar), su serenidad, su dulzura, su sencillez y su sutileza. Sus reacciones se vuelven esquemáticas. Igual que las pelotas de goma (de las que solemos decir que tienen «vida» porque reaccionan de forma enérgica a la fuerza viviente que las impulsa), cuanto más enérgicamente las hacen botar, más alto llegan. Si a estas personas se les dice que no talen un árbol, no lo talarán, pero si no se les dice que talen a un hombre, es posible que talen a ese hombre.

El alemán capaz de autoinmolarse por Alemania sin dudarlo un instante es el mismo alemán cuyo egoísmo cotidiano asombra al mundo. Este egoísmo, siempre «idealizado» (es decir, romantizado), se encuentra, como se ha observado a menudo, en el núcleo mismo de la filosofía alemana. Constituye también, sin embargo, la base de la brutalidad usual de la vida cotidiana. Es como si, en el corazón humano, solo hubiese lugar para una cantidad determinada de altruismo; en el caso de los alemanes, la presión que soportan los absorbe hasta tal punto que apenas les queda nada para emplearlo a voluntad.

Soy consciente de que la falta de consideración para con los demás que demuestra, por ejemplo, el estadounidense que pone la radio a todo volumen de madrugada es habitual en todos los países de civilización individualista, exceptuando, quizá, a los ingleses. No obstante, en ningún lugar, ni siquiera entre los ingleses, se insiste tanto en los «buenos modales» como entre los alemanes, y en ningún lugar salvo entre este pueblo que se precipita al sacrificio tribal he visto con tanta frecuencia hombres incapaces de ceder sus asientos a ancianas en autobuses, tranvías o trenes. En ningún lugar he visto a tantos hombres y mujeres ancianos tambaleándose por los andenes cargados con pesadas maletas sin que nunca nadie se ofrezca a

echarles una mano, en ningún lugar he visto tan poca predisposición a prestar ayuda cuando se produce un accidente o a intervenir cuando un grupo de chicos se pelea en la calle. Pero el servicio, tanto en los hoteles como en los restaurantes y tiendas alemanes, es magnífico. La gente va «cada cual a lo suyo» en los pequeños asuntos de la calle, en los asuntos algo mayores del trabajo o de la familia, en los grandes asuntos del Estado.

Sombríamente absortos en sí mismos; mortalmente serios y mortalmente aburridos (solo los alemanes podrían no haberse aburrido con Hitler); tensos, apresurados, nunca relajados; atormentados por algún objetivo, dirigiéndose siempre a algún lugar para hacer algo; abrazando la siesta como si fuese la comunión, con un empeño resuelto y urgente; mirando con desdén, no siempre elegante, al francés que está sentado «sin hacer nada» en el café (*wie Gott in Frankreich*, «como Dios en Francia» es la expresión alemana para «despreocupado»), al italiano que habla por los codos durante una larguísima cena; incapaz de permanecer en reposo sin sentir melancolía o furia frustrada; ansiando con avidez las alturas o las profundidades, ya sea totalmente sobrios o borrachos como cubas; insistiendo siempre en que el ser humano ha nacido para sufrir… y escatimando luego el sufrimiento; insensibles y excesivos en sus reacciones; sólidos y volubles; desasosegados, inventores de las «molestias de estómago» y sufridores habituales de ellas; atormentados, exhaustos, incapaces de permanecer del todo despiertos si no son presas de la furia o la hilaridad: todas estas, con algo más que un poco de exageración, con millones de excepciones y contradicciones y aún más millones de variaciones, son las conductas y cuitas de los hombres bajo presión.

Los seres humanos bajo presión pierden primero su humanidad y solo después su moral, en este orden. La organización y la especialización, el sistema, el subsistema y el supersistema son la consecuencia, no la causa, del espíritu totalitario. No fue el nacionalsocialismo el que les arrebató la libertad a los hombres; la ausencia de libertad hizo de ellos nacionalsocialistas.

La libertad no es más que la costumbre de elegir. Ahora bien, en esta vida la elección comprende un abanico de cosas muy amplio. Cada día se empieza eligiendo entre atarse primero los cordones del zapato izquierdo o los del derecho, y se termina eligiendo si acatar o ignorar la providencia divina. Inevitablemente, la presión recorta la elección. Sometidas a una presión leve, las personas prescinden fácilmente de las pequeñas elecciones.

Pero se requieren presiones muy poderosas para que prescindan de las elecciones mayores, pues la elección, y solo ella, les demuestra que son seres humanos y no máquinas.

El factor principal para elegir es el sentido común, y el sentido común es lo que los hombres sometidos a presión pierden más rápidamente, desvinculados como están (igual que en la «Peoria» sitiada) de las condiciones comunes a todos. Cuanto mayor es la presión que experimentan, más arduamente razonan; más arduamente tienen que razonar. Pero suelen convertirse en hombres poco razonables, dado que ser razonable implica razonar en el mundo, y «Peoria» no se encuentra en este mundo.

El intelecto sitiado opera furiosamente; la inteligencia general se atrofia. Se desarrollan teorías de altos vuelos y de la más intrincada complejidad, que solo precisan la aceptación de los no mundos, los de las Ideas, en los que han surgido. Las dos teorías extremistas que se han apoderado de nuestro tiempo —la de Marx, que niega que exista algo en el hombre, y la de Freud, que niega que haya algo fuera del hombre— son *made in Germany*. Si estás dispuesto a admitir que «la naturaleza humana no es real», según dice Marx, o que «la conciencia no es más que el temor a la comunidad», según Freud, ambas ideas te parecerán irresistiblemente científicas.

El ser humano (o incluso la sociedad entera) puede habitar torres tan exquisitamente fabricadas como estas, siempre que no mire hacia abajo, pues en ese caso vería que carecen de fundamentos. La fabricación es magnífica: el alemán no tiene parangón en los pequeños detalles, únicamente es temerario en cuanto a los grandes, en cuanto a los asuntos fundamentales, trascendentales, que, en su absorción por el detalle, ha pasado por alto. Que Wagner fuese un vulgar antisemita (o que hiciese el pino, o llevase una anilla en la nariz, o lo que sea) es una cosa; finalmente, «solo era un genio». Pero que uno de los dos grandes historiadores de Alemania, Heinrich von Treitschke, fuese un nacionalista exaltado y el otro, Mommsen, dijese que Julio César era «el hombre completo y perfecto», eso es harina de otro costal. Max Weber podía ser «el padre de la sociología», pero no era capaz de ver nada malsano en la tradición de los duelos entre estudiantes.

¿Quién es ese Einstein, que era «solo un científico», cuando concibió la bomba atómica y que ahora, a su avanzada edad, ve lo que hizo y llora?

Es el especialista alemán que siempre «se había ocupado de sus (importantes) asuntos» y era tan incapaz de resistirse al romanticismo como su sastre, que siempre se había ocupado de sus propios (menores) asuntos. Es el producto definitivo de la presión, el experto no educado, como el funcionario de correos de Kronenberg cuyo método para humedecer los sellos en el dorso de la mano es infalible. La mente alemana, cercada y, bajo la presión del cerco, estratificada, se devora a sí misma produciendo teorías sin vida sobre el hombre y la sociedad, inmortales métodos para humedecer sellos y maquinaria mortífera. Para todo lo demás —o sea, para vivir— el alemán ha de depender de sus ideales.

24. PERO EL HOMBRE HA DE CREER EN ALGO

Lo que es peligroso son los ideales de los alemanes. Sus prácticas, cuando los ideales no han hecho presa en ellos, no son mejores ni peores que las de las demás personas. ¿De dónde sacan sus ideales? Dice George Santayana que «el antiguo y adecuado nombre para lo que los alemanes llaman ideales es “pasiones”». Este idealista esclavo de sus pasiones o de las de otros se desgajó por dos veces de Roma, en el año 9 d. C. y en 1555. En el año 9 los germanos expulsaron a los fundadores de la Europa secular; en 1555 se despegaron de la *Weltanschauung* que la era mediterránea había amalgamado en Italia a partir de la ruptura greco-hebraica con Siria y Egipto. Esta luminosa *Weltanschauung* se basa en el dogma de la responsabilidad personal. Este dogma es la piedra angular de nuestra civilización. Su repudio dejó a Alemania singularmente desarraigada.

Su pensamiento, igual que el sentimiento, creció sobre la irresponsabilidad, y sus flores fueron el subjetivismo, el relativismo y el «escepticismo inteligente». Los alemanes sobresalieron en producir monstruos de Frankenstein no solo en el terreno de la física o del gobierno, sino también en la propia epistemología. El pensamiento lo es todo, pero hay miles de maneras de pensar. El pensador no puede considerar valioso su pensamiento comparándolo con el de otro, porque no existe una realidad que los mida a ambos, únicamente su coherencia interna, el «sistema». Paralelamente, no existe ningún otro sistema que sea, por definición, mejor que el suyo. La superioridad del pensamiento radica —sea donde sea— en el pensador.

«Un trivial, nauseabundo, repulsivo e ignorante charlatán sin ingenio, quien con una impertinencia sin precedentes garabateó un conjunto de necedades y sinsentidos, que sus venales seguidores proclamaron por doquier…, un fárrago de palabras huecas desprovistas de sentido capaz solo de satisfacer a los zoquetes…, repulsivo…, recuerda a los desvaríos de un

loco.» Esta es una crítica filosófica que, Schopenhauer, uno de los más grandes filósofos de Alemania, hace de otro de los grandes filósofos de Alemania, Hegel. La «arrogancia pedante» que Goethe deploraba en los alemanes no se debía a la confianza en uno mismo, propia del dogma occidental común, sino que era la del antidogmático, que, necesitando, como todos los hombres, un dogma con el que vivir, solo podía recurrir al suyo propio. Cada cual era su propia «escuela». Uno no iba a Alemania para recibir una educación, sino para seguir a un hombre o, para ser más exactos, a una mente. El profesor alemán típico no conocía a sus alumnos ni se reunía con ellos (y no existían los tutores de los estudiantes ni los consejeros). Era un pensador, y un maestro del pensamiento.

Desligado de las ataduras del dogma occidental, el pensamiento alemán se elevó sin trabas hasta las nubes. Los globos ascendían por doquier. En qué barquilla se montasen los pocos afortunados era cuestión de gustos y de favoritismo; una vez que habían despegado, todos ellos eran igualmente inmunes a los pinchazos de la realidad que dejaban abajo.

—Él está allá arriba —dijo Willy Hofmeister, el viejo policía— y yo aquí abajo. Yo no soy estúpido, pero él se ha pasado la vida estudiando. Él sabe. Yo no.

Estaba comparando a los *wir Einfachen*, nosotros la gente sencilla, con *die Gebildeten*, los cultivados.

Aquí abajo estaban los *wir Einfachen*, los millones que algún día serían nazis, los «hombres corrientes», que, tal como dijera Balzac, parecían haber sido creados para engrosar las masas. Cuando llegué a Alemania le pedí a un teólogo alemán que me ayudase a encontrar a uno de aquellos «hombres corrientes», uno a quien el nacionalsocialismo le hubiese planteado un *innerlicher Konflikt*, un conflicto moral. El teólogo respondió:

—¿Conflicto moral? Nadie lo experimentó. Todos son pequeñas salchichas, *Würstchen*.

El pensamiento alemán flotaba lejos de los *Würstchen*, llevando consigo a los elegidos, para quienes existía el sistema educativo más allá de la enseñanza elemental, así como el teatro y la filarmónica y las librerías. Para los demás…, dejemos que lo exprese Goethe, el más grande de los grandes maestros alemanes:

Quien posee Ciencia, posee Arte,

y Religión tiene también;
quien no tiene Ciencia y no tiene Arte,
necesita Religión.

Para los demás estaban las iglesias y los himnos del Cielo y del Hogar. En el Singfest (Festival de canciones) de Kronenberg, que tuvo lugar en el auditorio de la Universidad de Kronenberg durante la Pascua, no vi a ni uno de mis colegas académicos. Pero ocho de mis diez «hombres corrientes» estaban allí.

Si los hombres importantes tenían alguna influencia sobre los hombres corrientes, era para persuadirlos de que el pensamiento, del que ellos eran incapaces, lo era todo. Además del escepticismo inteligente, existe el escepticismo no inteligente, y ya hace tiempo que Nietzsche afirmó que los alemanes en su conjunto son escépticos. Las iglesias fueron perdiendo terreno a medida que, a los pocos creyentes que quedaban en sus santuarios que se iban vaciando gradualmente, se les prometía que las armas alemanas eran invencibles. Cuando se demostró que las armas alemanas eran vencibles, las iglesias perdieron a más creyentes aún.

Pero las personas que carecen de una buena religión se buscarán una mala. Deben tener una religión, algo en lo que creer. Los seres humanos —y no únicamente los alemanes— no pueden soportar la presión que les impone la vida, por más que en otros lugares sea leve comparada con la que padecen los alemanes. El hitlerismo fue una huida en masa hacia el dogma, ese dogma bárbaro que no había sido expulsado con los romanos, el dogma de la tribu, el dogma que concedía importancia a cada hombre solo en tanto en cuanto la tribu era importante y él era miembro de la tribu. Mis diez amigos nazis —y una gran mayoría de los setenta millones de alemanes restantes— quedaron atrapados por él. El pensamiento alemán no se había molestado en llevarlos consigo en su vuelo. Los había dejado en tierra. Ahora están de nuevo en tierra, hurgando entre las cáscaras de los viejos ideales en busca de algún fruto.

Cuando Hitler llegó a ellos, los alemanes estaban emocionalmente desnutridos. La vida en una ciudad sitiada, incluso en estado de relajación, es rígida en todo momento. La felicidad queda descartada, pues se considera inalcanzable —la palabra alemana que la designa deriva de *Glück*, suerte— y quien la busca es desdeñado como decadente. Pero quienes acaban desquiciados no son los buscadores del placer, sino los

portadores de obligaciones. En el día a día, las tareas ordinarias de los alemanes no satisfacen su necesidad de expresión. El declive de la conversación es un fenómeno muy moderno, que se ha convertido en un fenómeno mundial allí donde los modernos medios de comunicación de masas la han reemplazado. Pero la enfermedad de la represión es algo muy distinto. Represión no es lo mismo que reserva, como tampoco rechazo (los alemanes sobresalen en esto) es lo mismo que autoengaño.

En una atmósfera reprimida, asfixiante, la forma de pensar «alemana» creció, hermética, meticulosa e introvertida. Creció en el famélico suelo de la emoción germánica. El nacionalsocialismo fertilizó ese suelo, que floreció repentinamente, rojo de fuego y sangre.

25. EL BOTÓN DEL PÁNICO

Un sábado por la tarde en Kronenberg, tres pintores de brocha gorda que habían terminado su jornada en nuestra casa al mediodía se hicieron con algo de aguardiente, y, a nuestro regreso de una visita, nos encontramos la casa hecha un desastre y a los pintores borrachos como cubas. *Tante* Käthe, nuestra ama de llaves, que no medía más de metro y medio, nos acompañaba. Les dio trapos y escobas a todos y les dijo: «Limpiadlo y largaos de aquí». Repentinamente sobrios y callados, lo adecentaron todo y se fueron. El lunes siguiente por la mañana se presentaron de nuevo al trabajo, sin una palabra de disculpa, sin ruborizarse avergonzados, sin un guiño cómplice siquiera.

La velocidad del alemán es la velocidad inicial provocada por el cese de la presión, pero se agota pronto. Luego la presión vuelve a imponerse, y el alemán emerge de nuevo como lo que es: sobrio, un hombre muy, muy pesado. Sometida a presión, su personalidad incurre tanto en una excesiva sumisión como en una excesiva firmeza. Su esencia es el exceso. El 9 de noviembre de 1938 corrió por todo el país el mensaje de que había que quemar las sinagogas. Un millón de hombres se lanzaron a la acción, cual muñecos impulsados fuera de su caja por un resorte. A la mañana siguiente, la orden de Göring los empujó de nuevo dentro de sus cajas, y un millón de hombres dejó caer sus antorchas; otros sesenta y nueve millones, que la noche anterior no le habían prestado mucha atención al asunto, se lo reprocharon en silencio. Y de este modo, el incendio intencionado, la esclavitud, la tortura y el asesinato prosiguieron de manera legalizada, en *Zucht und Ordnung*.

Zucht und Ordnung, disciplina y orden. Mis dos amigos Hofmeister y Schwenke, el policía y el sastre, que se odiaban mutuamente y que encarnaban dos morales incompatibles, estaban los dos de acuerdo en que «no importa que lo llamen democracia, dictadura o lo que sea, siempre que haya disciplina y orden». El sensible ebanista Klingelhöfer y el rudo

cobrador Simon decían lo mismo. En un estado de sitio perpetuo, lo esencial no es la moral ni la religión, sino la legalidad. Y el orden es lo que demuestra que hay legalidad; la ley y el orden son una sola cosa, no dos.

Los hornos crematorios de Belsen eran característicamente alemanes; las improvisadas fosas para las masacres en Ucrania eran nazis. La diferencia es muy grande. El nazismo, igual que la reforma luterana y el resto de las revueltas alemanas, contenía elementos de improvisación revolucionarios. Pero el nazismo siempre estuvo enfrentado al ejército. El ejército era alemán. El factor más notable del golpe contra Hitler del 20 de julio de 1944 fue que un grupo de oficiales del ejército se decidiera a llevarlo a cabo; y que se planease con tanto descuido. Lo raro es que sucediera, no que fracasase o que pudiese haber triunfado. Se consideró traición. Si algo era, era no alemán.

Lo verdaderamente alemán fue lo que se ha dado en llamar el pogromo frío, la persecución sistemática, legal, metódica y minuciosamente coordinada, de los «enemigos de la nación». Cuando combinas «frío» con «pogromo» —dos cosas que no parecen poder combinarse— sale la Alemania nazi, el organismo que se ha vuelto loco en su conjunto, con todos sus órganos admirablemente coordinados. Los pueblos que fueron invadidos por los alemanes han ofrecido testimonio unánime de la inhumanidad del conquistador, de su transición instantánea de la furia a la formalidad, del fuego al hielo y viceversa, según si seguían o no órdenes. A un nazi podía conmoverlo un preso que le suplicaba porque tenía mujer e hijos; pero un alemán le diría: «Yo también».

La incapacidad del alemán para insubordinarse de forma tranquila y constante —para ser un hombre libre ante todo y hasta sus últimas consecuencias— es la clave de su historia nacional. Alemania ha tenido a menudo una contrarrevolución, pero nunca una revolución. Lo que los alemanes llamarían una revolución es para los estadounidenses un golpe. Como dijo Lenin: «Los revolucionarios alemanes no pudieron tomar los ferrocarriles porque no tenían billete de andén» (el ticket de diez *pfennigs* que permitía a los visitantes acceder a los andenes). La Reforma y la Contrarreforma fueron en ambos casos contrarreformas (la revuelta «campesina» de Lutero terminó con el panfleto de Lutero titulado *Contra los campesinos asaltantes y asesinos*). La guerra de liberación alemana contra Napoleón le endosó a Alemania el reclutamiento en tiempos de paz,

y la revolucionaria unificación del Reich en 1871 la llevó a cabo Bismarck, el reaccionario Junker de Prusia.

El estallido alemán —llámese liberación, agresión o lo que se quiera— es una especie de acceso periódico de pánico paranoide. Entre uno y otro acceso, cuando la presión externa actúa, y pasa de Alemania a los alemanes, el siguiente pánico se va cociendo en silencio, sin síntomas, en *Zucht und Ordnung*. Culpar a Alemania —y menos aún a los alemanes— es como reprocharle al cardo su fruto. Es descabellado pretender que si se añaden las presiones de destrucción, derrota, partición, gobierno extranjero y guerra fría a las ya existentes, «eso» no vaya a ocurrir de nuevo. No solo ocurrirá; tiene que ocurrir, a menos que la vida de setenta millones de alemanes se altere por completo y encuentren la manera de vivir *wie Gott in Frankreich*, «como Dios en Francia».

PARTE III

SU CAUSA Y SU CURACIÓN

EL JUICIO

9 de noviembre de 1948

«**oíd, ciudadanos, honestos hombres**»

Son las diez de la mañana en Kronenberg, y en el Tribunal de Justicia, que queda justo debajo del castillo, los tres miembros del Tribunal de Distrito de Hesse han subido al estrado para emitir su veredicto. Aparte de los acusados, sus abogados y unos pocos parientes cercanos, la sala está casi vacía, pues en verdad el caso que se juzga no despierta mucho interés en Kronenberg.

Kronenberg es una ciudad tranquila. Es una de esas antiguas ciudades tranquilas, «como de cuento», que solían abundar en Alemania. Ahora, la mayoría están destruidas, algunas en parte, otras por completo. Pero la vieja Kronenberg ha salido (como le ocurriera siempre en las guerras) con unas pocas cicatrices. Y, como sucede en todas las ciudades que han sufrido pocos daños, la población de Kronenberg casi se ha duplicado con respecto a la que había antes de la guerra, y, tanto alrededor de la estación como a lo largo de las orillas del Werne, hay casuchas y chabolas de esas que nunca aparecen en los cuentos.

Hay que disculparle a Kronenberg que no conserve su aspecto de cuento. Porque, verán, ahora no hay turistas. (¿Quién querría venir a Alemania?) Y los habitantes de Kronenberg —incluso los que tenían ahorros se han quedado sin blanca debido a la reforma monetaria— se ocupan únicamente de seguir con vida. La ciudad está destartalada, astrosa, y en el solar donde antes se levantaba la sinagoga crecen los hierbajos a la altura de la cabeza, y la verja de hierro, que aún lo rodea, está oxidada.

Pero en Kronenberg hay pocas ruinas de la guerra. En dos o tres ocasiones, un grupo de aviones voló sobre la ciudad durante la noche,

destruyendo una docena de casas y disparando sobre las calles. Eso fue todo en la pequeña, tranquila y nada industrial Kronenberg, excepto el día en que los bombarderos, cuyo objetivo era en teoría la estación de ferrocarril, incendiaron la Clínica Oftalmológica de la Universidad, dos kilómetros más allá de la estación, quemando a cincuenta y tres pacientes que tenían los ojos vendados.

De todos modos, los daños no se miden únicamente en ruinas, también se miden en años de alarmas de ataque aéreo, noche tras noche; en el precio de la leche sin pasteurizar; en el haz de leña que cuesta un día de salario y se consume en una hora. Los habitantes de Kronenberg están cansados, demasiado cansados para subir la colina del castillo hasta el Tribunal de Justicia para volver a oírlo todo otra vez.

Los tres magistrados permanecen en silencio hasta que la campana de Santa Catalina, la campana de la parroquia y el gallo del ayuntamiento han emitido su mal sincronizado aviso de que son las diez. Luego, el magistrado de mayor edad, tras hacer una inclinación de cabeza a los colegas que se sientan a su derecha y a su izquierda, da comienzo a la lectura de su veredicto:

«*Este es el primer caso concerniente al incendio intencionado de la sinagoga el 9 de noviembre de 1938 que se falla bajo la total jurisdicción de los tribunales alemanes. Los casos anteriores fueron juzgados en el marco de los procesos de desnazificación bajo la jurisdicción del Alto Mando de los Estados Unidos para la Ocupación de Alemania…*

»En este caso, todos los acusados, como ocurrió en los casos anteriores, manifiestan haber actuado siguiendo órdenes superiores. El Tribunal Militar Internacional de Núremberg sentó la doctrina de que obedecer órdenes superiores no constituye una defensa válida cuando se trata de crímenes contra la humanidad. Para este tribunal no queda clara dicha doctrina. Si los ciudadanos no obedecieran la ley y a los funcionarios encargados de imponerla, reinaría la anarquía. No obstante, nadie puede cometer crímenes contra la humanidad. Tenemos aquí una aparente contradicción.

»Sin embargo, en el caso que nos ocupa, la veracidad de los cargos no requiere que se clarifique dicha doctrina ni que se resuelva esta aparente contradicción. Podemos, por tanto, proceder a emitir nuestro veredicto.

»En el presente caso, desconocemos quién dio las órdenes originales o si hubo siquiera órdenes originales. Sabemos que, en una sola noche, la del

9 de noviembre de 1938, quinientas ochenta y seis sinagogas fueron destruidas en Alemania, y el tribunal toma nota judicial de este hecho, que provocó la deshonra de la nación alemana e hizo que el carácter alemán se malinterpretase trágicamente en el resto del mundo.

»En el presente caso, existen testimonios, que este tribunal no ha excluido, de que la sinagoga estuvo ardiendo durante muchos minutos, horas incluso, antes de que ninguno de los acusados en este caso o en otros anteriores se acercara a la escena del crimen. Se trata de testimonios creíbles y en la actualidad es poco probable que se llegue a identificar a otros responsables. Al parecer, los documentos oficiales y no oficiales de todo tipo que podrían haber sido relevantes resultaron destruidos antes, durante o después del final de la guerra.

»Pero los cargos aquí presentados, de quebrantamiento del orden público por parte de una multitud y de incendio intencionado, no precisan que respondamos a los muchos interrogantes que seguramente permanecerán sin respuesta para siempre. De acuerdo con la ley, la participación es culposa, y, aunque el Tribunal pueda admitir que se alegue haber recibido órdenes superiores, hay que decir también que ha tomado en consideración las pruebas respecto a la voluntariedad, o incluso el entusiasmo, para cumplir dichas órdenes. En varias ocasiones dicha voluntariedad y entusiasmo han quedado demostrados…

»En los días que precedieron al delito, era de esperar, y en general se esperaba, que si se producía el fallecimiento del consejero diplomático Vom Rath en París, se tomarían represalias violentas contra los judíos. La tensión, ampliamente extendida y artificialmente alimentada, buscaba una salida. Para evitar este peligro inminente se contaba con las instituciones encargadas de preservar el orden público, como la policía, por ejemplo, cuyos miembros tenían, o bien tendencias antisemitas, o bien optaban por no intervenir.

»Ha quedado probado que la policía no se personó en la escena del delito. Judicialmente, ignoramos cuál sea el motivo. En dichas circunstancias, era de esperar que un grupo de personas, incluso si eran solo un par de ellas, no encontrarían resistencia digna de mención, en especial si dichas personas vestían el informe de las SA. Hasta el grupo más pequeño podía convertirse en una amenaza para el orden público, pues podían suponer que las medidas que tomasen contarían con la aprobación

de las más altas instancias oficiales, y que los cuerpos responsables de preservar el orden público no osarían hacer uso de sus armas.

»Al fijar la condena, este Tribunal ha tenido en cuenta, como elementos atenuantes, el hecho de que los acusados no habían sido condenados anteriormente por delito alguno, a excepción de los derivados de su actividad política. No pertenecían al "estamento criminal". Habían sido buenos ciudadanos y, hasta donde hemos podido determinar por los documentos que obran en nuestro poder, hombres honestos. Las pasiones políticas los convirtieron en delincuentes. Como miembros del Partido y de las SA, se veían abrumados por una propaganda constante. Su nivel educativo no es alto, aunque todos ellos están del todo alfabetizados y todos ellos asimismo recibieron instrucción religiosa en la escuela durante su infancia. Lo hacemos constar aquí porque como individuos no parece que hayan adoptado una posición responsable frente a la cuestión del respeto debido a otros seres humanos que no pensaban como ellos.

»El delito se cometió en unos momentos en que el liderazgo del Estado no castigaba agresiones como estas, ya se cometiesen contra personas o grupos poco populares o contra las propiedades de estos, y en este sentido favorecía o incluso alentaba dichas agresiones. Además, muchos de los más altos funcionarios del Estado competían los unos con los otros, buscando aumentar su propia popularidad política, en hacer las más violentas denuncias de las mencionadas personas o grupos, inflamando así las pasiones de los ciudadanos comunes que buscan consejo y guía en los servidores públicos.

»Sin embargo, existen algunos hechos que desaconsejan hacer gala de indulgencia en el presente caso…

»Casi todos los acusados en todos los casos derivados de esta acción criminal se han denunciado los unos a los otros (y a su vez se han acusado mutuamente de denunciar a los demás con la intención de exculparse a sí mismos o de obtener alguna ventaja). No es este un espectáculo del que los alemanes puedan sentirse orgullosos. Y ha tenido sobre este Tribunal, y al parecer sobre otros, el efecto de anular el peso de todas las denuncias y contradenuncias.

»Adicionalmente, casi todos los acusados, al incurrir en múltiples contradicciones, han manifestado no ser capaces de recordar lo que dijeron en procesos anteriores, o bien que los hechos en cuestión sucedieron hace demasiado tiempo como para que puedan estar seguros de nada, o que

entretanto en sus vidas han ocurrido demasiadas cosas más relevantes que esta. A este respecto, el testigo KarlHeinz Schwenke, anteriormente Sturmführer de las SA, trasladado aquí desde la cárcel, donde cumple una sentencia de tres años por su participación en el incendio intencionado, ha protagonizado un espectáculo particularmente bochornoso. Su afirmación de que es un anciano y no es capaz de recordar con claridad, de ser tomada en serio, invalidaría sus repetidas afirmaciones de que hay que considerarle un hombre de honor porque es cristiano y ha solicitado ser readmitido en la Iglesia evangélica, que abandonó durante el nacionalsocialismo. Si, a los sesenta y ocho años y gozando en apariencia de buena salud, es demasiado viejo para responsabilizarse de sus acciones pasadas, sin duda será igualmente demasiado viejo para saber qué es un cristiano…

»Es cierto que, en los avatares de la política y la guerra posteriores al 9 de noviembre de 1938, todos los acusados en este y otros casos derivados del mencionado incendio criminal han sufrido la pérdida de sus propiedades, de la libertad, de la salud o de las tres cosas. Pero lo mismo les ha ocurrido a aquellos compatriotas suyos que no cometieron delito alguno, entre ellos los que poseen antepasados judíos o pertenecen a dicha fe. Si este Tribunal pudiese retroceder en la historia, lo haría, y lo mismo, sin duda, harían los acusados; pero no está en manos del uno ni de los otros hacerlo.

»Aun así, el castigo de los acusados no restaurará los derechos de propiedad que se perdieron, los derechos humanos que se vulneraron, las vidas que se perdieron a continuación, ni la dejación por parte de muchos integrantes de nuestro pueblo, incluidos los acusados, de su honor y su humanidad, lo que condujo a la pérdida de aquellos otros valores y avergüenza a nuestra nación alemana y a nuestra civilización germánica…

»Puesto que el autor principal (hasta donde se ha podido probar), el otrora Sturmführer Schwenke, fue sentenciado a tres años al ser declarado culpable de este delito, los presentes acusados, cuyos papeles fueron menos relevantes que el suyo, deberían recibir sentencias menores. Por lo tanto, este Tribunal…».

26. LAS PIEDRAS QUEBRADAS

Una soleada tarde de primavera, nuestro hijo de siete años, Dicken, se encontraba jugando en la avenida que bordeaba nuestra casa en Kronenberg cuando una escuadrilla de cuatro aviones a reacción estadounidenses pasó rugiendo sobre la ciudad, dio una vuelta sobre ella y desapareció. Eran los primeros aviones de cualquier tipo que habíamos visto u oído sobrevolar Kronenberg y los primeros aviones a reacción que habíamos visto u oído nunca. Todo el mundo se asomó a las ventanas. Abajo, pudimos ver a los compañeros de juegos de Dicken, niños de seis, siete u ocho años, embelesados, como él, de asombro. Pero había también niños algo mayores, de diez u once años o más, que estaban jugando en la avenida, y estos, los mayores, salieron corriendo y aullando de terror, con las manos en la cabeza.

—¿Habéis visto los aviones a reacción? —nos dijo Dicken cuando volvió a casa.

—Sí —respondimos.

Y Dicken preguntó:

—¿Por qué salieron pitando los chicos y las chicas mayores?

Entre 1939 y 1945, la guerra llegó por fin al país de los «hombres de guerra», los alemanes. Y, a partir de 1943, después de que Hermann Göring (quien en 1941 había dicho: «Si cae una sola bomba sobre Alemania, me llamo Hermann Meyer») se convirtiera en Hermann Meyer, la guerra llegó a los hogares de los «hombres de guerra» para vivir con ellos, comer con ellos, dormir en sus camas y ocuparse de enseñar a los niños, cuidar a los enfermos y enterrar a los vivos. El 9 de mayo de 1945, Alemania era un mundo de piedras quebradas.

El 9 de mayo de 1945 ya no había ni nazis, ni no nazis, ni antinazis. Solo había personas, todas ellas sin duda culpables de algo, todas ellas sin duda inocentes de algo, que salían de debajo de las piedras quebradas del

verdadero Reich de los Mil años, el Reich que había tardado mil años en construirse, piedra a piedra.

Esas piedras eran las viviendas, no las plantas de municiones o las estaciones, sino las viviendas. En la ciudad de Worms, el taller de locomotoras permaneció milagrosamente intacto; y un kilómetro más allá había toda una hilera de muros que una vez fueron casas de pisos. Y lo mismo ocurrió en Fráncfort, donde la I. G. Hochhaus, el cuartel general del trust de los tintes, no sufrió daño alguno; y en Berlín, donde la Oficina de Patentes estaba intacta. Y así en toda Alemania, porque la guerra era una guerra contra las viviendas. Una incursión destruyó un tercio de Friburgo; Dresde fue destruida en veinticuatro horas. ¡Y Hamburgo! ¡Y Múnich! ¡Y Róterdam! ¡Varsovia! ¡Coventry! ¡Stalingrado! ¿Cómo podían comprenderlo los estadounidenses? No podían.

Los estadounidenses, una quinta parte de los cuales se muda de casa cada año; los estadounidenses, que construyen un Estados Unidos nuevo cada cincuenta años. Los estadounidenses que visitan el campo de batalla de Antietam, el de Gettysburg o el de Bull Run, ¿cómo podrían comprender el mundo de piedras quebradas que antaño fueron viviendas? Las viviendas significan personas. La guerra contra las viviendas era en realidad una guerra contra las personas. El «bombardeo estratégico» era uno de los pequeños chistes de la guerra; la estrategia consistía en alcanzar vías férreas y plantas de energía… y viviendas. Hasta que la fabricación de acero se paró a finales de 1944, los alemanes tenían cuatro trenes en el taller por cada tren en uso; en un plazo de dos a seis horas después de que un tren fuese alcanzado, estaba de nuevo en movimiento. Pero los trabajadores que no habían podido dormir no se ponían en movimiento tan deprisa, y los trabajadores aterrorizados se movían aún más despacio, y los trabajadores que se habían quedado sin hogar (y tal vez sin una esposa o un hijo) no se movían rápido para nada.

Los estadounidenses que visitan los campos de batalla de su guerra civil no pueden saber que los dividendos que proporcionan las bombas no residen en la vida o el trabajo de un hombre, sino en el cúmulo de razones que le impulsan a vivir y trabajar. En el primer caso, es solo un enemigo muerto. En el segundo, es un aliado vivo. En la guerra que alcanzó —por primera vez— a los «hombres de guerra» de Alemania, la instalación militar primordial era el salón, y los cuadros de la pared del salón, el primer objetivo militar. Si la bomba cae en el salón del obrero de una fábrica, ya

podemos olvidarnos de la fábrica. Las guerras se ganan alcanzando los cuadros que cuelgan de las paredes del salón de los obreros, los mineros y los soldados. Y es casi imposible que un bombardero que suelta su carga desde una altitud de dos o tres kilómetros, o incluso ocho, sobre Berlín o Kronenberg pueda fallar.

Las palabras no sirven de nada, ni tampoco las imágenes, cada una de las cuales vale mil palabras. Ver no es creer. Únicamente el haber estado allí, el haber sido o no alcanzado corriendo en aquella dirección o alejándose de ella, el estar para siempre atormentado por lo que se habría podido hacer media hora antes o medio minuto después sirve de algo. Podría haberse salvado un libro, o un par de zapatos, o una madre, o un niño. O un pasaporte. O tal vez se podría haber salvado a un niño si se hubiese dejado el par de zapatos, o a una madre si se hubiese dejado al hijo.

Y palabras y expresiones como «tocado», «le he dado», «*kaput*», «derribado», están hablando de combates de boxeo o de competir lanzando bolas en un parque de atracciones. Todo lo que las palabras pueden decir es que Stuttgart «fue alcanzada» o que Bremen «quedó muy tocada» (o Coventry, o Stalingrado o Seúl). Es como decir que Jesucristo, haciendo de carpintero, se había clavado un clavo en la mano. Mejor no decir nada en absoluto.

Las viviendas contra las cuales se había librado la guerra estaban construidas —incluso las casas de pisos— con piedra o con enormes vigas, unidas entre ellas y cubiertas por un estucado liso e impermeable. En Alemania no existían las chozas campesinas, ni los graneros hinchados, torcidos o medio derruidos, no había chabolas hechas de cartón o de tela asfáltica, no había parcelas abandonadas, ni cercas podridas, ni grandes montañas de coches oxidados, nada que hubiesen dejado para que se oxidase y se descompusiese. Todo se había construido para que durase hasta la última generación. Tal vez esta era la última generación.

27. LOS LIBERTADORES

No había intención de que la derrota de Alemania y los alemanes en 1945 aliviase las presiones que les habían hecho ser lo que eran. Y no la alivió. Al contrario, a todas las viejas presiones que habían desembocado en el totalitarismo y la agresión, agregó, necesariamente, unas nuevas: los procesos culpabilizantes y punitivos; el desmembramiento, primero del propio país y luego de su comercio y su industria; los costes de las reparaciones, los de las indemnizaciones, y la Ocupación.

Si alguna vez hubiera existido una ocupación con posibilidades de triunfar, debería haber sido la Ocupación estadounidense (denominada a veces aliada) de Alemania Occidental. En materia de ocupaciones, fue probablemente la más benévola de la historia, en parte porque los vaivenes de su propia historia han fomentado la benevolencia del pueblo estadounidense, en parte porque resultó que los ocupados tenían los mismos gustos, las mismas inclinaciones e incluso los mismos primos que los ocupantes. Que la Ocupación fracasó —si es que su objetivo era hacerlo mejor que Versalles— es algo que ahora, creo yo, resulta evidente para cualquiera que no se limite a definir la paz como orden o la democracia como votar. Fracasó porque era una ocupación, y ninguna ocupación tiene posibilidades de triunfar.

El día en que las tropas estadounidenses entraron en Kronenberg, un sargento recorrió la ciudad en jeep y designó unas cuantas viviendas estratégicamente ubicadas para que fuesen ocupadas por las tropas encargadas de mantener la seguridad. Una de las casas pertenecía a una mujer con dos bebés; a las pocas horas, sus muebles estaban en la calle, junto con ella y sus hijos. Se dirigió al cabo que dirigía el desahucio, y le explicó, en inglés, que ella no era nazi, sino antinazi. Su respuesta no fue hostil. Le dijo: «Es una lástima, señora».

Una lástima, señora, pero así eran las cosas. Era una ocupación; aún peor, una ocupación civilizada, que, como tal, quebrantaba el mandamiento

inquebrantable de Maquiavelo de liberar o exterminar a un pueblo conquistado, pero bajo ningún pretexto irritarlo con medias tintas. Las medias tintas de la Ocupación estadounidense eran a medias justas, pero también a medias injustas. Siendo civilizadas, ¿cómo podrían haber sido de otra manera?

La determinación estadounidense de hacer algo respecto al nazismo significaba que había que hacer algo respecto a cada uno de unos veinticinco millones de alemanes. Requería emplear a miles de sus compatriotas, seleccionados, necesariamente, a toda prisa por unos estadounidenses que habían sido seleccionados con prisas ellos mismos. Y esto significaba que eran los hombres inadecuados en todos los aspectos. Mucho antes de que el proceso de desnazificación se detuviese ignominiosamente por inercia propia, ya se había convertido en una ciénaga sin fondo. A falta de registros —tanto los archivos nazis como los antinazis habían sido destruidos a medida que primero los nazis y luego los antinazis barrían Alemania— los acusados indefectiblemente se dedicaron a acusar a sus acusadores. Los que tenían viejas cuentas que saldar se pusieron las botas. Los testimonios de uno y otro lado se fueron acumulando hasta llegar al cielo al que estaban dirigidos. En la Universidad de Kronenberg, ocho años después de la guerra, aún había pendientes ciento sesenta demandas por calumnia presentadas por unos miembros del claustro contra otros.

Por supuesto que la Ocupación militar Estadounidense fue draconiana. No es posible enseñar a los hombres a odiar y matar el miércoles y a amar y apreciar el jueves. Pero en 1948 todos aquellos estadounidenses que habían querido participar en el castigo a los alemanes ya se habían hartado de beber sangre y se habían vuelto a sus casas. Cuando el control militar de la Alemania ocupada fue sustituido por el civil, las cosas mejoraron. Por desgracia (e irónicamente), la llegada del control civil coincidió con el desencadenamiento de la guerra: la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unisón Soviética.

El Alto Comisionado Civil para la Ocupación de Alemania comenzó su trabajo en estas nuevas circunstancias. El comisionado de los Estados Unidos, McCloy, conmutó veintiuna de las veintiocho penas de muerte a nazis pendientes e impulsó con denuedo el programa de «reorientación y reeducación» que se había diseñado, con minuciosidad idealista, en el

mundo posterior a 1945 y anterior a 1948. Pero este animoso nuevo programa estaba destinado al fracaso desde el principio. Entre 1950, fecha en que comenzó la guerra de Corea, y 1952, cuando los idealistas desaparecieron del gobierno de los Estados Unidos, el programa se fue implementando a rastras, cada vez más a rastras.

En 1952 se acabó, sin más. Las «Oficinas Residentes» del Alto Comisionado recuperaron su anterior estatus de bases secundarias del Ejército de los Estados Unidos; los reeducadores y reorientadores que habían estado yendo y viniendo a expensas de los alemanes se fueron a casa. Los Centros para la Juventud germano-americanos y los Clubes de Mujeres germano-americanos se cerraron con discreción. Cesaron las inauguraciones de nuevos hospitales y escuelas, con fondos «homólogos» alemanes y oratoria americana. A los miembros de las Fuerzas de Ocupación de los Estados Unidos en Alemania se les informó de que a partir de aquel momento eran miembros de las Fuerzas de Defensa de los Estados Unidos en Alemania. Solo quedaron los establecimientos de propaganda del Departamento de Estado —los Centros de Información de los Estados Unidos, o *Amerika-Häuser*— como recordatorio de que en ellos el carácter alemán debería haber sido transformado.

Entre mediados de 1950 y mediados de 1954, el presupuesto del Alto Comisionado de los Estados Unidos y de las agencias vinculadas a él se redujo en un 75 por ciento, y su personal pasó de 2.264 estadounidenses y 12.131 alemanes a 780 estadounidenses y 3.650 alemanes. La reducción en el número de automóviles empleados (por lo general con chóferes alemanes) para servir a las necesidades urgentes de los reeducadores fue aún más espectacular, de 1.545 a mediados de 1952 a 251 a mediados de 1954. El descenso de la actividad civil fue más que compensado por una recuperación acelerada de las bases militares de los Estados Unidos en Alemania. En el otoño de 1954, aunque todavía no se había legalizado la remilitarización de Alemania, el periodista Robert S. Allen informó en su columna de Washington de que, además de todas las fuerzas e instalaciones estadounidenses en Alemania, los Estados Unidos estaban construyendo un almacén de armas valorado en 250 millones de dólares y otro de víveres valorado en 100 millones de dólares para seis divisiones del ejército alemán.

El fracaso de la Ocupación estadounidense poco o nada tuvo que ver con la resistencia de los alemanes a esta. Aparte de su impotencia y su

hambre y del control absoluto que ejercían los ocupantes, los alemanes estaban *ausgespielt*, fuera de juego, por un tiempo, al menos. Nueve de mis diez amigos nazis afirmaron con rotundidad que nunca volverían a afiliarse a un partido político, cualquiera que fuese. Siempre crédulos y sumisos, los alemanes acababan de pasar doce años de entrenamiento intensivo en una credulidad y una sumisión totales: los ocupantes los encontraron maravillosamente dóciles, incluso exentos de rencor, alemanes hasta la médula.

De hecho, se mostraban indiferentes ante la corrupción civil generalizada —algo inaudito incluso durante el Tercer Reich— que fomentó el mercado negro estadounidense. No era asunto de ellos, buenos alemanes, quejarse de la moralidad de sus nuevos gobernantes. Tal vez refunfuñasen, en su pobreza, al tener que pagar cincuenta céntimos por una cajetilla de cigarrillos mientras que los ricos que habían venido a democratizarlos pagaban diez centavos, pero poco a poco los cigarrillos americanos saturaron hasta tal punto el mercado negro que estas quejas se volvieron irrelevantes. Los estadounidenses ricos se hacían aún más ricos, pero los alemanes pobres conseguían buen café por la mitad del precio legal alemán; de un modo u otro, un alemán de cada tres se benefició directa o indirectamente del mercado negro. En pocos años, estos *Bürgers* que antaño habían sido pretenciosamente honestos se insensibilizaron ante escándalos financieros monstruosos. La construcción por parte del Departamento de Estado, en 1953, de un «Westchester-sobre-el Rin», un complejo de viviendas para los oficiales americanos, que incluía cinco viviendas de 100.000 dólares y una de 240.000, no logró indignar ni siquiera a la oposición en el Bundestag. ¿Acaso los gobernantes de Alemania no habían sido siempre reyes?

Tal vez la propia naturaleza del asunto hacía imposible evitar el fracaso de la Ocupación. Pero podría haberse mitigado. Para ello, los conquistadores habrían tenido que hacer algo que no habían hecho nunca antes en su historia. Tendrían que haber dejado de hacer lo que estaban haciendo y plantearse algunas preguntas, preguntas difíciles como: ¿cuál es el carácter alemán?, ¿cómo se volvieron así?, ¿qué tiene de malo?, ¿cómo se podría mejorar y qué se podría hacer para conseguirlo, si es que eso es posible?

28. LOS REEDUCADORES REEDUCADOS

Desde el principio, la Ocupación estadounidense fue un modelo operativo de no democracia y una demostración del más contundente arte de vender. Pero ¿dónde estaban los compradores? Ninguno de mis diez amigos había disfrutado nunca de los recursos de la *Amerika-Haus* de Kronenberg, excepto Herr Hildebrandt, el único de los diez al que no era necesario ganar para la democracia. Aparte de los niños que asistían a las proyecciones repetitivas de documentales sobre el Gran Cañón y las cataratas del Niágara, los usuarios del *Amerika-Haus* eran, en su mayoría, proamericanos desde hacía mucho y estudiantes que estaban escribiendo algún ensayo acerca de temas americanos encargado por unos instructores apresuradamente americanizados. Antes de la embestida del macartismo en 1952, las *Amerika-Häuser* disponían aún de libros estadounidenses de todo tipo, todos ellos, por desgracia, en inglés. Mis amigos no los leían —tampoco los quemaban—, igual que el antinazi *New York Times* no había sido leído cuando se podía encontrar en los hoteles de moda del Berlín nazi.

Lo que los alemanes necesitaban era ver en qué consistía la democracia, no que les vendiesen sus bondades. Pero durante el año que pasé en Kronenberg no hubo ni un solo debate público apoyado o patrocinado por los estadounidenses. En la Alemania del Este, unos cuantos kilómetros más allá, los comunistas estaban batiendo tambores por el comunismo; en Kronenberg, los estadounidenses tocaban la fanfarria del americanismo; y en ambos sitios, no hacía tanto tiempo, los nazis habían hecho arder la antorcha del nazismo. Pero los alemanes —como decían ellos educadamente—estaban hasta las narices de tambores, trompetas y antorchas.

Después de 1945, los alemanes estaban en condiciones de comenzar a juzgar el nazismo, cuyas bondades y vilezas ya habían experimentado, suponiendo que lograsen experimentar otra forma de gobierno. Pero, antes, necesitaban ver con sus propios ojos cómo funcionaba esa otra forma y

sentirse atraídos por ella. Sin duda se manejarían con torpeza la primera vez —o la segunda—, pero ¿a quién no le ha sucedido eso? Tal vez no la comprendiesen bien, o podrían incluso emplearla inadecuadamente. Pero ¿cómo podrían descubrir de otro modo lo que era? Cuando mi hijo pequeño le corta la cola al gato y le digo: «¿Cuándo aprenderás a portarte bien?», él me responde: «Ya lo sé, me lo has dicho un millón de veces».

La libertad es peliaguda: cuando le permito a mi hijo que cruce solo la calle por primera vez, estoy permitiendo que arriesgue su vida, pero si no lo hago crecerá sin saber cruzar la calle solo. Habría sido peligroso que las fuerzas ocupantes estadounidenses hubiesen otorgado libertad a los alemanes posnazis; incluso mis amigos alemanes antinazis, que eran alemanes de pies a cabeza, se oponían a que se les concediese libertad de palabra, de prensa y de reunión a los «neonazis». Pero lo que había metido en este lío a los alemanes había sido, en primera instancia, el miedo a la libertad, con todos los peligros que este comporta. Cuando los estadounidenses decidieron que no podían «permitirse» concederles la libertad a los alemanes, estaban dictaminando que Hitler tenía razón.

Poder expresarse libremente sobre una plataforma libre es la única práctica que distingue a una sociedad libre de una sociedad esclava. Y si los alemanes posnazis necesitaban la fuerza, era para un propósito para el que esta nunca se había empleado en Alemania, o sea, para conservar la libertad de dicha plataforma. Lo que necesitaban era una asamblea ciudadana, con su campechanía, para ver, escuchar y por fin sumarse de corazón a la guerra contra el totalitarismo. Lo que necesitaban no era el Gran Cañón ni las cataratas del Niágara, sino el foro de los domingos por la tarde en la plaza del pueblo y el grito estentóreo de la autoridad estadounidense: «Déjenle hablar, déjenle hablar».

Mi amigo Willy Hofmeister, el viejo policía, estaba atónito y no dejaba de proclamar su asombro ante el hecho de que *Mein Kampf* no hubiese sido prohibido en Estados Unidos durante la guerra. Lo que los alemanes necesitaban con tanta intensidad, y sin lo que ningún esfuerzo, ningún gasto, ningún ejército podría ayudarles nunca, era aprender cómo hablar y cómo replicar al que habla. En las *Amerika-Häuser*, igual que en el resto de las plataformas controladas por los estadounidenses, escuchaban conferencias sobre: «La deuda de Goethe para con Edgar A. Guest» y aprendían la viejísima lección alemana de oír cómo los que eran mejores

que ellos les decían qué era lo bueno y lo grande y qué cosas eran buenas y grandes para ellos.

Lo que habrían necesitado, y lo siguieron necesitando durante toda la Ocupación estadounidense, era el particular genio estadounidense para hablar de forma polémica y continuada en un marco no de ley, sino de espíritu. Ellos ya poseían el genio suficiente, y con creces, para generar por sí mismos el resto de las cosas que necesitaban.

¿Por qué se empeñaron los estadounidenses, en 1945, en exportar la libertad, en especial a un pueblo que por lo general había malgastado la suya propia y había coartado la de otros pueblos? Se trataba de un interrogante que quizá, o quizá no, habría valido la pena plantearse, pero en 1945 ya era demasiado tarde para planteárselo. La Ocupación estadounidense añadió un elemento a la historia de las ocupaciones: el idealismo. Se había comprometido a hacer algo más que castigar, recaudar y controlar: estaba empeñada en civilizar a los alemanes.

Las dos viejas y tambaleantes civilizaciones de Europa, Francia e Inglaterra mostraron pocas ganas de emprender lo que seguramente consideraban un empeño imposible, y se hicieron los remolones siempre que les fue posible. Pero en el escenario alemán había dos civilizaciones nuevas, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ambas, cada una con sus opiniones contrapuestas sobre la civilización, eran entusiastas con respecto a sus áreas de control respectivas, y, suponiendo que alguna de ellas no hubiese querido serlo, el fervor de la otra le habría forzado a ello.

Estas dos nuevas civilizaciones chocaron en la frontera este-oeste de la Alemania dividida, cada una de ellas empeñada en llevar a cabo una revolución mundial, cada una de ellas aislada durante tanto tiempo que solo ahora, al enfrentarse, se veían obligadas a revisar cuáles eran sus compromisos. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos no decía que todos los ingleses —o sus colonos de ultramar— habían sido creados iguales. Decía que todos los hombres habían sido creados iguales, y con determinados derechos inalienables. También el *Manifiesto comunista* proclamaba que todos los hombres tenían los mismos derechos, pero, al negar la creación, despojaba a esos derechos de su cualidad de inalienables. La disputa, evitable, quizá, si las dos revoluciones no hubiesen echado raíces en los dos países que en aquel momento eran depositarios del poder mundial, se produjo a lo largo del centro de Alemania en 1945.

Sin embargo, lo que hace que el proceso civilizador sea tan arduo es que, aun en el caso de que los primitivos admitan su estado de primitivismo (lo que no creo que hagan), no siempre reconocen que la condición de los civilizados es superior. Los alemanes, por ejemplo, habían creído que los superiores eran ellos, y no los demás pueblos. Por si fuera poco, las buenas intenciones del afán civilizador siempre se ven enturbiadas por la sospecha, y la sospecha se ve fortalecida por sucesos que aún están frescos en la memoria. Haber sufrido una derrota no es el mejor precedente para que a uno le civilicen o reeduquen o reorienten. Era de esperar que a los alemanes posnazis, durante un tiempo, les costase aceptar que quienes de forma tan sangrienta los habían derrotado y habían incendiado su país lo hicieron por su bien, o que de repente les interesaba su bien. La naturaleza del asunto estaba en contra nuestra, incluso si se hubiesen dado unas verdaderas condiciones de tiempo de paz, que, desde luego después de 1948, no existían.

Aun así, a medida que la Ocupación estadounidense fuese comprendiendo que no se puede deshacer en diez días lo que ha tardado diez siglos en formarse, con el tiempo se hubiese logrado algún progreso. A medida que el resquemor provocado por el castigo, la recaudación y el control se iba atenuando, es posible que Alemania se hubiese hecho más receptiva al esfuerzo revolucionario estadounidense, y que el propio esfuerzo, de no verse interrumpido a causa de un nuevo ramalazo aislacionista en Estados Unidos, se hiciese más imaginativo. En 1948 ya había ciertos signos esperanzadores. Ningún alemán habría dicho, de no ser en una declaración oficial, que su gobierno era libre, ni mucho menos democrático, pero palabras como «libertad» y «democracia» se oían a menudo, en especial entre las nuevas generaciones.

Las escuelas públicas estaban llenas de libros gratuitos, películas gratuitas y conferencias gratuitas que alababan la libertad y la libre empresa, y que, ante todo, alababan la paz. Y los alumnos memorizaban las bondades de la democracia con tanto ahínco como sus hermanos mayores habían memorizado las bondades del nacionalsocialismo. Lo que es aún más significativo, las escuelas primarias y secundarias privadas, de las que siempre había partido la reforma de la escuela pública, volvían a existir en el país.

En cuanto a las universidades, «resulta difícil predecirlo… pero se han puesto los fundamentos», dijo James M. Read, con gran prudencia, en 1951,

al dimitir de su cargo como responsable de educación del Alto Comisionado de los Estados Unidos. En el terreno intelectual, a los diez u once años se seguían separando los más dotados de los que no lo eran tanto, pero, aunque la educación superior aún no estaba al alcance de tres cuartas partes de los jóvenes, las universidades de Alemania Occidental, en muchas de las cuales los alumnos trabajaban y estudiaban al mismo tiempo, ya no tenían que sentirse culpables de la acusación comunista de que, mientras las universidades de la Alemania Oriental primaban la pobreza como condición de admisión, las del lado Occidental excluían por completo a los hijos de obreros. Aquí y allí aparecían cátedras de ciencias políticas o investigación sociológica, y en cinco o seis universidades de las zonas de ocupación estadounidense e inglesa (e incluso de la francesa, en Tubinga), existían iniciativas, patrocinadas por el gobierno, o al menos toleradas por este, para introducir un programa de educación general al margen del currículo especializado.

En 1948, ningún estadounidense habría dicho, de no ser en un informe oficial, que se había logrado, ni siquiera con calzador, una transformación del carácter alemán, excepto en un aspecto: el del militarismo. «El poderío bélico de Alemania debe ser eliminado», les dijo el general Eisenhower del SHAEF[18] en 1944 a Henry Morgenthau y a Harry Dexter White, y todos, tanto los presentes como los ausentes, se mostraron de acuerdo con él. En 1945 los estadounidenses interrogaron a unos trece millones de alemanes —y condenaron a unos tres millones y medio de ellos— basándose en el decreto «para la desnazificación y desmilitarización de Alemania». En su discurso de 1946 en Stuttgart, Byrnes, el secretario de Estado de los Estados Unidos, reafirmó el principio acordado en Potsdam de que Alemania debía ser permanentemente desmilitarizada, añadiendo: «No está en el interés del pueblo alemán ni en el de la paz mundial que Alemania se convierta en un rehén o un aliado en una lucha militar por el poder entre Oriente y Occidente». Y en 1949 el nuevo gobierno de Bonn aseguró «su firme determinación de mantener la desmilitarización del territorio federal y de tratar de evitar por todos los medios a su alcance la creación de fuerzas armadas de cualquier tipo».

Desde todas direcciones, al alemán le aseguraban que el idealismo estadounidense había venido para liberarlo para siempre de la maldición del militarismo, de su coste económico, de su coste en vidas, y del coste de

reducir su carácter a un servilismo cuartelario. Y, con una presteza que tal vez habría debido resultar inquietante, pareció creer lo que le decían.

Es difícil exagerar la impresión que este ideal estadounidense causó en los alemanes. Una impresión respaldada, por supuesto, por su propia experiencia de esta segunda «guerra de los Treinta años», que abarcó de 1914 a 1945. «El pueblo alemán no muestra entusiasmo alguno por el servicio militar —pudo informar el alto comisionado McCloy—. La aversión al servicio militar como tal es algo nuevo en la vida alemana.» Luego, repentinamente, en 1948, al fraguarse la Guerra Fría en Berlín, el ideal estadounidense se volvió del revés.

29. EL FÉNIX A SU PESAR

La primera discreta propuesta, planteada a finales de 1948, consistió en armar a la policía de Berlín Occidental, basándose en que los rusos ya habían armado a la fuerza policial de Berlín Oriental. Pero este toma y daca pronto dio paso a la petición de crear doce divisiones germano-occidentales. «Los alemanes son grandes combatientes —dijo el senador por Oklahoma Thomas a finales de 1949—. Si los Estados Unidos van a la guerra, necesitamos combatientes.» Por su parte, el general Collins, de la Junta de Jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos, dijo en 1950: «Debería bastar con que mandemos armas. Nuestros hijos no deben derramar su sangre en Europa». Poco después, el *New York Times* lo tradujo en palabras al alcance de todo el mundo: «Estados Unidos tiene derecho a exigirles que combatan por valor de un dólar por cada dólar gastado».

Pero el fénix no parecía dispuesto a resurgir de sus cenizas. Los «hombres de guerra» estaban cansados, mortalmente cansados de la guerra, y el general Eisenhower de la OTAN se sintió obligado a tranquilizarlos en 1950: «Si los aliados decidiesen rearmar a los alemanes estarían vulnerando toda una serie de acuerdos. Tanto Washington como Londres y París han anunciado oficialmente que no tienen intención de emprender acción alguna en este sentido». Y, ciertamente, así había sido. Pero los alemanes estaban tan cansados, y tan vehemente cansados, que el general, ya en 1951, se sintió obligado a informar a Washington, Londres y París de que no deseaba tener «ninguna división reticente en un ejército que esté bajo mi mando».

Sin embargo, se las iban a dar. El comisionado de Seguridad para Alemania Occidental —evidentemente, no había Ministerio de Guerra— anunció que Alemania reclutaría entre 300.000 y 400.000 hombres. (El presidente Woodrow Wilson había criticado la conscripción en tiempos de paz como «la raíz del mal del prusianismo».) Cuando se consiguiera que los alemanes (y por supuesto los franceses) aceptasen el «acuerdo contractual» estadounidense, además de la conscripción en tiempos de paz habría nueve

nuevas divisiones Panzer, y «el contingente alemán dispondrá directamente de su propia fuerza aérea», de 75.000 hombres y 1.500 cazas y cazabombarderos. Este «contingente alemán» (y esto es algo que el comisionado de Seguridad no necesitaba añadir) sería tan potente como las tropas con las que Hitler atacó a Occidente en 1939, y (esto no lo añadió el comisionado de Seguridad, pero sí el Plan Pleven) las unidades nacionales de la Comunidad de Defensa Europea estarían «de entrada» bajo control nacional, no internacional.

Unos cuantos meses después del inicio de las hostilidades en Corea, los ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia tomaron nota —sin manifestar sus propias opiniones— de «los sentimientos expresados en Alemania y en otros lugares en favor de la participación alemana en una fuerza integrada». Estos sentimientos no se circunscribían, ni en Alemania ni en ningún otro lugar, a círculos gubernamentales o militares. En Estados Unidos, Walter Lippmann, escribiendo en el muy conservador e internacional *New York Herald Tribune*, se mostraba convencido de que «solo será posible conseguir que Alemania como nación participe de buen grado en una coalición occidental si podemos demostrarles que disponemos del poderío militar necesario y que tenemos el propósito estratégico de llevar la guerra inmediata y rápidamente más allá del río Vístula». (No sería la primera vez que la guerra se llevaba inmediata y rápidamente más allá del Vístula: la última vez, fue Hitler quien lo hizo.) Y en Alemania el muy conservador y nacionalista *Stuttgar Zeitung* opinaba que «es muy probable que el valor de Gran Bretaña para Estados Unidos como aliado se devalúe drásticamente muy pronto. Esto sería tremendamente importante para nosotros los alemanes […]. Si los roces anglo-americanos aumentan y la posición de Gran Bretaña se debilita, es de esperar que Estados Unidos le conceda una importancia creciente al papel de Alemania dentro de Europa».

Tras las elecciones de 1953 en Alemania, el gobierno de Adenauer obtuvo el respaldo parlamentario suficiente para anular la negativa del Tribunal Supremo a considerar que la constitución impuesta a Alemania por los aliados victoriosos de 1945 permitía la remilitarización del país. (Lo mismo estaba ocurriendo en Japón, donde la nueva constitución que prohibía para siempre la militarización tuvo de hecho que ser enmendada.) Según manifestó el general Hays, alto comisionado suplente de los Estados Unidos, la industria alemana estaría en condiciones de producir armamento

«a los seis o nueve meses de recibir los pedidos», y en 1953 Krupp de Essen, la empresa que había fabricado la máquina de guerra alemana, presentó su nueva línea de vehículos blindados, que tenían hasta emplazamiento para la torreta. «Una vez que se dé luz verde —dijo Stassen, el director de Ayuda Exterior, ante el comité de apropiaciones del Congreso de los Estados Unidos—, podrán ustedes asistir a uno de los procesos de fabricación de armas más rápidos de la historia moderna. El material necesario, gran parte del cual será suministrado por los Estados Unidos, ya está en camino.»

Entretanto, todo había cambiado en la «Zona Coca-Cola» de Alemania Occidental. Lo que quedaba de la maquinaria estadounidense para la reeducación y reorientación cambió de rumbo y se dedicó a hacer campaña en pro de una nueva *Wehrmacht* alemana. Al cartel aún húmedo que denunciaba «La maldición del militarismo» se le dio la vuelta, y el viejo lienzo que invitaba a «La defensa de la patria», que ni siquiera había tenido tiempo de coger polvo, fue colgado de nuevo. Aún se podía decir, y hacer, mucho contra el comunismo. Pero ya no había mucho que hacer en cuanto a la reeducación de los alemanes. Su reeducación había consistido en su mayor parte en subrayar que el militarismo había sido la piedra angular del totalitarismo alemán, de la guerra alemana y de la ruina de Alemania.

Hubo complicaciones aquí y allí. Durante unos disturbios en Fráncfort en 1952, la policía alemana detuvo a un comando móvil del Bund Deutscher Jugend (BDT), especializado en interrumpir mítines comunistas, socialdemócratas y neutrales. Unas semanas después, Zinn, el ministro presidente del Estado de Hesse, anunció que el BDJ había sido «creado y financiado por los Estados Unidos» y que, siguiendo órdenes de los Estados Unidos, había organizado un «servicio técnico» que entraría en acción en caso de que hubiese una invasión comunista. El mencionado «servicio técnico» estaba compuesto de doscientos antiguos oficiales alemanes cuya graduación llegaba hasta la de coronel, todos ellos mayores de treinta y cinco años. (Bund Deutscher Jugend quiere decir «Liga de la Juventud Alemana».) Muchos de ellos habían pertenecido a las SS. (En Núremberg, el mero hecho de haber sido miembro de aquella Schutzstaffel de negro uniforme se consideró un acto criminal.) El «servicio técnico» se entrenaba con todo tipo de armamento ligero en un campamento maderero camuflado que los Estados Unidos tenían en Odenwald. (De acuerdo con la Ley de

control aliada, el castigo por armar a los alemanes era la pena de muerte y seguía aún vigente.)

Lo que resultaba más preocupante para Zinn —un socialdemócrata— fue la lista que tenía el «servicio técnico» de alemanes occidentales «poco de fiar» que debían ser «eliminados». Esta lista incluía a quince comunistas y ochenta socialdemócratas, entre ellos toda la cúpula nacional de este último partido. Incluía, además, al único judío miembro del Parlamento alemán. El «servicio técnico», reveló Zinn, les costaba a los contribuyentes de los Estados Unidos 11.000 dólares al mes. El HICOG —el Alto Comisionado de los Estados Unidos para la Ocupación de Alemania, según sus siglas en inglés— desconocía su existencia. Lo mismo ocurría con el general Eisenhower de la OTAN o con el presidente de los Estados Unidos, Truman, y, por supuesto, con Adenauer, el canciller de Alemania.

Pero muchos otros sí que tenían noticia de él. El «servicio técnico» estaba subvencionado por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA), creada por el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos con un presupuesto que se rumoreaba estaba en torno a los 500 millones de dólares, sepultado entre las asignaciones departamentales del Congreso de los Estados Unidos. «Queremos suponer —dijo el *Frankfurter Rundschau*, que era prooccidental— que sus patrocinadores secretos estadounidenses desconocían estos planes para cometer asesinatos. Sin embargo, el hecho de que hayan apoyado un movimiento clandestino fascista debe por fuerza crear desconfianza entre los funcionarios estadounidenses. Nos negamos a combatir el estalinismo con la ayuda del fascismo.»

Fue solo una complicación, por supuesto. Y a los alemanes se les había enseñado a tener poca memoria. Aun así… Dos años más tarde, en medio del revuelo causado por la desaparición del Doctor Otto John, «el Edgar J. Hoover de Alemania Occidental», se supo que a John, que más adelante reapareció en Alemania del Este, no le gustaban los nazis y había tenido problemas con la Süddeutsche Industrieverwertung, u Organización para el Desarrollo Industrial del Sur de Alemania. Esta Organización para el Desarrollo era, según se reveló, un complejo de 30 acres de extensión rodeado por alambre de espino en el tranquilo pueblecito bávaro de Pullach. Lo que la Organización para el Desarrollo estaba llevando a cabo era una red de espionaje de 4.000 agentes en la Unión Soviética. El coste de este desarrollo, como informaba la moderada, más derechista que centrista,

Paris Presse el 27 de agosto de 1954, era de seis millones de dólares al año. Y el director de dicha iniciativa era el antiguo brigadier general Reinhardt Gehlen, que había sido jefe de la inteligencia nazi en la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. Su nuevo trabajo, decía *Paris Presse*, consistía en «seguir haciendo para los Estados Unidos el trabajo que había comenzado a hacer para Hitler».

Se trataba solo de una complicación, por supuesto, pero este tipo de complicaciones son mortíferas para el idealismo quejumbroso. A los alemanes les habían enseñado a tener poca memoria, pero seguía habiendo quienes recordaban a un antiguo capitán alemán que, al acabar la Primera Guerra Mundial, convenció a los aliados de que permitieran que su «Movimiento por la libertad» tuviese unas cuantas pistolas viejas para repeler a los comunistas en Baviera. El nombre de aquel capitán era Röhm, Ernst Röhm. ¿Podría tratarse del mismo capitán Ernst Röhm que había fundado el Partido Nacionalsocialista?

30. NACIDOS AYER

No todos los alemanes nacieron ayer. Pero algunos de ellos sí, y la juventud es tiempo de ideales. Cuando el Comisionado para la Seguridad de Alemania Occidental anunció los detalles de la remilitarización —entre ellos la conscripción en tiempos de paz—, el corresponsal del *London Observer* informó, basándose en encuestas de opinión pública, que «el porcentaje de personas que están a favor de contribuir a la defensa de Alemania descendió a menos del 15 por ciento, y el porcentaje de quienes se oponen rotundamente —que entre la población en general oscilaba entre el 40 y el 50 por ciento— alcanzó casi el 75 por ciento entre los grupos de edad directamente afectados» (es decir, los jóvenes). Encuestas llevadas a cabo entre estudiantes en tres universidades de Alemania —sin autorización ni supervisión oficial— mostraron una oposición casi tan por completo unánime que nadie cuestionó la base científica de la encuesta. La juventud es tiempo de ideales, y la Ocupación estadounidense anterior a 1948 había sembrado en la generación alemana que solo había conocido los horrores de la guerra y ninguna de sus glorias un ideal que era del todo nuevo en Alemania.

Los participantes en los «programas de intercambio» estadounidenses para estudiantes, profesores, periodistas y funcionarios alemanes habían sido cribados desde el principio de modo que solo los alemanes proamericanos fuesen a Estados Unidos. Ahora —después de 1948— a los candidatos se les preguntaba qué opinaban de la remilitarización de su país.

—Estoy en contra —me dijo uno de los bachilleres que fueron aceptados en el programa—, pero dije que estaba a favor. El noventa por ciento de nuestra clase de último año de bachillerato firmó una petición contra la remilitarización un mes antes de mi examen para el programa, ¿sabe usted? Mi nombre figuraba en la petición, pero supuse que los funcionarios estadounidenses de nuestra ciudad no se la habrían mandado a los examinadores de Fráncfort, y acerté.

—¿Por qué —le pregunté— suponías que la petición no había sido enviada a Fráncfort?

—Porque todo el mundo les dice a sus superiores lo que estos quieren oír, y el superior de Fráncfort no quería oír hablar de la oposición a la remilitarización. Mire, profesor, en Alemania estamos acostumbrados a esto.

La resistencia de los jóvenes a la remilitarización fue capitaneada por eclesiásticos alemanes, tanto protestantes como católicos, en especial los de la Iglesia Confesional antinazi, la «Iglesia dentro de la Iglesia» que constituye la rama más robusta y numerosa del protestantismo alemán. A mediados de los años cincuenta, cuando el pastor Mochalski, secretario del Consejo de la Iglesia Confesional, fundó los Grupos de Acción de Darmstadt contra la remilitarización, el movimiento se extendió desde el Instituto Tecnológico de Darmstadt a las universidades de Fráncfort, Mainz, Heidelberg, Tubinga y Friburgo. A los estadounidenses a quienes el cónsul de los Estados Unidos en Fráncfort les «advertía» que se alejasen de ese «montaje dominado por los comunistas», cuando pedían ver alguna prueba de ello se les decía: «Imposible, son documentos clasificados».

Los carteles que anunciaban las reuniones del grupo de protestantes y católicos de Niemöller-Heinemann-Wessel contra la militarización fueron arrancados por manos desconocidas. Pero en Kronenberg, a finales de 1952, aparecieron en los quioscos unos enormes carteles que mostraban una mano roja y peluda, tatuada con la hoz y el martillo, que agarraba el delgado brazo blanco de una mujer, con la leyenda «*Deine Frau, Herr Ohne Mich*!», «¡Es tu mujer, señor. Hagan-la-guerra-sin-mí!». Dado que la procedencia de estos carteles era desconocida, por regla general habrían sido retirados por la policía. Pero no fue así.

—También estamos acostumbrados a esto —dijo mi amigo, el estudiante de intercambio—. Es posible que el cartel fuese uno de los restos del almacén del Doctor Goebbels.

Cinismo, el más profundo cinismo, en Alemania, entre gente que, antes que no creer en nada, se aferra a la más fantástica de las creencias; cinismo entre los jóvenes. Y la juventud es tiempo de ideales. No es que sus mayores fuesen menos cínicos, pero en su caso, la edad madura es el tiempo del desencanto.

—Supongo —dijo mi amigo Klingelhöfer, el ebanista— que la ley de la Ocupación «para la desnazificación y desmilitarización de Alemania» ha

sido abolida, ahora que van a remilitarizarnos. ¿También nos van a renazificar?

¿Iban a hacerlo, acaso? Entre los alemanes se estaba produciendo una transición, una transición entre la idea de que la Forma Americana de Ver las Cosas era, quizá, mejor que la suya, hacia la de que la Forma Americana de Ver las Cosas podía ser muy buena, pero no era mejor que la suya. La prensa alemana, controlada como estaba por la Ocupación, se expresaba a través de la cantidad de espacio que le dedicaba a cada noticia, y le dedicó una cantidad de espacio extraordinaria al desarrollo del macartismo en los Estados Unidos y, en especial, a las campañas de quema de libros en las bibliotecas de las *Amerika-Häuser*. Los periódicos más osados se expresaban a través de sus editoriales: el anticomunista *Münchner Merkur* propuso que el senador McCarthy fuese declarado miembro honorario del Partido Comunista y el anticomunista *Weser-Kurier* dijo que Goebbels habría apreciado al senador por Wisconsin. «Nosotros en Alemania —dijo el anticomunista *Mannheimer Morgen*— estamos hartos de lo que tuvimos que soportar la última vez, cuando todo un partido de McCarthys trató de controlar nuestro pensamiento.»

Algunos alemanes nacieron ayer; pero no todos.

31. TIRA Y AFLOJA POR LA PAZ

El nuevo chiste alemán era: «¿Qué tal se sienten los alemanes con esta situación?». «Bueno, ¿cómo se siente un hueso entre dos perros?» Presión, una vez más, una nueva presión añadida a todas las antiguas presiones que no habían sido aliviadas por la guerra, la destrucción y la derrota. El grito de guerra nazi había sido «¡Despierta, Alemania!». Ahora los estadounidenses y los rusos lanzaban el mismo grito. Con el tiempo, los alemanes acabarían por ceder a las nuevas presiones. Sin duda sería más fácil re-reeducar a los alemanes en el militarismo de lo que fue reeducarlos para que lo abandonasen. «Querría —dijo un pastor protestante— que nosotros los alemanes no fuésemos tan crédulos.»

Solo es posible intentar adivinar las consecuencias que tuvo esta presión, el hecho de ser necesitados, requeridos, de ser cortejados dondequiera que fuesen, ellos que hacía muy poco eran los intocables del mundo; pero es posible intentarlo.

Reinhold Schneider, uno de los hombres de letras vivos más grandes de Alemania, dijo:

—La tragedia alemana es tan honda como siempre. Consiste en que no se considera que nada pueda tener una vida propia. Todo, ya se trate de música, o arte, o religión, o literatura, se juzga casi exclusivamente por su posible relación con la política. Se extraen las conclusiones más tortuosas y descabelladas de producciones que solo fueron creadas a partir de la necesidad de crear o que, de tener alguna finalidad, aspiraban a ampliar el radio de acción del espíritu humano. Por supuesto que soy consciente de la responsabilidad social del artista, pero abrazar la tesis marxista, como parece estar haciendo Occidente, de que todo es un simple episodio de un gran movimiento político y, en última instancia, económico, es venderse a algo que empobrecerá el mundo, y desde luego renunciar a la esperanza inicial de que del dolor de Alemania podría surgir algo nuevo para la humanidad.

Esto era una forma de expresarlo, pero no muchos lo planteaban así. Había muchos más que consideraban que la remilitarización era el único camino hacia la soberanía; estos eran los nacionalistas. Había otros muchos que la consideraban una forma de actividad profesional; estos eran los exoficiales. Otros la veían como la vía para conseguir trabajo; estos eran los desempleados. Y había algo así como diez millones de «expulsados» (nadie se había molestado en contarlos), a quienes los vencedores habían forzado a abandonar los países liberados y a instalarse en la Alemania posnazi, pues se decidió en Potsdam que, al fin y al cabo, Hitler tenía razón: la «raza germánica» existía, y sus miembros, calificados en Potsdam como «de etnia alemana», debían vivir en Alemania. Los «expulsados» constituían una inmensa y creciente fuerza a favor de la guerra contra Rusia, pues era su única esperanza de regresar a sus hogares.

También iba en aumento, entre los alemanes, la presión más intensa de todas, la presión para reunificar su país, infinitamente más intensa que la presión para recuperar las colonias perdidas en los años veinte. Los alemanes occidentales (y los orientales) no tenían parientes en el África occidental alemana, pero todos tenían alguno en Alemania del Este (o del Oeste). Si surgía un nuevo hitlerismo en Alemania Occidental, le bastaría con un lema en su plataforma: la reunificación. En 1953 los alemanes occidentales reeligieron a un canciller que les dijo, a la americana: «Hablamos mucho de unificación. Hablemos de libertad en su lugar». Pero, cuando algún orador en Alemania, ya fuese del Oeste o del Este, empleaba la palabra *Einheit*, unidad, sin importar en qué contexto lo hiciese, se veía interrumpido por vítores frenéticos, dignos de un palacio de deportes.

Desafortunadamente, *Einheit* era también un viejo término nazi. Más desafortunadamente aún, *Einheit*, junto con *Friede*, paz, era el eslogan que los odiados comunistas habían pintado en muros y vallas por toda Alemania del Este: en muros y vallas que daban al Oeste. Tanto los alemanes del Este como los del Oeste querían que los estadounidenses se fuesen de Alemania… cinco minutos después de que se marchasen los rusos. Pero los rusos, que habían perdido a 17 millones de personas en la última guerra, no pensaban hacerlo, como tampoco pensaban hacerlo los estadounidenses, que no tenían intención de perder 17 millones de personas en la próxima. La Ocupación —tanto la del Oeste como la del Este— era una cuestión de poder. El poder era algo que los alemanes entendían sin necesidad de que les reeducasen o les reorientasen.

No parecía que los alemanes del Este creyesen que los rusos iban a darles *Einheit* y *Friede*. Los estadounidenses no les hablaban de *Einheit* y *Friede* a los alemanes del Oeste. Les hablaban de *Verteidigung*, defensa, y se la ofrecían gratis. Bueno, pues los alemanes también querían defensa, sobre todo contra el bolchevismo. Pero defensa era lo que les había ofrecido su gobierno en 1914 y en 1939, y, tanto en 1914 como en 1939, defensa significó guerra. Los alemanes no querían guerra. No querían la paz a cualquier precio, pero sobre todo no querían la guerra al precio de la muerte, y, cuando les permitían pensar en ello, ese era el precio que creían que se verían obligados a pagar.

El dilema alemán era tal vez más marcado en Alemania, pero en realidad no era un dilema alemán, era un dilema de Europa. Si la defensa significaba muerte, había que tomarse muy en serio la defensa. Pero los alemanes contemplaban el dilema con mayor intensidad, porque se daban cuenta de que los estadounidenses y los rusos estaban de acuerdo en que, si tenían que combatir unos contra otros, ambos preferirían hacerlo en Alemania. Los alemanes veían que no importa dónde terminase la tercera guerra mundial, comenzaría donde ellos estaban, y sus piedras quebradas quedarían reducidas a polvo.

La economía fue el elemento que tuvo más peso en la reelección de la coalición conservadora de Adenauer en 1953. Casi la mitad del presupuesto de Bonn se dedicaba a servicios sociales: el Estado mantenía de forma directa a un quinto de la población, a través de pensiones o subsidios. Aun así, el día después de la victoria aliada, ninguno de los cinco quintos recibía ayudas de nadie, y en 1953 los alemanes no estaban dispuestos a cargarse a Santa Claus, aunque fuese un Santa Claus magro. En las elecciones de otoño de 1954, la atmósfera había cambiado, o, más bien, el foco de atención. En todas partes, incluso en la católica Baviera, Adenauer perdió apoyos, y los perdió drásticamente. ¿Qué había ocurrido? Lo que había ocurrido era que la «Comunidad de Defensa Europea», con su fachada de un ejército internacional, se había derrumbado, y el gobierno de Adenauer, presionado intensamente por los Estados Unidos, estaba intentando dar a luz a un ejército alemán, completado con un Estado Mayor alemán, amparándose en el nuevo «Acuerdo de Londres».

El fénix se hacía de rogar. El profesor Hans Morgenthau, de la Universidad de Chicago, al regreso de una visita a su país natal en el verano de 1954, informó de que había tratado el asunto del rearme alemán «con

decenas de personas de todo tipo. Solo he encontrado a un hombre que estuviese a favor de él, y es alguien muy cercano al gobierno de Adenauer». Añadió que «todos los excancilleres de Alemania aún vivos, que representan las más diversas tendencias del espectro político, desde la extrema derecha de Papen a la extrema izquierda de Wirth, han declarado su oposición a la orientación prooccidental del régimen de Bonn». En el invierno de 1954-1955 el comisionado para la Seguridad germano-occidental tuvo grandes dificultades para persuadir a los jóvenes de que se apuntasen voluntariamente a una futura «fuerza defensiva». La revista *U.S. News & World Report* dijo que, en un mitin masivo en Colonia, el comisionado para la Seguridad «encontró más objetores de conciencia que otra cosa. Una comprobación en zonas clave de Alemania Occidental indica que la actitud de los jóvenes de Colonia es compartida por la mayor parte del país. Casi nadie se alista. De repente el antimilitarismo se ha convertido en una de las tendencias más populares».

Por supuesto, no es lo mismo ser «objetor de conciencia» respecto al alistamiento voluntario que ser objetor de conciencia frente a la conscripción. «En realidad —concluía el artículo de *U.S. News & World Report*—, nadie en Alemania Occidental duda ya en serio de que el país acabará teniendo un ejército de un modo u otro. Pero se está haciendo evidente que los soldados alemanes del futuro serán muy diferentes de las tropas alemanas que fueron a la guerra en 1870, 1914 y 1939.» «¿Luchar? —dijo uno de los funcionarios anónimos con los que hablé en Berlín—. Por supuesto que los alemanes lucharán. Pero combatirán en una guerra a desgana, igual que los franceses combatieron en 1940.»

Los alemanes desean vivir, y no es extraño que lo hagan. Les gustaría vivir bien, pero en cualquier caso lo que quieren es vivir, bien o mal. Su actitud puede ser poco heroica; tal vez deberían preferir morir de pie que vivir de rodillas. Pero no lo hacen. Y, al contrario que nosotros, que no hemos pasado por esa experiencia, ellos han pasado por ambas cosas. Lo que nosotros, que nunca hemos sido esclavos, llamamos esclavitud, ellos, que siempre han sido lo que nosotros llamamos esclavos, lo encuentran menos abominable que la muerte. Odian al comunismo —bajo ese nombre —, pero no aman lo suficiente lo que nosotros llamamos libertad para morir por ella. Si así fuese, hubiesen muerto por ella contra Hitler.

Los estadounidenses, que ven amor por la libertad en el tránsito de refugiados del Este al Oeste, y en los disturbios habidos en Alemania

Oriental, deben recordar que esos mismos alemanes orientales vivieron en una esclavitud totalitaria durante doce años, de 1933 a 1945, y estaban encantados con ella. Aquellos que la odiaban (y, por supuesto, fueron muchos) podrían haber emigrado en condiciones mucho mejores de las de quienes ahora llegan desde el Este, pero durante esos doce años, exceptuando a las personas a quienes la dictadura totalitaria expulsaba, la emigración fue casi nula.

32. ¿SOMOS IGUALES QUE LOS RUSOS?

El siglo xix europeo solo dejó intactos tres baluartes de la autocracia: Rusia, Prusia y Austria. Por emplear un término de aquella época, los tres eran grandes poderes orientales, en los que el modelo de un absolutismo posfeudal, al servicio de una nobleza agraria y militar, junto con el apéndice de una Iglesia servil, sobrevivía aún en Occidente. La predilección de la realeza alemana por Francia e Inglaterra —y sus frecuentes matrimonios con la casa reinante de esta última— le dio al mundo una fácil impresión de que se inclinaba hacia Occidente, impresión que se vio reforzada por la espectacular industrialización del nuevo Reich bajo Bismarck. Pero la perenne obsesión del estamento académico alemán por Rusia (y viceversa) hubiese ofrecido una pista más acertada del futuro de Europa que las chanzas de la sociedad cortesana.

Tanto Rusia (cuya historia podría resumirse como la búsqueda de un puerto en aguas cálidas) como Alemania sienten subjetivamente que les falta algo, y cuentan con una larga historia de comportamientos similares, además de cooperativos, empezando por su colonización posmedieval del continente (que incluye media docena de amigables repartos de Polonia) y su fracaso (o incapacidad) para adquirir colonias fuera de él. El apoyo de las ambiciones rusas en el Mar Negro por parte de Bismarck; el apoyo del Estado Mayor alemán a la Revolución de Octubre; el pacto Molotov-Ribbentrop…, todos se consideran, con bastante razón, como parte de la política alemana frente a una tenaza perpetua. Pero las relaciones entre Alemania y Rusia siempre han sido más felices que las que cada uno de ambos países ha mantenido con las demás grandes potencias europeas. Detrás de los sucesos del pasado inmediato se extienden cinco siglos de penetración notablemente pacífica del mundo eslavo occidental por parte de comerciantes y agricultores alemanes, con su concomitante influencia eslava sobre los temperamentos de Prusia Oriental y Silesia.

Hemos tardado en descubrir el parecido esencial entre el comunismo y el nazismo, distraídos tal vez por la condición «adelantada» de los alemanes, o por la confusión entre socialismo comunista y socialismo democrático. O quizá por ambas cosas a la vez. Pero la trayectoria circular que ha seguido el antisemitismo —desde la Alemania del siglo xiv a Rusia (con el reparto de Polonia a finales del siglo xviii), de Rusia a Austria en el xix, y desde Austria de vuelta a Alemania en el xx— debería habernos alertado acerca de la singular proximidad que existe entre los nacionalismos pangermánico y paneslavo. Pero hasta los años treinta, cuando el nacionalsocialismo venció en Alemania, no descubrimos, para asombro nuestro, que la idea de un «pueblo» primigenio, el sentimiento de rebaño de la tribu, se encontraba tan profundamente arraigado en los alemanes como lo estaba en los rusos.

Algunos alemanes no lo han descubierto aún. En Hamburgo me reuní con un grupo de estudiantes, y la conversación derivó hacia Rusia.

—No conocen a los rusos —dijo uno de los estudiantes, dirigiéndose, al parecer, no solo a mí, sino al grupo en general—. Me parece que no conocen ustedes a los rusos, pero yo sí. No saben lo que es la libertad. No sabrían cómo emplearla si la tuviesen. Son un pueblo primitivo, como animales. Simplemente, desconocen los conceptos de humanidad y de derechos humanos. Tengo un amigo que estuvo en un campo de concentración ruso. Lo que les hicieron allí es espantoso. Cuesta creerlo.

Otro estudiante intervino:

—Yo tengo un amigo que estuvo en un campo de concentración alemán. Lo que les hicieron allí es espantoso. Cuesta creerlo.

El primer estudiante se enfureció:

—¿Estás diciendo —gritó— que somos iguales que los rusos?

33. MARX HABLA CON MICHEL

«Cuando dos rusos se pelean —dice el chiste—, se desgarran las ropas el uno al otro y luego se dan la mano. Cuando dos alemanes se pelean, se matan el uno al otro, pero no les falta ni un botón.» El desarrollo burgués alemán fue tardío —el de los rusos no se produjo nunca— y su sentido de la propiedad privada está tan hiperdesarrollado como el de un niño. Pero la «guerra de los Treinta Años de 1914-1945» ha proletarizado a las personas con propiedades privadas, en especial a la burguesía. Durante la inflación de 1945-1948, tal como sucedió en 1919-1923 (cuando, sin embargo, los comerciantes con stock sobrevivieron), el granjero no solo conservó lo que era suyo, sino que conseguía lo que quería intercambiándolo por comida, y había «alfombras persas en pocilgas». Luego la reforma monetaria, en ambas ocasiones, afectó al granjero, y su trayectoria descendente siguió el mismo curso que la de la burguesía.

La alta burguesía fue la primera en ser proletarizada y la que lo fue de forma más severa y persistente. Tal vez no lo sepa aún: Herr Doctor Schmidt, o Herr Abogado Schmidt o Herr Catedrático Schmidt o Herr Arquitecto Schmidt o Herr Ingeniero Schmidt conserva su título profesional, y su título es como una propiedad, algo que no tiene parangón en el mundo occidental. Pero no posee ninguna propiedad real, no le queda ninguna participación tangible en el orden social. No tiene otra cosa que ofrecer que su trabajo. Marx le habla a él.

El jefe de un departamento universitario en Kronenberg no tenía agua caliente ni calefacción central en su piso de cuatro habitaciones, donde vivían cuatro adultos y dos niños. Más de ocho años después de la guerra, su familia seguía aceptando gustosamente que les regalasen ropa usada, las migajas de la caridad. Aún lo veo hurgando en la cazoleta de su pipa, en busca de hebras sin quemar; veo a su mujer usando las hojas del té por segunda, tercera y cuarta vez. Durante el año que pasé en Kronenberg, solo conocí a un propietario de automóvil, y a nadie que tuviese nevera. Los

huevos se vendían por unidades: ¿quién tenía dinero para invertir en una docena de golpe, o un lugar donde mantenerlos frescos?

En la clase de nuestro hijo mayor, sexto de primaria, en una escuela de nuestra pequeña ciudad burguesa, no industrial, situada en un valle fértil, ocho años después de la guerra el 10 por ciento de los niños llegaba al colegio sin haber desayunado; otro 10 por ciento había comido pan solo; otro 10 por ciento, pan untado con algo que no era materia grasa; y solo el 30 por ciento más afortunado llegaba a clase habiendo bebido algo de leche, o sucedáneo de leche. Nuestro hijo pequeño, en primer curso, trajo un día a casa a su amigo Bienet y le dio un plátano. Bienet se comió el plátano… con piel y todo.

Y todo esto sucedía en la Alemania «en vías de recuperación», Alemania Occidental, donde el nivel de vida siempre había sido más alto que en el Este, y por supuesto lo seguía siendo ahora. Y en una pequeña ciudad rodeada de bosques, en esta Alemania «en vías de recuperación», en invierno solo se calentaban las cocinas, porque no había ni unos cuantos centavos para leña. Mi amigo nazi, el joven Schwenke, me recomendó una máquina de liar cigarrillos que tenía un rodillo de tela, mejor que uno de plástico. Le pregunté por qué entonces utilizaba él la máquina con el rodillo de plástico: era porque costaba dos centavos y medio menos que la otra.

Por supuesto, en Düsseldorf había abrigos de visón, en Baden-Baden el *Rouge-et-Noir* (tal como llaman los alemanes al casino) estaba repleto día y noche, y en Berlín había Mercedes y limusinas de muchos metros de largo. Pero, cuando habían pasado las limusinas, podía verse a un buen número de hombres, hombres jóvenes, hombres de mediana edad, viejos, rebuscando en los cubos de basura (¡como si en un cubo de basura alemán se pudiese encontrar algo comestible!). Nadie cuestionaba la afirmación de que la diferencia entre ricos y pobres en Alemania Occidental era mucho mayor de lo que había sido bajo los nazis.

«La producción es un 150 por ciento mayor que antes de la guerra.» Pero lo importante es qué se produce y adónde va. Lo que se producía en la Alemania «en vías de recuperación» no eran bienes de consumo. Y las piezas de maquinaria son duras de masticar. La boyante economía germano-occidental era un artefacto, una operación política propia de la Guerra Fría, orientada al relanzamiento económico, lo mismo que la pujante (aunque no tanto) economía de la Alemania del Este. Para lograr el equilibrio de la balanza entre el dólar y el oro, a los exportadores se les concedían

exenciones fiscales (pagadas, en último término, por Michel, el típico tonto de la comedia alemana). Algunas de las unidades del complejo químico de la I. G. Farben, destruido tras la guerra, eran ahora mayores que nunca; un fabricante de máquinas de escribir estaba exportando a ciento treinta y nueve países.

«La producción es un 150 por ciento mayor que antes de la guerra.» Pero de los veinte mil empleados de la Volkswagen (incluyendo a sus ejecutivos), solo el 2 por ciento podía permitirse conducir uno de los coches que fabricaban. En este 1953 del «150 por ciento», los salarios en la industria alemana occidental ascendían a menos de una cuarta parte de los salarios estadounidenses, y el nivel de vida era el 15 por ciento inferior al de la Francia abrumada por las deudas armamentísticas, mientras que el consumo de carne per cápita (que no estaba racionada) era más bajo que en la Inglaterra azotada por la austeridad (donde sí estaba racionada). Ese «150 por ciento» no les llegaba a los cincuenta millones de alemanes occidentales.

Desde el final de la guerra, Alemania, la única nación de Europa que no disfrutaba del privilegio soberano de gastar entre un tercio y la mitad de su presupuesto nacional en infraestructura militar, había construido seis veces más viviendas nuevas que la «victoriosa» Francia. Pero aún le hacían falta cuatro millones de viviendas, y la vivienda seguía estando limitada a una persona por habitación. Las cifras de desempleo, claramente poco fiables, oscilaban entre los probables dos millones a un poco probable millón. No existían cifras exactas que diferenciasen entre empleo parcial o a tiempo completo, y no había cifras precisas por lo que se refiere a los diez millones de «expulsados».

Simplemente atravesando la Potsdamer Platz de Berlín uno podía hacer —no podía evitar hacer— algunas distinciones. En el Berlín del Este comunista no había trabajador que fuese libre, ni que estuviese desempleado; en el Berlín Oeste capitalista, uno de cada cuatro trabajadores estaba desempleado, pero era libre. En Kronenberg, donde no existía la industria pesada, el paro entre el contingente laboral normal (incrementado por los «expulsados») era del 20 por ciento en 1953, y un administrativo con una familia de cuatro viviendo en una sola habitación cobraba un subsidio mensual que ascendía a 31,74 dólares. Gastaba un cuarto de lo que nosotros solemos pagar en alquiler, la mitad de lo que pagamos en comida, y lo mismo que nosotros en productos manufacturados (incluyendo

combustible y ropa). La pastilla de jabón que en Estados Unidos cuesta diez centavos en Alemania Occidental costaba veinticuatro.

A medida que los productos materiales aumentaban de precio, los alemanes bajaban en valor monetario: si un zapatero trabajaba media hora haciendo remiendos que no requerían cuero o goma, te cobraba doce centavos, pero si trabajaba diez minutos poniendo medias suelas y tacones, su factura era de dos dólares y medio. El pueblo alemán (que no debe confundirse con la exportación y la industria alemanas) no había sido rehabilitado. La ayuda estadounidense no los había rehabilitado. Es cierto que «ellos» habían recibido tres mil millones de dólares en ayudas; es cierto, asimismo, que ellos (sin comillas) habían pagado diez mil millones de dólares en costes de la Ocupación. Y la ayuda, sin importar qué formas adoptase y a qué personas fuese destinada, había sido, con el Plan Marshall y sus sucesores, de 28 dólares por persona en Alemania, mientras que en Inglaterra había sido de 63 por persona y de 65 en Francia.

Toda la rehabilitación que se había realizado en Alemania —la espectacular reconstrucción, no *de* las ciudades destruidas, sino *dentro* de ellas— había sido el resultado del esfuerzo agotador de setenta millones de alemanes. *Tante* Käthe, nuestra asistenta, era uno de esos Michels. «Trabaja y ahorra, Michel.» *Tante* Käthe trabajaba y ahorraba. Por dos veces había trabajado, y cada vez había ahorrado casi dos mil dólares, y cada vez, después de 1918 y de 1945, la inflación había engullido sus dos mil dólares. *Tante* Käthe, que solo sabe leer y escribir en la antigua escritura germánica, no escribe ni lee mucho. Ni siquiera sabe (como no lo sabe el zapatero, cuyos materiales valen más que él) que Marx le está hablando a ella.

El desarrollado sentido de la propiedad del alemán y su desarrollado sentido de la seguridad han estado en conflicto en su interior a lo largo de toda esta segunda «guerra de los Treinta Años». El sentido de la seguridad va ganando. A principios del siglo xx, el desarrollo del anticapitalismo alemán fue fenomenal. En el primer Reichstag de 1871, los socialdemócratas tenían dos escaños; en 1903, ochenta y uno; y antes de la Primera Guerra Mundial, con ciento diez escaños, eran el partido más potente del país. En 1932 las fuerzas anticapitalistas poseían dos tercios de los escaños del Reichstag: el centro-izquierda, los socialdemócratas, los comunistas y los nazis (estos últimos recibían apoyo privado del capital alemán).

La desposesión de los alemanes, en especial de la clase media y muy en particular de la clase media alta, se ha venido produciendo desde mediados de la Primera Guerra Mundial, inexorablemente, tanto en los «buenos» tiempos como en los «malos», hasta alcanzar su culminación. El *Bürger* sin propiedades no siente que su suerte vaya unida a la del proletariado, pero tarde o temprano la suerte de este se une a la de él. Vive (y, si es lo bastante mayor, muere) sumido en sus recuerdos de *die goldene Zeit*, los tiempos dorados del *Kaiserreich*. Sin embargo, los nietos —o tal vez incluso los hijos— de este hombre, que carecen de recuerdos personales que sustenten sus ilusiones, las han perdido. Cuando la situación ha sido lo bastante mala durante bastante tiempo, parece una incongruencia neurótica, cuando la misma puerta de entrada sirve para tres familias, mantener la placa de la puerta heredada con el nombre de la familia grabado en ella. De modo que el nieto —o el hijo— la desmonta. Marx le está hablando a él.

A Marx le tiene sin cuidado si, en este o aquel brote, o en esta o aquella localidad, uno lleva el nombre de nazi, fascista, comunista, nacionalista u Odd Fellow.[19] Marx le habla a la desnuda condición de tu existencia, no a la insignia que llevas en la solapa. «Ciento cincuenta por ciento de la producción de antes de la guerra» es simple palabrería de financieros muertos. Nada es tan costoso como la guerra, no importa quién gane y quién pierda. Nada genera una producción en masa tal de proletarios como la guerra, no importa quién gane y quién pierda. No importa quién gane y quién pierda, Marx le habla al hombre que ha perdido su casa y sus ahorros, que no tiene otra cosa que vender más que su trabajo. Dejemos que los financieros muertos hablen del «150 por ciento de antes de la guerra»: Marx sabe que Inglaterra y Francia, cuya capacidad productiva, lejos de resultar destruida, casi quedó intacta, nunca se recuperaron de la Primera Guerra Mundial. En medio de las piedras quebradas, los hierros retorcidos, las tiendas quemadas y las minas inundadas se yergue el nuevo proletario: el alemán.

Recuerden: los alemanes fueron ricos, para los parámetros europeos, y ahora son pobres. Así, subjetivamente, ahora están mucho peor que quienes siempre fueron pobres. Se están aproximando al punto —nadie sabe dónde se encuentra— en que comprenderán que son lo que ya son: proletarios. Entre 1945 y 1955 a Michel solo le costaba 155 millones de dólares al mes mantener a las fuerzas militares que ocupaban su país; tener sus propias fuerzas militares, es decir, su «contribución defensiva» a la «defensa

europea», iba a costarle 215 millones de dólares al mes, y esto era solo el principio.

Michel odia el comunismo; al menos, bajo ese nombre. Pero, bajo el nacionalsocialismo, Hitler le comunistizó, sin que él lo supiera. Si el proceso de ir bajando de categoría —no de estar abajo, sino de ir bajando— continúa, Michel adoptará algún nuevo tipo de «anticomunismo», aún desconocido. Pero que en realidad será un comunismo, igual que lo era el nacionalsocialismo, aunque más avanzado, por cuanto los materiales, que van aumentando de valor al tiempo que el valor de los hombres decrece, cada vez más solo pueden conseguirse de forma colectiva. Y, cuando el odio de 1941-1945 se haya desvanecido, no hay motivo para que este comunismo (que, tal vez, se llamará «anticomunismo») no sea ruso, o ruso-germano, un tercer Rapallo[20] de los desposeídos, que, como todos los desposeídos, sueñan con tenerlo todo. Por supuesto, cabe la posibilidad (por la que Churchill apostó y perdió una vez) de que los componentes de este tercer Rapallo se destruyan entre sí; pero esta posibilidad ha sido siempre el sueño del hombre rico.

El orgullo burgués, el título, la placa en la puerta, la inclinación que el *Beamte* de mayor rango recibe del que lo tiene menor, se interponen entre Alemania y Rusia, pero tanto el orgullo, como el título, la placa en la puerta y la inclinación se están perdiendo. Lo que los alemanes hicieron en Rusia en la última guerra —y lo que los rusos hicieron en Alemania después— se interpone entre ellos, también. Los eslóganes del anticomunismo con que el gobierno nazi, primero, y la Ocupación estadounidense, después, bombardearon a los alemanes perdurarán asimismo durante un tiempo. Pero Federico el Grande y Bismarck, con la vista puesta en el este, perdurarán más que los nazis y que la Ocupación estadounidense. «Todo el mundo sabe —dijo el realista Walter Lippmann a finales de 1954— que la atracción de un acuerdo de este tipo (entre Alemania y la Unión Soviética) será muy fuerte, y lo será cada vez más a medida que Alemania adquiera un gran poderío militar propio. Los rusos —continuó— tienen grandes bazas para hacer un trato con los alemanes: unificación, retirada del Ejército de Ocupación, rectificación de las fronteras, reubicación de los refugiados expulsados, comercio y una gran influencia política en el destino de Europa.» El realista habría podido ser aún más realista y haber añadido que Marx les habla a muchos más alemanes hoy que en 1914, o en 1939.

34. EL RIESGO NO CALCULADO

Si se quiere aliviar la presión lo que hay que hacer es, precisamente, aliviar la presión. Si hay que conseguir a toda costa la salvación de Alemania, y por lo tanto de Europa, y por lo tanto de la civilización, cada medida que se tome debe someterse a la prueba que recomendó el anterior primer ministro de la India: «¿Esto hace aumentar la tensión o no?». El occidental que lamente la renuncia tanto a la fuerza como a la razón que ello implica debería entornar los ojos con mirada oriental y concentrarse en el juego. Si los alemanes hacen que el resto del mundo sufra porque ellos mismos sufren, y si ellos sufren porque se encuentran bajo presión, entonces, lo primero que hay que hacer es aliviar la presión que padecen. Sutilezas como la razón y la fuerza deben esperar.

Si les aliviamos la presión serán insoportables. Pero ya eran insoportables sometidos a presión. Si les aliviamos la presión, dirán que han ganado la última guerra. Pero es mejor eso a que vayan diciendo que ganarán la próxima guerra. Si les aliviamos la presión, quizá se rearmen. Pero lo han hecho siempre, de todos modos. Si les aliviamos la presión, se harán comunistas. Pero se hicieron nazis.

El problema es que aliviar a los alemanes requeriría algo parecido a una reconstrucción previa del mundo. Para poner en marcha —o considerar siquiera— un programa de alivio, deberíamos tener un mundo que no reaccionase ante esta propuesta preguntando, retóricamente, si hay que mimar a los alemanes por sus crímenes y recompensarles por haber perdido las guerras que ellos iniciaron. Debería ser un mundo que pudiese ver más allá de sus narices y volver dichas narices —junto con el resto del rostro— desde el pasado hacia el futuro. Debería ser un mundo con… una *Weltanschauung.*

Sería superfluo decir que este no es el tipo de mundo en que vivimos ahora, o en el que es posible que vivamos pronto. Un mundo dispuesto a aliviar la presión sobre los alemanes debería ser un mundo que no se

encontrase él mismo presionado, un mundo que respirase libremente. Y estamos tan lejos de vivir en un mundo así que las dos potencias que actualmente se están repartiendo este mundo están siendo las dos víctimas del miedo paranoide que llevó a Alemania a su actual situación, ambas dispuestas a sacrificar todos los demás objetivos para cercar a quienes los cercaron a ellos. En este aspecto, al menos, la perversa predicción de Goebbels se ha visto refrendada: «Incluso si perdemos, habremos ganado, pues nuestros ideales habrán impregnado los corazones de nuestros enemigos».

En un mundo así —el mundo en que vivimos—, sueños como los Estados Unidos de Europa no han avanzado más en Europa de lo que el Federalismo Mundial lo ha hecho entre nosotros. El movimiento en pro de la Unión Europea, tanto en Alemania como en el resto de los países, solo está extendido entre los intelectuales no gubernamentales, y únicamente entre ellos, y en especial entre los jóvenes. En la Universidad de Múnich, el 88 por ciento de los estudiantes, en un muestreo al azar, se mostraron más partidarios de la «unificación de Europa» que de la «soberanía alemana». Pero la «unificación de Europa» significa cosas diferentes para cada cual: para algunos significa paz, para otros, guerra. Y es un ideal mucho más nebuloso, y mucho más limitado, que la democracia. En el contexto de la confrontación mundial, la Unión Europea quiere decir, primero, unión militar de la Europa no comunista; segundo, unión económica (apoyada actualmente tanto por los jóvenes idealistas como por los viejos del sistema); y, por último, si es que llega alguna vez, unión política. Y cualquier unión que mantuviese a Alemania dividida solo se efectuaría sobre el papel, como mucho.

Existe una posibilidad de que el alivio de los alemanes interesase a los rusos, quienes, después de todo, inventaron la ruleta rusa. Tal como están ahora los alemanes, los rusos les temen, y con razón. «Es evidente —dijo el *Times* de Londres en 1954— que ni Rusia ni Occidente pueden pactar la unificación de Alemania en términos que resulten compatibles con sus respectivos intereses nacionales. El eje de la defensa occidental —la cooperación de Alemania Occidental— sigue siendo el núcleo central de los temores rusos. Y la principal preocupación de Occidente —ejércitos rusos en el corazón de Europa— es, para los rusos, un requisito indispensable para la seguridad soviética. En el presente estado del mundo, ninguno de los dos temores puede desecharse como simple propaganda.»

A la vista del estado actual del mundo, quizá los Estados Unidos de América deberían sacrificar su interés nacional inmediato para que los rusos se convenciesen de que el acuerdo serviría (o al menos no perjudicaría) a sus propios intereses, tomando la iniciativa y proponiendo la reunificación de Alemania en términos que no resultasen innegociables. Si algo así no se ha hecho nunca antes —si una nación nunca ha sacrificado su interés nacional inmediato en beneficio de otra—, podría hacerse por primera vez en la historia sobre la utópica base de que el alivio de los alemanes, aun a costa del sacrificio del interés nacional inmediato de quien fuese, brindaría la posibilidad de salvar la civilización.

En cualquier caso, la curación de los alemanes no resultaría gratis, ni hay receta alguna que pueda garantizarla. Si se piensa en Alemania —como parece que se hace, equivocadamente— como satélite de alguien, nadie se molestará en hacer nada por ella, a excepción de prepararla para la guerra, incluyendo la guerra civil. Y la guerra no es buena para los alemanes. Solo si las grandes potencias involucradas deciden que su propio interés futuro es más interesante que su propio interés inmediato les interesará aliviar a los alemanes de la presión. Pero no sería en absoluto conveniente que las grandes potencias se ocupasen ellas mismas de este alivio; la rápida transición de una explotación disfrazada (sin éxito) como benevolencia a un programa de benevolencia auténtica solo conseguiría desconcertar a los alemanes.

Tras muchos, muchos años de considerarlo, muy atentamente además, el señor McCloy, antiguo alto comisionado de los Estados Unidos para la Ocupación de Alemania, llegó a la conclusión de que podría haber sido de ayuda que personas neutrales se sentasen en el estrado durante los juicios de Núremberg en 1946. Hubo quienes, en 1946, propusieron un tribunal neutral en Núremberg, pero no les escucharon, y ahora ya es demasiado tarde para escucharles. Pero no es demasiado tarde para escuchar a quienes ahora proponen que personas neutrales se sitúen en la frontera en Berlín.

Ciertamente, si se encontrase la manera de reunificar Alemania, los inconvenientes para Occidente —o para los Estados Unidos— serían enormes. Una Alemania unificada, aunque sería anticomunista, sería socialista, porque cuatro quintas partes de los alemanes del Este son socialdemócratas; y hay algunos estadounidenses a los que el socialismo no les gusta. Además, el «abandono» de Alemania significaría un desprestigio para los Estados Unidos, una perspectiva de lo más desagradable para los

occidentales. Y, lo que es peor, significaría renunciar a toda la actual política de contención mediante la fuerza —al menos en Europa— y a toda la actual ambición de lograr la liberación a través de la subversión y la insurrección. Querría decir que no importa dónde y cuándo se consiguiese detener la expansión comunista —suponiendo que sea posible detener algo así por medios militares—; no sería la guerra en el Vístula, el Óder, el Elba o el Rin la que la detuviese. Querría decir que Europa no podría «resistir».

Pero la otra alternativa, la de tener que depender de los alemanes para «resistir», tampoco resulta atractiva. No es posible —y no lo será tampoco en los próximos seis meses ni en los próximos seis años— transmutar a los alemanes de totalitarios excepcionales en libertadores excepcionales. Cuando recordamos lo que la mayoría de ellos fueron hace tan poco y tan habitualmente, o al menos lo que hicieron, no parece que valga la pena salvarnos del comunismo, si son los alemanes quienes tienen que salvarnos.

En esta situación tan deplorable, una situación en la cual cualquier programa de ayuda es, quizá, tan poco realista que no vale la pena planteárselo, hay, sin embargo, unas cuantas cosas que los Estados Unidos podrían al menos abstenerse de hacer sin que les tachen de utópicos. La víspera de las elecciones alemanas de 1953, el titular del *New York Times* rezaba: «Estados Unidos revisa la ayuda alimentaria para los alemanes del Este. Sopesa enviar sus excedentes para ayudar a Adenauer y avergonzar a los rusos». Dos semanas después, Heinrich Grüber, deán de la catedral protestante de Berlín, le dijo a su congregación:

—Cuando un proyecto caritativo se emprende sin un verdadero espíritu de amor, la bendición se convierte en maldición. Colaboraremos gustosamente con quienes trabajan para aliviar las penurias, siempre y cuando lo hagan sin reservas mentales y sin intenciones retorcidas. Pero nos negamos a colaborar con aquellas personas o poderes que emplean las obras de caridad para disimular su guerra política y de propaganda.

No está bien que una nación llena de excedentes no vendibles en mitad de un mundo hambriento socorra a otra para ganar unas elecciones, aprovechándose durante un par de semanas del hambre de esta última. Y la nación que, como parte de su política, pretenda hacerlo así, emprende algo que no debería ser lícito. Ni el titular del *New York Times* ni el sermón del deán Grüber fueron emitidos por la Voz de América. No es tan difícil encontrar formas de aliviar la presión sobre los alemanes si uno quiere.

Se cuenta —confiamos en que se trate de una historia apócrifa— que hace tiempo un amigo del filósofo John Dewey se lo encontró por la calle, en un día húmedo y ventoso, junto con su hijo pequeño. El niño estaba metido en un charco, sin botas de agua, mientras Dewey le contemplaba desde la acera.

—Será mejor que saques al niño de ese charco —le dijo su amigo— o pillará una pulmonía.

—Lo sé —dijo el filósofo—. Lo hago lo más deprisa que puedo. Estoy intentando pensar cómo conseguir que él quiera salir de ahí.

No parece que los Estados Unidos quieran arriesgarse a que los alemanes pillen una pulmonía. Han de ocuparse de la salud de este pueblo, por no hablar de la suya propia. Si, por razones de Estado, nuestro país no puede intentar enseñar democracia a los alemanes, con la esperanza de que algún día los alemanes se aficionen a ella, las agencias privadas sí que pueden hacerlo. No existe ley alguna, ni alemana ni estadounidense, que prohíba, pongamos por caso, que se construya una *Vereinigte-Staaten-Haus* enfrente de cada *Amerika-Haus* de Alemania. Está lleno de solares vacíos. La *Amerika-Haus* anunciaría: conferencia gratis, y la *Vereinigte-Staaten-Haus* anunciaría: debate gratis.

Los niños se portan mal si se les presiona. Cuanto mayor es la presión, peor es su comportamiento. Puede que el niño en cuestión sea muy tranquilo, pero un día pone la casa patas arriba. Si somos sus padres, podemos ayudarle ignorando sus pequeños estragos; mostrándole un buen ejemplo; y, si es posible, amándolo. Si es capaz de reconocer la autoridad parental —pero solo en ese caso—, será posible controlarle con amabilidad. Sin embargo, por bueno que sea su comportamiento, los alemanes no reconocen nuestra autoridad parental, y existe un considerable peligro de que actuemos siguiendo una falsa analogía. Es más, los estragos que causan raramente son menores, y no siempre es fácil amarlos. Pero posiblemente en su caso la cura sea bastante parecida. Por lo menos, azotar a los alemanes ha tenido las mismas consecuencias que azotar al niño.

América tiene muy buena fama en Alemania. Los alemanes solían referirse a ella como «Pequeña Alemania», y todos y cada uno de mis diez amigos nazis tenían uno o más parientes, no más lejanos que primos segundos o tíos, que habían emigrado a los Estados Unidos. Sin duda no es arrogancia suponer que los alemanes nos miran a nosotros, también ahora, como su guía. Si es así, nosotros los estadounidenses deberíamos mostrar

algo de la compasión que alivia al niño trastornado. Al parecer, las grandes cosas que deberían hacerse no se pueden llevar a cabo por razones de Estado, aunque el hecho de no hacerlas signifique la ruina del Estado. Así pues, quizá sea aún más urgente poner en práctica las pequeñas cosas; y las palabras de san Francisco, «vendré a ti en las pequeñas cosas», podrían ser la clave para lograr la curación de los alemanes.

Aunque quizá nada se pueda hacer por los alemanes, en cuyo caso deberíamos dejarlos en paz, no importa lo que hagan otros. La premisa de que todo el mundo puede hacer algo por cualquier otro es del todo indemostrable. Los doctores del cuerpo abundan, pero no existen los doctores del alma, o de la psique. Un gran psicoanalista señaló una vez con orgullo a un antiguo paciente diciendo: «Solía ser el sinvergüenza más desgraciado del mundo. Ahora es el más feliz». Tal vez sea del todo imposible que todo un pueblo consiga ayudar a otro pueblo a transformar su carácter, de no ser mediante el ejemplo; y quizá esa sea la razón por la cual no se ha intentado nunca, antes de 1945. Pero una posibilidad de una décima de un uno por ciento sigue siendo una décima de un uno por ciento mejor que ninguna posibilidad en absoluto. Es peligroso dejar a la gente sola. Pero es aún más peligroso obligar a mis diez amigos nazis —y a sus setenta millones de compatriotas— a que vuelvan a abrazar un anticomunismo militarista como forma de vida nacional.

AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con muchísimas personas, ninguna de las cuales tiene responsabilidad alguna sobre nada de lo que digo en este libro:

Mis amigos que pensaron que podría aprender un poquito en Alemania, en especial Robert M. Hutchins, por entonces en la Universidad de Chicago; Gilbert White y Douglas Steere, de Haverford College; A. J. Muste, de la Fellowship of Reconciliation; y Morris H. Rubin, editor de *The Progressive.*

Mis colegas en el Institut für Sozialforschung, de la Universidad de Fráncfort, en especial el profesor Frederick Pollock, de quien fui la «criatura», y que me estimuló y me guió, lloró por mí, rezó por mí y pidió disculpas en mi nombre desde el principio hasta el final.

Mis dos apasionadas asistentes (mejor sería decir «esclavas») en Kronenberg, Frau Eva Hermann y Frau Martha Koch.

Mis tres apasionados amigos en Kronenberg, Fräulein Dr. Gisela Prym, Dr. Leonora Balla Cayard y Horstmar Stauber.

John K. Dickinson, de Cambridge, Massachusetts (y de Kronenberg), quien, como advierto al repasar mis notas, parece haber hecho toda la investigación necesaria para este libro; y el difunto Frederick Lewis Allen, de la ciudad de Nueva York, quien, como advierto al releer el manuscrito, parece haberlo escrito entero mientras preparaba partes del libro para ser serializadas en *Harper's Magazine* en 1954.

El profesor Robert H. Lowie, de la Universidad de California, cuyo notable estudio, *The German People: A Social Portrait to 1914* (Nueva York: Rinehart & Co., 1945), fue el más rico entre los tesoros de otros escritores que he saqueado.

Mis amigos en Carmel y Monterrey, California, Isabel Devine, Louise van Peski, Janet Farr, Marion Chamberlain, Liesel Wurzmann, Fritz Wurzmann, Charles Mohler, Harlan Watkins, Ephraim Doner, Francis Palms, Dr. Bruno Adriani y el difunto R. Ellis Roberts.

Robert C. McNamara, Jr., de Chicago.

Mi hija Julie, que corrigió mi titubeante alemán, en especial con respecto a Heine y al Talmud.

Mi madre, que creyó que podría aprender algo en algún lugar.

Mutti, mi esposa.

EPÍLOGO (2017)

RICHARD J. EVANS

Creían que eran libres es un libro notable, prácticamente la primera investigación rigurosa de posguerra que intentó averiguar cómo se hicieron nazis los alemanes corrientes y qué opinaban en retrospectiva de la historia del Tercer Reich de Hitler. Nos habla desde otra época, con palabras e ideas que son vívidas y dolorosas, y que pueden tener una importante resonancia en nuestro tiempo.

Su autor, Milton Sanford Mayer, periodista de profesión, nació en Chicago el 24 de agosto de 1908, hijo de padres que pertenecían al judaísmo reformado. Tras recibir una educación clásica en la Englewood High School, cursó estudios en la Universidad de Chicago de 1925 a 1928, pero los abandonó sin graduarse tras ser castigado por arrojar botellas de cerveza desde la ventana de un dormitorio («Sin embargo —dijo, con evidente pesar—, no conseguí darle al decano»).[21] A continuación, trabajó para el *Chicago American*, un periódico vespertino perteneciente al grupo editorial de William Randolph Hearst. Se vendía a pie de calle y era conocido por su reporterismo agresivo, sus historias sensacionalistas y su estilo su-bido de tono. Allí, Mayer aprendió a escribir en el lenguaje populista y bastante personal que constituye una de las características más destacadas de *Creían que eran libres*.

La vida de Mayer dio un vuelco cuando leyó el discurso inaugural de 1935 de Robert Maynard Hutchins, presidente de la Universidad de Chicago, donde este exhortaba a su audi-torio a no conformarse con una vida segura o tranquila, sino a salir al mundo decididos a romper las ataduras de lo convencional. Mayer escribió a Hutchins preguntando cómo podría librarse de trabajar para Hearst, y Hutchins le ofreció un trabajo como tutor de un curso dedicado a las grandes obras, el de «Civilización occidental», un puesto que Mayer desempeñó con tanta efectividad que más

adelante fue ascendi-do a profesor ayudante, a pesar de carecer de un título universitario.

Al mismo tiempo, Mayer comenzó a colaborar con artícu-los para diarios y revistas como periodista independiente. Uno de los que llamó más la atención fue una diatriba contra la participación en la Segunda Guerra Mundial, publicado el 17 de octubre de 1939 en el *Saturday Evening Post*, bajo el título de «Creo que esta vez me abstendré». Residía en el complejo de viviendas sociales de Hull House, y hacia el final de la guerra se unió a los cuáqueros, pues compartía su optimismo esencial con respecto a la naturaleza humana y su aborrecimiento de la violencia y el militarismo. Mayer se convirtió en columnista habitual de la publicación mensual liberal-pacifista *The Progressive* y en miembro activo del American Friends Service Committee, la organización de ayuda humanitaria de los cuáqueros. En una de sus reuniones propuso espontáneamente el título «Decirle la Verdad al Poder» para un panfleto que iban a publicar; la expresión se incorporó de inmediato a la lengua y, desde entonces, es de uso corriente.

Mayer creía que los individuos siempre deberían hacer valer sus derechos ante el estado investido de un poder excesivo. ¿Por qué —se preguntaba— esto no ocurrió en Alemania en los años treinta y cuarenta?[22] Había visitado aquel país en 1935, sin encontrar una explicación satisfactoria. Carl Friedriech von Weizsäcker, un eminente físico nuclear alemán que se alojó en casa de Mayer durante una visita a Chicago, le aclaró algo el asunto. Después de la guerra, Weizsäcker se interesó cada vez más por temas morales, y acabó convirtiéndose en un cristiano pacifista. A partir de sus conversaciones con Weizsäcker y de su correspondencia con James M. Read, cuáquero como él, que era jefe de Relaciones Educativas y Culturales del Alto Comisionado de los Estados Unidos para la Ocupación de Alemania, Mayer concibió la idea de vivir durante un tiempo en una pequeña ciudad alemana «típica» y llegar a conocer así al hombre que compuso las bases del Parti-do Nazi.[23]

Su objetivo consistía en «iluminar las situaciones personales que empujan al “hombre corriente” de cualquier lugar a tomar parte en el desarrollo del mal totalitario, así como de qué forma acepta o elude su responsabilidad moral por el papel que ha tenido en ello».[24] Gracias a los buenos oficios de Read, quien logró que el Alto Comisionado subvencionase el proyecto, y a las recomendaciones de Hutchins y Weizsäcker, Mayer se puso en contacto con el Instituto de Investigaciones

Sociológicas, un centro de sociología y teoría social izquierdista que, tras haberse visto obligado a trasladarse a los Estados Unidos debido a la toma del poder por los nazis en 1933, estaba a punto de reabrir sus puertas en Fráncfort del Meno.[25] Durante muchos meses, en 1950, Mayer delineó las características principales del proyecto en su correspondencia con Max Horkheimer, una de las figuras destacadas del Instituto, quien le nombró profesor visitante allí, durante el primer año académico en que estuvo en funcionamiento (1951-1952). Tras su llegada al instituto a principios de agosto de 1951, Mayer siguió debatiendo el asunto con Horkheimer, Friedrich Pollock (el director del instituto) y Theodor Adorno, probablemente su miembro más conocido.[26]

El interés de los integrantes del instituto por la propuesta de Mayer se debía ante todo a que durante la guerra y después de ella habían publicado diversos estudios que inten-taban explicar el ascenso y la victoria del nazismo. El más conocido, *La personalidad autoritaria* (1950), lo había escrito un equipo encabezado por Adorno, empleando conceptos freudianos para tratar de identificar al tipo de persona que se había convertido en nazi y de vincular este hecho a un análisis histórico y social más amplio. Enseguida se tradujo al inglés y ejerció una influencia notable sobre la sociología estadounidense de posguerra. (La influencia de este libro es paten-te en la obra de Mayer, en especial cuando da cuenta de la relación que algunos de sus sujetos mantienen con sus respectivos padres.) Horkheimer y Adorno consideraron que el proyecto que proponía Mayer era un caso práctico potencialmente importante que permitiría poner a prueba de forma empírica algunas de sus teorías.[27]

Tal como escribió Mayer en septiembre de 1952 en su informe final para el instituto:

> El proyecto implicaba vivir con mi familia durante un año en una comunidad alemana pequeña y lo más típica posible, como un miembro más de ella. Debería buscar al alemán típico (de nuevo, dentro de lo posible) de un nivel social bajo y estudiar su desarrollo como nacionalsocialista, con especial referencia a su condicionamiento histórico como fuente de conflicto moral (*innerliche*) a lo largo de su trayectoria nacionalsocialista. Mi informe final sería la historia de este hombre, que a mi regreso a los Estados Unidos se publicaría en forma de libro.[28]

Entre agosto y diciembre de 1951, Mayer intentó, entablando numerosas conversaciones, viajando por toda Alemania Occidental y manteniendo correspondencia, «localizar a este tipo de hombre a través de personas que podían conocer a un hombre así, o haber oído hablar de él». Pero no lo consiguió. En enero de 1952 se instaló con su esposa e hijos en una pequeña ciudad seleccionada, en las cercanías de Fráncfort, y con la «tortuosa ayuda» de un pastor protestante de la localidad, pudo identificar a un exnazi que había sido condenado por participar en la quema de la sinagoga local durante la *Reichskristallnacht*, el pogromo a escala nacional de los días 9 y 10 de noviembre de 1938, y «que había solicitado ser readmitido en la Iglesia evangélica», que abandonó durante su etapa nacionalsocialista. Al trabar relación con su hijo, que por su parte había sido miembro de las SS, Mayer estableció contacto con el padre.[29]

Inicialmente, Mayer creyó que este hombre, un sastre al que, en un principio, bautizó como «Gerhard Schultz» («Gustav Schwenke» en este libro), sería el sujeto ideal para su proyecto y escribió una breve biografía suya, que presentó al instituto en enero de 1952. El padre de este, Friedrich («Karl-Heinz Schwenke»), nacido en 1881, también sastre, había sufrido el boicot de su negocio en la década de los veinte por haberse hecho nazi, y «Gerhard» se vio obligado a mendigar para vivir durante la depresión de principios de los años treinta, antes de unirse a las Tropas de Asalto nazis. Se hizo policía y, en 1938, lo enviaron a Austria, tras la anexión de este país al Reich de Hitler. Herido de gravedad en la última fase de la guerra, alegaba que su padre había sido torturado por los americanos hasta que confesó haber tomado parte en el pogromo de la *Reichskristallnacht*, y fue luego encarcelado de 1948 a 1951. «Gerhard Schulz» no estaba de acuerdo con todas las medidas antisemitas de los nazis, pero creía que habían contribuido a acabar con lo que él consideraba una explotación económica de los alemanes (mantenía las categorías de «judíos» y «alemanes» rígidamente separadas). En términos generales, estaba agradecido a los nazis por haber salvado a Alemania del colapso económico, tal como él lo veía, y por haberles proporcionado a su padre y a él una vida decente. «Gerhard Schulz y yo —concluía Mayer— estamos de acuerdo en que sería una excelente contribución a la ciencia alemana el que yo documente la experiencia de dos generaciones», en otras palabras, las de él y de su padre.[30]

No obstante, Adorno y Horkheimer convencieron a Mayer de que no estaba claro aún hasta qué punto serían reveladores los «Schultz», y que el estudio resultante corría el riesgo de ser demasiado superficial. Entretanto, otros pastores evangélicos le ayudaron a localizar a más exnazis, mientras que un círculo de cuáqueros alemanes puso a Mayer en contacto con un gru-po de antiguos seguidores de Hitler que solían reunirse regularmente «para realizar un autoexamen». Ellos a su vez localizaron a otro antiguo nazi en la ciudad elegida por Mayer. «Una estudiante de *Gymnasium* [instituto de enseñanza media], que nos ayudaba a cuidar de nuestros hijos —informó Mayer—, me llevó hasta a otro, uno de sus profesores; una criada de uno de nuestros amigos, a uno más. Estos casos me llevaron, con el tiempo, a otros.»[31] Daba la impresión de que había un número suficiente de sujetos como para justificar un estudio más amplio que el que se concibió originalmente. Por lo tanto, Adorno y Horkheimer convencieron a Mayer de que se centrase en los diez, tal como contó Mayer:

> El hecho de haber descubierto, durante los meses de enero y febrero de 1952, a diez «pequeños» nacionalsocialistas, enormemente diversos en cuanto a formación, religión, temperamento, inteligencia innata, oficio y situación personal durante el nazismo, nos convenció a mis colegas y a mí de que el proyecto debía replantearse: durante los seis meses siguientes, debería estudiar a estos diez sujetos lo más íntimamente posible; plasmar sus biografías (incluyendo lo que ellos opinaban sobre sus vidas) por escrito y sacar conclusiones del cuadro general que, en conjunto, representaban.[32]

Los diez hombres eran Hans Steih («Karl-Heinz Schwenke») y su hijo Georg («Gustav»), Heinrich Moeller («Hans Simon»), Heinrich Haye («Heinrich Hildebrandt»), Conrad Kilian («Carl Klingelhöfer»), Heinrich Doerr («Heinrich Damm»), Carl-Otto Straub («Johann Kessler»), Wolfgang Heyer («Willy Hofmeister»), Ludwig Schweinsberger («Heinrich Wedekind»), y Wilhelm Bräutigam («Horstmar Rupprecht»).[33]

Mayer redactó una serie de preguntas para hacerles a estos hombres, aunque luego no se las formuló explícitamente, sino que fue dejando que la conversación le llevase a ellas, lo que tuvo lugar de forma distinta para cada uno. Así pues, en rigor, no se empleó la misma metodología en cada caso,

tal como él informó al instituto, y es de suponer que en este sentido se desviaría del formato de investigación propuesto por Adorno y Horkheimer. El método de Mayer consistió en hacer una serie de visitas sociales al hogar de cada sujeto, donde invariablemente le invitaban a té o café o, a veces, a vino, e incluso, en ocho ocasiones, a una comida. Si el sujeto tenía niños, Mayer a veces se hacía acompañar de alguno de los suyos para que jugasen juntos; si le parecía adecuado, su esposa iba con él. En casi todos los casos hizo intervenir a la esposa del sujeto en la conversación. Cada entrevista solía durar entre dos y tres horas, con un máximo de cuarenta horas y un mínimo de doce. Dada la austeridad reinante por aquel entonces en Alemania, les llevaba regalos, al principio simbólicos, luego más sustanciales —principalmente, comida—, llegando a gastarse un total de 2.000 DM; además, entregó un total de 500 DM a la familia Steih, que estaba casi en la miseria.[34]

Mayer les dijo a estos hombres que «quería que los estadounidenses entendiesen cómo había sido la vida para los alemanes corrientes durante el periodo nazi» y dejó claro que no estaba actuando a título oficial. No les dijo, sin embargo, que tenía acceso a los documentos de desnazificación, que con-tenían un informe completo de la implicación de aquellos hombres en el Partido Nazi, junto con otros detalles. Estos le sirvieron para comprobar la veracidad de los hombres (no encontró contradicciones relevantes), y requirió asimismo confirmación de sus conocidos no nazis de la ciudad. Igualmente, buscó con sumo cuidado contradicciones y evasivas en las propias historias. No sabía alemán, pero, tal como observó, eso más que un hándicap era una ventaja: «Esta circunstancia redujo casi de inmediato la tradicional distancia entre el profesor y el alemán corriente. En presencia de mis superiores lingüísticos, yo era un aprendiz humilde y serio, y cada uno de ellos se encontraba en la afortunada posición de poder lidiar pacientemente con mi estupidez». En siete de los casos comenzó con un intérprete, alguna de las dos mujeres alemanas que había contratado para ello; en otros tres casos, o bien condujo la conversación en francés (Straub y Haye), o fue capaz de seguirla porque el sujeto hablaba un alemán muy claro y entendía algo de inglés (Bräutigam).[35]

Mayer consiguió también reducir su desventaja viviendo modestamente y desplazándose a pie a casa de los sujetos, en lugar de coger el coche. Siempre mencionaba que descendía de alemanes que habían emigrado a los Estados Unidos por motivos políticos tras el fracaso de la

Revolución de 1848, algo que resultaba de ayuda. Los hombres no aprobaban su pacifismo durante la Segunda Guerra Mundial, pero al menos se había negado a combatir contra Alemania. Había pensado revelar que era judío si a lo largo de las conversaciones surgía la ocasión, pero Adorno y Horkheimer se lo desaconsejaron, de modo que no lo hizo. Por otro lado, sus interlocutores sabían que era cuáquero, y en general tenían una opinión favorable de la Sociedad de Amigos. Como cuáquero, estaba habituado a las conversaciones de cariz confesional. Los hombres eran «poco dados a desnudar sus almas llenas de pecados», pero «en cuanto a este aspecto, encontré que no solo era provechoso, sino también natural, desnudar la mía ante ellos; así podríamos llorar juntos por nosotros». Al final, le dijeron todo lo que podían, en su opinión, y como se habían hecho amigos, «las despedidas, que he llevado a cabo en días recientes, han sido dolorosas».[36]

En un principio creyó que podría evitar hablar del antisemitismo, pero los profesores del Instituto de Investigaciones Sociológicas, «y en particular el profesor Adorno, insistieron en que no podría hacerlo; que el antisemitismo constituía el corazón del nazismo. Y así fue». De hecho, todos los hombres sacaron el tema espontáneamente. Cargaron su culpa sobre él. Y, excepto en los casos de Haye, Straub y Bräutigam, este no parecía haber disminuido desde 1945. El papel central del antisemitismo en el nazismo quedó simbolizado ante todo por el pogromo de los días 9 y 10 de noviembre de 1938, en el cual, como descubrió Mayer, todos sus sujetos habían participado, aparte del joven Steih, que en aquellos momentos se encontraba en Austria con el ejército alemán. De manera que Mayer planeó concluir su informe con la quema de la sinagoga local.

Mayer pensaba que los alemanes habían sido vulnerables a la atracción del nazismo a causa de la «estructura no política, socialmente irresponsable, de la vida alemana», una opinión que era deudora del famoso ensayo de Thomas Mann *Consideraciones de un apolítico* (1918), pero que se veía desmentida por las altísimas tasas de participación de los alemanes en las elecciones desde antes de la Primera Guerra Mundial y por el dinamismo de la vida política durante la República de Weimar. Básicamente, sin embargo, Mayer concluyó que «lo que les había pasado a estos hombres podría haberles pasado (y seguía pudiendo pasarles) a hombres parecidos, no importa en qué lugar». Esto coincidía con el método general del instituto, que no se centraba tanto en las peculiaridades de la cultura alemana como en los rasgos humanos más universales —como la familia autoritaria— y la

forma en que estos se manifestaban en Alemania. En opinión de Mayer, las grandes instituciones religiosas del momento no ofrecieron ningún tipo de verdadera resistencia frente a ideologías como el nazismo. Tal como él lo expresaba, solo remodelando «las condiciones espirituales de la vida humana» sería posible impedir que semejantes crímenes ocurriesen. Pero, para cuando comenzó a escribir, había revisado muchas de estas opiniones.[37]

*

Mucho antes de que finalizase su estancia en Alemania, Mayer empezó a andar corto de dinero, puesto que había empleado su beca de 30.000 DM (7.140 dólares) y más aún en gastos de viaje y de vivienda para él y su familia; también había pagado a un investigador (John Dickinson, un estadounidense vin-culado al Instituto) para que localizase y transcribiese actas judiciales y para que recopilase información sobre la historia de la comunidad judía local.[38] En mayo de 1952, Mayer consiguió un contrato con la Association of American Broadcasting Stations así como fondos de la Ford Foundation para grabar veintiséis entrevistas en inglés con personas de toda Europa Occidental sobre la vida después de la guerra. El Instituto le proporcionó ayuda administrativa, pero denegó su petición de espacio de oficina.[39] Mayer informó al Instituto de que no podría comenzar a escribir su libro hasta la primavera de 1953, y para entonces habría recibido anticipos sobre *royalties* de editores de los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, los cuales le permitirían mantenerse.[40] Tras completar su investigación en septiembre de 1952, regresó a Chicago y publicó en *Harper's Magazine* una serie de artículos basados en algunas de sus entrevistas, que le sirvieron de base para buscar editor.

Mayer recibió una respuesta favorable de la University of Chicago Press, donde Morton Grodzins, profesor de ciencias políticas en la universidad y editor a tiempo parcial en dicha editorial,[41] le ofreció un anticipo sobre *royalties* de 500 dólares, una buena suma en aquellos tiempos. Mayer le dijo a Grodzins que no estaba escribiendo «realmente un informe de proyecto académico» que se limitase a mencionar a cada uno de los diez sujetos, sino un relato más popular que los utilizaría para hacer generalizaciones más amplias acerca del nazismo y de su atractivo para el pueblo alemán. Le pidió consejo a Grodzins acerca de la estructura del libro. Mayer quería incluir más detalles sobre los diez individuos y hacer

que «sus relatos biográficos, o partes de ellos, vayan apareciendo en momentos relevantes, en vez de cada uno por separado en forma de resúmenes biográficos. Tal vez así resulten mucho más legibles, y podríamos conseguirlo, cuando sea necesario, simplemen-te desarrollándolos en los lugares en que aparecen ahora».[42] Grodzins aceptó la sugerencia de Mayer de incluir una narración extensa del pogromo de la *Kristallnacht*. No obstante, ahora abriría el libro, en vez de cerrarlo.

El 3 de febrero de 1954, Mayer entregó el manuscrito. Se sentía satisfecho de lo que había escrito:

> Lo arrastré conmigo, o tal vez él me arrastró a mí… Quisiera creer que es bueno, y que añade profundidad y autenticidad a mi posterior cadena de generalizaciones y animadversiones y que, ante todo, resulta legible.[43]
>
> Curiosamente, no es ficción, ninguno de los personajes o incidentes que hay en él lo son (excepto, por supuesto, la reunión de bebedores en el Jägerhof en el año 1638). Lo que es ficticio, como es natural, es lo que los personajes pensaron o se dijeron a sí mismos, pero incluso ahí, en muchos casos, lo he reconstruido a partir de lo que ellos y otros me contaron.[44]

Esto no convenció a todos sus lectores. Le había enviado el manuscrito del primer capítulo a «una chica muy lista, que había estado en Dodd Mead», quien le dijo que «la manera en que lo he modelado, siguiendo las horas de la noche y haciendo aparecer a mis diez nazis a lo largo de ella; y el incluir algunas reflexiones silenciosas por parte de algunos de los personajes… eso es básicamente ficción. Y yo estoy escribiendo un libro de no ficción».[45] Sin embargo, Mayer creía que «es un inicio estupendo. Abre la historia con un impacto. Los libros deberían comenzar con un impacto».[46]

Morton Grodzins estaba de acuerdo en que «el arranque es un impacto maravilloso, está bien escrito, es intenso e interesante, plantea el problema estupendamente. Pero, en cierto sentido, es demasiado rematadamente hábil». Coincidía con «la chica de Dodd Mead» en que había que «despojar al libro de su semejanza con la ficción». Seguía diciendo:

> Mayer está en posesión de los datos acerca de los hombres corrientes en ciudades pequeñas bajo Hitler. Nadie más tiene esos

> datos. Nadie comprende a esos hombres tan bien como Mayer. Nadie ha descrito aún a ese tipo de personas con ni remotamente la misma cantidad de datos de primera mano, ni tampoco con el mismo interés o la misma habilidad. Por esa razón, el libro debería ser publicado. Por eso el libro causará una gran sensación cuando aparezca. No solo será de interés para los lectores en general, sino que, en mi opinión, dejará atónitos a los científicos sociales acostumbrados a rodearse de datos. Lo que es importante es lo que Mayer ha visto y las reflexiones de Mayer sobre lo que ha visto. Nada más importa.[47]

Por lo tanto, consideraba que sería desafortunado que el libro diese la impresión de ser de algún modo una obra de ficción. Él y Mayer acordaron eliminar las «descripciones directas de los pensamientos de las personas» y dejar claro desde el principio que las diez personas que ocupaban el centro del libro eran personas reales.[48] Pero coincidió en que «sigue sonando a ficción».[49] Y ciertamente, es así.

A la University of Chicago Press le preocupaban lo bastante las afirmaciones que hacía Mayer y, sobre todo, los juicios que emitía en el libro como para pedirle a un bufete de abogados que les asesorase acerca del riesgo de ser denunciados por libelo. La editorial les dijo a los abogados que Mayer «ha cambiado el nombre de la ciudad y alterado los nombres de las personas involucradas, pero cualquiera que conozca la ciudad en cuestión la reconocería, y si la conocen lo bastante bien probablemente hasta serían capaces de identificar como mínimo a algunas de las personas».[50] En opinión de los abogados, el riesgo era mínimo. Era poco probable que unos alemanes interpusieran una querella en un juzgado estadounidense, y, si la obra no se traducía al alemán, tampoco podrían querellarse allí. Y si lo hacían en los Estados Unidos:

> La querella no supondría demasiado problema, pues cualquiera de los querellantes habría sido miembro del Partido Nazi (si he comprendido bien su carta). No hace falta ser un gran abogado para señalar el hecho de que un jurado en Chicago no perdería mucho tiempo con un miembro del Partido Nazi (o yo no conozco bien Chicago).[51]

Grodzins apoyó con entusiasmo el resultado final. Le explicó a Martin Niemöller, una de las figuras principales de la resistencia protestante a Hitler, a quien le había pedido, en vano, que escribiese un breve prólogo al libro, que Mayer había tardado muchos meses en encontrar a los hombres que estaba buscando; hay millones de ellos, por toda Alemania, pero ¿cómo encontrarlos, individualmente? Algunos de los colaboradores de Mayer pensaban que, dada la naturaleza del caso, su búsqueda sería fallida; él mismo no podía suponer lo difícil que resultaría. Él era un estadounidense, un «conquistador», que trataba de establecer un contacto estrecho con hombres para quienes el contacto estrecho con extraños (y aún menos con «conquistadores extraños») era del todo inusual.

Pero él no era un estadounidense corriente: era un estadounidense que no odiaba, y que no había odiado, a su enemigo nacional, que se negaba a aceptar las implicaciones habituales de la propia palabra «enemigo». Habiendo sido toda su vida antinazi y anticomunista, Milton Mayer era capaz, más que la mayoría de nosotros, de diferenciar entre el pecado y el pecador y de ser partícipe del pecado de sus congéneres. Y en la Alemania de posguerra, era un hombre que vivía de forma sencilla, que vivía generosamente sin necesidad de someter a los receptores de su generosidad a un test político, que compraba en la plaza del mercado de la ciudad, que enviaba a sus hijos a la escuela local, que aprendía la lengua (incluso el dialecto) de las personas entre las cuales vivía. ¡Era un estadounidense que circulaba en bicicleta!

No es raro que tuviese éxito, este estadounidense, este judío, a cuya mesa se sentaban diariamente dos o tres niños cuyos padres habían sido clasificados como «no empleables» por haber sido activistas nazis. Para esta familia estadounidense es-tos niños eran niños. Resultaba fácil para sus mayores admitir a los Mayer como «gente como nosotros».[52]

Gracias en parte a la promoción de Grodzins, el libro recibió críticas favorables. «Nunca antes —escribió Hans Kohn, el eminente historiador del pensamiento alemán, en el *New York Times*— la mentalidad del alemán corriente bajo el régimen nazi ha sido presentada de forma tan inteligible para el foráneo como en el informe del señor Mayer.»[53] El libro se reeditó en 1966, y, en edición de bolsillo, ha tenido al menos once reediciones.[54] Se convirtió en un clásico y se ha utilizado ampliamente en cursos

universitarios sobre el nazismo, sin duda en parte debido a que es mucho más legible que la mayoría de las obras sobre este tema.

*

El nombre de Kronenberg disfrazaba levemente el nombre real de la ciudad, que era Marburgo, una ciudad universitaria situada a orillas del río Lahn, como Grodzins le aclaró al pastor Niemöller.[55] La descripción de la ciudad tal como era en los años treinta, cuarenta y cincuenta es bastante precisa, si prescindimos de los nombres cambiados. Sin embargo, lejos de ser representativa de las pequeñas ciudades del resto de Alemania, Marburgo tenía una serie de características peculiares que la hacían particularmente susceptible a la atracción del nazismo, y la afirmación de Mayer de que los diez hombres a los que entrevistó eran alemanes corrientes típicos («En una nación de setenta millones de personas, ellos eran más de sesenta y nueve millones») es engañosa. Dominada por la universidad, su personal y sus estudiantes, la ciudad apenas tenía industria y en cambio había una proporción inusitadamente elevada de personas empleadas en el sector servicios. En 1933, solo el 23 por ciento de la población de Marburgo trabajaba en la industria o dependía de alguien empleado en ella, mientras que en el conjunto del Reich este porcentaje era del 39 por ciento. Los empleados públicos, incluyendo entre ellos al personal de la universidad y sus familias, constituían el 20 por ciento de la fuerza laboral, comparados con solo el 8 por ciento en el Reich. El porcentaje de funcionarios era más del doble que en el Reich, y los empleados administrativos alcanzaban casi el doble, mientras que los trabajadores manuales, con solo un 32 por ciento, un porcentaje mucho menor que en el Reich, donde era del 46 por ciento.[56]

Lo que llamaba la atención por su ausencia era algún movimiento obrero de masas, ya perteneciese al Partido Comunista o a los izquierdistas moderados de la socialdemocracia. En noviembre de 1932, en las últimas elecciones libres celebradas en la República de Weimar, estos dos partidos obtuvieron un tercio de los votos en el conjunto del Reich, más incluso que los propios nazis. El panorama era bastante distinto en Marburgo, donde el voto comunista fue solo del 8 por ciento, cuando a nivel nacional era del 17 por ciento, y el de los socialdemócratas, del 14 por ciento, mientras que en el Reich en conjunto fue del 21 por ciento. Por el contrario, los nazis

alcanzaron el 40 por ciento, frente al 33 por ciento a nivel nacional. En Marburgo, los partidos liberales y conservadores situados en mitad del espectro se hundieron, como en todas las demás circunscripciones, pues sus votos se los llevaron los nazis. En las elecciones de marzo de 1933, que solo fueron en parte libres, el resultado fue similar. Para entonces, Adolf Hitler era canciller del Reich, aunque aún no había logrado el monopolio del poder. Solo se les permitió hacer campaña a los nazis, mientras que la mayoría de los comunistas habían sido dete-nidos o estaban escondidos, aunque Hitler permitió que el Partido Comunista presentase candidatos porque así debilitaba al otro gran partido obrero, el socialdemócrata. En marzo de 1933 los socialdemócratas aún obtuvieron el 14 por ciento de los votos en Marburgo, cuando a nivel nacional llegaron al 18 por ciento, y los comunistas, el 5 por ciento, frente al 12 por ciento nacional. Los nazis, que en el conjunto de Alemania so-
lo habían conseguido el 44 por ciento de los votos, obtuvieron una mayoría absoluta en Marburgo, con el 57 por ciento.[57]

Así pues, Marburgo era mucho más decididamente nazi que muchas, por no decir casi todas, las ciudades de Alemania. Esto era reflejo en parte de su composición religiosa, de mayoría protestante, con una minoría católica que habitualmente le había reportado al Partido Católico de Centro más o menos un 6 por ciento de los votos durante los años de Weimar (los simpatizantes del Partido de Centro eran los que tenían menos probabilidades de pasarse a los nazis). Sin embargo, lo más relevante era que la fuerza relativa de los nazis en Marburgo reflejaba la particular composición social de la ciudad, con una clase industrial pequeña y poco organizada y un amplio sector de lo que podríamos denominar ciudadanos de clase media baja, el sector de la población más proclive a apoyar a los nazis. Mayer no incluyó a mujeres en su muestra de entrevistados, a pesar de que las mujeres podían afiliarse al Partido y siguieron teniendo derecho al voto durante el Tercer Reich. Tal vez Mayer creyese que el nazismo era un movimiento masculinizado por excelencia o que en aquella sociedad las mujeres solían secundar a sus maridos o padres en cuanto a opiniones políticas. A pesar de todo, Mayer no consideró que fuese en modo alguno necesario justificar su exclusión de las mujeres. Es difícil resistirse a pensar que un hombre que se refería a alguien que había hecho una crítica inteligente de sus borradores como «una chica de Dodd Mead» y a su segunda mujer, que aparecía regularmente en su columna para el *The*

Progressive, como «Baby» (hasta que las críticas de las feministas le hicieron renombrarla irónicamente Ms. Baby), simplemente creía que las mujeres no contaban en cuanto a compromiso político. Y sin embargo los votos femeninos fueron un factor clave en las victorias electorales de los nazis: su participación en las elecciones llegó a igualar a la de los hombres, aportando millones de votos a Hitler y a sus organizaciones locales. A fin de responder por completo a las preguntas de por qué los «alemanes corrientes» apoyaron a Hitler y qué pensaban del Tercer Reich unos años después de que este se desmoronase, hubiese sido necesario incluir en el estudio tanto a mujeres como a hombres.

La decisión sin lugar a dudas inconsciente de Mayer de incluir solo a hombres en su estudio no fue únicamente producto de su sesgo personal. Los inicios de los cincuenta fueron una época de «valores familiares», de restablecimiento de las estructuras familiares tras las turbulencias de la guerra y la depresión económica. Después del desempleo masivo de los años treinta, seguido por años de guerra durante los cuales millones de hombres cayeron o fueron hechos prisioneros, existía un fuerte impulso en favor de restablecer algún tipo de estabilidad, reafirmando la división tradicional de papeles entre hombres y mujeres. Hasta 1963 no se publicó en Estados Unidos *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan, una crítica potente y convincente de la subordinación de las mujeres y de su marginalización de la política de posguerra. En Alemania Occidental habría que esperar hasta mediados de los setenta para que emergiese una nueva ola de feminismo. Así, *Creían que eran libres* es producto de su tiempo en más de un sentido.

*

Es evidente que Mayer llegó a conocer muy bien a la mayoría de sus sujetos, tratando con ellos en términos amistosos y entrevistándolos con frecuencia a lo largo de varios meses. Pero ¿le decían la verdad? En algunos casos, él sospechaba que no. Durante su estancia en Marburgo, todavía había causas abiertas por delitos cometidos durante la era nazi, entre ellos la quema de sinagogas y la rotura de cristales en tiendas judías ocurridas durante la *Reichskristallnacht* los días 9 y 10 de noviembre de 1938. No obstante, en Marburgo el primer ataque a la sinagoga se produjo el 8 de noviembre, antes de que el ministro de Propaganda nazi Goebbels ordenase

el pogromo. Las ventanas de la sinagoga fueron apedreadas y alguien intentó prender fuego al edificio, pero fracasó. A la mañana siguiente se presentaron en Marburgo dos oficiales del Servicio de Seguridad de las SS y dieron orden de que se quemase la sinagoga. El coronel de las SA Stolberg fue a la taberna que frecuentaban los camisas pardas locales para reclutar a hombres que hiciesen el trabajo. Entre quince y veinte hombres se pusieron ropas de paisano, para no ser identificados como Tropas de Asalto nazis, se hicieron con una escalera y entra-ron en el edificio a través de una ventana rota. A las pocas horas la sinagoga estaba en llamas. A la mañana siguiente sus restos fueron dinamitados. Siguiendo órdenes personales de Hitler, treinta y un judíos fueron detenidos; más de treinta mil fueron detenidos en todo el Reich y llevados a Buchenwald, para ser liberados unas semanas después, tras prometer que emigrarían.[58]

La narración que Mayer hace de estos sucesos se basa en las entrevistas con sus diez sujetos. No es sorprendente que ninguno de ellos admita haber estado directamente invo-lucrado en el pogromo, pero Mayer sabía que no decían la verdad. «Estoy seguro —escribió (pág. 171)— de que el sastre Schwenke había participado, y sin vacilar, en la quema de la sinagoga de Kronenberg.» La alegación de su hijo de que a su padre lo habían torturado para conseguir que confesase durante el juicio era claramente falsa. Es probable que otros tuviesen una participación directa también. El miembro entusiasta de la brigada de Bomberos Voluntarios decía la verdad cuando describió cómo había rescatado documentos y objetos del incendio, pues uno de ellos acabó en la colección del United States Holocaust Memorial Museum.[59] Pero sin duda sabía que los bomberos tenían órdenes de combatir el fuego solo si se extendía a edificios propiedad de «arios». Otros de los entrevistados que habían sido funcionarios del Partido o miembros de las SA participaron directamente en el pogromo. Al relatar su participación en los crímenes del nazismo estaban fuertemente influenciados por su temor a las represalias judiciales: de hecho, en la última parte del libro Mayer cita la sentencia pronunciada por el tribunal local en noviembre de 1948 contra los autores del pogromo, entre ellos «Schwenke», que ya estaba cumpliendo condena por su participación en unos sucesos ocurridos diez años antes. Es ciertamente posible que en una ciudad tan pequeña, donde la población judía se encontraba bien integrada en la sociedad, los policías y otros manejasen la detención de los judíos con cierta delicadeza, tal como se describe en las

entrevistas de Mayer, pero si así fue no era representativo del conjunto de Alemania, donde las Tropas de Asalto nazis, en ocasiones instigadas y asistidas por la policía, irrumpieron en viviendas judías, golpearon a quienes allí vivían, destrozaron su contenido y, en noventa y un casos documentados por el propio Partido Nazi, asesinaron a alguno de sus habitantes. Entonces, nadie resultó castigado por estos crímenes. Por lo tanto, si hay que creer a los diez hombres de Mayer, lo ocurrido en Marburgo no era un caso típico.[60]

En un sentido, sin embargo, Marburgo sí era típico, y era en el rápido progreso que experimentó la «arianización» de los negocios propiedad de judíos, que fueron comprados o transferidos de manera forzosa a propietarios no judíos, o bien se vieron obligados a cerrar. En Marburgo había sesenta y cuatro de estas empresas en 1933: once de ellas cerraron o fueron compradas durante los primeros meses del régimen nazi, siete en 1934, ocho en 1935, nueve en 1936, seis en 1937, y cinco en los primeros nueve meses de 1938. Cuando se produjo el pogromo, en la ciudad prácticamente no quedaban tiendas que fuesen propiedad de judíos, lo que sin duda explica que en las entrevistas no se mencionase el vandalismo durante la *Kristallnacht*.[61] Por supuesto, los hombres negaron los hechos esenciales de la «arianización» a pesar de que, como personas activas en la vida económica de una ciudad pequeña, debían de estar al corriente y, presumiblemente, como miembros del Partido Nazi, estarían conformes con ellos. Afirmaron que los tribunales se habían ocupado de que a los negociantes judíos se les pagase el valor de mercado por sus propiedades (págs. 145-146), lo que no era cierto: durante la «arianización» las propiedades judías casi siempre se vendían a precios de derribo, y la conclusión a la que llega Mayer de que sus sujetos, habitantes de una pequeña ciudad alemana, lo desconocían es poco verosímil. «A partir de 1933, todo el mundo sabía que los judíos se estaban marchando», informa Mayer (pág. 150), y una pequeña minoría había emigrado antes de que estallase la guerra. Uno de los hombres de Mayer vio también a judíos desempeñando trabajos forzados poco después del inicio de la guerra, antes de que comenzasen las deportaciones (pág. 150). En total, 276 judíos de la ciudad y sus alrededores fueron deportados entre 1942 y 1943 y asesinados en campos de concentración del este. La mayoría de los entrevistados por Mayer admitieron que eso estaba mal, por más que culpasen a los propios judíos de sus desgracias.

En este aspecto, como en otros, los diez sujetos de Mayer, con la excepción del profesor, tenían recuerdos relativamente plácidos del periodo nazi. Pero esto no era característico de la mayoría de los alemanes. La Segunda Guerra Mundial, el producto último del nacionalsocialismo, produjo una enorme destrucción en Alemania. Los bombardeos masivos de las ciudades alemanas causaron la muerte de más de medio millón de civiles. En las ciudades y poblaciones grandes, el 40 por ciento del parque de viviendas resultó destruido. Despejar los escombros llevó años. En Colonia, por ejemplo, estos sumaban 13,5 toneladas y mucho más aún en ciudades como Berlín y Hamburgo, donde casi el 70 por ciento de las casas y bloques de pisos habían quedado inhabitables. En cambio, Marburgo solo perdió el 4 por ciento de su parque de viviendas, 281 edificios en total, la mayoría en los alrededores de la estación de tren, que había sido objetivo de los bombarderos aliados. Era una ciudad pequeña, de escasa importancia en cuanto a la producción de armas, de manera que, por lo general, los bombardeos la dejaron en paz. En la guerra murieron asimismo unos cinco millones de soldados, marinos y pilotos alemanes, pero esto tampoco parecía haber afectado a los sujetos de Mayer, puesto que ninguno de ellos mencionó haber sufrido pérdi-das en su familia.[62] Estos desastres hicieron que muchos, si no la mayoría, de los alemanes se volviesen en contra del régi-men nazi incluso antes del final de la guerra, pero no así en Marburgo.

Además, cuando Mayer llevó a cabo sus entrevistas, la economía alemana aún era precaria. No es extraño que sus en-
trevistados no pudiesen imaginar un momento en el futuro en que habría una recuperación económica (pág. 78). La creencia de muchos alemanes de que las cosas nunca serían tan buenas como habían sido bajo el nazismo solo cambiaría en los años sesenta, después de un periodo de rápido crecimiento económico conocido en Alemania como «el milagro económico». Una serie de entrevistas a alemanes ancianos lle-vadas a cabo durante los años noventa demostró que seguían recordando con afecto a los nazis por haber acabado con el caos y el desastre económico de la República de Weimar, aunque, de hecho, la recuperación de los años treinta se debió casi enteramente al acelerado rearme en que se embarcó Hitler, diseñado para la Segunda Guerra Mundial y conducente a ella. En este aspecto, al menos, los diez nazis de Mayer sí eran típicos.[63]

Por supuesto, eran menos representativos cuando rechazaban la idea de que la dictadura nazi fue «una tiranía abierta y total» (pág. 62). Cuando se

hicieron estas entrevistas, esto es lo que los historiadores y expertos en ciencias políticas sos-tenían acerca del Tercer Reich, posiblemente como consecuencia de la Guerra Fría. En los años cincuenta, entre los académicos occidentales uno de los elementos centrales de los estudios sobre la Alemania nazi era la convicción de que se parecía mucho a la Unión Soviética bajo Stalin. Describir a ambas como «totalitarias» evocaba la imagen de una absoluta regimentación de toda la población que no se correspondía con la realidad. No es extraño que Mayer creyese necesario subrayar que esto no era lo que se desprendía de sus entrevistas. Si las hubiese llevado a cabo, pongamos por caso, en la región industrial de Ruhr, entre cuyos habitantes se contaban millones de antiguos comunistas y socialdemócratas que habían sufrido una represión mucho mayor que los conformis-tas habitantes de Marburgo, hubiese obtenido respuestas algo distintas. Unos años más tarde, cuando los historiadores empezaron a descubrir la amplia variedad de grados de disensión e inconformismo que habían existido en la Alemania nazi, no habría sido necesario enfatizar que el nazismo no le imponía al pueblo alemán una uniformidad y un control absolutos.[64]

La interpretación que Mayer hacía de lo que sus informantes le contaban acerca de su necesidad —y, por extensión, la del pueblo alemán— de acomodarse a los imperativos institucionales del Tercer Reich, reflejaba ante todo la política na-
zi de *Gleichschaltung*, la asimilación de todas las instituciones sociales por parte del Partido Nazi. Si uno quería seguir perteneciendo a una agrupación local o al club de fútbol del pueblo, no tenía más remedio que unirse a ellos como organización nazi, porque no había alternativa. Sin embargo, no te obligaban a suscribir el paquete completo de la ideología nazi. En particular, esto afectaba al antisemitismo. Pero los entrevistados de Mayer eran hombres de clase media-baja, el grupo con mayor probabilidad de albergar resentimientos antisemitas. Desde hacía tiempo, el antisemitismo había encontrado apoyo en Marburgo y en su zona circundante, mientras que en Berlín o en Hamburgo el antisemitismo era tradicionalmente leve. Hacia finales del siglo xix habían aparecido, aunque por poco tiempo, algunos partidos furibunda y explícitamente antisemitas, capitaneados por hombres como Otto Böckel, que daban alas al resquemor que los «hombres corrientes» de medios urbanos y rurales sentían hacia los capitalistas de las grandes ciudades, a quienes culpaban de haberles precipitado en la crisis

económica. Uno de los amigos de Mayer explicó que su padre y su abuelo habían sido seguidores de Böckel (pág. 160), y sin duda las ideas de este habían dejado su impronta también en algunos de los demás. Estos resquemores perduraron incluso después del fracaso del movimiento de Böckel. Aquella era posiblemente la región más obstinadamente antisemita de toda Alemania.[65] La actitud de «Karl-Heinz Schwenke» respecto a los judíos, culpándoles de sus infortunios económicos (págs. 134-135), era esencialmente producto de su entorno de preguerra, que no era típico de la mayoría de las regiones de Alemania.

Hasta más avanzado el siglo xx, la persecución y el exterminio de los judíos europeos por parte de los nazis no se convirtió en un asunto central de la investigación histórica y el recuerdo colectivo. No obstante, como hemos observado más arriba, los amigos alemanes de Mayer sabían que debían tocar este asunto con él y por lo general lo hacían sin necesidad de que les preguntara, «en algún momento entre el principio de la segunda conversación y el final de la cuarta», después de lo cual solían referirse a ello repetidamente (pág. 152). Esquivaban la sensación de que se les podía considerar culpables de formas diversas. «Karl-Heinz Schwenke» se escudaba negando que los nazis hubiesen asesinado a seis millones de judíos (pág. 135). Esto era poco usual. Los demás no negaban la realidad del antisemitismo nazi. Pero «Schwenke» y otros tres sostenían también que los únicos judíos que fueron detenidos y llevados a campos de concentración eran los que de algún modo habían sido traidores a la causa alemana (pág. 145). Lo irónico era que, tal como señaló Mayer (pág. 162), mientras que algunos de los entrevistados justificaban su antisemitismo por motivos religiosos, los propios judíos, tanto en Marburgo como en otros lugares de Alemania, habían ido abandonando progresivamente su fe e integrándose en la sociedad cristiana (pág. 141). Aunque los viejos nazis a los que entrevistó mostrasen desprecio para con las teorías raciales pseudoacadémicas del Partido (págs. 162-163), en el fondo, su atribución de características negativas a los judíos era racista.

El resquemor de aquellos hombres, igual que el de muchos, si no la mayoría, de los alemanes de aquella época, iba más allá de la derrota y la destrucción; estaban resentidos por la «justicia de los vencedores» aplicada en los procesos por crímenes de guerra de Núremberg y por otras persecuciones que sufrieron los alemanes por delitos contra personas y propiedades. «Karl-Heinz Schwenke», que estuvo internado durante tres

años después de la guerra, achacaba sus desgracias a los judíos —a los judíos en general, sin referirse a ningún individuo en concreto—, pero, tal como dijo Mayer, todos y cada uno de sus diez amigos estaban llenos de resentimientos similares, aunque menos extremos, «lloriqueando, lloriqueando, lloriqueando» (pág. 172). Consideraban que habían sido injustamente tratados y les echaban la culpa a los judíos.

*

Por supuesto, los millones de antiguos comunistas o social-demócratas que habían sobrevivido al Tercer Reich y reapa-recieron tras su hundimiento para restablecer las organizaciones de sus partidos y restaurar sus ideologías no compartían necesariamente estas opiniones. En Alemania del Este, la fusión de los dos partidos, forzada por el Ejército Rojo, redujo a los socialdemócratas a mero instrumento del emergente régimen estalinista, mientras que, con el advenimiento de la Guerra Fría, en Alemania Occidental el Partido Comunista se encogía hasta convertirse en un apéndice carente de apoyo popular incluso antes de ser formalmente prohibido en 1957. Sin embargo, los socialdemócratas de Alemania Occidental conservaron su programa marxista, que abogaba por una completa transformación de la economía y la sociedad germano-occidentales siguiendo las directrices socialistas, hasta que en 1959 fue reemplazado por el más moderado y realista Programa de Godesberg. Durante la época en que Mayer vivió en Marburgo, su líder era Kurt Schumacher, que preconizaba la unidad alemana y culpaba a los aliados de no hacer nada por liberar a la clase obrera de Alemania del Este de las cadenas del comunismo. Por otro lado, Schumacher era también muy crítico con el papel de los aliados respecto a lo que él consideraba la restauración de una economía capitalista en Alemania Occidental.[66]

Impresionado en exceso por el elemento nacionalista en la postura de Schumacher, Mayer malinterpretó a los socialdemócratas, tanto los de su época como los del pasado. En 1912, era el partido con mayor representación en el Reichstag, y lejos de carecer de «un programa propio independiente que pretendiese cambiar el gobierno de raíz» (pág. 176), impulsó hasta donde le fue posible un programa de este tipo hasta que accedió al poder al finalizar la Primera Guerra Mundial. La República de

Weimar, la democracia moderna fundada en 1919 por los socialdemócratas junto con sus aliados de la izquierda liberal y del Centro católico, debió su existencia durante los años veinte en gran parte a la lealtad a sus principios de los miembros de este partido. Mayer tuvo que reconocer que los socialdemócratas prusianos resistieron «en pie» frente a la traición a dichos principios (pág. 177), pero es importante recordar que Prusia comprendía en aquella época la mayor parte de Alemania y albergaba a la mayoría de su población.

Mayer tenía que quitar peso a la importancia de los socialdemócratas y a su valiente, aunque en última instancia inútil, oposición al nazismo porque quería sostener la idea de que existía un carácter nacional alemán, una idea que la propaganda aliada había popularizado durante la guerra. Millones de trabajadores organizados se habían opuesto durante mucho tiempo a las estructuras jerárquicas de la sociedad alemana y a las políticas que, según afirmaba Mayer, todo el mundo aceptaba (pág. 186). Hay múltiples razones para cuestionar su afirmación de que los «espíritus libres» en Alemania «debían renunciar a serlo o huir» (págs. 186-187): tanto la vibrante cultura satírica y opositora de la República de Weimar como los escritos de decenas de autores alemanes críticos con el conservadurismo del viejo poder establecido desmentían esta afirmación. Solo un pequeño porcentaje de los emigrantes que abandonaron Alemania rumbo a las Américas en el siglo xix lo hicieron por motivos políticos. La inmensa mayoría simplemente buscaba una vida mejor allende los mares, igual que los millones de otros europeos que emigraron entre 1815 y 1914.[67]

Las generalizaciones de Mayer se hacían aún más amplias en sus capítulos finales. No aceptaba muchas de las teorías puestas en circulación durante la guerra sobre el carácter alemán. Pero encontraba a los alemanes pesados y carentes de humor, y suscribía la teoría geopolítica por entonces en boga de que las actitudes alemanas se habían visto modela-das por la carencia de fronteras naturales del país, pasando por alto el hecho de que lo mismo podría decirse de otros países, como Polonia o Ucrania. Los inconexos capítulos finales de Mayer son flojos, menos interesantes que los anteriores y anticuados. En verdad, sus diez sujetos no constituyen una buena base para generalizar acerca de la supuesta arrogancia alemana, el racismo alemán, el prejuicio alemán y el afán alemán de orden, tal como él hace.

Las opiniones de Mayer provocaron un distanciamiento con el Instituto de Investigaciones Sociológicas de Fráncfort, que había tutelado su investigación pero no compartía las conclusiones generales que extraía de ella. En abril de 1952, una conferencia que pronunció en Offenbach, en la que hizo un informe preliminar de sus conclusiones, causó un cierto revuelo;[68] pero cuando, aproximadamente un mes después de su regreso a los Estados Unidos, en octubre de 1952, habló ante el público en Los Ángeles, el clamor fue mayor aún. Según un informe en el *Frankfurter Neue Presse-Generalanzeiger*, había tildado de descabellada la idea de que era posible educar a los alemanes en democracia. Poseían mucha menos educación política que los británicos, los franceses o los escandinavos, aunque por otra parte estaban mucho más dotados técnicamente, eran más trabajadores y más numerosos. Sus «diez pequeños nazis» no presentaban muestra alguna de haber abandonado su fe en la autoridad o su admiración por Hitler. El periódico comentaba que este tipo de generalizaciones, que metían a todos los alemanes en el mismo saco, eran tan claramente sesgadas que incluso alguien con unas facultades críticas muy limitadas sería capaz de detectar su falacia.[69]

Adorno y Horkheimer trataron de distanciarse de Mayer, quien, afirmaron más tarde, solo había estado vinculado con el instituto de manera formal, en la medida en que el Alto Comisionado Aliado en Alemania había solicitado que su beca se tramitase a través de este. Nunca había trabajado en el instituto. Era una persona decente, dijeron, pero «en muchos aspectos parece un hombre extraño e ingenuo».[70] No obstante, en realidad el instituto había tenido un papel mucho más relevante en el proyecto de Mayer de lo que quiso admitir después de que se hicieran públicas sus conclusiones ampliamente antialemanas: Adorno y Horkheimer le habían aconsejado en determinados aspectos cruciales. En particular, había sido principalmente a causa de ellos por lo que el estudio comprendía diez sujetos en vez de un número mucho menor. Es justo decir que las entrevistas propiamente dichas y las detalladas observaciones que se extrajeron de ellas —aunque no las conclusiones de Mayer— pueden considerarse como parte de un proyecto dirigido tanto intelectual como administrativamente por el Instituto de Investigaciones Sociológicas.

Desde el punto de vista de Mayer, la publicación de su trabajo era, entre otras cosas, una contribución a la causa pacifista. Con la estalinización de Europa del Este a principios de los años cincuenta y el estallido de la

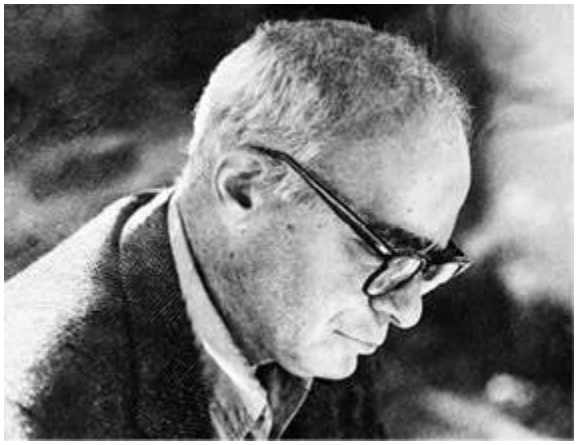
guerra de Corea, las potencias occidentales, con los Estados Unidos a la cabeza, creyeron necesario armar a Alemania Occidental con el fin de fortalecer la Organización del Tratado del Atlántico Nor-te (OTAN) frente a lo que parecía ser una creciente amenaza soviética. Teniendo en cuenta la larga historia del militaris-mo alemán y de agresión de Alemania contra otros países de Europa, el «rearme» germano-occidental resultó extremadamente controvertido. La última frase del libro de Mayer, que advierte contra la posibilidad de que los alemanes «vuelvan a abrazar un anticomunismo militarista como forma de vi-da nacional», expresa su enérgica oposición al rearme. Como muchos otros, sospechaba que lo que él consideraba el carácter nacional alemán resurgiría otra vez con su militarismo de fondo intacto. Pero el rearme se llevó a cabo con la creación de unas nuevas fuerzas armadas alemanas, la Bundeswehr, en 1955. Rodeada de restricciones y condiciones y firmemente vinculada a la OTAN, la nueva fuerza veía su capacidad de acción aún más limitada por la presencia continuada de grandes contingentes de tropas estadounidenses, británicas y francesas en Alemania Occidental. Los temores de Mayer y de otros opositores ante el rearme demostraron ser infundados.

En suma, Mayer era incapaz de creer que el carácter alemán pudiese cambiar con la suficiente profundidad o rapidez como para que resultase seguro rearmar al país. Sin embar-go, una vez que el «milagro económico» de los sesenta hubo convencido a una aplastante mayoría de alemanes de que la democracia era compatible con la paz y la prosperidad, se produjeron enormes cambios. En la Alemania actual, el neonazismo, junto con la nostalgia por el Tercer Reich, es una fuerza marginal y lo viene siendo desde hace décadas. La identidad alemana contemporánea pivota en buena parte sobre el reconocimiento generalizado de los terribles crímenes del nazismo, ante todo la persecución y el exterminio de los judíos por parte de los nazis. Hoy Marburgo es una ciudad muy distinta de la que era a inicios de los cincuenta, cuando Mayer estuvo allí. Después de la unificación de la Alemania del Este y la del Oeste en 1989 y 1990, los alemanes comenzaron por fin a reevaluar su pasado. Los historiadores profesionales habían trabajado mucho sobre ello, pero solo tras la caída del Muro de Berlín los alemanes, tratando de que su identidad nacional se definiese a través de algo que no fuese la lealtad ya sea a la democracia capitalista o a la socialista, asumieron, no sin controversia y debate, la responsabilidad de la nación en los crímenes de la era nazi. La inmensa mayoría admitía ahora

que gran parte de los alemanes corrientes estuvieron involucrados en ellos de una manera u otra. La gradual desaparición de la generación de los amigos exnazis de Mayer y el surgimiento de una nueva generación de alemanes educada en el espíritu democrático de la Europa de posguerra hizo que dicha reevaluación fuese más fácil.

En la actualidad, el destino de la población judía de Marburgo ha sido reconocido total y públicamente. La sinagoga de la ciudad ya fue reconsagrada en febrero de 1946, aunque ahora no queda nada del edificio aparte de un memorial, con una pequeña maqueta de la estructura original en el centro. Hoy existen muchos memoriales dedicados a los judíos de Marburgo que fueron deportados y asesinados por los nazis. En las calles de la ciudad hay veinticuatro *Stolpersteine*, placas de bronce incrustadas en la calzada frente a las casas donde vivieron los judíos que fueron asesinados. Las *Stolpersteine* recuerdan por su nombre a unos cincuenta y cinco individuos judíos y a los miembros de sus familias. En la principal estación de tren están inscritos, sobre una banda metálica en el andén número 8, setenta y nueve nombres de judíos que fueron deportados al campo de concentración de Theresienstadt el 6 de septiembre de 1942.[71]

Tal vez todo esto haga que el libro de Milton S. Mayer parezca pertenecer a un pasado remoto. Sus generalizaciones acerca del carácter alemán parecen desfasadas. Hoy Alemania es un bastión de valores liberales y de estabilidad democrática. No obstante, las voces de aquellos a quienes Mayer entrevistó nos hablan a través de las décadas de una forma que aún consigue irritar y conmocionar. Como instantánea de una pequeña muestra de alemanes poco después del Tercer Reich de Hitler y de la Segunda Guerra Mundial, el libro de Mayer perdura como recuerdo de cómo personas comunes y corrientes y en muchos aspectos razonables pueden ser seducidas por demagogos y populistas, y cómo son capaces de apoyar a un régimen que comete más y más acciones criminales, hasta acabar hundido en la guerra y el genocidio.



MILTON MAYER

(1908-1986) fue un conocido periodista y pedagogo estadounidense. Cursó estudios en la Universidad de Chicago, sin llegar a graduarse. Trabajó como reportero para diversas cabeceras, y durante cuarenta años escribió una columna mensual en la revista *The Progressive*. Ejerció la docencia en la Universidad de Massachusetts, la Universidad de Louisville y Hampshire College. Se destacó por su coraje cívico y su defensa de la responsabilidad individual. Fue objetor de conciencia durante la Segunda Guerra Mundial, aunque después del conflicto se trasladó a Alemania para estudiar sobre el terreno las causas del ascenso del nazismo.

Presentación

En 1951, Milton Mayer, un conocido periodista judeoamericano, se mudó con su familia a una pequeña ciudad alemana con el objetivo de estudiar qué había hecho posible el ascenso del nazismo, entendido como «un movimiento de masas y no la tiranía de unos cuantos seres diabólicos sobre millones de personas indefensas». Para ello, trabó amistad con diez alemanes de a pie. No eran ciudadanos influyentes, pero habían sido miembros del partido nacionalsocialista. Partiendo de las conversaciones que mantuvo con sus «amigos» nazis, a quienes dedica este libro, Mayer expuso de manera brillante las justificaciones espurias, el antisemitismo velado o declarado, la ceguera voluntaria y la abdicación moral que permitieron a ciudadanos, en muchos aspectos ejemplares, aplaudir o mantener un silencio cómplice ante las políticas de Hitler.

La primera edición de *Creían que eran libres*, finalista del National Book Award en 1956, tuvo poca repercusión popular en una época en la que la gente prefería olvidar el horror reciente de la guerra. Con el tiempo se ha convertido en un clásico que, como los estudios de Hannah Arendt, ilumina tanto el pasado como las derivas autoritarias y populistas del presente. Ahora se publica por primera vez en castellano con un epílogo del historiador Richard J. Evans que lo sitúa en su contexto histórico y explicita sus conexiones con la época actual.

«Uno de los libros más amenos y esclarecedores que se han escrito sobre Alemania tras el colapso del Tercer Reich.»

Hans Kohn, *The New York Times*

NOTAS

[1] «Ami»: así llamaban familiarmente los alemanes a los soldados estadounidenses estacionados en su país. (*N. de la T.*)

[2] En esta acepción, el adjetivo *klein*, «pequeño», no alude al tamaño de la persona, sino a su escasa influencia social y económica, lo que en castellano se suele denominar «el hombre de la calle» o «el hombre corriente». (*N. de la T.*)

[3] F. D. R. es Franklin Delano Roosevelt, presidente de los Estados Unidos entre 1933 y 1945; Ike es el nombre familiar por el que se conocía a Dwight D. Eisenhower, comandante supremo aliado en Europa occidental durante la Segunda Guerra Mundial. (*N. de la T.*)

[4] Tammany Hall hace referencia a la sede del Partido Demócrata de los Estados Unidos en Nueva York entre 1790 y 1960, cuya maquinaria política actuaba valiéndose de una gran red de tráfico de influencias. (*N. de la T.*)

[5] Referencia a ciertas acusaciones por corrupción que Eisenhower hizo contra el Partido Demócrata de los Estados Unidos durante la campaña electoral de 1952. (*N. de la T.*)

[6] El *Völkischer Beobachter* era el periódico oficial del Partido Nacionalsocialista Alemán. (*N. de la T.*)

[7] Se refiere a una leyenda muy popular (y del todo apócrifa) sobre la infancia de George Washington. Dice que a los seis años Washington dañó un cerezo de su padre con un hacha que había recibido de regalo. Cuando su padre, enojado, se enfrentó a él, el niño admitió su culpa con valentía, lo que provocó el regocijo del padre, pues para él la honestidad del hijo valía más que mil árboles. (*N. de la T.*)

[8] El autor hace referencia aquí a un famoso poema de Alfred Tennyson, escrito en 1854, cuando era poeta laureado de Gran Bretaña (cargo honorario designado por el monarca del Reino Unido que, obviamente, no existe en Estados Unidos), dedicado a «La carga de la Brigada Ligera», una

oda a la valentía de los hombres que durante la guerra de Crimea lucharon en una misión destinada al fracaso. (*N. de la T.*)

[9] Alusión al episodio acaecido en el año 1077 en el castillo de Canossa (Italia), en que el emperador Enrique IV del Sacro Imperio Romano Germánico tuvo que humillarse ante el papa Gregorio VII para que este le levantase la excomunión. (*N. de la T.*)

[10] *Blut und Boden*: uno de los lemas del Movimiento de la Fe Alemana. (*N. de la T.*)

[11] Personajes de tiras cómicas muy populares en Estados Unidos: Hennery Peck, conocido como Peck's Bad Boy, se remonta a finales del siglo xix, mientras que Kayo Mullins, el hijo pequeño de una familia de clase baja, apareció en la década de 1920. Daniel el travieso (Dennis the Menace, en su versión original), el único que se tradujo en España, se publicó a partir de 1951 y fue sin duda el más popular de los tres, contando con adaptaciones al cine y a la televisión. (*N. de la T.*)

[12] «Slobovia», término empleado por primera vez en las tiras cómicas de Al Capp en 1946 para referirse a una zona atrasada y poco desarrollada, pasó a ser utilizado de manera informal para designar cualquier país extranjero de poca relevancia. (*N. de la T.*)

[13] *The Awful German Language* es un ensayo escrito en 1880 por Mark Twain, publicado como apéndice a la obra *A Tramp Abroad (Un vagabundo en el extranjero)*, donde lleva a cabo una exploración humorística de las dificultades que tiene un hablante nativo de inglés para aprender la lengua alemana. (*N. de la T.*)

[14] Milwaukee, una de las poblaciones que recibió más emigración alemana durante el siglo xix, era en la década de 1950 una de las ciudades más pobladas y prósperas del Medio Oeste de los Estados Unidos. (*N. de la T.*)

[15] La ley de Préstamo y Arriendo (en inglés: *Lend-Lease*) fue un programa en virtud del cual los Estados Unidos comenzaron a suministrar alimentos, petróleo y material militar al Reino Unido y a otras naciones aliadas entre 1941 y agosto de 1945. (*N. de la T.*)

[16] Ruritania era un país centroeuropeo ficticio inventado por el novelista Anthony Hope en su obra *El prisionero de Zenda* (1894). Su popularidad hizo que se incorporase al lenguaje coloquial como sinónimo de un país romántico con costumbres anticuadas. (*N. de la T.*)

[17] El Plan Morgenthau, propuesto en 1944 por el secretario del Tesoro de Estados Unidos Henry Morgenthau, Jr., consistió en una serie de severas medidas que proponían desposeer a la Alemania derrotada de todo su potencial industrial, para evitar que un estado alemán alcanzara suficiente poderío militar para volver a atacar a alguno de sus vecinos. (*N. de la T.*)

[18] El SHAEF (Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force) fue el Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada en el noroeste de Europa desde finales de 1943 hasta que fue disuelto el 14 de julio de 1945. Siempre estuvo bajo el mando del general Dwight D. Eisenhower.

[19] La Independent Order of Odd Fellows es una fraternidad internacional fundada por Thomas Wildey en Baltimore en 1819. Se trata de una orden laica de carácter filantrópico y humanitario. (*N. de la T.*)

[20] Históricamente, hubo dos tratados de Rapallo: el primero, firmado en 1920 entre el reino de Italia y la nueva República de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que sirvió para fijar la frontera entre ambos estados; y el de 1922, un tratado de cooperación entre la Alemania de Weimar y la Rusia soviética. En ambos casos, se trató de acuerdos entre países que habían resultado derrotados en la Primera Guerra Mundial y que intentaban pactar ciertas ventajas entre sí, al margen de los vencedores. (*N. de la T.*)

[21] Milton S. Mayer, «Keeping Posted», *Saturday Evening Post*, 28 de marzo de 1942.

[22] H. Larry Ingle, «Milton Mayer, Quaker Hedgehog», *Quaker Theology* 8 (primavera/verano 2003), hablando de Milton S. Mayer, *Robert Maynard Hutchins: A Memoir* (Berkeley, CA: University of California Press, 1993). Se puede encontrar una buena selección de los escritos de Mayer en W. Eric Gustafson (ed.), *What Can a Man Do? By Milton Mayer. A Selection of His Most Challenging Writings* (Chicago: University of Chicago Press, 1964).

[23] Morton Grodzins a Martin Niemöller, 26 de abril de 1954, en la Biblioteca de la Universidad de Chicago, Special Collections Research Center, University of Chicago Press (UCP), Caja 321, Carpeta 9.

[24] «Final Fieldwork Report, by Professor Milton Mayer, September 15, 1952» («Final Fieldwork Report»), 1, Archivo del Instituto de Investigaciones Sociológicas, Fráncfort del Meno, Sig. F8. Esta idea del «hombre corriente», el «pequeño hombre» la sacó tal vez de la novela de Hans Fallada, *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?*, inmensamente popular,

publicada en 1933, el año en que los nazis tomaron el poder, que retrata los dilemas de un hombre corriente atrapado en un mundo de políticas totalitarias.

[25] Horkheimer a Adorno, 4 de junio de 1954, en *Theodor W. Adorno, Max Horkheimer: Briefwechsel 1927-1969*, vol. 4, eds. Christoph Gödde y Henri Lonitz (Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 2000), págs. 263-264.

[26] «Final Fieldwork Report», 1-2.

[27] Mayer a Grodzins, 29 de diciembre de 1953, en UCP, Caja 321, Carpeta 9; Martin Jay, *The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, 2.ª ed. (Berkeley, CA: University of California Press, 1996).

[28] «Final Fieldwork Report», 1-2.

[29] Ibíd., 2-3. El equivalente de la Iglesia evangélica en los Estados Unidos es la Iglesia luterana.

[30] «Personal, Confidencial, Circulación prohibida», enero de 1952, 1-8, y «Addendum» al mismo, en el Archivo del Instituto de Investigaciones Sociológicas, Fráncfort del Meno, Sig. F8.

[31] «Final Fieldwork Report», 2-3.

[32] Ibíd., 4: «Revision of the Project».

[33] Ibíd., 5-6.

[34] Ibíd., 7-9.

[35] Ibíd., 9-11.

[36] Ibíd., 10-13, también para lo que sigue.

[37] Ibíd., 13.

[38] Ibíd., 14-17.

[39] «Memorandum über eine Dinner-Konferenz mit Professor Milton Mayer am 1. Mai 1952 von 19 bis 21.30 Uhr im Restaurant “Viktoria”: Prof. Adorno», 12, párr. 3, Archivo del Instituto de Investigaciones Sociológicas, Sig. F8.

[40] «Final Fieldwork Report», 16-17.

[41] «Morton Grodzins, political scientist» (obituario), *New York Times*, 10 de marzo de 1964.

[42] Mayer a Grodzins, 29 de diciembre de 1953, en UCP, Caja 321, Carpeta 9.

[43] Ibíd.

[44] Mayer a Grodzins, 3 de enero de 1954, en UCP, Caja 321, Carpeta 9.

[45] Ibíd.; Mayer a Grodzins, 8 de marzo de 1954. Dodd Mead era (y es) una de las residencias de la Universidad de Chicago.

[46] Ibíd.

[47] Grodzins a Mayer, 11 de marzo de 1954, en UCP, Caja 321, Carpeta 9.

[48] Ibíd.

[49] Mayer a Grodzins, 13 de marzo de 1954, en UCP, Caja 321, Carpeta 9.

[50] Alexander Morin a Harry Bachman, 31 de agosto de 1954, en UCP, Caja 321, Carpeta 10.

[51] Ibíd.; Harry Bachman a Alexander Morin, 2 de septiembre de 1954.

[52] Grodzins a Niemöller, 26 de abril de 1954, en UCP, Caja 321, Archivo 9.

[53] Hans Kohn, «Best Time of their Lives», *New York Times*, 8 de mayo de 1955.

[54] Información de la University of Chicago Press.

[55] Grodzins a Niemöller, 26 de abril de 1954, en UCP, Caja 321, Carpeta 9.

[56] Rudy Koshar, *Social Life, Local Politics and Nazism. Marburg, 1880-1935* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1986), págs. 34-35.

[57] Koshar, *Social Life*, 80.

[58] Doc. 5, «Aus dem Urteil des Landgerichts Marburg vom 16. September 1952», en Wolf-Arno Kropat, *Kristallnacht in Hessen. Der Judenpogrom vom November 1938* (Wiesbaden: Kommission fur die Geschichte der Juden in Hessen, 1988), págs. 39-41.

[59] «Damaged Torah scroll from a synagogue in Marburg desecrated during Kristallnacht», United States Holocaust Memorial Museum, última modificación 15 de noviembre de 2016. https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn4375.

[60] Para un resumen oportuno, véase Richard J. Evans, *The Third Reich in Power* (Nueva York: Penguin, 2006), págs. 580-598.

[61] Barbara Händler-Lachmann y Thomas Werther, *Vergessene Geschäfte, Verlorene Geschichte: Jüdisches Wirtschaftsleben in Marburg und seine Vernichtung im Nationalsozialismus* (Marburg: Hitzeroth, 1992).

[62] Benno Hafeneger y Wolfram Schäfer, eds., *Marburg in den Nachkriegsjahren*, Marburger Stadtschriften zur Geschichte und Kultur, vols. 65 y 68 (Marburg: Rathaus, 1998); para informaciones más generales, véase la web: http://www.tracesofevil.com/search/label/Marburg.

[63] Eric A. Johnson y Karl-Heinz Reuband, *What We Knew: Terror, Mass Murder, and Everyday Life in Nazi Germany. An Oral History* (Nueva York: Basic Books, 2005).

[64] Para una recapitulación de los trabajos de los años cincuenta y principios de los sesenta, véase Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Cambridge, MA: Praeger, 1965), y, sobre revisiones más tardías de esta opinión, Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945* (Oxford: Oxford University Press, 1983).

[65] Véase Peter Pulzer, *The Rise of Political Antisemitism in Germany and Austria*, edición revisada (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988).

[66] Para un buen resumen académico —más o menos contemporáneo de la investigación de Mayer— de la historia de la socialdemocracia y el desarrollo de su división en partidos socialistas y comunistas moderados, véase Carl E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917: The Development of the Great Schism* (Cam-bridge, MA: Harvard University Press, 1955).

[67] Véase Richard J. Evans, *The Pursuit of Power: Europe 1815-1914* (Nueva York: Viking, 2016), págs. 346-354.

[68] «Memorandum über eine Dinner-Konferenz mit Professor Milton Mayer am 1. Mai 1952 von 19 bis 21.30 Uhr im Restaurant ‘Viktoria’: Prof. Adorno», 12, párr. 3, en Archivo del Instituto de Investigaciones Sociológicas, Fráncfort del Meno, Sig. F8.

[69] Adorno a Horkheimer, 12 de noviembre de 1952, en *Theodor W. Adorno, Max Horkheimer: Briefwechsel 1927-1969*, vol. 4, eds. Christoph Gödde y Henri Lonitz (Fráncfort del Meno: Surhkamp, 2000), págs. 68-70.

[70] Ibíd., 263-264: Horkheimer a Adorno, 4 de junio de 1963.

[71] «Category: Holocaust memorials in Marburg», *Wikipedia*, https://commons.
wikimedia.org/wiki/Category:Holocaust_memorials_in_Marburg.

Table of Contents

CREÍAN QUE ERAN LIBRES
- PRÓLOGO

PARTE I
- KRONENBERG
- 1. DIEZ HOMBRES
- 2. LAS VIDAS QUE LOS HOMBRES LLEVABAN
- 3. HITLER Y YO
- 4. «Y USTED, ¿QUÉ HABRÍA HECHO?»
- 5. LOS QUE SE AFILIARON
- 6. LA MANERA DE DETENER EL COMUNISMO
- 7. «PENSAMOS CON NUESTRA SANGRE»
- 8. EL FRAUDE ANTISEMITA
- 9. «TODOS LO SABÍAN.» «NADIE LO SABÍA.»
- 10. «NOSOTROS, CRISTIANOS, TENEMOS EL DEBER»
- 11. LOS CRÍMENES DE LOS PERDEDORES
- 12. «ASÍ SOMOS NOSOTROS»
- 13. PERO ENTONCES YA ERA DEMASIADO TARDE
- 14. VERGÜENZA COLECTIVA
- 15. LAS FURIAS: HEINRICH HILDEBRANDT
- 16. LAS FURIAS: JOHANN KESSLER
- 17. LAS FURIAS: «FUROR TEUTONICUS»

PARTE II
- OLA DE CALOR
- 18. NO EXISTE TAL COSA
- 19. LA OLLA A PRESIÓN
- 20. «PEORIA ‘ÜBER ALLES’»
- 21. EL CHICO NUEVO EN EL BARRIO
- 22. DOS CHICOS NUEVOS EN EL VECINDARIO
- 23. «COMO DIOS EN FRANCIA»
- 24. PERO EL HOMBRE HA DE CREER EN ALGO
- 25. EL BOTÓN DEL PÁNICO

PARTE III
- EL JUICIO
- 26. LAS PIEDRAS QUEBRADAS

27. LOS LIBERTADORES
28. LOS REEDUCADORES REEDUCADOS
29. EL FÉNIX A SU PESAR
30. NACIDOS AYER
31. TIRA Y AFLOJA POR LA PAZ
32. ¿SOMOS IGUALES QUE LOS RUSOS?
33. MARX HABLA CON MICHEL
34. EL RIESGO NO CALCULADO
AGRADECIMIENTOS
EPÍLOGO (2017)
NOTAS